



LA MONTAÑA MALDITA

BEGOÑA GARCÍA CARTERON



LA MONTAÑA MALDITA

Begoña García Carteron



1.^a edición: marzo de 2016

© Begoña García Carteron, 2016

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-370-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

EL DELITO

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

LA VERDAD

- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14

LA DEFENSA

- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

LA CONDENA

- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30

A Magdalena Poch, Agustina Casas, Pep Poch, Joan Casas, Antoine y August Carteron, nombres de personas reales a los que yo he dado una vida de ficción. A Ramón Casas, Santiago Rusiñol, Pere Coromines, Felip Cortiella y su Compañía Libre de Declamación, a los que he metido en líos inventados. Espero que, allá donde estén, no se enfaden conmigo.

A Teresa de Claramunt y a Joan Montseny, por sus escritos.

Al historiador Antoni Dalmau, que con su libro *El procés de Montjuïc* me facilitó la biblia histórica sobre la que edificué esta novela.

Y a mis *beaux-parents*, Nanou y André Carteron, que siempre me cuidan con tanto amor.

EL DELITO

1

Sangre garantizada. Ése era el reclamo que prometía el *cock-pit*, la sesión matinal dominical del Español. La sangre de los gallos luchando en la arena, la peor jornada de trabajo para una mujer sensible.

La gente abarrotó la entrada desde primera hora y desbordó el aforo. Hombres, mujeres y niños de todo tipo, condición y procedencia, dispuestos a apostar su dinero para disfrutar y aplaudir viendo cómo unos animales espoleados se agredían hasta la muerte. El dolor ajeno nunca debería provocar apuestas, ni aplausos ni risas ni regocijo. La multitud le impidió a Magda pasear su cesta más allá del vestíbulo y pudo librarse de la visión del espectáculo, toda una suerte.

Nadie quedó decepcionado. Los cuatro combates contaron con ejemplares procedentes de los mejores equipos gallísticos del país y en uno de ellos lucharon seis gallos a la vez. Seis animales más torturados y sacrificados a fin de hacer negocio. Un éxito apabullante que convirtió aquel domingo en la mejor jornada de la temporada para el empresario, y en la más intensa y agotadora para los asalariados.

Cuando acabó, se habían liquidado las existencias de tabaco previstas para vender en todo el día. La sangre, ya se sabe, invita a quemarse por dentro y a envolver el entorno de humo. Magda y su compañera se vieron obligadas a dedicar la hora del almuerzo a ir en busca de material de contrabando para preparar cigarros y pitillos y llenar las cestas de venta, sin descansar siquiera para comer.

Un público masivo y con ganas de jolgorio superó las previsiones de la sesión teatral de la tarde y acabó de nuevo las existencias. Por no quedar, no quedaron ni cacahuetes. Un par de *pinxos* habituales, siempre alertas y dispuestos a sacar beneficio de cualquier cosa, aparecieron con más material, que el jefe de sala pagó caro, y ellas liaron y llenaron cestas a destajo para llegar a tiempo y con suficiente mercancía a la sesión de noche, la más concurrida. Se agotó todo al poco de abrir puertas.

Apuraban hasta la última picadura para ofrecer algo en sus cestas durante la salida final, cuando unos hombres, procedentes de un café vecino, irrumpieron en el vestíbulo difundiendo una horrible noticia. La ciudad había sufrido un nuevo atentado en el que habían muerto seis personas.

¡Un nuevo atentado! No tardó en correr la voz entre los trabajadores y el público del teatro. Acababa de pasar, hacía poco menos de una hora, durante la procesión del Corpus de Santa María del Mar, al paso por la calle de Cambios Nuevos, numerosas personas habían resultado heridas y los muertos eran pobres vecinos, gente sencilla; y entre ellos había dos niños. Era una absoluta tragedia, una barbaridad.

—¿Qué edad tienen los niños? —preguntó Magda horrorizada, pensando en su hijito.

—Siete u ocho, no lo sé —respondió uno de aquellos hombres, sin prestarle demasiada atención.

Respiró aliviada. Su hijo aún no había cumplido los dos años y no podía ser una de las

víctimas. Estaba a cargo de la tía Roser, que a veces se dejaba guiar por la palabra de Dios e iba a la iglesia y a las procesiones, aunque no se la imaginaba yendo hasta Santa María del Mar, en la otra punta de la ciudad.

La noticia se extendió rápidamente provocando el estupor y la angustia generalizada, y disipando de un golpe la alegría del día festivo. No eran ni las diez de la noche y la gente empezó a largarse con la sesión a medias, sin siquiera comprar tabaco. La platea, que había estado llena hasta los topes, perdió el público entre una función y la siguiente, y se quedó completamente vacía antes de que el tenor cómico estrella de la noche cantase *La verbena de la Paloma*. El empresario decidió cerrar puertas y enviar a casa a los actores. Podía haber disturbios y era mejor que se recogiesen cuanto antes. En cambio, no dejó que los trabajadores de sala y de puerta hiciesen lo mismo. Expuso que hacía ya días que era necesaria una limpieza general a fondo y tenían que aprovechar la ocasión. Para un empresario nunca había mal que por bien no viniese.

De nada sirvieron las quejas de los porteros. La amenaza de despido caló hondo entre todo el personal y allí limpió incluso el apuntador. Después de doce horas dentro, cualquiera hubiera elevado un debate enfurecido por la injusticia laboral, pero ni las chicas del tabaco ni las del guardarropa ni los acomodadores ni ningún otro trabajador se atrevió a rechistar. Sólo podían pensar en la tragedia que había provocado aquella situación. Un nuevo atentado y con una intensidad incluso más dramática que la tragedia del Liceo, sucedida hacía poco menos de tres años...

La bomba había estallado en la esquina de la calle Cambios Nuevos, al paso de la cola final de la procesión, cuando ya habían desfilado la Custodia y todas las autoridades, y sólo quedaban ciudadanos de a pie. Era horrible y no tenía ningún sentido. ¿Quién lo habría hecho?

Las voces llegadas de la calle apuntaban a un acto de terrorismo anarquista cometido por algún extranjero, aunque allí nadie lo quería creer. Era imposible. Ningún anarquista atentaría contra la gente sencilla, ni siquiera uno extranjero. No hay ideología en el mundo que disculpe ni valide un acto de terrorismo, no hay víctimas, ni anónimas ni conocidas, que merezcan la muerte en defensa de ninguna causa. La lucha obrera sólo busca defender la vida.

Magda pensó en su hermano y se acercó a la puerta para avisarlo de que saldría más tarde que de costumbre. No lo vio. Quizá se había retrasado. O quizás aquella noche no había ido a buscarla. ¿Dónde se habría metido?

Cuando, por fin, pudo salir, eran casi las dos de la madrugada. Fuera no vio ni a su hermano ni a nadie. Sus compañeras se marcharon por la calle Conde del Asalto, que en lugar de bullir de animación se mostraba sorprendentemente en calma. Tanto que incluso le dio miedo permanecer allí quieta, sin hacer nada y con la semanada escondida entre los pechos, y decidió no esperar a que Pep apareciese. Presentía una catástrofe, aunque no quería pensar en ello para no asustarse más de lo que ya estaba. Tenía que volver a casa sola y no quería tener miedo. No había motivo para sentir temor: aquel camino lo había hecho centenares de veces, desde que había empezado a trabajar en el Español e incluso antes: desde el primer día en que puso un pie en Barcelona. De aquello hacía sólo cuatro años y parecía toda una vida.

Miró a izquierda y derecha de un Paralelo desierto: grandes fábricas con mar de fondo a un lado; barracas, edificios en construcción, obras y más obras al otro. Tierra de nadie. Detrás la

ciudad guardaba silencio y, enfrente, el más allá permanecía a oscuras. Ni rastro de disturbios. No cruzó. Avanzó pegada a las barracas, dejando el mar a sus espaldas y contemplando aquella enorme avenida en obras y a medio asfaltar que separaba la ciudad del más allá.

Seis muertos inocentes, dos de ellos niños... ¿Quién habría sido capaz de cometer aquella infamia? ¿Por qué habían atentado contra ellos? ¿Qué sería de las pobres madres que acababan de perder a sus hijos? No puede existir en el mundo dolor mayor para una madre que el de perder a su inocente criatura en manos de asesinos.

Pensó en su hijo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Necesitaba acudir a su lado cuanto antes y comprobar que estaba sano. Cruzó la avenida mirando asustada a un lado y a otro, aunque no había ni una mala carreta que pudiese atropellarla.

El más allá ofrecía unas cuantas hileras de casas sencillas e irregulares que trepaban por la montaña. No subió por la calle Roser, como hacía habitualmente: estaba demasiado oscura y le resultó lúgubre. Continuó por el Paralelo, pegada a las tapias que cerraban los solares en obras a lo largo de un buen trecho. No se cruzó con nadie y echó de menos al vigilante nocturno que siempre acudía a magrearla cuando la veía sola. Subió por Blasco de Garay, también a oscuras, más larga y empinada que nunca. No atisbó ni una luz a través de ninguna rendija, ni siquiera en la taberna, que acostumbraba a estar abierta a aquellas horas.

Al fondo, en la plaza del Surtidor, parecía no haber ni un alma. Nadie alrededor de la fuente ni en las calles colindantes. Pero el portal de su casa estaba entreabierto y con el vidrio roto, y en el piso de arriba se sentía el llanto desconsolado de su hijo. Corrió asustada hacia él, intuyendo lo peor, cuando un oficial de la Guardia Civil apareció de la nada y le cerró el paso. La apuntó con una espada y la miró de arriba abajo con una mueca desconcertante. El bigote ladeado.

—¿Eres tú Magdalena Poch? —profirió con voz irónica, como si en lugar de preguntar estuviese afirmando.

—Sí, soy yo, ¿qué ha pasado? —La angustia le recorría el cuerpo—. ¿Le ha sucedido algo a mi hijo? Es el niño que llora arriba...

—¿Dónde está tu hermano?

—¿Pep? No lo sé... ¿No está arriba? ¿Le ha pasado algo? ¡Déjeme pasar y subir con los míos!

—¿De dónde sacaste las Orsini, eh? —interpeló un segundo oficial salido también de la nada.

—¿Las qué? ¡No sé de qué me habla!

—Estás detenida.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? —repitió varias veces las mismas preguntas al aire mientras la esposaban y la empujaban hacia un rincón de la plaza—. ¿Qué delito he cometido?

—¡Calla de una vez, puta! —bramó el segundo oficial, atándola a un caballo.

—¡No soy una puta! —exclamó acongojada—. Vuelvo de trabajar, soy una de las cigarreras del Teatro Circo Español del Paralelo. Hoy hemos acabado un poco más tarde... ¡Yo no he hecho nada!

—¿Vives con Joan Casas? —preguntó el del bigote.

—Es mi tío. ¿Está bien?

—Acabamos de detenerlo por posesión de material subversivo. Hemos encontrado libros, diarios, panfletos y propaganda anarquista como para montar un quiosco.

—¡Él no ha hecho nada! Es un buen hombre, es sólo que le gusta leer...

—¿Tu hermano es Josep Poch?

—Pep, sí, pero él tampoco ha hecho nada, ¡es un buen chico!

—¿Un buen chico? ¡Venga ya! ¡Si estuvo detenido por el caso del Liceo!

—Sí, pero él no había hecho nada.

—¡Estáis todos implicados! —replicó el segundo—. ¿Dónde se esconde tu hermano, eh?

—¿Cómo? ¡No se esconde en ningún sitio! ¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde está?

—Ya nos gustaría saberlo, aunque no te preocupes: lo encontraremos.

—Buscadlo, pues. A mí dejadme ir con mi hijo, por favor, sigue llorando, ¿no lo oís?

—Tu tía se ocupará del niño; a ella no la hemos detenido. Tú tienes que venir con nosotros.

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Que no has hecho nada? ¿De dónde sacaste las dos bombas, eh? ¿Y dónde metiste la tercera, eh?

—¿Qué? Les juro que no sé de qué me hablan. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Eres sospechosa de tenencia de explosivos y de participación en banda armada!

Abrió unos ojos incrédulos, horrorizados, y escudriñó a aquellos hombres intentando encontrar un resquicio de compasión. No los había visto nunca, a ninguno de los dos y, sin embargo, aquel primer oficial que la había apuntado con la espada continuaba mirándola con el bigote ladeado y una mueca extraña. El gesto de alguien que conoce desde siempre el material que examina y está sopesando los cambios.

—¿Me estáis tomando el pelo? —preguntó desconsolada—. ¿Cómo podéis sospechar de mí? Soy una pobre madre que se gana las castañas trabajando de cigarrera. ¡No tengo nada que ver con eso que decís!

El oficial del bigote la agarró por el pelo, inmovilizándola, y la miró fijamente a los ojos con una especie de sonrisa helada que la aterrorizó. Fueron unos segundos eternos durante los que no le dijo ni le hizo nada. Le soltó la melena un momento después y se giró para no volver a mirarla. Se dirigió al segundo oficial.

—Llévala a los calabozos del Gobierno Civil y da orden de que nadie la toque. Está reservada a mi nombre, ¿entendido? Mañana la interrogaré y la quiero en perfecto estado.

Ella suplicó, gritó acongojada que todo era un error, que tenía que ir junto a su hijo, avisar a la familia de lo que estaba pasando. El primer oficial desapareció en la oscuridad y el segundo le clavó una bofetada a la tercera réplica que la hizo caer al suelo medio inconsciente. El hombre la cogió como a un saco, la cargó sobre el lomo del caballo, la sujetó con la cuerda, montó delante y emprendió galope. El movimiento le sacudía el cuerpo como si estuviesen dándole una paliza y el dolor le impidió mirar atrás. Notó los ojos de Angélica que la seguían desde el terrado, con una mirada transparente que se perdía en el trasfondo del universo y se abría a la eternidad. Y allí estaba su madre, contemplándola.

¿Le habían hecho algo a su hijo? ¿Por qué lloraba tanto la criatura? No recordaba haberlo oído llorar antes desde la calle. Pensó en aquellos guardias dándole una patada a la puerta y despertando a todo el mundo en la casa... Si habían registrado el piso y detenido al tío, el susto en el cuerpo del niño bien debía valer aquel llanto. ¿Y Angélica? ¿Y Tina? ¿Qué sería de ellas? ¿Se habrían quedado a salvo, en el terrado? Se planteó mil enigmas, pero sus fantasmas no respondían a las preguntas. La sonrisa de su madre en el cielo fue su único consuelo a lo largo de aquel terrorífico camino.

El caballo se detuvo, el consuelo se esfumó y la pesadilla tomó un rumbo nuevo. El oficial la desató y la dejó caer. Saco al suelo. Dos guardias la arrastraron al interior de un gran edificio y la empujaron escaleras abajo hasta un despacho. La cachearon y le requisaron el cortapuros y las pocas monedas que llevaba en el bolsillo. No le tocaron los pechos ni el dinero de su semana. Otro guardia sentado a una mesa llena de papeles le tomó los datos. Un nudo le cerraba la garganta y le costaba hablar; aun así contestó sin sollozar. Nombre: Magdalena Poch. Dirección: Plaza Blasco de Garay, 13 (la plaza del Surtidor). Lugar de nacimiento: Durro (la Vall de Boí). Edad: 22 años. Profesión: Cigarrera, en el Teatro Circo Español. Estado civil: Soltera. Hijos: Sí, uno de dos años. Orden de detención del juez: No hay.

La última respuesta, lanzada desde la puerta por el oficial que la había conducido hasta allí, no se anotó en la ficha.

Ella quiso protestar. ¿Por qué la habían detenido sin una orden del juez? Como respuesta le clavaron una patada en el culo. «Guárdate las preguntas y prepara respuestas para mañana», le dijeron.

El oficial dictó él mismo la orden de detención que se anotó en la ficha: «Miembro de un grupo terrorista. Hermana del anarquista Josep Poch. Sospechosa de haber abandonado dos bombas Orsini en la calle de Fiveller.»

Un miedo visceral le paralizó la respiración por unos segundos. ¿De qué hablaba aquel oficial? Todo era un error. Intentó explicarlo; aseguró que ella nunca había abandonado nada en ningún sitio... No la dejaron. La empujaron por un pasillo en el que se oían los gritos de varios hombres que defendían su inocencia y clamaban por salir de allí; otros detenidos de aquella misma noche entre los que quizás estuviese su tío Joan. No pudo verlos. Abrieron una de aquellas puertas, le quitaron las esposas y la encerraron en un calabozo minúsculo y oscuro. Sola.

Era junio y llevaba toquilla, y aun así la invadió una temblequera. Se acurrucó en el único banco que había. Un cuerpo agotado y una mente desbordada por la situación. No entendía por qué la relacionaban a ella con bombas. Dos Orsini abandonadas en la calle de Fiveller, según dictado del oficial. Ni siquiera sabía dónde se ubicaba aquella calle.

Intentó incorporarse y alzar la voz, pedir que la dejaran salir de allí, clamar su inocencia a gritos, pero se derrumbó ahogada en un llanto y sumida en un mareo vertiginoso. Ella no había hecho nada, no había hecho nada, no había hecho nada...

Un mal presagio había cruzado su mente al salir del teatro y no ver a Pep en la puerta. No quiso pensar que él pudiera tener relación ninguna con el atentado de aquella noche, no permitió que su mente barajase aquella opción. Imposible. Pensó en redadas y detenciones, eso sí. Lo tachaban de anarquista. Era un librepensador, sí, aunque él no comulgaba con la propaganda por el hecho ni con la lucha armada. ¿Cómo iba a estar implicado su hermano en un grupo terrorista? ¿Cómo iba a hacer él daño a nadie? Era cierto que lo habían detenido después del atentado del Liceo, acusado de difundir ideas exaltadas. Aquello había sido una caza de brujas, con detenciones indiscriminadas y más de cuatrocientos encarcelados, y a él lo dejaron libre a los dos meses, porque se demostró que no había hecho nada. Aun así, sabía que un atentado tan sangriento como el de la procesión de Corpus de aquella noche desencadenaría de nuevo arrestos indiscriminados y que si lo encontraban en algún lugar sospechoso, era probable que lo detuviesen. Jamás imaginó que pudieran detenerla a ella también.

Nunca había estado encerrada en un calabozo, aunque por desgracia no era la primera vez que pisaba un presidio. La posibilidad de dar con sus huesos en la cárcel había condicionado su vida en Barcelona desde poco después de bajar del tren, hacía cuatro años. La sola idea rompió ilusiones y cambió las perspectivas vitales de aquella inocente campesina recién llegada del pueblo en busca de un futuro mejor.

Había creído que su destino en la ciudad sólo podía ser uno: ejercer de prostituta en una casa de lujo. Su hermana mayor, Empar, a través de unas pocas cartas anuales, había alimentado en ella una visión idealizada de tan vieja profesión. Magda no sabía leer y era el propio cartero quien le descifraba las palabras trazadas en el papel, a cambio de dejarse magrear un rato. Hablaba de ambientes exquisitos, de hombres atractivos a los que acompañaba al teatro y a la ópera, de una vida fácil y alegre... Durante años soñó en reunirse con ella en aquella ciudad que la sacaría de la miseria, un paraíso donde abundaba el trabajo y el dinero, y donde las chicas guapas podían convertirse en damas y cumplir sus sueños. Tardó demasiado en descubrir que había sido el cartero quien había idealizado la vida de una hermana prostituta, inventándose un contenido que no se correspondía con la realidad.

Cuando llegó a Barcelona, en la estación no encontró a Empar. En su lugar la esperaban la tía Roser y Tina, una sobrina del tío a la que ella por entonces no conocía de nada. Cuando preguntó por la hermana le respondieron con una evasiva. Las dos mostraban gran prisa, porque no querían perder el tranvía de circunvalación que las conduciría a la casa familiar. La hicieron subir corriendo con su pequeña maleta en una tartana tirada por caballos que avanzaba sobre raíles y que las condujo a lo largo de un paseo señorial. Culminaba en una rotonda donde se alzaba un inmenso pedestal desde el cual Colón, el descubridor de América, señalaba el horizonte. Y con él, Magda atisbó, por primera vez en su vida, el mar. Se imaginó a sí misma vestida elegante y paseando del brazo de un señor por aquella avenida. La visión no duró demasiado. El tranvía pasó de largo, dejando atrás la ciudad luminosa, y avanzó hacia la montaña pelada y coronada por una fortaleza militar que cerraba el paisaje. El humo de las fábricas situadas en la falda envolvió el tranvía durante un buen rato. Entonces, aquella avenida en proceso de urbanización llamada el Paralelo, aunque anunciada oficialmente como Gran Vía del Marqués del Duero, se desplegó por primera vez ante ella como un territorio de frontera entre la ciudad y el más allá. Y el más allá, señalado por el dedo de la tía Roser, era el barrio al que se dirigían: el vecindario de Santa Madrona, conocido popularmente como el Poble Sec, que zigzagueaba montaña arriba entre fábricas, huertos y descampados inhóspitos.

El tranvía se había detenido justo delante del Español, una inmensa barraca de madera que por aquella época se alzaba solitaria en tierra de nadie. «Un circo, ya ves. Lo acaban de inaugurar y no durará demasiado —aventuró con desatino la tía Roser—. ¿Quién quieres que venga hasta aquí a pasárselo bien?»

De dentro salían numerosos obreros, unos callados, otros animados, algunos enfurecidos. No habían visto ningún espectáculo. Según le informó Tina, aquel primero de mayo era el Día Internacional del Trabajador y en el circo se había celebrado un mitin para reclamar la instauración de la festividad en todas las empresas. «¿Ves? —añadió la tía Roser—, aquí sólo hay obreros sin tiempo ni dinero para divertirse.»

Uno de aquellos obreros era su marido, el tío Joan. Discutía acaloradamente con otros hombres y no parecía estar de buen humor. Magda entonces no lo conocía. Sabía de él que

trabajaba de carbonero en la central térmica, mientras la tía Roser cosía sombreros en casa, poco más. Cuando las vio lanzó un grito al aire y avanzó hacia ellas, apremiándolas a salir de allí. Cogió él mismo la maleta de Magda y les abrió paso hasta el otro lado de un Paralelo lleno de gente. A derecha e izquierda se oía el galope de los guardias a caballo que acudían a dispersar a la multitud. Corrieron por las calles empinadas del Poble Sec hasta sentirse a salvo y luego avanzaron sin hablar hasta el piso de la plaza del Surtidor donde el matrimonio vivía realquilado. El arrendatario era el hermano del tío y padre de Tina, un antiguo encargado de una pedrera que había caído enfermo y apenas podía moverse de la cama. Su hija se ocupaba de trabajar para pagar los gastos, aunque a la pobre acababan de despedirla de su trabajo en una fábrica textil. Eran tiempos difíciles...

Magda volvió a preguntar por su hermana, soñando aún con un futuro inventado alejado de la miseria y fue el tío quien le expuso la verdad con su crudeza inherente. Empar estaba en la Galera, el presidio femenino, el lugar en el que acababan todas las putas de la ciudad antes o después. Con sífilis y medio muerta a causa de una paliza propiciada por un chulo. Si sobrevivía allí dentro era gracias al dinero semanal que le hacía llegar la tía Roser, un dinero que costaba mucho ganar. «Ni se te ocurra hacer de puta. Jamás. Busca un trabajo honrado y hazte dueña única de tu vida.» El consejo del tío iba acompañado de una amenaza final: «El día que vuelva a ver a una sobrina de esta familia haciendo la calle la mato con mis propias manos, ¿entendido?» Entendido. Magda no quería acabar muerta ni tampoco en la cárcel.

Descartó aquel oficio peligroso, olvidó sus sueños de grandeza y se dejó llevar por Tina de fábrica en fábrica en busca de trabajo. No lo encontró. Aquella primavera de 1892 los empresarios aludían a la crisis para despedir gente a diario y endurecer las condiciones laborales. Las huelgas se generalizaron en la ciudad, numerosos hombres montaban piquetes a las puertas de las empresas, lanzaban piedras a quienes no secundaban sus ideas y amenazaban a las mujeres que pretendían optar a los puestos abandonados por los obreros. Y cuando la huelga acabó nada mejoró. Ni puta ni obrera. Parecía que aquella ciudad no ofrecía ninguna solución a una muchacha como ella.

Tardó más de un mes en obtener el permiso para visitar a su hermana en la prisión de la calle de Amalia. Recordaba la pestilencia que desprendía aquel lugar, que se olía desde las calles vecinas. Durante el registro de entrada la cachearon por primera vez en su vida. Un celador la condujo por un pasillo con ventanales enrejados, abiertos a un patio con tantos hombres hacinados que apenas podían moverse. Las mujeres y los niños estaban en la planta superior y las visitas podían acceder por unas escaleras laterales hasta una parte de la galería separada del interior por rejas. Los gritos eran ensordecedores.

Asustada, esperó a Empar un rato largo. La condujeron hasta allí dos monjas que la sostenían por los brazos, muerta en vida. Estaba en los huesos y su poca carne sangraba y supuraba bajo heridas abiertas provocadas por la sífilis. También había perdido la razón y no recordaba tener una hermana pequeña llamada Magda ni haberle escrito cartas jamás. Sin embargo, recordaba completo un verso que un reo le había recitado aquella mañana y lo repitió varias veces. Magda lo repitió con ella, sollozando de pena. Un verso que hablaba de una condena de muerte. Quiso abrazarla, pero no la dejaron siquiera tocarla a través de las rejas. Las monjas le pidieron que rezara por ella y se la llevaron de nuevo por donde habían venido. Fue el celador quien le habló del autor del verso en cuestión, un joven llamado Aniceto Peinador, condenado a muerte por

haberle robado a un hombre al que también mató. Un pobre diablo al que estaban a punto de ejecutar a garrote vil.

Regresó con Tina al presidio de Amalia pocos días después, una sofocante mañana de principios de verano, aunque no para visitar a la hermana sino por compasión hacia aquel poeta desconocido cuyo periplo habían seguido a través de la prensa. Su ejecución era la segunda en poco tiempo, después de más de quince años sin condenas de muerte, y el acontecimiento hizo madrugar a la ciudad entera. Una multitud ávida de espectáculo que llenó desde primera hora el patio de Cordeleros, el patíbulo anexo a la prisión. Magda recordaba perfectamente la fecha, el 12 de julio de 1892. El día en que había cometido el único delito por el que un juez podría enviarla a un calabozo. Un delito del que no se arrepentía.

Un sinfín de soldados, a pie y a caballo, vigilaba el recinto. Dentro había tanta gente que apenas podían moverse y se hicieron un hueco como pudieron. Al fondo, el catafalco aún permanecía vacío. Esperaron un largo rato y ella entabló conversación con unos conocidos del barrio, aunque Tina la hizo callar y bajar la mirada escondiendo la cabeza cubierta con la toquilla. Cerca, un hombre con levita y sombrero de ala ancha las miraba y tomaba notas en un cuaderno. Sintieron miedo, a saber por qué, y cambiaron de lugar alejándose como pudieron entre la masa humana. Se situaron bajo un árbol abarrotado hasta la copa de mirones, con tan mala suerte que se vino abajo estrepitosamente. Una de las ramas y un par de chiquillos cayeron sobre ellas y las tiró por los suelos doloridas.

Magda sólo se dio un golpe, aunque a Tina le sangraban la frente, un brazo y una pierna y tuvo que ayudarla a levantarse y sostenerse de pie. Había más heridos. No tardaron en llegar varios soldados, un funcionario y algunas monjas, que los trasladaron a todos al interior de la prisión. En el vestíbulo se cruzaron con el verdugo, cargado con sus herramientas y aún con la cabeza descubierta, que salía al patio seguido por un cortejo de religiosos encapuchados. Las monjas cayeron arrodilladas y rezaron al paso de la comitiva y ellas bajaron la mirada para no ver el rostro de aquel hombre enviado por la justicia a perpetuar una sentencia de muerte.

Los soldados acompañaron a los hombres heridos por una puerta que daba a un pasillo enrejado y a ellas las condujeron a una enfermería anexa, a cargo de la Hermandad de la Paz y la Caridad. Un par de aquellas monjas ayudaron a Tina a estirarse en una camilla de madera y le curaron rápidamente las heridas, más pendientes de lo que sucedía en el patio que de la accidentada. Cuando oyeron de lejos una marcha militar que recordaba un pasodoble, las religiosas salieron en tropel de la sala, cerraron la puerta tras ellas y las dejaron allí solas. Magda, sentada en una silla junto a Tina, también quiso ver lo que sucedía en el patio. Se levantó y buscó una ventana, aunque las únicas que había estaban demasiado altas.

Fue entonces cuando oyó por primera vez aquella voz dulce y profunda que le cambió la vida. Salía de detrás de una cortina y la llamaba por su nombre. «Ayúdame, Magda», decía. Pensó que quizás era su hermana quien la llamaba desde allí dentro. ¿Quién si no? Descorrió la cortina y al hacerlo se deslumbró ante un rostro casi transparente que la miraba con luz propia. Tardó un rato en visualizar bien de quien se trataba: una niña de no más de doce años, de piel y cabello más blancos que la nieve de las montañas, con unos ojos incoloros como el agua de un pozo y las manos atadas a la cama. Le inspiró una ternura inmediata. No la había visto jamás y, sin embargo,

la niña no sólo sabía su nombre sino también el de su madre, muerta hacía demasiados años como para que ella la hubiera conocido. Le pidió que la desatara y Magda lo hizo sin pensarlo. Una niña que emitía aquella luz mágica no podía ser una delincuente sino un ángel. Angélica.

La niña albina también cautivó con su primera mirada a Tina. Le tocó la frente, el brazo y la pierna y le pidió que la llevara junto a su padre enfermo. La herida se levantó del camastro recuperada, como si aquella mano hubiese obrado un milagro. Sin preguntar nada, tapó a la niña con su propia toquilla, cubriéndole por completo el pelo y la piel, y se dirigió a la puerta que habían cerrado las monjas. No estaba echada la llave.

En el vestíbulo, un grupo de religiosas arrodilladas rezaba en un rincón ante una imagen de la Virgen de los Desamparados colocada en un altarcito. Tina se acercó a una de ellas para agradecerle sus curas y la mujer la despachó rápido con una bendición. Magda y la niña aguardaban detrás, del brazo. Los soldados que había en la puerta abrieron paso y las tres salieron al patio sin mediar palabra. Fuera, la multitud permanecía en silencio y en el catafalco el verdugo cubría el rostro del ajusticiado con un paño negro. El alma de aquel poeta delincuente había pasado al otro mundo.

Salieron del patio sin detenerse a mirar, pasaron por delante de las garitas de vigilancia, avanzaron hacia una calle repleta de soldados, se escurrieron entre caballos, carros y uniformes, y no tardaron en alcanzar el Paralelo. En el más allá no había vigilancia, sólo obreros atareados en sus faenas. Y tres corazones acelerados que latían al mismo compás.

Nunca supo con certeza qué culpa había llevado a Angélica allí dentro. Alguna cosa relacionada con un trabajo que el padre la obligaba a hacer. La niña no tenía adónde ir y Magda sintió que debía ayudarla. La ayuda fue mutua. Aquél había sido el único delito que había cometido en su vida, si es que realmente se podía considerar un delito, pero la habían metido en la cárcel acusada de ser una terrorista. Era un error. Ella no había hecho nada; no había hecho nada.

Un llanto lejano la despertó a medianoche. A su lado, los ojos de Angélica brillando en la oscuridad la espantaron. La mirada transparente perdida y un gesto de terror en el rostro pálido. La niña la sujetó con fuerza y le rogó que no saliera de allí dentro. «No te muevas, no te muevas, no te muevas», repetía sin mirarla, moviendo su blanca cabeza de lado a lado. Algo horrible estaba pasando. Llibert, el hijo de Magda, gritaba desconsolado en el piso de abajo, al otro lado del edificio. Nunca antes lo había oído llorar desde el cuarto del terrado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tina, liberándose como pudo de aquellas manos infantiles que intentaban retenerla.

—Quédate aquí, no vayas. —Fue la única respuesta. La mirada perdida.

No le hizo caso. Abrió la puerta del cuarto y salió al terrado. La precaria construcción se alzaba de espaldas a la plaza y tapaba la vista, pero oyó allí el relinchar de caballos y voces masculinas. Empujó con sigilo la puerta que daba a la escalera y miró hacia abajo por el hueco. En el portal, un portazo. En la plaza, carros y caballos emprendiendo el paso. Fue la vecina del tercero segunda, a través de la rendija entreabierta de su puerta, quien le contó que se habían llevado detenido al tío Joan. En el piso de enfrente, con la cerradura reventada, se oía a la tía consolar a Llibert. Entró y corrió hacia la habitación de su padre. El hombre, en el suelo, respiraba ahogado y con gran esfuerzo entre sollozos y toses. Lo ayudó a levantarse y a estirarse en el camastro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —Él apenas podía hablar—. ¿Tía, está usted bien? —gritó, esperando angustiada una respuesta que tardó en llegar.

—Sí, no alces la voz. —Oyó.

El niño se estaba calmando y su padre recuperaba el aliento. ¿Y Pep? ¿Y Magda? Ninguno de los dos había regresado.

En aquella habitación no había más que un par de camastros, una silla y un orinal. Todo en su sitio. En cambio, en la cocina, la alacena estaba revuelta y la cómoda desmontada. Vasos y platos rotos en el suelo, el mantel limpio despedazado, papeles arrugados... En el comedor adjunto, junto a la mesa, el colchón en el que dormía Magda estaba rajado. Y en el cuarto contiguo, el de los tíos, habían echado abajo el armario entero. La ropa de toda la familia, que allí se guardaba, las pocas toallas que tenían, los enseres de costura de la tía, el ajuar de Magda y de Tina, todo, todo en el suelo. La tía Roser, sentada en la cama de matrimonio deshecha, había conseguido dormir al niño. Permanecía quieta y en silencio, pero sus ojos gritaban desesperados.

—Se lo han llevado por saber leer —explicó—. Por tener encima de la mesilla *Guerra y paz*. Han visto el libro y se han vuelto locos.

—¿Tía, no se lo pueden haber llevado por eso!

Las palabras que siempre repetía su tío se precipitaron en su cabeza. «Aprender no puede ser un privilegio de los ricos. Sólo saber leer, escribir y contar nos hará libres...»

—Es un error, tía, lo dejarán libre enseguida, no se preocupe. ¿Por qué iban a querer detenerlo a él?

—Han entrado preguntando por Pep, que dónde vivía. Les hemos dicho que aquí, que dormía en la otra habitación, con tu padre, pero no se lo han creído. Lo han registrado todo, como locos, y se han llevado los libros, los diarios y a tu tío. Para interrogarlo, han dicho. Ha sido todo muy rápido. Yo he querido protestar, pero Joan me ha hecho callar...

—¿Dónde se lo han llevado?

—Me han dicho que pregunte mañana en la comandancia, no sé más...

La mujer rompió a llorar, abrazando al niño entre sus brazos. Ella la abrazó también. El corazón paralizado pensando en Pep.

—¡No podemos quedarnos aquí, quietas! ¡Tenemos que ir ahora mismo a comandancia!

La tía la sujetó con fuerza. Ni ella ni el padre, que se postró con su tos en la puerta, la dejaron salir a la calle, en plena noche, a buscar a nadie. Ni siquiera a Magda. ¿Dónde se habría metido? ¿Por qué no había regresado aún, a aquellas horas? ¿Estaría con Pep?

Subió al terrado desesperada. Necesitaba respuestas. Angélica, sentada en un rincón oscuro del camastro, escribía compulsivamente en su cuaderno unos garabatos incomprensibles y repetía como una letanía que era el fin de la lucha obrera. La mirada perdida.

La zarandé. Estaba hirviendo de fiebre.

—¡Por favor, Angélica, vuelve! Han detenido al tío Joan, buscan a Pep y ni él ni Magda han regresado... ¡Necesito que me ayudes, dime algo!

La niña dejó caer el lápiz y se encogió cerrando los ojos y apretándose la barriga con las manos. Una convulsión le sacudió el cuerpo entero. Alzó la cabeza abriendo unos ojos aterrorizados que iluminaron el cuarto.

—Ha muerto otro pobre niño en la Casa de Socorro —afirmó—. Ya son siete...

—¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—Un atentado. Los ha matado a todos, tres niños, dos mujeres y dos hombres...

—¿Un atentado?

—Unos dicen que la bomba calló de arriba, otros que estaba en el suelo... sólo saben que explotó.

—¡Es una monstruosidad! ¿Estás segura?

—Por desgracia, sí. Hay siete almas infelices a las que nadie les devolverá la vida.

—¡Qué barbaridad! ¡Pobre gente! ¿Quién habrá hecho algo así?

—Nadie lo sabe...

—¿Por eso ha venido la policía? ¡Han detenido al tío Joan!

—También han detenido a Magda.

—¿Qué dices! ¡No puede ser! ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho su madre.

—¿Su madre...? ¿Y Pep?

—No sé más.

—También es madre de Pep, ¡pregúntale!

—No está...

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No sé, no sé, no sé más...

Angélica retomó su escritura compulsiva en la oscuridad, hirviendo de fiebre. Tina estaba petrificada. El estómago y la garganta le ardían de angustia. ¿Sería cierto lo que decía la niña? ¿Un atentado? ¿Y por qué habían ido buscando a Pep?

Miró a su alrededor. En aquel cuartucho, además del camastro y el orinal, sólo había algunos libros, un par de impresos y un montón de cuartillas y cuadernos repletos de palabras por leer... Las palabras que escribía Angélica cuando entraba en trance.

Tina intentó descifrar algunas de las frases que nacían de aquel puño infantil, con la luz tenue de la luna que se filtraba por las rendijas como única iluminación.

... este crimen salvaje acabará con el esfuerzo de las clases trabajadoras... será el pueblo, débil y desprotegido, quien sufra las consecuencias... los burgueses se recuperan siempre, los obreros no...

No podía leer en un momento así. Ni permitir que Angélica siguiera allí, escribiendo aquellas cosas. Podía ser peligroso. Salió al terrado, rodeó la construcción y se asomó a la barandilla. Oteó cada rincón en penumbra de la plaza, la calle y el convento de enfrente. No había nadie. Aún era demasiado temprano para iniciar el día y apenas se oía movimiento en algunas casas. Tenía que aprovechar la oscuridad para salir de allí discretamente.

Buscó un saco y metió todo dentro. Zola, Víctor Hugo, Balzac y Maupassant en edición de cuarenta y cinco céntimos, Ibsen, Mirbeau, Hauptmann y el resto de los títulos de la biblioteca obrera teatral, a veinticinco céntimos, los nueve números de la revista *Ciencia Social*, diversas copias del único número de *Teatro Social*, varios folletos, escritos... Obligó a Angélica a dejar el lápiz y guardó el cuaderno en el saco, con los otros. La niña seguía con la mirada perdida, susurrando discursos incomprensibles, hirviendo en trance. No podía llevarla a ningún sitio en aquel estado. Le dio un beso en la frente, se cargó el saco al hombro y salió cerrando la puerta tras de sí.

En el piso de abajo, la tía Roser lloraba con el niño durmiendo en el regazo.

—Voy a llevar esto a donde la gallega, por si vuelven. Es mejor que no haya libros ni escritos en el terrado.

—¿Y Angélica?

—Arriba, con fiebre. Sube cuando puedas y ocúpate de ella, por favor.

—¿Irás a trabajar?

—Sí, claro, no puedo faltar. Y tú, ¿irás a comandancia?

La mujer asintió con la cabeza. Las lágrimas trazaban surcos en su piel seca.

—Pregunta también por Magda y por Pep. Por si saben algo de ellos.

Se marchó sin abrazarla. Hubiese querido consolarla, decirle de nuevo que al tío lo liberarían enseguida, que no se preocupara, pero sabía que todo aquello no eran más que palabras vacías. Si lo del atentado era cierto, podían tardar días o semanas en soltarlo aunque no hubiese hecho nada. No lo buscaban a él, sino a Pep, y aun así se lo habían llevado... Y también los pocos libros que había en el piso.

No podía perder ni un minuto. En la plaza ya se oían puertas y carretas, y en el convento las

hermanas se habían despertado para acudir a la misa matutina. Tomó la calle hacia arriba, hasta el descampado, siguió por el camino ante la masía, se desvió por el pasaje antiguo de Valencia, entre muros de piedra de contención, y salió a la parte de abajo de la pedrera de la Satalia, en la ladera de la montaña. Sin el sonido de mazos, picos y martillos, y sin un alma a la vista, el paisaje desnivelado y repleto de pilas de escombros era desolador.

En la barraca de los guardas había luz. Llamó suavemente con los nudillos.

—Pura, soy Tina, tienes que ayudarme —susurró.

La gallega abrió a medio vestir, el pelo cubierto con la eterna pañoleta negra que le tapaba la frente y casi los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto a Pep?

—No, no ha venido por aquí aún. ¿Ha pasado algo?

—La policía ha ido a casa buscándolo. No estaba, pero se han llevado al tío Joan detenido y los libros que había en el piso...

—También han detenido a Bisbal y a su compañera.

—¿El republicano de la cervecería de la calle Salvà?

—El mismo.

—Angélica dice que ayer hubo un atentado y que han muerto siete personas...

—¿Un atentado? ¿Ayer?

—Eso dice...

—No he oído nada de ningún atentado. A Bisbal y a su mujer los detuvieron el sábado. Algo relacionado con unas bombas que la policía encontró en la calle. Sólo sé que a ella la han soltado y él sigue en el cuartelillo. Y que el sábado hubo más detenciones. No sé más.

—¡Ni Pep ni mi tío tienen nada que ver con bombas! Y Magda tampoco. No ha regresado esta noche y Angélica dice que la han detenido también...

—¿A Magda? ¡Es imposible! ¿Qué puede haber hecho esa criatura?

—Tienes que guardar esto en las galerías. Algunas novelas, los dramas que hemos montado con la compañía y los escritos de Angélica.

La gallega la miró con cierta desconfianza, pero cogió las llaves e hizo que Tina la siguiera. Abrió la cancela que daba a la pedrera y atravesaron por el patio lleno de piedras amoladeras que precedía a las galerías. Aquel lugar de paredes excavadas había sido el primer escenario en que ella y Pep habían declamado en público. Una pedrera transformada en teatro nocturno para los amigos y vecinos del barrio.

En uno de los laterales se abrían las galerías en desuso excavadas en la montaña. Túneles laberínticos de los que ya no se extraía piedra y que ellos habían usado como camerinos. El propietario lo había cercado y había prohibido la entrada, por peligro de derribo; desde entonces no había vuelto a entrar. Aunque sabía que dentro, la gallega escondía los libros de medio barrio.

—¿No habrá bombas en tu saco?

—¡Estás loca! ¿Cómo puedes siquiera insinuar algo así?

La gallega también hacía teatro, con ellos, y por sería que fuera la obra siempre mantenía una vis cómica que a veces la sacaba de quicio. Le dejó el saco, sin entrar en aquella galería que servía de biblioteca popular, y salió de nuevo al exterior, ahogada. ¿Qué sería de Pep? ¿Y de Magda?

El día despuntaba. El mar al fondo, brillando bajo un sol naciente, y la ciudad tomando luz. A sus pies, tapando el puerto, las huertas de San Beltrán se despertaban teñidas por el humo gris que escupía día y noche la enorme chimenea de la central térmica. La chimenea que aquel día su tío Joan no podría alimentar con carbón. En los caminos cercanos, picapedreros y carreteros subían al trabajo. Ninguno de ellos era Pep.

Debía apresurarse para llegar a tiempo a la fábrica, estaba lejos, en la ladera opuesta, y su turno empezaba a las seis. Tomó un camino escalonado que acortaba entre barrancos hasta la pedrera vecina de Machinet, bajó por un atajo pedregoso hasta la falda y se unió en el paseo de Santa Madrona a las filas de mujeres y niños que iban campo a través hacia las fábricas textiles de la vecina población de Sants. Cruzó la Gran Vía y llegó a la Bordeta justo cuando la sirena del edificio donde ella trabajaba anunció el cambio de turno. Decenas de obreras y obreros corrían hacia la entrada.

En la puerta, junto al vigilante, el vendedor de periódicos cantaba la horrible noticia del día, confirmando el pronóstico de Angélica. Un despiadado atentado, un delito execrable que sólo podía ser obra de terroristas miserables. Pep no podía tener nada que ver con aquello...

Compró un diario y leyó acongojada la escena terrorífica que describía, los nombres de seis muertos, los de una treintena de heridos... y una frase final que la dejó muda. Durante la madrugada se había procedido a la detención de varios individuos conocidos por sus exaltadas ideas.

Hojeó las otras cabeceras, buscó titulares, destacados. En todos ellos se exigía la persecución de los anarquistas, el cierre de los centros ácratas y la imposición del estado de sitio con carácter permanente.

Relevó en el telar al obrero del turno nocturno, dejó el diario junto al bastidor y trabajó sin decir palabra. Sus compañeras comentaban las noticias del atentado; algunas tenían conocidos y familiares entre los heridos y todas clamaban justicia. Tina también. Un miserable capaz de cometer un acto tan vil como aquél tenía que dar con sus huesos en un calabozo. Los inocentes, no. Ponía la mano en el fuego por Pep y por su tío Joan, ninguno de los dos tenían nada que ver con aquello. Y por Magda, por supuesto, ella ni siquiera tenía ideas políticas. ¿Sería cierto que la habían detenido? No mencionó sus nombres en ningún momento en voz alta, ni le explicó a nadie lo que había sucedido, aunque no se quitaba del pensamiento a ninguno de los tres.

Tenía por delante una eterna jornada laboral de once horas y la cabeza en otro lugar. Accionaba un telar mecánico con ocho bobinas de hilo y necesitaba libres las manos para girar el torno, aunque sus ojos seguían clavados en las letras impresas en el diario. Se hubiera marchado una y mil veces en busca de noticias de los suyos y estuvo a punto de hacerlo durante la breve pausa de la comida. Pero el telar no podía parar su producción, porque había que amortizar el rendimiento de la caldera; y sabía que moverse de allí supondría el despido inminente. Y ahora más que nunca su precario salario era imprescindible.

Desde que su padre había enfermado, hacía ya casi tres lustros, ella había empezado a trabajar de sol a sol y de fábrica en fábrica en telares cada vez más complejos. Llegaba a hacer jornadas de dieciséis horas, cobrando una miseria, un salario que a duras penas alcanzaba para pagar las medicinas del enfermo. El alquiler, la alimentación y todo lo demás corría siempre a cargo del tío

Joan y de lo poco que ganaba la tía Roser cosiendo sombreros.

La economía familiar mejoró gracias a Magda. Cuando llegó del pueblo, cuatro años atrás, nadie hubiera pensado que aquella sobrina podía acabar ganando tanto o más que el tío sin hacer de prostituta. Los primeros meses fueron muy duros, en plena crisis. Tina entonces no tenía trabajo. Asistía a clases nocturnas en la calle Ferlandina, en el Fomento de la Instrucción Libre, una escuela que habían montado las obreras sindicalistas de la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona. Un curso para aprender a coser con máquina Singer y clases de oratoria y escritura. Llevó a Magda, que no sabía leer y era muy torpe cosiendo. La pobre creía que nunca encontraría trabajo y que se tendría que volver al pueblo. Y entonces sucedió lo de la cárcel, el día de la ejecución de aquel poeta que había robado y asesinado a un hombre: Aniceto Peinador. Si no hubiera sido por él, y por el poema que le recitó en la cárcel a la hermana mayor de Magda, no habrían conocido nunca a Angélica.

La aparición de la niña angelical, aquella boca más que alimentar, de la que tanto se quejaron los tíos al verla en casa, fue providencial. Era delicada y enfermiza, aunque sus manos irradiaban algún extraño poder que alivió los dolores del padre de Tina y despertó la admiración de la tía Roser. Hablaba poco, aunque cuando lo hacía parecía poseída por los espíritus de seres superiores. Las envió a las dos al teatro Español justo el día en que se hacía selección de personal. A saber cómo se enteró. A Tina ni la miraron, pero a Magda la contrataron nada más entrar por la puerta. Y tuvo suerte. Le dieron trabajo de cigarrera, con un salario ajustado y unas propinas que multiplicaban la cifra por dos y por tres. No tardó ni un mes en tener dinero suficiente para alquilar el cuartucho del terrado y trasladarse allí con Angélica. Y como no había cocina, llenaba de víveres la del piso de abajo.

Entonces apareció Pep, aquel hermano pródigo que Magda no veía desde la infancia y del que Tina sólo había oído hablar. Alto, desgarbado e irresistiblemente atractivo, con un flequillo indomable que se enredaba en sus largas pestañas, una mirada verde y profunda y unos labios carnosos que parecían besar al hablar. El primer y el único hombre que despertó las ansias de amar de Tina. Vivía en Sant Martí de Provençals, un pueblecito situado en la otra punta de la ciudad, aunque lo acababan de despedir de la fábrica en la que había estado trabajando y no tenía dinero para pagar la pensión. No tardó en ampliar el cuartucho del terrado con un cobertizo y convertirlo en su casa. El propietario le subió el alquiler a Magda y no puso ningún otro inconveniente. Y Pep se quedó allí, ampliando la familia y provocando en Tina un deseo enloquecedor.

Los sábados por la noche solía organizar timbas en el terrado con sus compañeros. Partidas a las que no tardó en apuntarse Tina. Ganaba siempre, porque ellos hablaban y bebían más de lo que miraban las cartas. Pep era un gran orador, un consagrado defensor del movimiento librepensador, de la lucha sindical, de la defensa de las libertades, de la igualdad política, de la necesidad de educación del proletariado... Tina soñaba en aprender tanto como él, conquistarlo con ideas y palabras y convertirse en su compañera, aunque hablar en público por aquellos entonces aún le costaba mucho. Le daba vergüenza expresar sus ideas ante aquel hombre del que se había enamorado perdidamente y apenas decía nada.

Él parecía no percatarse de su existencia. Le interesaba mucho más Angélica. Con sólo tres o cuatro palabras, mostraba una madurez extraordinaria y un vocabulario muy rico, impropio de una niña, y a veces decía frases tan complejas que resultaba extraño que salieran de ella. «El arte es

la mejor arma de la revolución social.» A Pep le entusiasmaba. Entre sus amigos había uno que trabajaba en una imprenta y que siempre llevaba papel encima para dibujar. Unas ilustraciones satíricas que resultaban de lo más divertidas. Una noche olvidó un cuadernillo casi en blanco y un lápiz en la mesa del cobertizo. Y al día siguiente aquel cuadernillo apareció completamente escrito en las manos de una Angélica febril.

Le preguntaron quién le había enseñado a escribir. No contestó. La respuesta era aún un misterio, uno de tantos. Pep tardó varios días en leer aquellas palabras volcadas en una sola noche. Quedó impresionado. Según anunció, la riqueza del vocabulario y las ideas revolucionarias que allí se plasmaban evidenciaban que aquello no lo podía haber escrito una niña. No había duda de que Angélica era una médium que utilizaba la escritura automática para dar voz a espíritus del más allá.

Tina había sentido celos. Unos celos que se disiparon y se transformaron en agradecimiento infinito cuando Pep le pidió que leyera con él aquel texto. Un largo diálogo entre un hombre y una mujer sobre la conveniencia de la educación del pueblo. La primera conversación en que Pep la miró a los ojos. Aceptó sin pensarlo. Una lectura que repitieron infinitas veces, hasta memorizarla y recitarla ante amigos y familiares. Su primer acercamiento al teatro. Quién se lo hubiera dicho. Ella no tenía más vocación que la de comprarse una máquina de coser Singer, casarse y trabajar en su casa, para poder educar a sus hijos. Los hijos de Pep. Pero su relación tomó rumbo propio y se convirtió en un idilio a tres bandas. Ellos dos y el teatro.

Él la trataba como a una prima, como a una hermana a quien se quiere y se protege y a la que no se toca más allá del escenario. Aunque, en realidad, no tenían ningún lazo sanguíneo. Pep era hijo de la hermana de la tía Roser y Tina del hermano del tío Joan. Le había insinuado un sinfín de veces que quizá podrían establecer nuevos lazos entre los Poch y los Casas. Él nunca la tomó en serio.

Recordó como un sueño la única vez que Pep se había entregado a ella y había gozado de su amor. Un sueño que había sido real, la primera y la única vez que Tina había hecho el amor. Él llegó eufórico, excitado, nervioso, nunca lo había visto en tal estado. Necesitaba apaciguar su excitación y ella tenía un cuerpo confortable que ofrecer. Supo aprovecharlo. Un encuentro fugaz y precipitado a medianoche en el cobertizo del terrado, un momento irrepetible que a Tina le supo a poco. Hacía demasiado tiempo que esperaba y quería más. Pensó que aquello era sólo el inicio de una nueva etapa, las primeras líneas del guion de una historia de amor. La vida a veces regala ilusiones que trunca al instante como cristales que explotan en mil fragmentos. Al día siguiente Pep fue detenido en una redada, de las muchas que hubo después del atentado del Liceo. Lo encarcelaron dos meses. Y cuando salió, volvió a tratarla como a la prima que había sido siempre, sumiendo su encuentro pasional en la nebulosa del olvido. Aun así, ella seguía cada vez más enamorada y esperaba que algún día él también se diera cuenta de que estaba perdidamente loco por ella. ¿Dónde estaría? ¿Lo habría encontrado la policía?

Cuando sonó la sirena y llegó su relevo salió corriendo de la fábrica, ansiosa de nuevas noticias. En la puerta, varias compañeras la retuvieron. No sabían leer y le pedían que buscara entre los nombres de los heridos los de algunos de sus familiares. Los leyó todos en voz alta, por enésima vez en aquel día. No había ningún nombre conocido entre aquellas mujeres y pudo

guardar el diario en el bolsillo y marchar con una excusa rápida.

En la calle, en plena tarde soleada de principios de junio, un farolero empinado en una escalera cubría con una gasa negra la farola. En las fachadas, crespones de luto, y en el ambiente un silencio inusual en un entorno fabril. El duelo era general.

Cruzó de nuevo la Gran Vía y se dirigió montaña arriba. Acortó por la calle de la França Xica, entre tejares repletos aún de trabajadores, caminos llenos de carros y carretas, y gente por todos lados. Más allá, el Poble Sec se abría por su parte más alta, la plaza del Surtidor.

Junto a la fuente, a la sombra de la diosa Ceres que la coronaba, la tía Roser conversaba con un par de vecinas. El niño en brazos. Corrió hacia ella, con mil preguntas incipientes en los labios, aunque no se atrevió a interrumpir la conversación. Hablaban del atentado. Uno de los heridos en la calle Cambios Nuevos era un vecino del barrio. Un pobre jornalero, casado y con dos hijos pequeños, que había resultado gravemente dañado en los pies, las piernas y en el muslo izquierdo, por lo que habían tenido que atenderlo en la Casa de Socorro. Había perdido mucha sangre y de allí lo habían trasladado al Hospital de la Santa Creu. El pobre luchaba entre la vida y la muerte, pero eso no impedía que su presencia en una procesión resultara sospechosa a ojos de la policía. No lo habían detenido a él, medio muerto como estaba, pero sí a su cuñado, un anarquista conocido que vivía en la calle Radas y que ya había caído entre rejas cuando lo del Liceo.

Tina preguntó entonces por Pep. No había regresado. Y por Magda. Tampoco. Los ojos de la tía Roser gritaban de miedo, aunque su cuerpo y su rostro mantenían la tranquilidad necesaria para calmar al niño, al que tenía en brazos.

—Y del tío, ¿qué te han dicho?

—Vuelva a pasar mañana que tendremos la lista de detenidos actualizada. —Ésa había sido la respuesta que le habían dado en comandancia—. Si están con nosotros estarán bien, no sufra.

Imposible no sufrir.

El niño lloró de hambre y la tía se apresuró a llevarlo a la casa.

—¿Y Angélica?

—Arriba, aún con fiebre.

—Yo voy al Centro Social —dijo Tina.

Estaba desesperada. Tenía que pedir ayuda, avisar a Felip y al resto de los compañeros del grupo de teatro de lo que había sucedido. Quizá la gallega ya lo hubiera hecho...

No tardó ni cinco minutos en llegar a la esquina con la calle Tapiolas. El corazón le latía acelerado. Cruzó sin mirar por el portalón abierto, buscando las caras que había al otro lado de la puerta interior, en la platea del Centro Social. Le cortaron el paso en el patio, nada más entrar. Y la respiración. Un par de guardias civiles la sujetaron con fuerza. Le preguntaron a gritos su nombre. No le salía la voz. La zarandearon sin dejar de gritar.

—Agustina Casas. Agustina Casas —repitió—. Tina.

—Dirección.

—Plaza del Surtidor, 13, tercero.

—¿Es familia de Josep Poch?

—No. Sí. No exactamente... ¿Le ha pasado algo a Pep?

—Está usted detenida.

¿Detenida? Quiso soltarse de los brazos que la aferraban, intentando vislumbrar lo que sucedía al otro lado de la puerta. No vio nada. La esposaron con unas cuerdas que le apretaron cada vez más las muñecas, hasta hacerlas sangrar. Lanzó cabezazos y patadas al aire, no daba crédito a lo que estaba pasando.

—¿Por qué me detienen? —preguntó con rabia contenida—. ¡Suéltenme! —gritó.

Le dieron una patada en el culo que la postró en el suelo. Quiso quejarse, pero le taparon la cabeza con un saco y perdió la visión.

La hicieron levantarse del suelo, la empujaron y caminó a ciegas sin saber a dónde. La obligaron a subir un escalón muy alto. Era un carruaje cerrado. Cuatro caballos relinchaban esperando la partida. De un golpe la sentaron en un banco. El cuerpo agarrotado. Un hombre de pie, a su lado, le refregó el pene por encima del saco a la altura de la boca. Quería vomitar. Se le encogió el estómago y se le cerró la tráquea. Ahogada.

Hicieron entrar a más gente en el carruaje. Oyó la voz de Felip, el director de la compañía de aficionados, gritar que ellos sólo hacían teatro. Sólo hacían teatro, nada más. Lo callaron a golpes. Dos o más hombres dando patadas y puñetazos. Arnau, uno de los actores, también estaba allí. Gritó que los dejaran en paz, que no habían hecho nada. A él también lo callaron a golpes. Tina oyó los lamentos de dolor de sus compañeros y un miedo atroz le provocó un alarido que le devolvió la respiración. Sintió su nombre en boca de Felip. Debía llevar la cabeza cubierta, porque sólo al oírla se percató de su presencia. Lo notó recuperarse, envalentonarse contra sus agresores y preguntar el motivo de la detención de Tina.

—Déjenla libre, es sólo una mujer —expuso.

Le pegaron de nuevo.

Ella apretó los dientes. Sólo una mujer. No era propio de Felip decir aquello. Lo entendió como un gesto para salvarla, la única manera de hacerles ver a aquellos policías que se equivocaban deteniéndola. Se equivocaban al detenerlos a todos, aunque lo hicieron. El coche emprendió la marcha y no pudieron siquiera cruzar una palabra a lo largo del trayecto.

Cuando el carruaje se detuvo los sacaron a ellos primero. A golpes. Tina siguió allí dentro, espantada y ahogada con el bulto de aquel cuerpo masculino refregándose contra su boca. El saco le rascaba la cara y le magullaba la piel hasta hacerla sangrar. Tardaron un rato en empujarla para salir. No opuso ninguna resistencia.

Se dejó llevar a empujones al interior de un edificio. La obligaron a bajar unas escaleras que no podía ver. Se pisó la falda, tropezó varias veces y cayó rodando y gimiendo de dolor. Nadie la ayudó a levantarse y lo hizo por su propio pie. Tenía que ser fuerte, mantenerse lo más entera posible para defender su inocencia ante cualquiera. La hicieron pasar a una sala y una puerta se cerró a sus espaldas. La cachearon y le sacaron lo poco que llevaba en los bolsillos. Oyó los gritos de otros detenidos en las salas contiguas. No reconoció ni a Felip ni a Arnau. Tampoco a Pep.

Una voz autoritaria que no había oído antes pidió que le quitaran las esposas. Respiró aliviada, mientras se notaba las muñecas ensangrentadas liberarse de aquellas ataduras. Quiso tocarse una mano con la otra, pero no la dejaron. Dos personas la estiraron por los brazos, una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda, y le envolvieron las muñecas con grilletes de hierro. Gritó que la soltaran y lanzó patadas al aire, y fue peor. Le ataron los tobillos con las cuerdas que

antes habían sujetado los brazos y una fuerza aún más bruta. «¿Por qué? ¿Por qué?», repitió, sollozando, con el saco adherido a la nariz y a la boca, ahogándola. Un cubo de agua estalló contra su estómago. Perdió el equilibrio. Las muñecas se le despellejaban. Le lanzaron otro cubo de agua helada por encima de la cabeza.

—¡Apesta!

No le dijeron nada más. Se fueron dejándola allí. Crucificada.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquel calabozo. Aislada. ¿Por qué no la dejaban salir? Había gritado la pregunta cientos de veces, aporreando la puerta con los puños, llorando, gimiendo, sollozando desesperada, desquiciada. ¿Por qué le hacían aquello? ¡Todo era un error!

Un centinela abrió el postigo y le tendió algo más que comida.

—Tranquilízate —le susurró—. Te soltarán en cuanto te interroguen.

—¿Cuándo? —gritó Magda.

No hubo respuesta ni más información, sólo una taza con líquido negro y un panecillo seco que devoró hambrienta.

Le habían proporcionado comida en tres ocasiones más, mala y escasa. Y le habían facilitado el orinal que rebosaba su descomposición en la esquina. Ningún otro contacto con el exterior. Tampoco había podido dormir. Aquel calabozo minúsculo la ahogaba. El cuerpo extenuado y la mente perdida en un laberinto de incógnitas.

Oyó el lejano llanto de un bebé. Un berrinche incansable que le penetró dolorosamente en las sienas. Su hijo, su hijo, su hijo. Creyó volverse loca. Se acurrucó en una esquina del banco, tiritando, con la cabeza entre las manos y el corazón acelerado a punto de estallar. El llanto era cada vez más fuerte y le perforaba los tímpanos y el alma.

No estaba loca. La puerta se abrió con un golpe seco y un carcelero empujó adentro a una muchacha con una criatura en brazos. Los dos lloraban. Magda notó un pinchazo en el pecho, una fuerza que le subía del estómago y le llenaba de líquido ardiente los senos. La puerta se cerró con un portazo que hizo berrear aún más fuerte al niño. Magda se quitó la toquilla, se desabotonó la blusa y la camisa interior, y le arrebató la criatura de los brazos a la madre. Llevó la boca al pezón y la succión ansiosa que sintió la sumió en un mareo. El llanto había cesado. Se acomodó en el banco, respirando profundamente, con los ojos cerrados, la espalda apoyada en la pared y el niño en el regazo. ¿Qué sería de su hijo?

—Ten, se te ha caído esto.

La voz de la muchacha le llegó lejana. No quería hablar con nadie. Necesitaba sentir el contacto de aquel niño y creer que era el suyo, darle a él el amor que no le podía profesar a Llibert; evadirse de aquel calabozo miserable por un momento y sentir el calor del hogar, aunque sólo fuese en sueños...

—Ten —repitió—. Guárdalo.

Abrió los ojos inundados en lágrimas y vio la mano tendida que le ofrecía una malla con dinero. El de su semana que había llevado escondido entre los pechos. Miró a aquella muchacha, pálida, ojerosa y despeinada. Si fuera una delincuente la habría robado y ella no se hubiese enterado. Lo tomó y lo guardó en el bolsillo de la falda, procurando no molestar al niño, que seguía mamando, más calmado.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó Magda, enternecida.

—Vinieron a mi casa buscando a mi compañero. —La muchacha comenzó a llorar de nuevo—. No estaba. Lleva varios días sin aparecer. No me creyeron y me detuvieron. Para interrogarme, me han dicho.

No las dejaron hablar más. La puerta se abrió de nuevo y un carcelero le arrebató el niño del pecho a Magda, se lo devolvió a la madre y, aferrándola por el brazo, la sacó en volandas de aquella celda. Asustada, indefensa. Se mareó y estuvo a punto de desfallecer, pero la obligaron a caminar hasta una sala cercana. Dentro la esperaba el oficial que la detuvo, con el bigote ladeado y la misma mirada páfida.

—Te gusta exhibirte, ¿eh, Magdalena?

Se tapó los senos descubiertos con el brazo libre e intentó abotonar la camisa con una sola mano, sin conseguirlo. El celador que la sujetaba la obligó a sentarse en una silla y la soltó. Los dedos marcados en la carne dolían como si siguieran apretando. El oficial del bigote le hizo un gesto al otro para que se marchara.

—¡A sus órdenes, mi teniente!

Teniente. Magda se quedó sola con él, temblando de miedo.

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me retienen aquí? —preguntó, sin atreverse a levantar la voz ni apenas la mirada.

—No has contestado a mi pregunta. Te gusta exhibirte, ¿verdad?

No sabía qué contestar. Negó con la cabeza, acurrucándose en la silla y tapándose el cuerpo entero con la toquilla. El teniente también se sentó, pero no en la silla que había frente a ella sino sobre la mesa. El pie a la altura de su barbilla.

—A ver, vamos a repasar tu ficha. Así que eres de la Vall de Boí, ¿eh? ¿Cuántos años llevas aquí?

—Cuatro —respondió con un susurro. La mirada clavada en el zapato reluciente del teniente.

—Cuatro. Y no has parado de meterte en líos.

—¿En líos? ¿Yo? —Alzó la voz y rompió a llorar—. ¡Se equivoca, yo no he hecho nada!

—¿No has hecho nada? Eres madre soltera. Sólo por eso ya mereces estar aquí. ¿No te da vergüenza?

La pregunta le cortó el llanto. Su hijo era el único motivo por el que merecía la pena vivir. No, no le daba vergüenza.

—Madre soltera y putón verbenero que se pasea de escenario en escenario para hacer la revolución social. ¿Te parece poco motivo para detenerte?

—¿Qué? ¡Se equivoca! Yo no... —Alzó la cabeza y miró a aquel hombre a los ojos—. ¡Yo soy cigarrera! ¡En el Español!

—Sí, sí, ya. Una cigarrera con ínfulas de actriz.

—No, se lo juro, se equivoca.

—¿Dónde estuviste el jueves?

—¿El jueves?

—Sí, el jueves pasado.

El teniente relajó el bigote y endulzó la mirada. Magda no la sostuvo y bajó la cabeza, pero su interlocutor le levantó la barbilla con la punta del zapato obligándola a mirarlo de nuevo. Contestó con la respiración acelerada.

—Trabajé por la mañana, en el *cock-pit*. Fui a casa a comer y luego volví para la sesión

teatral de la tarde.

—¿Y por la noche?

—No había trabajo y me enviaron a casa. Nos pagan por sesión y el jueves sólo me dejaron hacer dos...

—¿Y luego?

—Fui a casa, con mi hijo.

—¿No fuiste al Centro de Carreteros de la calle Jupí?

—¿Adónde? No, yo no...

—No mientas, es mejor que digas la verdad. Te vieron allí con tu hermano. Un montón de gente. En el escenario lanzando consignas revolucionarias. ¿No es así, Nora?

Un nudo le retorció el estómago. La confundía con Tina.

—No, no, ¡no era yo!

—¿Cómo que no? Di la verdad. Te gusta subirte al escenario y hacer como si fueras toda una dama, la Nora esa, no pasa nada.

—Se lo juro, no era yo; se lo juro por mi hijo. —Notó el pie de su interlocutor clavársele en el cuello.

—¿No? ¿No eres tú Magdalena Poch, la hermana de Josep Poch, la que se pasea con él de escenario en escenario?

—¡No! Soy Magdalena Poch y Pep es mi hermano, pero yo no hago teatro con él. ¡Se lo juro!

El teniente bajó de la mesa de un salto, liberándola de la presión del zapato. Le alzó la barbilla con la mano y ladeó el bigote, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Quién le dio las bombas a tu hermano?

—¿Qué bombas? No sé de qué me habla.

El pulgar del teniente le apretaba la mejilla y apenas podía hablar ni pensar. Rígida, inmóvil, aterrorizada.

—Te hablo de las Orsini que abandonaste en la calle Fiveller.

—No sé de qué me habla, se lo juro. Yo no tengo nada que ver con bombas, se lo juro, se lo juro.

—¡No jures tanto y dime la verdad!

La liberó y empezó a caminar a su alrededor. Magda tragó saliva y por poco se ahoga. Tosió y lloró, todo a la vez, llevándose las manos al cuello y a la cara. Aturdida.

—A ver, veamos. Trabajaste en el Español. ¿A qué hora saliste?

—A las ocho o así...

Intentó recomponerse, pensar con claridad y decir la verdad. Una verdad que demostrase que ella no tenía nada que ver con todo aquello.

—¿Y no habías visto a tu hermano en todo el día?

—Sí, pasó a verme por el teatro, a la tarde. Yo aún no sabía que no trabajaría aquella noche, que no hacía falta que me viniera a buscar, y no se lo dije...

—Y fuiste al Centro de Carreteros tú sola.

—No, fui a casa, con mi hijo. ¡Pregúnteselo a mi tía!, estuve con ella.

—Pues tu tío me ha dicho que la actriz es su sobrina. Dice que el jueves estaba en el Centro de Carreteros porque fue a verte actuar.

— ¡No era yo, se lo juro, era otra sobrina!

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Tina...

Pronunciar aquel nombre la hizo sentirse una traidora. Se tapó la cara con las manos, pero el teniente la sujetó de nuevo por la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—¿Qué Tina? ¿Dónde vive esa Tina?

—Con nosotros, en casa. —Sollozó angustiada—. Es la hija de Pere Casas, el hermano del tío Joan.

—¿Tanta gente ahí dentro? ¡Qué asco!

La soltó con un empujón que la clavó aún más en la silla. Gritó del susto, pero mantuvo la mirada de aquel hombre. Los ojos suplicantes.

—¡Yo no he hecho nada, se lo juro!

—¿A qué hora viste a tu hermano?

—No sé, un par de horas antes de salir, a las seis o así...

—¿Qué te dijo?

—No sé... Me preguntó si estaba bien, se preocupa mucho por mí, y hablamos de Llibert, lo quiere mucho...

—¿Quién es Llibert?

—Mi hijo —respondió Magda, y se deshizo en lágrimas.

El teniente volvió a sentarse, esta vez en la silla que había frente a ella. Su odioso rostro trazó una mueca que intentaba transmitir ternura sin lograrlo. Acercó su cara a la de Magda.

—Está bien. Según tú, el jueves al salir del Español te fuiste a casa con tu hijo y tu tía. ¿Había alguien más en la casa?

—Pere. Está muy enfermo...

—¿A qué hora vinieron los demás?

—No lo sé. Me dormí. Al día siguiente tenía que ir a trabajar y yo...

—Bien, veamos. Retrocedamos. Cuando viste a tu hermano en el teatro, ¿llevaba las bombas encima?

—¿Qué bombas? Le juro que no sé de qué me habla, Pep no tiene nada que ver con bombas.

—¿Se las quitaste o te las dio él?

—Le digo la verdad, se lo juro, ¡no sé nada de bombas!

La puerta se abrió y un oficial llamó al teniente para acudir a una urgencia. Le habló al oído. Magda miró aquel bigote arrogante y lo notó enfurecerse hasta echar humo. Se acercó de nuevo a ella, la cogió del pelo y la miró a los ojos.

—No me creo tu historia —le recalcó—. Seguiré el interrogatorio mañana.

Magda sacó fuerzas para gritar:

—¡Déjeme salir de aquí! ¡Quiero ver a mi hijo! ¡No pueden retenerme sin una orden de detención de un juez!

El teniente la miró desde la puerta, con una sonrisa maligna y un desprecio feroz.

—No la necesitamos. Tú y tus amigos terroristas habéis llevado la ciudad al estado de excepción y se han suspendido las garantías constitucionales. No tienes derecho a comunicarte con nadie, ni siquiera con un abogado. Y al juez, ya se lo diré yo.

Aquellas palabras le cayeron encima como una sentencia de muerte. La acusaban de un delito que no había cometido y ni siquiera tenía derecho a una defensa...

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente! —gritó, aunque no sirvió de nada.

Se sintió desfallecer. Un celador la obligó a levantarse y caminar. Las piernas le flaqueaban. La condujo al mismo calabozo del que había salido antes. Estaba vacío.

—¿Qué ha sido de aquella muchacha y de su bebé? —preguntó confundida.

—La han trasladado al presidio de Amalia. A ti también te trasladarán.

El celador no añadió nada más. Se fue, encerrándola entre aquellas cuatro paredes opresivas y asfixiantes. El orinal lleno de heces, el aire irrespirable y el espacio plagado de moscas y mosquitos. Un zumbido sofocante que perforaba la sien. Se acurrucó en el banco y se tapó la cabeza con la toquilla, intentando tranquilizarse.

En su mente se apilaban los datos que tenía. Iban a trasladarla. Detenida y sin derecho a defensa. Acusada de terrorismo. De haber abandonado unas bombas en la calle de Fiveller. Unas bombas que, según ellos, antes había tenido Pep. Creían que ella era actriz. La confundían con Tina y había intentado explicar el equívoco... Y se sentía una delatora. Pero ¿cómo pensar que Tina pudiese tener nada que ver con bombas? Ni Tina ni Pep, ¡imposible! ¿En qué historia los implicaba la policía?

Fuera lo que fuese había pasado el jueves. El jueves y no el domingo. No podía ser nada relacionado con la tragedia teñida en sangre de inocentes en la procesión de Corpus de Santa María del Mar.

Intentó hacer memoria. ¿Qué le contó Pep el jueves por la tarde? Recordó que lo había visto llegar y que paró la carreta frente al porche del Español. Ella estaba en el vestíbulo, hablando con el portero. Apenas había gente. La llevó a un rincón y le pidió tabaco, como siempre. Le dio cigarrillos y cerillas, y cacahuets para Llibert. Regresaba a casa después del día de trabajo, a averse y prepararse para ir a algún lado con los de la Compañía Libre de Declamación, el grupo de aficionados en el que él y Tina actuaban desde hacía unos meses. Al Centro de Carreteros, sí. Era jueves de Corpus y ellos celebraban una función teatral como alternativa a las procesiones. La función en la que Tina daba vida a la tal Nora. Se marchó rápido, con prisa, tras darle un beso en la frente, como siempre, y lanzándole una de aquellas sonrisas suyas tan cautivadoras. Recordar la sonrisa de Pep la reconfortó.

No volvió a verlo hasta el día siguiente, por la mañana, mientras ella le daba el pecho a Llibert, cuando él salió a toda prisa para ir a trabajar, medio dormido como siempre y con la camisa sin abrochar. Y luego al mediodía, a la hora de comer. El tío Joan había llegado negro de carbón, como era habitual, y antes siquiera de lavarse las manos estrechó a Pep con un abrazo efusivo de felicitación. Por la función de la noche anterior, que había sido todo un éxito.

—Alguien tiene que enseñar las miserias de los burgueses —había dicho el tío—. Escoger este texto ha sido todo un acierto.

El tino de haber llevado aquella obra al escenario había sido el único tema de conversación alrededor de la mesa durante varios días. No habían mencionado nada que pudiese hacer pensar en bombas, actos terroristas ni nada parecido, sólo teatro. Nora por aquí y Nora por allá. Una crítica social y una defensa a las mujeres.

Magda conocía la obra. Un lunes, su día de fiesta en el Español, había visto un ensayo en el Centro Social del Poble Sec, donde se reunía la compañía. Se había quedado impresionada. Los había visto iniciarse a los dos en el arte dramático primero de la mano de Angélica, que había escrito los diálogos y monólogos que ellos escenificaban en casa, y luego con el grupo de

aficionados de la sociedad de recreo de la pedrera de la Satalia. El montaje de aquel drama con la nueva compañía era, sin duda, un salto cualitativo, un paso del teatro de aficionados a algo más, a teatro con mayúsculas.

Ambos estaban irreconocibles. Felip Cortiella, el joven director de aquella Compañía Libre de Declamación, le había proporcionado a Tina un vestido elegante, una peluca y un sombrero adornado con crespón, cinta y plumas y parecía otra. Era otra, una dama burguesa llamada Nora. Pep daba vida a su marido, un elegante abogado que trataba a su esposa como a una muñeca y la llamaba con nombres de animales. Alondra, ardilla,avecilla... También actuaban la gallega, Arnau y otros obreros a los que Magda apenas conocía, e incluso Felip, que además de ejercer de director hacía de actor y daba vida a un tal Krostad, un malvado procurador que extorsionaba al matrimonio protagonista...

Magda no había entendido a aquella mujer. Ella, igual que Nora había descubierto durante la obra, creía que las mujeres podían ser libres e iguales a los hombres, y que ningún marido egoísta y sin escrúpulos merecía su amor. Pero no había entendido que, después de todo lo que había sufrido, se marchase abandonando a sus hijos. No podía entender que una madre hiciese algo así.

Aquéel era todo su vínculo con Nora, su única relación. Pero el teniente del bigote la había llamado con aquel nombre. «Te gusta subirte al escenario y hacer como si fueras toda una dama, la Nora esa, no pasa nada», le había dicho. Se equivocaba.

Hacía tiempo que Magda había descartado convertirse en una dama. Ahora sabía que jamás lo sería y había aceptado su sino, aunque hubo una época, al principio de vivir en Barcelona, en que intentó huir del entorno gris y envuelto de humo que la rodeaba. Miraba la ciudad que se extendía al otro lado del Paralelo y que crecía con nuevos barrios diseñados a medida para los burgueses, y soñaba con trasladarse allí, de la mano de algún apuesto galán. Creyó que no le resultaría difícil. Cuando empezó a trabajar en el Español atraía las miradas de todos los hombres. Eran muchos los que la cortejaban y ella quiso tomarse su tiempo y escoger el mejor partido... Y tuvo una oportunidad. Una oportunidad que no supo aprovechar, porque se enamoró de la persona equivocada.

Fue en la primavera de 1893, cuando la compañía del famoso actor Enric Borràs actuó en el Español y ofreció dos funciones. El teatro, cuyo público entonces era mayoritariamente obrero, se llenó de burgueses, artistas e intelectuales admiradores del gran intérprete. Grupos de hombres vestidos a la última moda que hacían cola en el guardarropa para dejar sus levitas y sus sombreros de ala ancha.

Uno de aquellos hombres la hizo reír. Fumaba una pipa en la que en lugar de tabaco en polvo introducía un puro, lo que provocaba no sólo las carcajadas de ella, sino las de todos los allí presentes. Era fortachón, de cabeza cuadrada, pelo corto, bigote y una barba poblada, y la miraba por detrás de unas pequeñas lentes. Le dijo que ya la conocía, que la había visto antes y que tenía pruebas. Ella creyó que le tomaba el pelo, que era sólo una estrategia para entablar conversación, pero él sacó un cuadernillo repleto de dibujos y buscó entre las primeras páginas. Sus amigotes lo rodearon, mirando los dibujos y haciendo bromas al respecto, y ella se marchó con su canasto a otra parte. No tardó en retenerla del brazo y enseñarle la prueba en cuestión: un retrato a carboncillo en el que Magda se reconoció al instante. Lo había tomado en el patio de Cordeleros, el día de la ejecución de Aniceto Peinador.

Magda no pudo evitar reír. Aquel pintor de aspecto burgués aunque bonachón había sido el

que había infundido el miedo en Tina y el que las había hecho cambiar de lugar y situarse debajo del árbol. Si él no hubiera realizado aquel retrato, ellas nunca habrían conocido a Angélica.

El pintor le pidió permiso para volver a pintarla. Le suplicó que acudiera a su estudio al día siguiente y le depositó en la mano una nota con la dirección. Ella no sabía si aceptar o negarse; sonreía como una tonta que intentaba descifrar una señal del destino. Entonces intervino uno de aquellos amigotes. Un joven de pelo ondulado y largo hasta casi los hombros, vestido con camisa blanca y lazo al cuello, de ojos azules, mirada viva, bigote fino y perilla, que hablaba con acento francés y que se ofreció a llevarla él mismo en su carruaje: Antoine Carteron. Toni. El destino que su corazón escogió.

Por aquella época no funcionaba aún el *cock-pit* y apenas había sesiones matutinas en el Español. Se dieron cita a la mañana siguiente, en la plaza del Surtidor, y él pasó a recogerla a la hora prevista. Guapo y elegante como ningún otro hombre y conduciendo él mismo una calesa ligera y con capota tirada por un solo caballo. Le gastó bromas a lo largo de todo el camino, bromas de buen gusto que la hicieron sentir cómoda y relajada. Le asustaba un poco posar como modelo ante un pintor.

El estudio al que iban estaba cerca de la Rambla, en la calle Ancha, una nave llena de lienzos, tablas y paletas de color. Allí descubrió que el pintor, don Ramón, hablaba poco cuando no estaban sus amigotes delante. Nada más verla la colocó junto a una pared blanca, de pie, le dijo que no se moviera y empezó a pintar sin mediar palabra. Le daba el sol en la cara y se quedó quieta, tal como le había dicho, con los ojos entornados a causa de la luz. Antoine también pintaba, no en lienzo ni con pinceles, sino en hojas sueltas y con carboncillo, tomando bocetos rápidos como si fuera un alumno. Él era el único que hablaba, en un francés que ella no entendía, pero con un acento y una alegría adorables. Debía bromear, porque don Ramón reía como si todo le hiciera gracia, aunque sin levantar la vista del caballete tras el que se escondía. Un par de horas después, el pintor indicó que ya tenía suficiente. Le dio cinco pesetas y le pidió que regresara al día siguiente. ¡Cinco pesetas!

Y Antoine se ofreció de nuevo a acompañarla a casa y a volver a recogerla por la mañana. Tiempo suficiente para que ella se enamorara perdidamente. No se atrevió a preguntarle nada personal y le imaginó un sinfín de vidas. Joven artista recién llegado de París, heredero de una fortuna, ávido de belleza y amor... Pero el tercer día, al volver a la plaza del Surtidor, la tía Roser, que andaba junto a la fuente, la despertó de su encanto.

—Yo conozco a ese chico —le había dicho—. Es Toni, el hijo de August, el sombrerero para el que trabajo.

—Te equivocas —había contestado Magda—. Es francés.

—Sí, sí, son franceses, aunque llevan aquí en el barrio toda la vida, creo que vinieron al poco de nacer él.

Y entonces entendió que Antoine no era un joven burgués ocioso, sino un simple cochero al servicio del pintor. El hombre de su vida, su destino. Un obrero más del Poble Sec.

No le importó. Se dejó guiar, de su mano, en los círculos más exclusivos de aquella sociedad que los suyos odiaban y contra la cual todos luchaban. Una burguesía bohemia que vivía para cultivarse y pasárselo bien. Toni tenía acceso a la mayoría de sus fiestas y, aunque ella trabajaba y tenía pocas noches libres, en varias ocasiones la había obligado a ausentarse del trabajo para disfrutar de la vida como lo hacían los ricos. Juntos, y con la protección y el consentimiento de

don Ramón, acudieron a algunos de los acontecimientos más sonados que se habían celebrado en la región. Recordaba especialmente el fin de semana en que habían asistido a una de las fiestas modernistas que otro de aquellos burgueses, don Santiago, había organizado en la vecina población de Sitges. Angélica le había suplicado que la llevara con ellos, y también a Pep y a Tina, y Toni consiguió permiso y convirtió la escapada en unas verdaderas vacaciones. Las únicas de las que había disfrutado en toda su vida y que sabía irrepetibles.

Poco después empezaron las catástrofes. A Pep lo hicieron preso, Toni desapareció para no volver y don Ramón cambió de modelo y no quiso saber nada de una Magda embarazada. Entendió de golpe que la vida no era un regalo y que hasta el amor requería sacrificios. El hijo que crecía en su vientre fue la única luz de esperanza en su futuro. No le importó el qué dirán y afrontó el embarazo sola con gran dignidad, sin apenas dejar de trabajar y mostrando al mundo que le daba igual que la señalaran con el dedo. Tener a Llibert, criarlo y darle todo el amor que ella no había recibido nunca, fue la mejor decisión que había tomado en su vida. Y por suerte la familia había aceptado ayudarla acogiendo al niño como al hijo de la casa. Nunca más volvió a pensar en convertirse en una dama ni en vivir en uno de aquellos barrios nuevos que crecían más allá del Paralelo. Nunca volvió a creer que podría tener dinero sin haberlo ganado con el sudor propio. Magda, igual que Nora, era una mujer dispuesta a luchar por sí misma y por sus convicciones. Pero a diferencia de ella, no estaba dispuesta a perder a su hijo.

Tenía que ser fuerte para defenderse sola, conseguir salir de allí dentro y regresar a su lado.

Recobró el conocimiento, aterida. La piel de gallina, temblores, escalofríos, las manos entumecidas. Respiraba muy rápido, el aire no le llegaba bien a los pulmones. Se sentía desorientada, confusa, no podía pensar con claridad. Las muñecas doloridas. Tomó conciencia de dónde estaba. Sentada en un suelo encharcado, en un rincón de la sala donde le habían dado la ducha. No pudo evitar orinarse encima y rompió a llorar.

La puerta se abrió y un guardia, sin pasar del dintel, le tendió una manta seca. Levantarse de aquel suelo le costó un gran esfuerzo. Resbalaba y sus muñecas doloridas no la dejaban sostenerse. Consiguió ponerse de rodillas, alzó un brazo y se agarró del grillete que antes la había aprisionado. Los escalofríos eran cada vez más violentos. Tiró de su cuerpo hacia arriba y las piernas le flaquearon. Caminó apoyándose en la pared. No quería llorar aunque no podía detener el llanto.

Al traspasar la zona encharcada el guardia se acercó, la ayudó a cubrirse con la manta y le frotó la espalda para hacerla entrar en calor. Un gesto que la reconfortó lo suficiente como para sentirse de nuevo viva. Quería defender su inocencia, pedir que la dejaran salir de allí, pero la garganta encogida por el frío y la congoja impedía el paso de la voz.

El calor penetró lentamente en los brazos, liberándolos del temblor. Se secó la cara, el cabello chorreante, el cuello, el pecho, la cintura. Tenía la bata empapada y no siguió para no mojar la manta. El guardia salió y volvió a entrar con un líquido caliente y un panecillo.

—Prepárate porque vendré a buscarte en un rato. Te van a interrogar.

Se quedó sola. Logró quitarse la ropa y envolver su cuerpo desnudo en la manta, ya húmeda. Escurió la bata con las manos todo lo que pudo, estrujando el tejido de paño hasta exprimir la última gota, y volvió a ponérsela. Aún tiritaba, por fuera y por dentro. No pudo comer, aunque beber el líquido caliente le desbloqueó la garganta y le relajó el estómago.

La puerta se abrió de nuevo y el guardia le indicó que lo siguiera. Caminó por su propio pie, con la cabeza erguida, el cuerpo rígido enfundado en un vestido húmedo y el corazón temblando encogido bajo una manta.

La condujeron hasta una sala con una gran mesa y dos sillas, donde un oficial, sentado de espaldas a la puerta, miraba un informe.

—Mi teniente, aquí tiene a Agustina Casas —anunció el guardia, cogiéndola del brazo.

El teniente se volvió y la miró, examinándola con detenimiento, con el bigote ladeado y gesto de desprecio.

—¿Por qué me han hecho esto? —inquirió ella, enseñando las muñecas heridas y la ropa mojada—. ¡No tienen derecho a tratarme así!

El guardia la empujó hasta la silla libre e hizo que se sentara. El teniente la siguió con la mirada, aumentando el desprecio en su gesto a cada segundo. Despidió al guardia con la mano y la interrogó con voz grave.

—¿Tú eres Agustina Casas?

—Sí... ¿Por qué? ¿Por qué me tratan así? ¡No tienen derecho a hacerme esto!

—¿A hacerte qué? Me han dicho que eres una chinche de fábrica y que han tenido que darte una ducha porque apestabas. Es cierto, ¿no?

Tina bajó la cabeza. Ella ya no apreciaba el olor a borra y a aceite de máquina del que se impregnaba en la fábrica.

—Sí, trabajo en un telar, pero eso no les da derecho a...

—¿Qué sabrás tú de derechos, ¿eh, Tina? ¿O prefieres que te llame Nora?

Crueldad en la voz y una mirada afilada imposible de sostener. No respondió. El teniente se encendió un pitillo y le echó el humo a la cara y la hizo toser.

—Así que tú eres la proletaria que hace de actriz... Jamás lo hubiera dicho. ¡Das pena! No le llegas ni a la suela de los zapatos. ¿Haces llorar al público o se ríen a carcajadas nada más verte? ¡Fea de mierda!

El odio visceral en la mirada del teniente penetró en Tina y le provocó un escalofrío intenso que le recorrió el cuerpo y le erizó la piel. Habló tartamudeando.

—Ser fea no es un delito. No puede retenerme aquí.

—Sí que puedo.

El teniente se levantó de la silla y se le acercó. Notó la mano de aquel hombre levantándole la barbilla y apretó los dientes. La rabia contenida le devolvió calor suficiente para alzar una mirada desafiante. Él endulzó el tono, sin soltarla.

—A ver, dime, ¿estuviste el jueves pasado en el Centro de Carreteros de la calle Jupí, en el barrio viejo?

Se le congeló el alma. Sabía que las personas que frecuentaban aquel centro obrero estaban siempre bajo el punto de mira policial. Tenía que ser cauta con sus respuestas, aunque no quería negar una verdad de la que no se avergonzaba.

—Sí. Fui a una velada teatral.

—Una función clandestina, ¿no?

Tina no respondió, aunque agachó la cabeza. Nunca daban cuenta a las autoridades de las funciones que representaban en los centros obreros ni pedían los permisos que exigía la ley.

—¿Había mucha gente?

—Un grupo reducido de obreros.

—¿En qué consistía, exactamente, la velada teatral?

—Primero hubo una charla de introducción, después una representación y luego un debate sobre la obra.

—¿Y tú hacías de Nora? ¿De la dama protagonista? ¿Con esa nariz de cuervo y ese cuerpo sin garbo?

—Le asombraría ver lo mucho que soy capaz de transformarme cuando interpreto.

El teniente la miró desconcertado. Ella también se asombró con su propia intrepidez. Debía ser más cauta si no quería tener aún más problemas.

—Ya veo que tienes carácter. —La soltó y caminó a su alrededor, fumando—. ¿A qué estaba destinada la recaudación de la velada?

Ella recompuso su postura en la silla, estirando la espalda y la cabeza, y apretando el estómago para contener la temblequera. Contestó la verdad.

—A recuperar la inversión.

—¿Qué inversión?

—El coste de los decorados y el vestuario, ya sabe.

—No era la primera vez que habíais representado esa obra. Tengo entendido que el estreno fue en el Circo Barcelonés, el 23 de mayo, y que estaba abarrotado. ¿No es cierto?

—La entrada sólo costaba un real y la mitad se lo quedaba el teatro.

—Aun así la inversión ya tendría que estar cubierta...

Pensó que era mejor explicarlo todo. El único delito que habían cometido era el de difundir la cultura y las ideas de progreso entre el pueblo obrero, y ella estaba dispuesta a defender su derecho a seguir haciéndolo.

—No era sólo eso. Están también los gastos del boletín que se regala al público. Una revista, *Teatro Social*, dedicada por completo a Ibsen.

—¿Quién es Ibsen?

—El autor de la obra.

—¿El autor? ¡La autora es una mujer, la anarquista esa, Teresa de Claramunt!

La mirada de ella fue tajante, altiva, la de un intelectual que corrige e incluso amonesta a su interlocutor.

—Se equivoca, teniente. El autor es Enrique Ibsen, un dramaturgo noruego que vive en Alemania...

El teniente se recompuso de su sorpresa.

—Otro anarquista, claro.

—Un hombre de ideas que dice verdades como puños. Y un defensor de la mujer libre.

—Te veo muy bien adoctrinada. ¿Y Teresa de Claramunt qué tiene que ver con esta obra?

—¡Nada, se lo aseguro!

Tina admiraba a Teresa, la líder sindicalista más destacada de Cataluña, aunque actuó como si no la conociese de nada. El teniente la miró desconcertado.

—¿Quién dio las charlas?

—Felip Cortiella, el director de la compañía. Habló de la necesidad del teatro para emancipar y sensibilizar a la clase obrera...

—¿Quién más habló?

Se quedó muda. El teniente la sujetó de nuevo, con más fuerza. La presión que ejercían aquellas manos en su mandíbula la hicieron responder, sin pensar.

—Pere Coromines, un intelectual, hizo un análisis de la obra...

—Coromines, claro, no podía faltar. ¿Fue idea suya que actuarais en el Centro de Carreteros?

—¡No lo sé! Yo sólo actúo. ¡No pueden retenerme aquí sólo por haber interpretado a Nora!

—A ver, dime la verdad. ¿El dinero de la recaudación era para pagar las bombas?

La pregunta la horrorizó. Tardó varios segundos en contestar, con la voz rota.

—¿Qué bombas? ¡No sé de qué me habla!

El teniente la miró con severidad. La soltó bruscamente, sacó de su bolsillo un pañuelo blanco con ribetes y una inicial bordada y lo balanceó ante sus ojos.

—Es tuyo, ¿me equivoco?

—No, no es mío.

—Sí lo es. Es el pañuelo de Nora.

—No, se lo aseguro.

Respondió con firmeza, recuperando la postura y alzando una mirada contundente. Él suavizó su mueca, acariciando el pañuelo entre los dedos.

—¿A qué hora saliste de la velada en el Centro de Carreteros?

—A las doce o así...

—¿Tan tarde?

—Teníamos que recoger los bártulos.

—¿Qué hiciste después?

—Cargamos el carro con el resto de la compañía y regresamos al Poble Sec, al centro social, donde ensayamos. Para descargar. Y después me fui a casa a dormir, porque al día siguiente tenía que trabajar.

—¿Con quién ibas?

—Con Felip, Arnau y otra actriz.

No quería dar los nombres de sus compañeros, sólo de los que sabía que estaban detenidos, temía que fueran a buscarlos a todos por su culpa.

—¿Y Josep Poch dónde estaba?

Pep. Le temblaron los labios al oír su nombre. Temió decir la verdad, aunque pensó que era lo único que podía evitar equívocos.

—Él interpretaba a Helmer, el marido de Nora.

—Y después de la velada, ¿qué hizo?

—No sé, no vino con nosotros.

—¿Con quién se fue?

—No sé. Pep desapareció después de la función y no lo vi hasta el día siguiente.

—¿Estás enamorada de él? Es eso, ¿me equivoco?

Tina no contestó.

—A ver, retrocedamos. ¿El jueves trabajaste en la fábrica?

Ella asintió con la cabeza. Él la miró incrédulo.

—¿Y fuiste después hecha un adefesio a hacer de Nora?

Intentó tranquilizarse. No tenía nada que esconder.

—Mi turno acaba a las cinco y media. Hago jornada continua, con una pausa para comer.

—No me interesa la fábrica. ¿Qué hiciste después?

—Fui a casa, a asearme. Y luego Pep me llevó en su carreta a la calle Jupí.

—Pep, claro. ¿Pasasteis primero por la cervecería de Bisbal, en la calle Salvà del Poble Sec? Sintió miedo. La gallega le había dicho que Bisbal estaba detenido en relación con unas bombas, aunque ellos apenas lo trataban...

—No, fuimos directamente al Centro de Carreteros. Teníamos poco tiempo para prepararnos

—¿Iba con vosotros tu tío Joan?

—No, él vino después. Estaba entre el público, había poca gente y...

—Y Magdalena Poch también estaba.

—¡No, Magda no!

Miró angustiada al teniente, asustada. ¿En qué los implicaban a todos?

—¿Estás segura?

—Sí. Magda estaba trabajando, en el teatro Español.

—El jueves salió a las ocho, me lo ha dicho ella misma. Justo la hora de la función en el Centro de Carreteros...

—¡Magda no estaba, se lo aseguro! ¿Qué le han hecho? ¿Dónde la tienen?

—Fue a veros actuar y al acabar la función tú le diste el pañuelo de Nora. Éste.

—¡Se equivoca!

—Si no lo hizo Magda, lo hiciste tú. Al fin y al cabo, tú tenías el pañuelo...

—Ése no es el pañuelo de Nora, ¡créame! ¡Somos una compañía de aficionados y no tenemos dinero para bordar los pañuelos de los personajes!

El teniente la cogió de nuevo por la barbilla, que sostuvo mirando a Tina a los ojos.

—No me engañes. Tenéis dinero para lo que os da la gana. ¿De dónde salieron las tres Orsini? Ella irguió aún más la espalda, manteniendo la compostura y conteniendo el temblor.

—¡De ningún sitio! No sé de qué me habla...

—¿Estaban en la carreta? Las había recogido Pep en la cervecería de Bisbal y tú lo sabías.

—¡No, no, de verdad que no!

—¿Adónde iba Pep con las bombas, eh?

—No sé de qué bombas me habla, ¡se lo aseguro!

—¿Eran para atender en la procesión del Corpus? ¿La que hubo el jueves en la catedral o la del domingo en la iglesia de Santa María?

—¡No!

—¿Felip Cortiella lo sabía? ¿Está toda la compañía implicada?

—Ningún miembro de la compañía tiene nada que ver con bombas, se lo aseguro. Nosotros sólo hacemos teatro, teatro social.

—¡Seguro! Vosotros os reunís para revolucionar a los obreros e incitarlos a cometer fechorías.

Quería argumentar sus respuestas para demostrar su inocencia y la de todos, decir que ellos eran contrarios a la propaganda por el hecho, defender que su único delito era intentar brindar el conocimiento al pueblo, acercar la cultura y la educación, despertar la conciencia entre los obreros...

—¡Sólo hacemos teatro, se lo aseguro! ¡No tenemos nada que ver con bombas!

—Claro. A ti te lo escondían. Y cuando te enteraste, decidiste quitarle las Orsini a Pep, para evitar que hiciera una barbaridad y salvarlo. Porque estás enamorada de él, ¿no es así? Venga mujer, reconócelo. Cualquiera otra hubiera hecho lo mismo en tu lugar. No querías que tu amado se metiera en problemas y le ayudaste.

—¡No, no, nada de lo que dice es cierto! ¡No sé de qué bombas me habla!

—¿Que no sabes de qué bombas te hablo? ¡Pero si ha salido en todos los diarios, no digas tonterías!

El teniente cogió un sobre de la mesa y esparció las pocas pertenencias que le habían requisado a Tina de los bolsillos durante el cacheo. Unas cuantas monedas, la llave del terrado, un pañuelo sucio, una pastilla de jabón y el diario que había comprado por la mañana, que le refregó por la cara. Fijó en él su mirada, espantada.

—Confiesa, será mejor para ti y también para tu amiga. Fue todo idea tuya. Te fuiste con Pep, le quitaste las bombas, las envolviste en el pañuelo y las abandonaste en el primer callejón. Es eso, ¿verdad?

—¡No, se equivoca!

—O lo hiciste tú o lo hizo Magda. ¿En qué quedamos?

—No, Magda no estaba allí, ya se lo he dicho. ¡No hicimos nada de lo que dice!

No vio la mano venir. Notó un golpe seco y la cabeza desencajándose del cuello. Cayó al suelo estrepitosamente.

—¿Qué hiciste con la tercera bomba, eh? ¿A quién se la diste?

Una patada en la barriga le impidió contestar que no sabía de qué le hablaba. Se encogió protegiéndose la cabeza con los brazos, y apretando ojos y dientes. Esperando una nueva patada que no llegó. Los pasos del teniente se alejaron. Oyó su voz al otro lado de la puerta.

—¡Que se la lleven!

Se incorporó y miró asustada a su alrededor. Estaba sola en aquella sala, aunque no tardó en tener compañía de nuevo. Un guardia que le permitió guardar sus pertenencias en los bolsillos antes de esposarla. No la condujo a ningún calabozo. Le indicó que se sentara en la silla y se cuadró firme a su lado, en silencio. Y así permanecieron largo rato.

Tina se sentía confusa, aturdida. La voz del teniente retumbaba aún en su cabeza formulando una pregunta tras otra, las mismas preguntas inquietantes que le había lanzado. ¿De dónde habían salido las tres bombas? No sabía de qué bombas le hablaba. ¿Estaban implicados Felip y los demás? No, no y mil veces no, ninguno de ellos habló nunca de bombas ni de cometer actos violentos. Y Pep, ¿con quién se fue después de la función? Se le hizo un nudo en la garganta. No había mencionado a Angélica durante todo el interrogatorio; ni siquiera se había acordado de ella, a pesar de que la niña sí que estaba en el Centro de Carreteros. Llegó con el tío Joan, poco antes del inicio de la velada y contempló la charla preliminar y la función desde la primera fila. Su luz iluminaba la escena, pero antes de que Coromines concluyera el debate final, ella desapareció. Con Pep. Desaparecieron los dos. Si alguna mujer había salido de aquella sala con él, en la carreta, había sido Angélica. Una mujer con cuerpo de niña.

Hacía cuatro años ya que la conocían y su cuerpecillo no había experimentado ningún cambio. Continuaba igual de infantil, frágil e indefensa como el primer día que la habían visto, en la enfermería de las monjas de la prisión. No había crecido ni un ápice. No se había desarrollado ni su cuerpo se había transformado en el de una mujer; seguía siendo el cuerpecillo de una niña pequeña a la que había que proteger. Y, sin embargo, debía de tener dieciséis o diecisiete años...

¿Adónde habrían ido los dos juntos? Repasó de nuevo en su memoria todos los detalles de aquel jueves que tanto intrigaba al teniente. Tina llegó de la fábrica y subió directamente al cuartucho del terrado, sin pasar por el piso. Desde que Magda había tenido a Llibert, madre e hijo se habían instalado en un colchón en el comedor para gozar de los cuidados de la tía Roser y allí seguían. Entonces el tío Joan había decidido que, a cambio, Tina se mudara al cuarto del terrado, con Angélica, y Pep al camastro que hasta entonces había ocupado Tina en el cuarto de su padre enfermo. Para proteger la dignidad de las jóvenes solteras, había dicho. Desde entonces, las reuniones se hacían en la casa y el terrado era territorio exclusivo de las mujeres. El cobertizo adosado al cuartucho, en el que antes había dormido Pep y donde habían hecho el amor una vez, se transformó en sala de baño. Y cada vez que Tina se desnudaba pensaba en él.

El jueves también pensó en él. Al ver su carreta en la calle supo que estaba en casa. No quiso entrar sin adecentarse, siempre salía muy sucia de la fábrica y le daba vergüenza que la viera así. Fue a buscar agua a la fuente, se lavó y se vistió con una bata limpia, puso la sucia en remojo y bajó corriendo al piso de abajo. Estaba ilusionada, emocionada y ansiosa por volver a interpretar

a Nora. Aquella obra le había dado la oportunidad de besar a Pep en los labios. Se la daba en cada función, dos veces. Besos deseados imposibles de conseguir fuera del escenario.

En el piso, Pep también acababa de asearse. En un barreño en la cocina, como siempre, y con la ayuda de la tía. Guardaron el agua para el tío, que acababa de llegar negro de carbón. En la habitación contigua, Angélica hacía compañía al padre de Tina. Estaba vestida de domingo, preparada para ir a ver la función, y nerviosa, porque no le gustaba demasiado salir a la calle y mucho menos alejarse del barrio. Cada vez huía más de la gente y prefería quedarse escribiendo en lugar de ir con ellos, pero aquel día Pep la había convencido de que fuera a verlos con el tío Joan. Nora lo merecía.

A Tina le habían subido los colores. Al fin y al cabo, ella interpretaba el personaje que Pep tanto alababa. Él, con el torso descubierto y la camisa en la mano, la apremió desde la puerta. Iban tarde. Y salió de su brazo, entusiasmada, deseando convertirse en la compañera de aquel galán dentro y fuera del escenario.

Por el camino repasaron varias escenas, sin besos. Y al llegar al Centro de Carreteros iniciaron la vorágine que precede a todo espectáculo, entre cambios de vestuario, maquillaje y ajustes de peluca y tocados. Felip llevaba allí toda la tarde y ya había montado las escenografías y los decorados. Daba una indicación tras otra, alertando de los riesgos de representar la obra sin haber ensayado en el nuevo escenario, aunque ellos estaban acostumbrados a interpretar cada día en un lugar diferente y a adaptar sus montajes a las dimensiones reducidas de los centros obreros de la ciudad.

La velada dio inicio a las ocho y pico, más tarde de lo previsto. Felip salió a la tribuna, a hacer la presentación junto a Coromines, y dejó a Tina, entre bastidores, ensayando repetidas veces un baile moderno que debía hacer sin apenas moverse en un metro cuadrado. Mientras bailaba, oyó a Coromines presentar a Ibsen como a un artista macho, un hombre de inteligencia superior, triunfador, superador del romanticismo y del naturalismo, capaz de poner sus ideas, su vitalidad y su creatividad al servicio de la sociedad.

Un artista macho. Tina no entendió el sentido de aquella definición, teniendo en cuenta que su principal personaje era una mujer, Nora. Sin embargo, aquel intelectual defendía que sólo un artista macho era capaz de dar vida a una mujer inteligente y valiente, que conseguía librarse de la opresión del hombre sin recurrir al adulterio y obligarla a cambiar de amo. Algunas voces reclamaban que empezara de una vez la representación y los presentadores dieron por finalizada la charla para dar paso a la función.

La platea estaba llena de gente que hablaba y reía en voz alta, pero al descorrerse el telón guardaron silencio. Tina se transformó en Nora y actuó orgullosa, delante de un público formado exclusivamente por hombres. Angélica, en primera fila, era la única presencia femenina en platea. Había obreros, la mayoría carreteros, picapedreros y paletas, y unos cuantos tipógrafos amigos de Felip, que trabajaba de cajero en una imprenta. También había jóvenes intelectuales, un buen grupo, con levitas, bigotes repeinados y anteojos, amigos de Coromines. Conocía a algunos de ellos de vista, pero no sabía ponerle nombre a ninguno.

Pese a que todos los actores se equivocaron en varias ocasiones al dar sus réplicas y chocaron entre ellos un sinfín de veces, la obra fue recibida con entusiasmo.

Hubo abucheos para Helmer, el marido burgués, esteta y egoísta, y ovaciones para Nora. Tina se sintió tan halagada que participó en el debate posterior, tal y como le pidieron Felip y

Coromines. La crítica corrosiva a las convenciones sociales y a las instituciones establecidas fue largamente comentada. Nora atacaba el sistema capitalista y falto de justicia que imponían los burgueses, y también la religión, la moral, la amistad y la familia, aunque la mayoría de los hombres le reprochaban que se largara abandonando a sus hijos. Tina defendió que Nora siempre había actuado motivada por el amor, hasta en su decisión final. El amor la llevó a cortar los hilos que la hacían moverse como una muñeca en aquella casa y, al descubrir la miseria humana en la figura del marido, despertó a una realidad nueva. Su transformación era tal que hasta sus hijos habrían encontrado en ella a una desconocida, de manera que la única salvación posible para ella era romper por completo e iniciar una nueva vida. Habló tan acalorada que ni siquiera reparó en la ausencia de Pep hasta el final de la velada.

Cuando su tío le comunicó que se había marchado con Angélica, no pudo evitar sentir celos. Celos que aumentaron al volver a casa y comprobar que ni el uno ni el otro habían regresado. Celos que duraron hasta el día siguiente... y que se disiparon en cuanto la niña abrió aquellos ojos inocentes y le sonrió.

Según le contó, ella y Pep habían ido a ver el patio de una casa noble del barrio viejo de la ciudad. Necesitaban contemplar un escenario inspirador para la nueva obra que estaban escribiendo, un drama de tintes shakesperianos, que emulaba la historia de Romeo y Julieta, aunque cambiando los personajes por el de un joven revolucionario y el de la hija de unos burgueses. Una obra escrita a medida para Tina, en la que podría besar a Pep más de cuatro veces. ¿Cómo sentir celos de aquel ser angelical? El único sentimiento que podía despertar Angélica era el de gratitud.

Su explicación le había resultado perfectamente convincente. La niña escribía compulsivamente cuando entraba en trance, pero sus textos no siempre eran aptos para ser llevados a escena. Requerían introducciones, indicaciones, cambios y recortes de texto. Y de eso se ocupaba siempre Pep, que era quien firmaba después las obras. ¿Por qué desconfiar? Sin embargo, esposada y acusada de un delito que no había cometido, desconfió de Angélica como nunca antes lo había hecho.

Su explicación ya no le pareció convincente, sino inverosímil, engañosa, falsa. ¿Adónde podían haber ido después de la función, a aquellas horas de la noche? Como muy pronto, Pep y Angélica habrían salido a las diez y media o más del Centro de Carreteros, el peor momento del día para intentar ver el patio de ninguna casa del barrio viejo, el peor iluminado de la ciudad. Aunque quizás, al ser jueves de Corpus y celebrarse procesiones, algunas casas del barrio viejo podían estar abiertas e iluminadas para la ocasión. ¿Por qué dudaba?

De nuevo, la voz del teniente repitió una pregunta en su cabeza: «¿Las bombas eran para atentar en la procesión de Corpus? ¿La que hubo el jueves en la catedral o la del domingo?» Ni Pep ni Angélica podían tener ninguna relación con lo que aquel hombre apuntaba.

No quería desconfiar y, sin embargo, la incertidumbre y el no saber precipitaron un intenso recelo que puso en duda toda una existencia. Angélica estaba mucho más implicada en la lucha anarcosindical que ella, que tan sólo se limitaba a recitar lo mejor que podía las estrofas que otros escogían y a dar vida a personajes ficticios. La niña, en cambio, escribía textos compulsivamente dictados según ella por espíritus revolucionarios. No solamente los diálogos y monólogos que Pep transformaba en obras dramáticas para el grupo de teatro, sino también cartas con discursos que enviaba bajo pseudónimo a periódicos y a líderes de diferentes sindicatos, y conferencias que

muchos hombres reproducían en los centros obreros.

Angélica, la voz de los espíritus, la que siempre lanzaba predicciones de futuro, no había siquiera intuido la desgracia que le sobrevinía a la familia. ¿Por qué sus espíritus no le habían dado ningún aviso? ¿Por qué no habían evitado detenciones? Tal vez porque aquellos espíritus no existían más allá de la imaginación de la niña. Una imaginación aderezada con grandes dosis de inteligencia y más experiencia de la que aparentaba. Angélica sabía de todo y siempre tenía respuestas y a menudo predecía cosas que luego sucedían. De dónde le llegaba la información era un misterio, pero no estaba segura que fuera obra del más allá. Siempre había demasiadas coincidencias... Auguraba una catástrofe en el Poblenou después de entrevistarse con una mujer llegada de aquel barrio. Y hablaba de bombas Orsini cuando ninguno de ellos sabía qué era aquello.

Recordó perfectamente la primera vez que oyó el nombre de aquellas bombas, en boca de la niña. En Sitges, junto a la playa, una noche de locura en que, empujados por Angélica, todos habían abandonado su puesto de trabajo para acudir a una fiesta organizada por la bohemia burguesa. La niña hablaba con Toni, el novio de Magda. De las Orsini que alterarían el orden de la vida en la ciudad. Y a final de aquel mismo mes ocurrió el primer atentado que puso el nombre de aquellas bombas en boca de todo el mundo.

Soñaba. Imágenes difusas y vacías de sentimiento. Luces. Su mente bailaba entre chiribitas al ritmo de un zumbido ensordecedor. Una voz autoritaria la devolvió a las sombras, a la oscura dimensión del calabozo en el que llevaba horas encerrada, quién sabía si días. Le costó desperezarse y descubrirse la cabeza, que tenía tapada con la toquilla. Tardó bastante en vislumbrar la silueta del guardia civil que la llamaba desde la puerta y entender el sentido de las palabras que oía, en reaccionar ante la orden de levantarse y salir de allí. Lo hizo sin sentir su cuerpo, movida por la inercia, por un resorte interior que buscaba la luz.

Por un momento creyó que estaban liberándola, que la dejaban volver a su casa, con su hijo, y se ilusionó. Flotó hasta el otro lado de la puerta, respiró hondo y dibujó en su rostro una sonrisa estúpida. El aire enrarecido de aquel lugar le devolvió el peso de su cuerpo, la fatiga acumulada y la percepción de la realidad. La esposaron. Iba a ser trasladada a prisión en una conducción extraordinaria.

Una pareja de guardias civiles la escoltaron por el largo pasillo en el que retumbaban las voces de otros detenidos. Y luego escaleras arriba, hasta la calle. Era plena noche. En la plaza, bajo la tenue luz de las farolas, además de guardias uniformados vio varias personas reclamando noticias de los suyos. Buscó entre ellos alguna cara amiga, alguien que pudiese transmitirle un mensaje de amor a Llibert, pero, al sentirse observada por todos aquellos desconocidos, sintió vergüenza y agachó la cabeza.

Anclaron sus esposas en una larga cuerda ligada entre dos caballos montados por sendos guardias civiles. No tenía voz ni lágrimas ni fuerzas para quejarse, y caminó tal y como le ordenaron. Las farolas estaban cubiertas con crespones negros y apenas iluminaban, aun así reconoció el camino. El mismo paseo señorial y enjardinado con palmeras por el que había circulado en un tranvía el primer día en el que llegó a la ciudad. A su izquierda, los tinglados del muelle de la Fusta tapaban la vista del mar; a la derecha, un lienzo de edificios definía el límite de la ciudad; y en el centro, aquella enorme avenida por la que ella caminaba tropezando a cada paso se abría en una línea recta infinita. La estatua de Colón, al fondo, le pareció lejanísima.

Le dolían las muñecas, cruzadas a la altura de la cadera y aferradas con hierro a una cuerda que le golpeaba las manos al caminar. Y los pies, hinchados por el cansancio y enfundados en los botines de domingo. Se quedó mirándolos despuntar con brincos inseguros y precipitados por debajo de la falda mientras avanzaban sobre los adoquines.

Unos botines canchán de tacón medio, de cuero blando rosado, ajustados con cordones delanteros, y con ribetes de tela y volantes floreados. Había gastado en ellos las primeras pesetas que cobró posando como modelo de don Ramón. Los compró entusiasmada en los almacenes El Siglo, sin reparar en gastos y orgullosa de no tener que depender de ningún hombre para darse un capricho. Unos zapatos a la última moda que guiaran sus pasos hacia una nueva vida del brazo de su amado Toni. Tres años después, sucios, envejecidos y mucho menos cómodos de lo que habían

sido, evidenciaban que nunca le transferirían la elegancia con que ella se había querido distinguir al comprarlos, una elegancia algún día intuida y que ahora desaparecía por completo enterrada en cada paso forzado que la conducía hacia el presidio.

Avanzaba al trote, obligada a mantener el ritmo de los caballos, manteniéndose alejada de las patas de los animales y de posibles coces, absorta en su desgracia. Apenas miró los leones que protegían el pedestal sobre el que se alzaba el descubridor de América, ni el puerto en penumbra a la izquierda ni la Rambla que vertebraba la ciudad, a la derecha, vestida de luto y sumida en el silencio. Siguió avanzando, hacia la sombra inquietante que proyectaba el imponente edificio de las Atarazanas, convertido en uno de los cuarteles más grandes de la ciudad.

Los caballos se detuvieron en la gran plaza. Uno de los guardias descabalgó y se acercó hasta la garita de vigilancia. Volvió al momento, montó de nuevo y rompió el silencio que habían guardado a lo largo de todo el camino.

—Me han dicho que esperemos. Ya han dado el aviso.

Ella se inquietó. Vio salir del cuartel a un grupo de guardias civiles a caballo y reconoció al teniente del bigote que se acercaba a ella sable en mano. Le apuntó con el filo en la barbilla y una mirada perversa.

—Nos veremos las caras mañana —le anunció.

Magda no se movió. Contuvo la respiración, paralizada, hasta notar el hierro alejarse, y entonces lloró sin poder siquiera enjuagarse las lágrimas con las manos atadas. La visión de Tina le cortó el llanto al instante. Caminaba hacia ella, esposada y custodiada por un guardia civil a pie y dos a caballo. Débil, demacrada y humillada, y todo por su culpa. Gritó su nombre. Quiso pedirle perdón, decirle que sentía haberla delatado ante el teniente, pero uno de los guardias le mandó callar moviendo la cuerda con tal fuerza que la hizo caer al suelo.

—¡Magda!, ¿estás bien?

Tina quiso correr hacia ella, ayudarla a levantarse, abrazarla. Imposible. El guardia civil a pie le frenó el paso y la hizo callar con un golpe. Ató las esposas a la misma cuerda, a una distancia prudencial detrás de Magda, y ordenó silencio. Las detenidas no tenían derecho a hablar.

No necesitaron palabras. Las miradas hablaron entre ellas, expresando la impotencia de verse esposadas siendo inocentes, el sufrimiento vivido por ambas, la inquietud en el alma y la incertidumbre ante el devenir. Saberse cerca reconfortó sus corazones heridos y les insufló fuerza para afrontar la desdicha compartida. Si su destino era la prisión de Amalia, quizás allí podrían tratar de encontrar respuestas y ofrecerse consuelo mutuo.

El guardia civil que iba a pie le entregó las llaves al guardia primero, a caballo, se retiró con un saludo y el jinete emprendió la marcha en fila. La cuerda se tensó y tiró de ellas para caminar, obligándolas a mirar al frente y mantener el paso. A la izquierda de Magda se situó un guardia segundo, detrás, a la derecha de Tina, otro, y, por último, portando el extremo final de la cuerda y cerrando la fila, un cabo. El escuadrón contorneó el edificio de las Atarazanas a lo largo de la fachada orientada al mar, dejando atrás las luces de la ciudad.

Resultaba difícil girarse, con las dos manos atadas, aunque Magda lo intentó varias veces, buscando los ojos de Tina e intentando transmitirle su pesar. El miedo en el rostro de quien se sabe víctima de una injuria y, sin embargo, se siente culpable. Culpable de haber hablado y

delatado. Sólo había dicho la verdad, que no la buscaban a ella sino a la otra sobrina del tío, y no habían tardado ni un par de horas en detenerla. Por haber dado vida a Nora, el gran delito que la hacía sospechosa de terrorista.

Sumida en sus pensamientos, al llegar a la esquina avanzó impulsivamente hacia el Paralelo, la gran avenida que allí se abría, pero la cuerda la frenó y la obligó a cruzar y continuar recto, por la explanada que se extendía entre el puerto y las fábricas. Aquél no era el camino hacia la prisión de Amalia.

—¿Adónde nos llevan? —gritó, buscando los rostros de los uniformados a caballo.

El guardia primero alzó el brazo y señaló hacia el frente. En el cielo, una luna menguante casi imperceptible sumía la noche en la negrura y apenas permitía reconocer las siluetas de un paisaje conocido. El perfil de la montaña coronada por un castillo.

Tina, detrás, protestó.

—¿Al castillo? ¿A pie?

—¡Ésa es la orden! —bramó desde atrás el cabo que cerraba la fila—. En conducción extraordinaria.

—¿Por qué? —Tina intentó volverse, para verle la cara.

—¡Por mujeres y por anarquistas!

El cabo escupió aquellas palabras como si fueran sucias palabrotas, frenando el caballo y estirando la cuerda que las sujetaba a modo de amenaza. Ellas guardaron silencio y fijaron la vista en el camino. Debían andar al compás, a paso rápido y sin perder el ritmo del escuadrón para que las esposas no se les clavaran en unas muñecas ya muy doloridas.

Más allá de los almacenes de carbón y de las instalaciones de la central térmica se extendía una oscuridad infinita, sólo rota por una luz de antorcha suspendida en el acantilado que indicaba la posición de la plaza de armas. Las aguas residuales de la vecina fábrica de gaseosas se unían con los regueros procedentes de otras empresas, formando rieras fétidas y dejando el suelo ahora pegajoso ahora resbaladizo.

Les costó bastante tiempo acceder al camino del castillo, que ascendía desde la falda serpenteando por la ladera de la montaña y sorteando los fuertes desniveles del terreno, primero entre matorrales, luego entre pinos y algarrobos, hasta alcanzar la vertiente supeditada a la fortaleza, que se extendía despoblada y pedregosa.

Tina, en alpargatas, estaba habituada a pisar el terreno por el que la obligaban a subir esposada en plena noche. Aquella montaña había sido su lugar de recreo desde la más tierna infancia, primero como territorio de juegos, cuando aún vivían en una barraca miserable entre la pedrera y los huertos, y más tarde, tras mudarse al piso de la plaza del Surtidor, como escenario de fiestas y celebraciones en fuentes y merenderos. Sufría por Magda, que avanzaba con dificultad, tropezando continuamente y balanceándose sobre los pies doloridos, a punto de perder el equilibrio en cada paso. Relegó el miedo al fondo del estómago, se envalentonó ante los guardias y pidió, exigió, que les permitieran descansar.

—¡Paren un momento! ¿No lo ven? ¡Está a punto de desfallecer!

Aquellos guardias eran unos completos desalmados. Obligados igual que ellas a emprender la ascensión nocturna de la montaña, sin guías ni más luces que los destellos de las antorchas lejanas, no comprendieron la dificultad de hacerlo a pie y esposado. Las mandaron callar y las obligaron a continuar la marcha sin rechistar.

Magda recuperó el equilibrio y se recompuso en sus zapatos de domingo, y Tina la miró retomar el paso con admiración y orgullo. Hubo un tiempo en que había sentido envidia de ella, aunque no por su talante, sino por su belleza. Tenía los mismos ojos rasgados y los labios carnosos de Pep y una figura esbelta de porte seductor que atraía todas las miradas, incluso vestida con los cuatro harapos y los zuecos con que llegó del pueblo. Una gracia natural de la que Tina carecía. A primera vista Magda podía parecer una mujer delicada y débil, pero era un ejemplo de luchadora nata que no estaba dispuesta a dejarse caer en el victimismo. Había sido abandonada una y otra vez. Primero por el padre, que al morir la madre se deshizo de unos hijos demasiado pequeños para servirle de nada; luego por la hermana en la que había depositado todas sus esperanzas, y que al salir de la cárcel desapareció sin dar más explicaciones; y más tarde por un hombre que decía amarla tanto como ella a él y que se fue sin dar noticia ni enterarse de que esperaba un hijo. Y de todo había salido con paso firme, con la cabeza alta y mirando hacia delante.

La quería como a una hermana. Con ella había compartido anhelos y confidencias, y, sin embargo, nunca le había confesado su amor hacia Pep. Aquél era un secreto que sólo compartía con Angélica, ante la cual era imposible esconder nada. Y ahora temía que la niña la hubiera traicionado. Necesitaba hablar con Magda de su recelo, del miedo, quién sabía si infundado o no, de que Angélica estuviera implicada de algún modo en el delito del cual las acusaban.

De repente, los caballos se asustaron, tiraron de la cuerda e hicieron balancearse a las presas, sin manos libres para sujetarse en ningún sitio. Los guardias retuvieron las riendas e intentaron calmarlos, pero una luz procedente de un paraje no muy lejano iluminó la noche oscura por unos segundos, espantándolos a ellos también. Por el camino que ascendía desde la Font Trobada se vio aparecer una silueta blanca fantasmagórica sumida en una nebulosa.

—¿Quién anda ahí? —espetó el cabo que cerraba la fila, desenfundando el sable de su cinturón y apuntando hacia la blanca figura.

—¡Es la Virgen! —gritó el guardia primero, santiguándose.

Una suave voz femenina retumbó bajo la pared de la ladera con un eco espectral.

—Hagan un alto, por caridad...

Los guardias segundos intentaron avanzar hacia la silueta, pero los caballos, asustados por la voz, no respondieron a las órdenes.

—Traigo un poco de sosiego para esas dos almas infelices que llevan detenidas. Por caridad...

Mientras el eco de aquella voz retumbaba todavía, la luz se esfumó y la silueta blanca desapareció, dejando en su lugar dos bultos en el suelo. Los caballos obedecieron por fin y los dos guardias consiguieron acercarse al lugar en cuestión.

—¡Ni rastro de nadie, cabo Manrique! —informó uno a gritos.

Allí sólo había un par de hatillos que dejaban constancia de la realidad de aquella aparición inesperada y fugaz. El cabo Manrique los envió a rastrear las inmediaciones y descabalgó ajustándose la carabina cruzada en el pecho y empuñando el sable. El guardia primero, desde lo alto de su caballo, no cesaba en su empeño.

—¡Era la Virgen! ¡Se nos ha aparecido la Virgen! —repetía.

Ellas se miraron con la misma duda en los ojos. ¿Era Angélica? Sí, estaban seguras.

El cabo Manrique, un hombre alto, corpulento y con bigotillo fino se giró apuntándolas con el sable y las increpó.

—¿La conocéis?

Ambas negaron con la cabeza, sin pensarlo, asustadas. Él escupió una mirada de odio y les dio la espalda, impaciente por examinar los bultos situados en medio del camino. Se acercó hasta ellos apuntándolos con la espada como si pudieran contener un animal a punto de atacarle, y cuando comprobó que eran inofensivos se agachó, los abrió y examinó su contenido en la oscuridad.

El guardia primero, llamado Flores, estaba tan emocionado que pareció olvidar la misión de vigilarlas y descendió también del caballo, dejando la cuerda con las presas a custodia de los animales. Alcanzó los bultos y miró el contenido que examinaba su compañero.

—¡Hay una Biblia en cada hatillo! ¡No hay duda de que era la Virgen! ¡Se nos ha aparecido la Virgen! ¡La santa Madrona, patrona de esta montaña!

—¡Anda ya! —replicó el cabo, dándole un empujón—. Será una vecina de alguna de las masías de ahí abajo, que nos habrá visto subir por la cuesta y habrá sentido pena de estas dos...

Al mencionarlas, las descubrió estirando con las manos esposadas de la cuerda sujeta a los caballos. Corrió hacia el suyo, gritándole a su compañero:

—¿Estás loco? ¡Las has dejado solas y se pueden escapar!

Magda y Tina se miraron horrorizadas. Los animales daban tumbos a su antojo buscando pastar hierba cada uno por su lado, despellejándoles las muñecas. Jamás se les hubiese ocurrido escaparse, a ninguna de las dos. Sólo pretendían retener a los caballos...

No hubo reprimenda. Flores se acercó hasta ellas, depositó en el suelo los hatillos cargados al hombro y, sacando unas llaves del bolsillo, liberó primero la mano derecha de una y después la izquierda de la otra. Ambas respiraron aliviadas.

—Si la Virgen se ha aparecido para ayudaros, no podéis ser tan malas personas —aseveró.

Les entregó un hatillo a cada una, que ellas sujetaron con la mano libre. El cabo, mucho más escéptico, las miró con sorna desde lo alto del caballo.

—Vivís en la plaza del Surtidor, ¿no es así? —les preguntó. Ellas asintieron con la cabeza, mirando al suelo, intimidadas.

»¡Creo que ya he descubierto el milagro! Seguro que ha sido una de las monjas del convento de franciscanas, compadecida de sus vecinas, ¿no ves que en el Poble Sec todo el mundo se conoce?

Flores bajó la cabeza, pensativo. La razón del cabo parecía convincente. Cualquier novicia vestida de blanco, provista de una candela y aparecida en plena noche en aquel paraje podía evocar la imagen de la Virgen.

—¡Para que luego digáis las anarquistas que las monjas son malas con vosotras!

Ellas bajaron aún más la cabeza, las mejillas hirviendo y en el corazón una sonrisa reconfortante en aquella noche sin luna.

Los dos guardias segundos que habían inspeccionado el camino regresaron sin noticias. Ni rastro de monjas ni de hermanitas de la caridad ni de Santas Madronas. No se veía un alma en los alrededores, y aquél era un terreno pensado para ser contemplado y vigilado en su totalidad. Aunque a todos ellos les resultó muy extraño que la blanca figura se desvaneciera en la nada como una aparición, los cuatro aceptaron como única explicación posible la de la monja guiada por su

extrema benevolencia, y con un profundo sentido de la compasión y la caridad.

Emprendieron el paso, superaron un nuevo desnivel y dejaron abajo maleza y barrancos. Magda miró hacia atrás y oteó el paisaje difuminado que se extendía más allá, entre la montaña y la ciudad. El Poble Sec, su casa. Un barrio del que tiempo atrás había querido alejarse y al que ahora deseaba volver con todas sus fuerzas. ¿Qué camino habría tomado Angélica para llegar hasta allí y desaparecer tan rápido y sin dejar rastro? Ella también deseaba esfumarse como por arte de magia y despertar de aquella pesadilla de una vez por todas, pero era consciente de que, en realidad, la pesadilla no había hecho más que empezar.

Tina no miró hacia atrás, sino a su izquierda. Allí donde la montaña se precipitaba abruptamente por la pronunciada pendiente del Morrot hacia el mar. La altura le dio vértigo. Sabía que aquella pared estaba perforada por un sinfín de grutas y que había túneles que comunicaban con las pedreras vecinas. Túneles con algunas salidas en el camino que la gallega podía haber abierto para Angélica.

Ante el escuadrón se desplegaron las baterías de defensa, que indicaban la proximidad del destino. Tan sólo una cuesta más para alcanzar la cumbre coronada por el castillo, el lugar más odiado de aquella montaña.

Una pareja de centinelas les abrió el paso del tramo final, que daba acceso a la pasarela sobre el foso. El puente levadizo se desplegó ante el escuadrón y avanzaron sin aminorar el paso hacia el portalón coronado con el escudo borbónico. Cruzarlo resultó un suplicio para ambas. Al llegar al otro lado, el puente volvió a levantarse y tras ellas se cerraron las puertas de la fortaleza. No había posibilidad de escape ni vuelta atrás ni milagros que pusieran fin a un sufrimiento innecesario.

Las dejaron descansar frente al cuerpo de guardia. Las muñecas ensangrentadas, los nervios a flor de piel y el corazón en un puño que apretaba con fuerza un hatillo. Se miraban sin saber qué decirse ni qué esperar, con un silencio ahogado en sofocos y sollozos, asustadas.

El gobernador del castillo no tardó en aparecer. Había recibido orden telefónica de acoger a las mujeres en la fortaleza, aunque según informó, aquellas presas no estarían bajo custodia militar. Los guardias civiles, comandados por el cabo Manrique, serían los encargados de su vigilancia y, según la orden, contarían con un equipo de relevo para turnarse en tal misión a partir del día siguiente. Añadió que las celdas destinadas a los presos anarquistas no estaban disponibles aún y que los conduciría a todos a las mazmorras.

Mazmorras. La palabra se clavó en el estómago de ambas como un puñal. ¿Qué delito habían cometido para merecer tal destino? El primer intento de formular una queja fue acallado contundentemente por el gobernador, que las miró con severidad, señalando un cartel clavado en la pared con unas palabras escritas en letras grandes.

—En este recinto no está permitido hablar ni gritar ni silbar.

Las presas bajaron la cabeza y acataron la orden.

Ante ellas, dos rampas oscuras y de techo abovedado ascendían al recinto interior de la fortaleza. Subieron por la de la izquierda, más empinada y costosa que cualquiera de las cuestas de la montaña. Al alcanzar la salida, abierta a uno de los baluartes, un azote de aire húmedo les sacudió la cara. La luz naranja de las antorchas permitía contemplar más allá de las murallas de la fortaleza un mar sumido en la negrura nocturna.

Los jinetes descabalgaron y soltaron los extremos de la cuerda, fijados con anillas de metal al

corraje de las sillas de los caballos. Por un momento, ellas pudieron acercarse y juntar sus mejillas en un amago de beso. «¿Qué sabes de Pep?», susurró Tina. Magda negó con la cabeza. Nada. El cabo tiró de un extremo de la cuerda y emprendió camino de nuevo, tras los pasos del gobernador del castillo, arrastrándolas hacia el interior de aquel fortín, protegido por una garita en cada esquina y con una puerta tronera abierta bajo una torre vigía. Accedieron a un túnel vigilado por varios militares, que se cuadraron y saludaron al paso del gobernador, y de allí a un pasillo también abovedado, separado por rejas del patio de armas. Un tétrico claustro que recorrieron hasta acceder a una sala con los portales abiertos.

El gobernador hizo un alto para indicarle al cabo Manrique el lugar donde se hallaba la fuente, en el patio. La sed invadió la garganta de las dos muchachas. No les dieron agua. Pasaron aquellas puertas que daban a unas amplias escaleras y bajaron veinticinco peldaños hasta el piso inferior, donde había una sala blanca, no demasiado grande ni bien iluminada, en la que se abrían varias aperturas vigiladas por un centinela. Las hicieron esperar junto a una pared.

El gobernador se llevó al cabo para mostrarle el lugar y ellas permanecieron bajo la custodia de Flores, el guardia primero. Los dos guardias segundos se habían quedado con los caballos.

Magda imploró que le diera agua. «Por favor, por favor.» Y el hombre, compadecido por las presas y aún bajo el influjo de la aparición mística, le ofreció su propio odre. Ella lo agarró con la mano libre, mientras sostenía el hatillo con la atada, y bebió con tanta ansiedad que estuvo a punto de atragantarse. El centinela la miró libidinoso, lamiéndose el labio con la lengua, y le provocó un asco profundo que le impidió seguir bebiendo. Le pasó el odre a Tina, sin pedir permiso. El guardia primero asintió con la cabeza e incluso ayudó a la muchacha a soltar el hatillo para poder calmar su sed. La llamada al orden desde una de las puertas les dio tal susto a todos que se le cayó el odre al suelo y se desparramó el agua. El cabo Manrique entró de una zancada, cogió a Tina por el cuello y le empujó la cabeza hacia el suelo.

—¡Vas a recoger el agua con la lengua!

El chasquido que emitió el gobernador contuvo el impulso del hombre, que liberó de un empujón a la presa haciéndola caer de culo. La máxima autoridad de aquella fortaleza le indicó al centinela militar que asistiera en lo posible a los compañeros del cuerpo de la Guardia Civil que ocuparían aquella parte del recinto durante una temporada y se retiró con los saludos correspondientes. Magda intentó ayudarla a levantarse, pero la cuerda tiró de ella y Tina tuvo que hacerlo por su cuenta y seguir el paso. Una de aquellas puertas daba a una especie de garita en la que se abría una verja de hierro. Al otro lado, un túnel abovedado, negro y profundo, aguardaba su destino.

—Bienvenidas al túnel de la risa —masculló el cabo con voz cruel.

Las hicieron cruzar el dintel y la verja de hierro se cerró tras ellas. El espacio era tan estrecho que pudieron acercar sus cuerpos brindándose un poco de fuerza mutua para paliar el miedo atroz que les recorría el cuerpo a las dos. En aquel túnel, mal iluminado por un par de farolillos de aceite colgando en el techo abovedado, tres puertas se abrían a la izquierda. Más allá, otra cancela enrejada daba paso al final del subterráneo, donde se percibían otras dos puertas más, una de ellas abierta y con luz en el interior. Pasaron de largo la primera y se detuvieron junto a la segunda. Un portalón de madera de doble hoja, barrado con una gran cerradura de hierro y un pequeño ventanuco en un lateral, que el cabo abrió señalando a Magda. El guardia primero la liberó de las esposas y la condujo a rastras del brazo al interior de la mazmorra. No quería

alejarse de Tina; suplicó, imploró, que no las separaran... La puerta se cerró a sus espaldas y el sonido de las baldas de hierro blindando la salida perforó su sien. Pegó la cabeza al postigo, intentando ver lo que sucedía al otro lado, aunque sólo percibió sombras en la pared sucia del túnel.

Aquella estancia lúgubre y húmeda desprendía un olor nauseabundo. Al fondo, un plano inclinado más allá de la bóveda ascendía hasta una ventana elevada y enrejada, por la que sólo pasaba el frío de la noche. Junto a la pared, sobre el suelo de piedra, un jergón sucio infestado de insectos. Nada más, ni una letrina ni un mal orinal donde liberar la flojedad de su vientre. Se agachó y orinó allí mismo, junto a la puerta, contemplando el líquido que se escurría por debajo escapándose de aquel tugurio en el que la habían dejado encerrada. Sin escapatoria. Se quitó los malditos botines y los lanzó furiosa contra la pared, estrellando con ellos los sueños ya perdidos. Agotada, abatida, desolada, no le importó compartir camastro con chinches y pulgas y se estiró cerrando los ojos ahogados en pena.

A Tina la encerraron en la mazmorra contigua, separada por los gruesos muros que imponían una distancia insalvable. En su celda, el camastro era un poyo de piedra, sin colchón ni jergón que amortiguara su dureza. Se sentó en un rincón y abrió el hatillo que le había hecho llegar Angélica. Contenía un vestido y unas alpargatas de Magda, paños limpios, una pastilla de jabón, dos manzanas y una Biblia gruesa y pesada como un ladrillo. Mordió una manzana y su estómago rugió furioso por el hambre y la rabia contenida. Se sentía tan rígida que apenas podía tragar y masticó un buen rato la carne de la fruta, saboreando los jugos que se formaban en su boca. Estaba sedienta. No entendía por qué Angélica había puesto una Biblia en lugar de un odre de agua. Si había un libro perjudicial para la salud del pueblo era, sin duda, aquél. El libro y las perversas maneras que tenían los clérigos de interpretarlo.

Ellas no creían en la fe católica ni confiaban en la Iglesia ni en sus instituciones; si alguna lucha habían llevado a cabo era la anticlerical. Los escritos compulsivos de Angélica, dictados según ella por espíritus de revolucionarias avanzadas, hablaban a menudo de la necesidad de apartar a las mujeres del fanatismo religioso, el principal obstáculo para conseguir la emancipación femenina. Ni Dios ni amo, ése era su lema. Y Tina lo repetía en monólogos y diálogos sobre los escenarios.

Recordó uno: «Los curas y las monjas no nos dejan pensar por nosotras mismas, nos hacen ir con la cabeza gacha y creer en la autoridad de Dios y del hombre. A la Iglesia no le interesa educarnos porque somos mujeres, por eso en sus escuelas apenas nos enseñan a leer y sólo aprendemos a coser, lavar y rezar. Nos dicen que saber leer y escribir es peligroso, y, tontas de nosotras, lo asumimos como natural, como un designio del cielo que impone la inferioridad femenina frente a la autoridad masculina. Nos repiten que el pobre, cuanto más trabaja y sufre, mejor sitio ocupa en el cielo, y así nosotras vivimos tranquilas aun siendo explotadas en las fábricas y hasta en nuestras propias casas, donde somos esclavas de los esclavos. La Iglesia no enseña valores ni principios sociales, el anarquismo, sí.»

¿Por qué entonces había metido una Biblia? La abrió buscando respuestas en el interior y las halló rápido. Dentro, unas páginas encoladas y perforadas escondían una cavidad en la que había guardados varios tesoros. Una foto de Magda con Llibert en brazos, tomada por un fotógrafo ambulante en el Paralelo, un cepillo, un espejito, un cortaúñas y un tarrito con unguento para calmar las heridas que se aplicó rápidamente en las muñecas. En otra cavidad de aquel libro transformado en cofre de los secretos, había una vela, una cajita de cerillas, un carboncillo y varias hojas de papel debidamente plegadas para no abultar en la solapa. Aquel hatillo estaba destinado a Magda y no a ella. En su Biblia lo más probable es que no hubiese carboncillo, sino tinta y pluma.

Buscó una carta, que encontró en el bolsillo de la falda limpia de Magda. La letra nerviosa de Angélica era prácticamente indescifrable bajo aquella luz tenue y la guardó de nuevo en el

bolsillo del que había salido para que no la descubriesen sus carceleros, a los que oía discutir al otro lado de la reja. Ni siquiera ellos querían pasar la noche allí, en el túnel de la risa, aunque, como las presas, tampoco tenían más remedio. No tardaron demasiado rato en callarse y sumir el lugar en un silencio sepulcral.

Encendió la vela, sacó la carta de nuevo y se sentó en el rincón del camastro a leer.

Estimada Magda, mi querida hija:

He sabido de tu desgraciada detención en prisión preventiva y le he pedido a nuestro ángel de la guarda que te escriba unas líneas en mi nombre. Quiero que sepas que estoy a tu lado en todo momento y que sufro contigo la injusticia de esta situación. Buscaré la manera de probar tu inocencia y te prometo que, médium mediante, la encontraré.

No te preocupes por Llibert ni por el tío Pere, están bien cuidados y atendidos por la tía Roser y las vecinas, que se han entregado en cuerpo y alma a ayudar en lo posible.

Al tío Joan lo han trasladado al presidio de Amalia, de donde esperamos que salga en breve. A Tina, como ya sabes, la han detenido también. De Pep aún no tenemos noticias.

Se dice que a los policías les pagan cinco duros por cada anarquista que encarcelan. Quieren acabar con el obrerismo organizado, no sólo con la anarquía, todos los librepensadores están en entredicho y son muchos los que temen por su libertad. Ése es el único motivo de vuestra detención.

Sé fuerte y no te dejes doblar por la inmoralidad ajena, mantén firme tu verdad y sigue creyendo en tus convicciones. Y que los espíritus que te acompañan velen por tu bien.

Con todo el amor del universo,

Mamá

Sin noticias de Pep. ¿Dónde estaría? La carta no le proporcionó ninguna respuesta, ningún consuelo, tan sólo una mayor incertidumbre. La guardó de nuevo. La escondió alejándola de sí misma, dolida porque no era una carta para ella.

Necesitaba más información. Sacó el diario que había comprado por la mañana, antes de entrar a la fábrica, y que al teniente le había servido para lanzarle un reproche. Por algo que en él se decía y que supuestamente tenía relación con su detención.

Releyó completa la primera página que había leído cien veces a lo largo del día, la noticia del atentado en la calle Cambios Nuevos durante la procesión de la Octava del Corpus la noche anterior, el traslado de los heridos a la Casa de Socorro, los detalles de la catástrofe, el nombre de los muertos y de algunos heridos, la mención de detenciones de exaltados... A continuación, otras informaciones que ya nada tenían que ver con el tema. Pasó la página y hurgó entre el resto de las noticias expuestas en columnas, y entre las notas locales halló lo que buscaba.

Sigue sin esclarecerse el asunto del hallazgo de dos bombas del sistema Orsini en la calle de Fiveller, en las inmediaciones de la catedral, el pasado jueves a las once y media de la noche. El basurero que las descubrió ha declarado ante el juez que instruye la causa que las bombas estaban dispuestas para ser vistas, sobre un pañuelo blanco que las hacía destacar en la oscuridad del callejón. También han prestado declaración el vigilante de la zona y el cabo de la guardia municipal que se encargó del traslado de los explosivos a la Comandancia.

El asunto ha despertado la indignación de varios sectores de la ciudadanía, por considerarlo un mal presagio que, de haberse tratado con la resolución policial adecuada, podría haber evitado la desgracia acaecida en la procesión de Corpus de Santa María ayer domingo.

El juez, a instancia del gobernador de la ciudad, ha creado una comisión formada por comandantes municipales y de mozos de escuadra, así como varios oficiales de la Guardia Civil, para investigar la relación entre ambos sucesos.

Por alguna turbia razón, el teniente que la había interrogado creía que aquellas bombas estaban en posesión de Pep y que era la mujer que lo acompañaba quien las había abandonado en el callejón. Y que el pañuelo que las envolvía era el de Nora.

Sin duda, haber estado el jueves en cuestión en el Centro de Carreteros ponía a Pep en un aprieto, y no solamente por tratarse de uno de los centros obreros más activos de la ciudad. El callejón donde se ubicaba, el de Jupí, no quedaba demasiado lejos de la catedral, a tan sólo cinco o diez minutos andando. Pep tenía tiempo de haber ido hasta allí antes de las once y media.

Dedujo que alguien lo habría visto rondando los patios de la zona, con Angélica, y lo habría denunciado. Era la única explicación posible. Aunque el teniente había hablado de tres bombas Orsini, no de dos como decía el periódico, y había preguntado por el paradero desconocido de la tercera. Una bomba no encontrada y cuya existencia sólo conocía él. ¿Qué sentido podía tener todo aquello?

Fuera como fuese, ella podía demostrar su inocencia. Había numerosos testigos que podían confirmar que no salió del Centro de Carreteros antes de las doce. Sin embargo, sabía que tener testigos no servía de nada si las autoridades no estaban dispuestas a interrogarlos.

Tenía algunas compañeras que habían sido detenidas por cuestiones sociales, la mayoría de ellas puestas en libertad poco después. A una, Teresa de Claramunt, la habían condenado una vez sin motivo cierto y sin interrogar a los testigos. Hacía tiempo que la policía la tenía en el punto de mira, por dar mítines a las trabajadoras. Las alentaba a crear organizaciones femeninas en las fábricas para tratar los problemas laborales propios, la injusticia de los sueldos inferiores, la falta de formación, la mejora de condiciones, la igualdad frente a los hombres. «Ni obreras explotadas en las fábricas ni esclavas en el hogar o la familia. ¡Por una sociedad sin amos ni señores, comunista y libertaria, de hombres y mujeres libres!»; ése era su lema. Su entrega iba todavía mucho más allá. Preocupada por la formación de las obreras, creó la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, que debatía temas políticos, pedagógicos y culturales, y que mantenía la escuela nocturna en la que Tina asistió a clases de forma gratuita, hasta que la cerraron, precisamente a causa de la detención de Teresa.

La policía aprovechó el primer altercado en que pudo implicarla para meterla entre rejas. Todo había pasado hacía más de tres años, un día en que quiso asistir al mitin que celebraban unos estudiantes liberales en el teatro Calvo-Vico. No la dejaron acceder, porque el gobernador prohibió la entrada de las mujeres, y tuvo que esperar fuera del recinto. La prohibición la enfadó, aunque lo que realmente la enfureció fue que hubieran dejado pasar a otras mujeres y a ella le hubieran barrado el paso. Según los conocidos que habían asistido al acto, la policía aprovechó su queja para alentar altercados, y así empezó una reyerta entre las fuerzas del orden y algunos asistentes, y alguien de entre los allí presentes lanzó una botella encendida. Suficiente para que a

Teresa y a su compañero los acusaran de instigadores, los mandaran a la cárcel seis meses y los enjuiciaran en un Consejo de Guerra en el que los únicos testigos que declararon fueron los que llamó la policía.

Teresa de Claramunt seguía en el ojo del huracán, no cabía duda, por eso el teniente le había preguntado por ella, confundiéndola con Ibsen, el autor de *Casa de muñecas*, la obra que ellos habían estrenado con el título de *Nora*. Buscarían de nuevo cualquier motivo para implicarla en lo ocurrido y detenerla, por lo que Tina debía ser cauta con sus declaraciones para no implicarla. Teresa no era la autora de *Nora*, pero sí de otra obra que había puesto en escena la Compañía Libre de Declamación, *El mundo que muere, el mundo que nace*, aunque la había firmado con el pseudónimo de María Sánchez del Valle. Tina había protagonizado el montaje junto a Pep, bajo la dirección de Felip. Era un drama, que bien podría haber escrito Angélica, por su carácter doctrinario, y en el que los protagonistas eran dos hermanos que luchaban por ganarse la vida, hijos de un obrero fusilado por sus ideas. Lo habían estrenado hacía sólo tres meses, a mediados de marzo, en el Circo Barcelonés, y la representación se había convertido en una auténtica fiesta proletaria a la que acudieron tantos líderes sindicales que las fuerzas de la Guardia Civil rodearon el teatro. El Gobierno Civil había reclamado incluso la detención de la autora, aunque la orden no prosperó.

Tina se sintió estúpida. Siempre había contemplado los problemas de Teresa con la justicia desde la distancia, sin pensar jamás que ella podría compartirlos, sin imaginarse que a ella también podían detenerla. Ni siquiera al interpretar a Nora, la polémica Nora. ¿Qué había de malo en hacer teatro?

Hubiera querido dormir, olvidarse de preguntas sin respuesta, descansar la fatiga acumulada y descargar la tensión de aquel fatídico día, aunque su cuerpo rígido y su mente acelerada lo impedían. Imposible abstraerse de la realidad encerrada allí dentro, prisionera en una mazmorra infecta, sola y aislada como un vil criminal.

La luz incipiente del nuevo día que despuntaba se filtró por la ventana enrejada. Un rayo iluminó el yeso verdoso y enmohecido de la pared, donde vio escrito un nombre. Paulí Pallàs. Junto al nombre, unos palotes tachados que indicaban cuántos días había pasado allí, tres, quizá cuatro...

Sabía quién era. El autor del primer gran atentado que había causado el inicio de una época de terror hacía poco menos de tres años. Un atentado perpetrado en la Gran Vía contra el capitán general Martínez Campos el 24 de septiembre de 1893, día de la Mercè, durante el desfile militar organizado en honor de la patrona de Barcelona. Hasta entonces sólo habían explotado petardos que asustaban a burgueses y empresarios sin buscar que hubiera víctimas, aunque alguno ya había ocasionado muertes. Sin embargo, aquel día fueron lanzadas para matar, dos Orsini, las primeras que explotaron en la ciudad. Pallàs se coló entre el gentío, se abrió paso hasta la zona reservada a la presidencia del acto y lanzó las bombas a las patas de los caballos, una detrás de otra, lo que provocó un terrible estrépito que difundió el pánico entre la multitud. No mató al capitán general, pero sí a un guardia civil e hirió a un sinfín de personas. Y él, en lugar de salir corriendo, se quedó allí, gritando proclamas a favor de la anarquía. Lo detuvieron en el acto y lo fusilaron tan sólo doce días después, el 6 de octubre de 1893, en aquel mismo castillo de Montjuïc en el que

ella estaba encerrada.

Más de cinco mil personas subieron la montaña aquella mañana, para verlo morir en un foso al grito de «¡Viva la anarquía!» y corear su lema. Entre ellos: Tina, Pep y el tío Joan. Ningún miembro de la familia defendía la acción violenta, ellos no eran anarcocomunistas sino libertarios, y la propaganda por el hecho les parecía injustificada. Sin embargo, la firmeza y el orgullo mantenido por Pallàs, lanzando proclamas a favor de la lucha obrera hasta el último momento, atrajo el favor de ciudadanos de todas las ideologías.

Entonces, tres años atrás, no temían nada. Ninguno de ellos imaginaba que pudiesen considerarlos sospechosos, ni siquiera por sus ideas. A ellos no, porque... Su vida giraba alrededor de ilusiones, todas distintas. El tío Joan, satisfecho de que el pueblo hubiese conseguido imponer el sufragio universal masculino y orgulloso de haber ejercido su derecho a voto, confiaba ciegamente en la posibilidad de instaurar una república federal y con ella un trato mejor para la clase obrera, la jornada laboral de ocho horas tan largamente reivindicada por los trabajadores y hasta una mejora de sueldo. Pep tenía ambiciones más elevadas. Trabajaba de picapedrero, el único gremio de la ciudad que había conseguido la preciada jornada laboral de ocho horas, y dedicaba su tiempo libre, que era mucho, al teatro, la única arma con la que pretendía hacer la revolución social, despertar a los oprimidos y transformar el mundo. Vivía para leer, escribir y declamar, y encontró en el grupo de aficionados de la pedrera de la Satalia el lugar ideal para realizarse y hacer su propia revolución. Y Tina lo siguió de la mano, como una estúpida. Así se convirtió en la actriz que él necesitaba y compartió sus ideales, mientras soñaba con un noviazgo como única proeza que alcanzar. Lo seguía a donde fuera, como un animal fiel, no importaba si era a un escenario, a un mitin o a una ejecución, como la de Paulí Pallàs.

Paulí Pallàs. Tina no lo había conocido a él pero sí a su viuda, Ángela Vallès. La mujer se había mudado unos meses después de la ejecución del marido al Poble Sec, con sus tres hijos pequeños, y había abierto un colmado en el número 13 de la calle Roser. Continuaba afirmando que ella nunca supo nada de las intenciones de su marido, al que consideraba inocente, y al que seguía amando con locura aun después de muerto, y siempre recordaba el día en que entraron a inspeccionar su casa, con una patada en la puerta. Buscaban bombas y armas, y sólo se llevaron diarios, *El Productor*, *La Controversia*, *La Anarquía...* y un libro, *La conquista del pan*, de Kropotkin, la Biblia de los anarcocomunistas, el texto más delictivo que se podía poseer a ojos de los conservadores.

El caso era que aquel hombre fue considerado por muchos un héroe de la causa obrera. Pertenecía a varias sociedades librepensadoras, y algunos líderes intelectuales habían apoyado su acción aportando dinero para la viuda e, incluso, haciéndose cargo de sus hijos mientras la madre recomponía su vida. Sin embargo, ella, después, como una ingrata, llevó a los niños al colegio de las monjas y los círculos librepensadores se volvieron en su contra. Se había excusado diciendo no tener dinero para pagar maestros laicos, pero en el barrio todo el mundo sabía que habían recaudado para ella casi cuatro mil pesetas en los centros obreros y que no tenía excusa. Tina no frecuentaba su colmado, pero la veía a menudo, porque era una de las principales seguidoras de la compañía; la viuda alegre que revoloteaba siempre alrededor de Pep, el guapo de Pep, como tantas mujeres del barrio a las que él nunca hacía ni caso.

Pep, Pep, Pep, siempre Pep. Todos los pensamientos la conducían hacia él, no había una porción de su cerebro que no llevara su nombre escrito como una marca profunda, como un

sentimiento de pertenencia, un refugio. No quería pensar en él. No sabía qué pensar de él, dónde situarlo, en qué estado imaginarlo, huyendo al extranjero, escondido en una cueva, muerto en una redada...

Alzó la cabeza y clavó la vista en la pared. A medida que aumentaba la luz, tomaban relieve nuevas firmas grabadas en el yeso con puño nervioso, junto a hileras de palitos que indicaban los días que el preso en cuestión había pasado allí... o los que las torturas le habían permitido marcar.

Leyó el nombre más cercano. Mariano Cerezuela. A él tampoco lo había conocido nunca, ni a nadie de su familia, aunque había seguido su historia atentamente en la prensa. Fue uno de los primeros detenidos después del fatídico atentado del Liceo, perpetrado el 7 de noviembre de aquel año 1893 teñido por la sangre. Era el día de la inauguración de la temporada de ópera, se representaba *Guillermo Tell*, de Gioacchino Rossini, y en el teatro se encontraban las familias más distinguidas de la burguesía barcelonesa. Alguien lanzó dos bombas Orsini desde el gallinero del quinto piso a la platea. La segunda no estalló, aunque la primera ya había causado el daño buscado. Veinte muertos y decenas de heridos, una terrible barbarie.

Recordó a Magda, afectadísima, dando la noticia en casa al regresar del Español. Entre los heridos del Liceo se encontraba una de las pobres cigarreras que trabajaban allí, la única víctima que no era burguesa. Podría haber sido ella misma...

Todas las voces apuntaron rápidamente a los anarquistas, dijeron que había sido un acto contra la burguesía en venganza por la ejecución del compañero Pallàs. Algunos amigos y conocidos se posicionaron a favor del autor, aun desconociendo de quién se trataba. Pero ni Tina ni el tío Joan, ni mucho menos Pep, eran capaces de sentir admiración ni nada parecido por alguien capaz de perpetrar una masacre en un teatro, aunque fuera el epicentro de la clase burguesa. No comprendían el fanatismo de quienes defendían un acto tan vil. La lucha obrera sólo se podía ganar con las ideas, educando al mundo para ser mejor, no con violencia que lo único que genera es más violencia.

Las mujeres de la casa habían asistido al entierro multitudinario, en señal de duelo por las víctimas y para manifestar su oposición a la lucha armada. Era una lluviosa tarde de noviembre y la larguísima comitiva funeraria recorrió la ciudad desde el Hospital de la Santa Creu hasta el final de una Rambla sumida en el dolor, paralizando el ritmo cotidiano de los ciudadanos y sumiéndolos a todos en una conmoción profunda.

El atentado del Liceo sólo causó dolor. Y detenciones arbitrarias que empezaron el mismo día. Un mes y medio después, en Navidades, ya habían detenido a más de ciento veinte personas, algunas conocidas, entre ellas a Teresa de nuevo, la buena de Teresa, y a su compañero, Antonio Gurri, recién salidos de la cárcel por la condena anterior y a quienes dejaron libres a los pocos días, puesto que no pudieron probar ninguna relación entre ellos y lo sucedido. En Nochevieja detuvieron a Pep, acusado de tenencia de propaganda y revistas anarquistas, una detención que sumió a Tina en la desesperación, aunque, por suerte, duró sólo dos meses y pudo salir sin ser procesado.

Cerezuela, acusado de haber sido la persona que lanzó las bombas en el Liceo, en un principio confesó su culpabilidad y admitió ser el autor de los hechos. También confesó otro de los detenidos, un tal Josep Codina, a quien le atribuyeron la construcción de las bombas. Pero pronto se supo que habían sido confesiones forzadas mediante tortura.

El día 1 de enero de 1894, detuvieron en Zaragoza a un hombre que inmediatamente se declaró

culpable de haber lanzado las bombas: Santiago Salvador. No sólo reconoció haber lanzado las Orsini, sino que el muy desgraciado confesó que, después de atentar en el Liceo y conseguir escapar sin ser detenido, perdió el miedo a la policía y acudió al entierro de sus víctimas un par de días después. Contempló la comitiva fúnebre encaramado en el monumento a Colón y se lamentó por la oportunidad perdida de haber atentado también allí, con todas las autoridades de la ciudad presidiendo el acto, y con Tina, Magda, Angélica, la tía Roser y tantísima gente inocente entre las posibles víctimas.

De nada sirvió su declaración y que afirmara que el atentado lo había cometido en solitario. A algunos de los ya detenidos, al no poder condenarlos por el caso del Liceo, los declararon cómplices del de la Gran Vía, aunque se decía que la mayoría de ellos ni siquiera se conocían. Seis hombres fueron condenados a muerte: Cerezuela, Codina, Bernat, Sogas, Ars, Sàbat. Recordaba el nombre de todos y el miedo que le causó a la población obrera su fusilamiento, el 21 de mayo de 1894. Antes de su ejecución, Cerezuela envió una carta a un periódico en la que relató los horrores a los que había sido sometido para arrancarle una falsa confesión. Latigazos, retorcimiento de genitales, simulacros de fusilamiento y un largo encierro sin agua para calmar la sed y sólo pan y bacalao seco como sustento...

Pese a las sentencias firmes, muchos inocentes continuaron presos durante meses. En mayo de 1894, cincuenta y cinco hombres encerrados en la prisión de Amalia firmaron una carta que enviaron a *El Diluvio*, quejándose de su retención arbitraria, en prisión preventiva y sin haberlos siquiera interrogado. En agosto mandaron otra para recordarle al mundo que seguían allí dentro. Además, había más presos repartidos entre otras prisiones de la ciudad e incluso en un barco, el crucero *Navarra*, que había llegado con la misión de acoger la ingente cantidad de detenidos, más de trescientos.

A Santiago Salvador, el verdadero culpable, lo ejecutaron en solitario, varios meses después, en el patio de Cordeleros de la prisión de Amalia, como único autor de la catástrofe que arruinó la vida de tanta gente, la de las pobres víctimas del atentado, las de los seis libertarios ejecutados sin causa cierta, la de cuatro hombres más condenados a cadena perpetua y la de cientos de inocentes detenidos por sospechosos, que vieron su libertad interrumpida, su vida cortada por un encarcelamiento injustificado que malogró su destino.

La represión se extendió entre todos los obreros, todo el pueblo sufrió las consecuencias y agachó la cabeza. Y ahora, cuando había renacido la confianza y parecían gozar de nuevo de libertades, otro terrorista asesino había provocado una masacre más terrible aún si cabe, en plena procesión del Corpus, y con ello había empujado de nuevo a la cárcel a pobres inocentes. Inocentes como ella, a quien habían encerrado en la misma mazmorra donde Cerezuela y otros fueron torturados antes de ser fusilados.

Buceaba en un vacío doloroso en busca de un placer lejano que no encontraba. Buscaba el edén, el paraíso natural en el que liberarse de males y retozar libremente sin preocuparse de nada, una playa desierta en la que desnudar su cuerpo bajo los rayos del sol y gozar de él. Imaginó una luz y, al otro lado, unas aguas transparentes que reflejaban su propia imagen. Su frente ancha, sus pómulos prominentes, su bigote incipiente y sus gruesos labios. Se llamó a sí mismo. Ven, ven a la luz. No fue. Creía estar muerto, en un infierno abrasivo repleto de demonios que lo atacaban y de los cuales no podía escapar. Pero estaba vivo. Un terrible dolor le paralizaba el cuerpo y la mente, y lo mantenía postrado en una agonía infinita. Delirando.

—¿Desde cuándo está éste aquí?

Una voz lejana devolvió a Pep a una realidad casi tan cruda como el infierno de su delirio. No podía abrir los ojos, inflamados, ardientes, que explotaban en cada intento como dos bombas en su cabeza. ¿Qué pesadilla estaba viviendo? Su cuerpo yacía en un camastro de madera, inmóvil por el dolor de un sinfín de heridas, y, aun así, con las manos y los pies sujetos por grilletes, que pendían por una cadena de una argolla en el techo, convirtiendo cada espasmo involuntario en una tortura. Reconocía el sonido de aquel lugar, el ritmo de una enfermería de presidio, el de la cárcel de Amalia. Los grilletes que lo oprimían no dejaban duda de su condición de detenido.

—Doctor, he preguntado desde cuándo está este hombre aquí. —La voz autoritaria se refería a él, sin duda.

—Desde el domingo al mediodía. —Oyó que respondía el médico.

—¿El domingo al mediodía? ¿Por qué no se me informó inmediatamente?

—No lo sé, teniente. Yo me dediqué a salvarle la vida, como era mi deber.

—¿Qué le ha pasado?

—Estuvo a punto de matarse. Parece ser que se tiró a las vías del tren, huyendo de la policía.

Era mentira. Le habían dado una paliza. Todas aquellas heridas se las habían provocado tres matones a base de patadas, puñetazos y palos...

—¿Quién lo trajo aquí?

—Los agentes que lo seguían, el grupo de vigilancia del inspector Freixa. Pudieron sacarlo de las vías antes de que lo atropellaran, y como estaba inconsciente y detenido, lo trasladaron aquí directamente, a la enfermería de la prisión.

—Los hombres de Freixa... Hablé con él el domingo y me dijo que buscaban a este anarquista, pero no que ya lo hubiesen detenido.

—No sé más, teniente. Sus hombres lo dejaron aquí y dijeron que ellos darían parte de su detención.

—¿Está seguro? Los agentes de Freixa están cesados desde el viernes y fuera de servicio. Los cesó el gobernador.

—Quizás eso tenga alguna cosa que ver con este entuerto.

—Es una vergüenza. Josep Poch es el principal sospechoso del atentado del Corpus del domingo por la noche ¡y resulta que ya estaba detenido cuando se cometió!

—Lo siento, teniente.

—En cuanto recupere la conciencia me avisa de inmediato. Y no deje que se acerque a él nadie, especialmente los hombres de Freixa, ¿entendido?

No comprendía la conversación que acababa de escuchar, no entendía nada de lo que allí sucedía pero no podía, no quería, expresar ningún signo de vida. La realidad que se evidenciaba le aterraba. Debía de llevar postrado en aquel camastro al menos un par de días. Recordó otras voces a su alrededor, la de ese mismo médico curándole las heridas, la de la monja que lo obligó a ingerir líquido... Susurros incomprensibles que ahora tomaban forma.

¿Cómo había llegado hasta allí? El domingo por la mañana fue al *cock-pit* del Español, aunque a él no le interesaban las peleas de gallos sino el tabaco que le proporcionaba su hermana. La entrada estaba abarrotada y se abrió paso con la carreta hasta el porche, para dejarla a la vista de uno de los porteros, pero antes de poder bajar dos hombres saltaron a su lado mientras otro se hacía con las riendas de la yegua y reanudaba la marcha. Lo llevaron, a punta de pistola, hasta un solar abandonado de las Huertas de San Bertrán. Y allí, sin dejar de apuntarle a la cabeza, le dieron la mayor paliza de su vida. Tres hombres armados contra uno indefenso, una batalla perdida de una guerra que él no había iniciado. Nadie le informó de ninguna detención, no le explicaron que eran policías. No lo eran; no eran más que matones.

Conocían su identidad y lo llamaron por su nombre y apellido. Josep Poch. Un actorzuelo de tres al cuarto que hacía teatro revolucionario. Eso dijeron mientras le pegaban patadas y puñetazos. Aunque por lo que añadieron, aquél no era el motivo de la paliza. Pensaban de él que también era traficante de drogas, un *pinxo* que trapicheaba con morfina, opio y cocaína, que compraba a bajo precio en el Poble Sec y revendía por el doble a los burgueses de la ciudad; un miserable que se merecía el peor trato posible. Por eso lo habían apaleado. No recordaba nada más.

Sólo podía tratarse de un asunto de trapicheo de drogas, alguien que lo había oído buscar morfina y había sospechado de él. Tres *pinxos* que lo tomaban por un intruso que estaba robándoles su porción de mercado. Sin embargo, el médico y el teniente habían hablado de tres policías y de un atentado. Y allí estaba él, detenido y derrotado sin saber por qué.

Su verdadero delito era haberse enamorado de la persona equivocada. Un amor imposible, un error irremediable. Y actuar siempre en su ayuda. El domingo también quería acudir a su encuentro. No había podido conseguirle morfina, ya que se encontró la taberna de Bisbal cerrada y no sabía de nadie más que vendiera drogas, porque él no era consumidor, ni traficante ni nada parecido. Preguntó a varios conocidos sin conseguir lo que buscaba. Pensó que era mejor así, que ya era tiempo de tomar una firme determinación y poner fin de manera tajante a aquel vicio dañino que estaba consumiendo la vida de la única persona que le importaba realmente. No pudo reunirse a su lado ni exponerle su postura, aquella paliza se lo impidió.

Seguramente no lo habría echado de menos. No solía acudir a su lado los domingos, porque

ensayaba con el grupo de teatro. Pero aquel fin de semana del Corpus, y después del éxito de la función de *Nora* en el Centro de Carreteros el jueves anterior, Felip, el director de la compañía, se fue a pasar el fin de semana fuera de la ciudad y les dio el día libre a todos.

Tina había pretendido que fuera con ella a una fiesta en no sabía qué fuente de la montaña. Uno de aquellos encuentros domingueros en que los jóvenes del barrio bailaban al ritmo de músicos ambulantes... Probablemente hubiera sido mejor para él, dejarse llevar de su mano a una vida mundana y convencional, entregarle aquel cariño que ella insistía en recibir e, incluso, pedirle matrimonio. Era buena chica. Pero el corazón de Pep latía en dirección contraria, a contracorriente del mundo que lo rodeaba, lejos del Poble Sec y de la montaña en la que hacía vida. Y se dejó llevar una vez más, prometiéndose, como siempre, que aquella vez sería la última, y sabiendo que repetiría una y mil veces hasta el fin de los días.

Su historia de amor había nacido tiempo atrás, siempre bajo el freno de la imposibilidad. Entonces él aún vivía en Sant Martí de Provençals, una población cercana a la ciudad y repleta de industrias, y trabajaba de mozo de almacén en una fábrica textil. Había escapado del pueblo con sólo doce o trece años, por su cuenta, sin buscar a nadie de la familia. Había encontrado trabajo y una pensión en la que dormir, y había crecido entre fábricas como aquella, rodeado de obreros hambrientos y malcarados que reivindicaban una vida mejor y unas condiciones más justas. Él compartía la lucha de sus compañeros, asistía a mítines y reuniones, y ayudaba a los del sindicato repartiendo propaganda entre los trabajadores afines. Estar rodeado de hombres valientes hacía que se sintiera bien. No le interesaban demasiado los textos de Bakunin, ni de Kropotkin ni de Malatesta, lecturas obligatorias, según sus compañeros, para poder formarse una ideología política firme. Aun así, aprendió a leer y a escribir en un centro obrero que ofrecía clases nocturnas, y se empapó de ideas y consignas. Soñaba llevarlas algún día a una tribuna, recitarlas como si fuera un poema ante las masas, convertirse en un líder. «¡Hay que colectivizar las fábricas, abajo la burguesía!», repetían los suyos. Él coreaba el lema buscando ser el centro de atención y atraer el interés del mundo entero.

Y lo atrajo; demasiado. El propietario se presentó un buen día con su hijo, el futuro heredero de la fábrica. Quería mostrarle el funcionamiento de la cadena de producción y que todo el mundo lo conociese. El joven, vestido con traje ajustado, con melena desgarbada, bigote, perilla y con una sonrisa burlona que demostraba el poco interés que le despertaba la visita, miró a todos los trabajadores sin verlos y clavó la vista en Pep. El encargado de planta se ofreció para guiarlos en su recorrido por las dependencias, pero el heredero rechazó su propuesta y lo eligió a él como cicerone. Argumentó que prefería el punto de vista de un joven con ideas revolucionarias porque, al fin y al cabo, ellos iban a ser los futuros capataces de la empresa familiar.

Pep admiró su porte, su clase, su actitud irreverente sin perder el discurso educado, su voz viril pronunciando la palabra *revolución*. Su error fue dejarse llevar espontáneamente por una elección que lo sonrojó y aceptar aquel trato de favor. Los compañeros escupieron a su paso, dejándole bien claro que hubiera tenido que negarse ante el heredero burgués. Él pensó enmendar su error y aprovechar la ocasión para expresarle al patrón las reivindicaciones tan largamente gritadas en mítines y hablarle directamente de la necesidad de implantar una jornada laboral de ocho horas, algo que ya sucedía en países como Australia... Pero el propietario se retiró a una

reunión en la oficina de los contables, dejándolo sólo con el hijo, y él no pudo exponer ninguna de las ideas previstas.

El heredero, Martí Rifé, se presentó extendiéndole la mano y no lo dejó hablar durante toda la visita. Era un hombre de letras, un poeta, y también había leído a Bakunin y a Proudhon, a quien prefería. Le expuso abiertamente que era contrario a las leyes opresivas del Estado, que compartía con los obreros revolucionarios la defensa de la libertad del individuo y que creía que la sociedad debía cambiar de raíz. Pep lo escuchó fascinado. Un burgués poeta convertido en anarquista filosófico.

La visita se alargó mucho más de lo previsto, hasta que el propietario salió de su reunión apremiando al hijo para marcharse de la fábrica. Y en cuanto el heredero se fue, los obreros amonestaron a Pep y le recriminaron que se hubiera puesto a disposición del patrón. Pensaron que su única voluntad era ascender en la fábrica y conseguir un cargo mejor pagado y que para ello no tendría inconveniente en venderse como un vil esclavo ante el poder del capital. Él se defendió, negó las ambiciones reprochadas y argumentó que la conversación había girado en todo momento alrededor de las injusticias sociales. Les expuso a todos que quizás aquel joven heredero formaba parte de una nueva generación de burgueses, dispuesta a que las cosas cambiaran. Quiso creerlo, ya que era la única manera que tenía de disculparse ante sí mismo por su reacción. El desprecio de sus compañeros fue aún mayor.

Al día siguiente el propietario regresó de nuevo a la fábrica. En lugar del joven heredero lo acompañaba su bella hija, una joven dama elegante y altiva, la señorita Nuria. Ella sí aceptó la propuesta del encargado de planta y, al finalizar su visita, miró a los trabajadores uno por uno hasta fijar la vista en Pep. Lo revisó de arriba abajo, como quien inspecciona el ganado, e, inmediatamente, mandó que lo despidieran. Nadie salió en su defensa. Pensaron que se lo había buscado, que era un traidor. «Tú eres de los que se bajan los pantalones, ¿eh? Pues eso, ¡que te den por culo!»

Tenían razón, aunque no podía reconocerlo delante de nadie. Mientras le hacía de cicerone, Martí lo había empujado al cuarto de los archivos y lo había arrinconado entre dos estanterías. Lo besó en la boca mordándole los labios con tal pasión que él tuvo una erección, descendió todopoderoso hasta su cintura y siguió besándolo hasta provocarle un placer desconocido. Pep le cedió su cuerpo, puso a su servicio todo su ser, se entregó sin resistencia...

Había reprimido en varias ocasiones la atracción ante un par de hombres que se habían cruzado en su vida y le habían despertado la misma sensación. La homosexualidad estaba considerada un vicio decadente propio de la aristocracia aburrida y de cuatro pervertidos afeminados. Los obreros lo consideraban una amoralidad, incluso los librepensadores más progresistas y anticatólicos no aceptaban las relaciones entre personas del mismo sexo. Los llamaban maricas, desviados, invertidos, degenerados o sodomitas. Para ellos era sólo un mal vicio que se tenía que corregir, un mal hábito provocado por las malas compañías. Pep, convencido de que tenían razón, había intentado evitarlo, pero aquel día le resultó imposible. ¿Cómo reprimir un deseo que explota en el cerebro e invade el cuerpo y el alma?

Los actos irracionales lo cambian todo en un instante. Su concepción del mundo, de la vida, nunca volvió a ser la misma. Descubrió sin buscarlo cuál era su condición, la condición que tenía que esconder, que debía negar. Decidió cambiar de vida, de entorno, poner tierra de por medio, iniciar una nueva etapa y olvidar a aquel heredero de una fábrica de Sant Martí de Provençals.

Buscó cobijo en la familia que tenía en la ciudad, unos tíos que vivían en el Poble Sec. Con ellos encontró a su hermana, de quien no tenía noticias hacía años, y a Angélica, el ser espiritual que le cambió la vida.

La niña albina, con su mágica voz y sus palabras místicas dictadas por seres del más allá, le descubrió su verdadera vocación. Él quería ser un buen conferenciante, hablar en público, trasladar al mundo entero ideales regeneradores, pero no tenía suficiente autoridad para liderar masas, ni el coraje necesario para enfrentarse a los reproches o las recriminaciones de los demás. Sin embargo, era capaz de repetir discursos complicados con sentimiento propio, trasladar la palabra a quien la quisiese oír, y entendió gracias a ella que la única manera que tenía de llegar a los demás era a través del teatro. Se entregó con cuerpo y alma.

Fue Angélica, empujada por ilustres espíritus del mundo escénico, quien lo instruyó en ese arte que él desconocía casi por completo; la mejor maestra que pudo tener. La niña médium no sólo escribía, le hacía leer en voz alta y lo orientaba en la manera que debía entonar y declamar cada texto, sino que, además, le explicaba pormenores de la historia de aquel arte. Sus espíritus conocían el argumento de incontables obras, de las grandes tragedias griegas, de los clásicos castellanos, ingleses y franceses, de algunas óperas italianas y también de los dramaturgos catalanes contemporáneos que se abrían camino en la ciudad. Era increíble que una niña pudiese albergar en su interior tantísima sabiduría, la de los ángeles que la rodeaban, y que la expusiera como un libro abierto en un cuerpecillo minúsculo.

Intentó hacer de Magda su compañera de escena, su *alter ego* a quien encomendar los papeles femeninos surgidos de la pluma de Angélica. Pensó que con su belleza cautivadora atraería al público sin siquiera hablar. Sin embargo, su hermana apenas sabía leer, no mostraba ningún interés por la cultura y rechazó tajantemente su propuesta. Tina, en cambio, aunque era más bien feúcha, desproporcionada y sin gracia, mostró pronto buenas dotes interpretativas y no tardó en convertirse en la mejor pareja artística que pudiera tener.

Había empezado a trabajar de picapedrero en la cantera de la Satalia, y allí encontró un grupo de camaradas con quienes compartir su nueva afición y un espacio con una acústica impresionante, ideal para representar en la clandestinidad sus montajes ante el resto de los compañeros y algunos vecinos. Primero monólogos o diálogos a sólo dos voces, y luego, tras la incorporación de la gallega, Arnau y otros compañeros, pequeñas obras con varios personajes que formaban cuadros sociales. Dramas que los espíritus de la niña dictaban a medida para aquel grupo de actores aficionados. Dos hijos revolucionarios que se enfrentan a sus padres, anclados en las ideas del pasado, dos hermanos que luchan por liberar a su madre de las fauces del clericalismo, una familia entera enfrentada al burgués que pretende robarle las tierras para construir una fábrica...

El público no siempre quedaba complacido con las obras de Angélica; no por sus ideas, probablemente demasiado adoctrinadoras, sino por considerarlas aburridas y excesivamente realistas. No les faltaba razón. Las historias que los espíritus de la niña contaban eran demasiado cercanas como para provocar la sorpresa de ninguno de aquellos espectadores. Y, sin embargo, invitaban a reflexionar y a luchar por la revolución.

Renovaron su repertorio e incluyeron algunas obras de dramaturgos liberales conocidos en otros centros obreros de la ciudad, escritores profesionales que utilizaban su arte para expresar la denuncia social, aunque caían en los mismos errores que los espíritus de Angélica.

Fue uno de aquellos espíritus, de nuevo, quien sugirió que debían nutrirse de nuevas fuentes de

inspiración, de las tendencias procedentes de Europa. Entre el teatro establecido en las salas de Barcelona, vendido en su mayoría a intereses comerciales y falto de ideales, les costó encontrar lo que buscaban, aunque descubrieron en la cartelera algún que otro pequeño espectáculo que introducía novedades.

La gran sorpresa de aquellos tiempos no la hallaron en ningún escenario de la ciudad. Angélica lo supo un buen día de agosto y lo expuso de pronto, con todos los detalles, en una de aquellas revelaciones que la iluminaban como si fuese un ser divino. Algún espíritu benevolente le chivó el lugar donde encontrar lo que buscaban: Sitges. No cualquier día, sino en ocasión de la segunda velada modernista que se celebraría en el Casino Prado Suburenses de la población el domingo 10 de septiembre de 1893. Estaría dedicada al teatro y a la música simbolista, un nuevo movimiento artístico procedente de Europa, regenerador, visionario y místico, que se alejaba de la realidad cotidiana y se abría al más allá. Y se representaría la obra de un dramaturgo modernista revolucionario. Tenían que ir.

Todos asintieron fascinados, sin saber qué decir. Era difícil responder ante las revelaciones de la niña. Coincidió que estaba con ellos en el terrado el novio de Magda, Toni, que trabajaba de cochero al servicio de don Ramón y otros artistas de la ciudad, y que se propuso rápidamente para averiguar si la predicción de la niña era cierta. Lo era. La fiesta la organizaba el pintor don Santiago, íntimo amigo de don Ramón, que también participaba en la organización del acto, y el programa incluía un concierto dirigido por Enric Morera, centrado en la música simbolista belga, y la representación de una obra teatral titulada *La intrusa*, del también belga Maurice Maeterlinck. Toni llevó incluso un periódico, *L'Avenç*, que reproducía el texto traducido al catalán por un tal Pompeu Fabra, al parecer un joven estudiante de ingeniería industrial que en sus ratos libres se dedicaba al estudio de la lengua autóctona.

Pep leyó y releyó para Angélica aquel texto extraño, que indicaba efectos lumínicos o sonoros para expresar emociones y sensaciones y que tenía por protagonista a la muerte, la intrusa cuya inminente llegada se espera con angustia. Era la obra más extraña que había leído en su vida, oscura, decadente, diferente. Un texto que no se centraba en ideas, consignas, razones y pasiones, sino en la emoción, en cómo nos afecta lo que sucede en nuestro entorno, en el sentimiento frente a la espera de la muerte, un drama moderno. Deseó ir a Sitges como no había deseado otra cosa nunca, movido por el amor que había despertado en él el teatro y dispuesto a impregnarse de nuevas influencias artísticas.

Toni consiguió colocarlos entre el personal necesario para el montaje y el desmontaje de la escenografía y aceptaron sin pensarlo. La escapada estuvo a punto de suponerles a todos el despido en sus respectivos puestos de trabajo, a los que no acudieron durante dos días, pero valió la pena arriesgarse.

Partieron a Sitges el sábado por la mañana, en el primer tren, que recorría la costa a orillas de la playa y se adentraba serpenteando entre acantilados hasta la blanca y luminosa población. Descendieron en la estación y avanzaron por callejuelas animadas que contagiaban la alegría. Se adentraron por el barrio de casas blancas que abrazaba la iglesia, y que se abría al mar entre pasillos abovedados y miradores. Don Santiago había comprado una de aquellas casas blancas para convertirla en su nuevo taller, el Cau Ferrat, y había hecho coincidir la fecha de su inauguración con la de la segunda fiesta modernista, al día siguiente. No tardaron en descubrir cuál era, asentada en un abrupto acantilado y con varios carros esperando en la puerta.

Los recibió un tal Raimon Casellas, que se presentó como el director de la compañía, y los puso a trabajar a todos inmediatamente. Los hizo pasar a un salón. La luz entraba por un amplio ventanal abierto a la inmensidad azul del mar y se reflejaba en un interior de paredes cubiertas por coloridos azulejos, lo que creaba una atmósfera irreal. Repartidos en el espacio, apoyados en muebles antiguos y junto a hierros de todo tipo de formas y tamaños, estaban los cuadros que formaban el decorado, unas tablas enormes que don Santiago había pintado, que mostraban una casa de campo en un entorno extranjero, y que ellos embalaron y cargaron en los carros, junto con el resto de los elementos de la escenografía, los vestuarios y otros enseres. Su primera misión era transportarlo todo al teatro.

Reconocieron pronto el casino local, con un bar que invadía la calle y bullía en comentarios. Los artistas burgueses de la ciudad, los más excéntricos y extravagantes, organizaban una fiesta en el pueblo y todo el mundo quería estar allí, desde el día anterior, aunque no tuviesen butaca reservada en el patio para ver el espectáculo del domingo por la noche.

No era de extrañar. Hacia el interior del recinto, donde se preparaba la velada, desfilaban personajes variopintos, que despertaban la curiosidad de todos, entre ellos don Santiago, que llegó en bicicleta y vestido de blanco, y mandó a todo el mundo apartarse para permitir el paso y la descarga de los carros. Casellas era el director, pero allí mandaba él.

Montar los decorados les permitió vivir desde dentro la creatividad de aquella compañía de artistas de familia bien que se declaraban modernistas, contrarios al arte conservador y a la moral burguesa imperante, abiertos a las nuevas ideas y partidarios de un arte regenerador. Asistieron a los ensayos finales en los que don Santiago y Casellas también actuaban, el primero dando vida al marido de la enferma y el segundo, al abuelo ciego. Eran también aficionados, si bien su bagaje demostraba una apertura y un conocimiento de nuevas técnicas que ellos desconocían. Sus decorados transmitían por sí solos el estado de ánimo y la atmósfera que necesitaban los personajes. Todo era significativo. Una nueva concepción del espacio escénico, un cuadro de actores y actrices aficionados, alejados de la grandilocuencia artificiosa de los profesionales, el uso de la luz, apagada en platea, contrariamente a lo habitual, y centrada en la escena donde tenía lugar la obra, sorprendiendo con claroscuros expresivos, colores atenuados e incluso un rayo de luna... Y el despertar del teatro a un mundo de sensaciones. Efectos de niebla que provocaban angustia sin mediar palabra, silencios prolongados rotos por sonidos lejanos, el poder de la sugerencia frente al verbo. Un espectáculo revolucionario desde muchos puntos de vista. El día de la función, incluso se obligó al público a mantener silencio y a quitarse el sombrero durante la representación. Algo impensable entre el público obrero.

A don Santiago y a Casellas les preocupaba mucho el público. No los veraneantes de la localidad ni los pocos autóctonos que asistieron, sino los periodistas, procedentes tanto de diarios locales como barceloneses y catalanes. Pero la única persona que Pep vio sentada en las butacas fue a Martí Rifé.

Martí. Le devolvió una mirada sorprendida, emocionada ante la sorpresa, alegre ante la emoción, apasionada ante la alegría. No pudieron ver el espectáculo. Sus cuerpos se desplazaron sin pensarlo al exterior del recinto para encontrarse y acercarse en un abrazo. El primero de muchos en una larga noche.

Martí se disculpó, le explicó que lo había buscado, que cuando supo de su despido se enfrentó a su familia, que se sentía en deuda con él... A Pep todo aquello le quedaba muy lejos y no lo dejó

seguir hablando. Lo arrastró de la mano hacia la playa y buscó refugio bajo unas rocas. Y fue él quien besó y descendió en busca de un placer mutuo.

Hasta entonces había intentado olvidar lo ocurrido, fingir que había sido un error puntual, una mala influencia. Fue verlo y desearlo, sin más, no había discusión posible, ni intento de negación. En Sitges descubrió que amaba y deseaba más allá del teatro. Había apaciguado su cuerpo, dormido su instinto, negado su verdad. No le interesaban las mujeres, pero sí aquel hombre, Martí. Reencontrarse con él supuso un encuentro consigo mismo.

Martí emprendía viaje a París al día siguiente y le pidió que se marchara con él. Le proponía vivir por y para el arte en la Ciudad de la Luz, sin preocuparse del dinero. Él tenía suficiente para los dos. Su orgullo no se lo permitió. No se atrevió y se equivocó. ¿Cómo aceptar? No podía dejar atrás su vida, su familia, el grupo de teatro, sus ideales... No aceptó y se arrepintió muchas veces. Uno de los grandes errores de su vida.

Al volver al Poble Sec descubrió que el teatro no proporcionaba el amor que él necesitaba. Entre los suyos tampoco hallaba consuelo. Ninguno de los obreros ni de los vecinos ni nadie a su alrededor despertaba nada parecido al deseo y él necesitaba descubrir aquella faceta de sí mismo que lo había transformado en otra persona. Se aventuró en ambientes que antes había repudiado. Antros que frecuentaban afeminados y ladronzuelos que vendían su cuerpo a cualquiera que les hiciera caso, a cambio de dinero, droga o un poco de afecto, tanto daba. Aquél no era su lugar.

Tampoco lo era el entorno obrero. Mientras sus amigos contaban como grandes hazañas sus encuentros con las chicas, explicando con todo detalle cómo las llevaban al huerto, él mantenía en secreto su intimidad, sabiendo que de hacer lo mismo le darían una paliza. Le indignaba la visión que sus compañeros tenían acerca de la homosexualidad, aunque a menudo se había sumado a sus bromas y burlas para no parecer diferente. Convertirlo en algo ridículo le molestaba, le dolía, y aun así lo hacía para no ser señalado con el dedo. Había visto que los suyos propinaban palizas, insultos y escupitajos a los afeminados.

Saberse diferente al mundo no siempre es fácil de disimular. Le costaba tanto trabajo que apenas hablaba con la familia y durante un tiempo dejó incluso de asistir a las reuniones del grupo de teatro. Estaba tan obcecado en su propio dilema que no se percató de lo que sucedía en el mundo a su alrededor. No prestó atención a su hermana ni a los asuntos de Toni, su novio, y se dejó implicar, sin darse cuenta, en un turbio asunto. Tuvo la mala suerte de coincidir con el peor atentado que se había vivido en la ciudad y en el que murieron personas inocentes. Y acabó en la cárcel. En aquella misma cárcel en la que estaba ahora, roto y destrozado.

Pasó allí dos meses, en la enfermería, aunque no a causa de ninguna paliza, sino de una gripe que consumió sus energías. Al salir del presidio no volvió a trabajar de picapedrero, su cuerpo se había debilitado demasiado. Se colocó de carretero, en la misma empresa, y en su tiempo libre buscó refugio de nuevo en el teatro.

Angélica había hecho progresos, aunque sus obras seguían resultando aburridas. Entonces conoció a Felip Cortiella, un joven y guapo tipógrafo interesado por el teatro que, al verlos actuar en la pedrera, los criticó como nunca antes había hecho nadie. Les dijo un sinfín de verdades que a Pep al principio lo ofendieron, pero que Angélica entendió como consejos para adquirir una mayor calidad en su trabajo.

Felip aplaudía su voluntad de hacer teatro social, pero reprochaba el mal resultado, fruto no sólo del punto de vista dramático y social sino, sobre todo, de la dirección. El único objetivo de sus textos era instruir la moral del público, un propósito loable, aunque poco estimulante y falto de arte, especialmente si se declama como quien da un mitin. Se propuso para dirigirlos y encontrar obras modernas a su medida, las que los empresarios de los teatros convencionales rechazaban por su atrevimiento y sentido revolucionario. Decidió alquilar un espacio en el Centro Social donde ubicar a la nueva compañía para así dejar atrás la pedrera y dar paso firme en un escenario.

A Pep lo cautivó. Encontró en Felip la influencia masculina que buscaba, pero no la entrega que él deseaba. A Felip sólo le interesaba el teatro, el buen teatro, representar dramas revulsivos que cambiaran la concepción del mundo. Pep se mostró ante él como el mejor actor para conseguir llegar al público. Creyó enamorarse de Felip, de su coraje, de sus ideas teatrales, y se entregó con pasión olvidándose de Martí. Hasta que volvió a verlo de nuevo sentado en una platea.

Fue en el primer estreno de la compañía, cuando debutaron con *Els senyors de paper*, una obra de dos dramaturgos de la ciudad, Pompeu Gener y Luis Ruiz Contreras, que denunciaba las especulaciones en bolsa. Se hizo tanta propaganda que asistieron incluso algunos jóvenes artistas modernistas, entre ellos Martí, que había regresado de París.

Lo vio entre el público y lo deseó en el acto. Actuó sólo para él, orgulloso de mostrarle el trabajo que había llevado a cabo en su ausencia, seguro de saberse un buen actor en manos de una buena compañía.

Celebraron el reencuentro. Seguían deseándose y amándose como el primer día y ambos querían más. Pep se entregó sin complejos, dispuesto a darlo todo. Y encontró a un hombre que lo amaba, pero que estaba sujeto a otra pasión: su adicción a la morfina, que condicionaba cualquier relación posible.

Martí lo había invitado a iniciarse en aquella droga que prometía viajes a paraísos lejanos. Pep lo probó y vomitó en el intento. Él entendía aquella necesidad como el consuelo que encontraba un poeta decadente, un heredero burgués que lo tiene todo y no sabe lo que quiere, un vicio de quien tiene demasiado tiempo libre para disfrutar, no apto para un carretero que debe volver al trabajo a las seis. Sabía que pertenecían a dos mundos diferentes, como Romeo y Julieta, o, aún peor. Romeo y Julio.

Su error fue seguir viéndolo; y ayudar en su decadencia proporcionándole drogas, hasta el punto de llevárselas a su casa porque él ya no era capaz de salir a buscarlas. No era el único que le proporcionaba droga. Martí tenía un séquito de *pinxos* que lo abastecían a domicilio. *Pinxos* que habían tomado a Pep por un intruso y le habían propinado la paliza de su vida.

LA VERDAD

Cuando la realidad es una pesadilla y los sueños se han desmoronado, dormir resulta imposible. Yacía intranquila, turbada por el miedo y la incertidumbre, intentando descansar el cuerpo dolorido sin conseguirlo, y temiendo abrir los ojos y despertar en una mazmorra que compartía con las ratas. Las oía chillar paseándose por los rincones y escudriñar en el hatillo que había dejado junto a la entrada. No quería ni pensar en ahuyentarlas.

La luz del nuevo día penetró a través de las rejillas y un rayo de sol iluminó sus ojos cerrados. Mil chiribitas dibujaron formas livianas a su alrededor. El calor la reconfortó. No creía en Dios pero sí en los espíritus de los que hablaba Angélica, presencias etéreas que nos acompañan y que se reflejan en la luz... Entre las chiribitas vio a su madre, sonriente, infundiéndole fuerzas, y a Angélica, que la apremiaba a abrir el hatillo. ¿Qué contendría?

Abrió los ojos sin mover un milímetro de su cuerpo y comprobó que sí, que dos ratas se habían adueñado de su hatillo. Habían deshecho el nudo y roían algún alimento, emitiendo un sonido inquietante, con la cabeza dentro del saco y su larga cola moviéndose en zigzag como temibles serpientes. Magda odiaba las ratas. La visión la mantuvo paralizada un buen rato; contenía la respiración para no atraer la atención de los animales.

Unas voces que llegaban del pasillo lo cambiaron todo. La puerta se abrió, golpeó el hatillo y echó fuera a las ratas, que chillaron aún más fuerte. El cabo de la Guardia Civil que entró, Manrique, el mismo que las había acompañado hasta allí, se descolgó el fusil del hombro y disparó dos tiros certeros que acabaron con los roedores en el acto. Magda no sintió alivio, sino pena. Aquellas ratas no se merecían dos tiros salvajes, aunque le dieran miedo. El oficial se rio y la miró orgulloso.

—¡Esas dos ya no te molestarán más! —soltó.

Detrás entró un soldado portando el rancho. Lo dejó en el suelo, junto a las ratas muertas. También él se reía. No se las llevó. Salió antes que el cabo, que cerró la puerta a sus espaldas y la dejó allí sola con los cadáveres.

Al otro lado de la pared oyó a Tina gritar y se levantó de un salto del camastro.

—¿Qué han sido esos tiros? ¿Qué le han hecho a Magda? —preguntaba su amiga, angustiada.

Magda también gritó. «Estoy bien», confirmó. Nada más. ¿Qué decir? Había dos ratas muertas junto a sus pies, reventadas por un tiro, su sangre teñía de rojo las paredes y el suelo, y su olor impregnaba la estancia provocándole arcadas. Tina seguía preguntando lo mismo, a gritos.

—¡No sufras, mujer, tu amiga está bien! ¡No grites tanto!

El cabo Manrique respondió con voz de gallito, mientras abría la puerta de la mazmorra contigua. Magda intentó ver algo a través del postigo, aunque sólo oía las voces amortiguadas al otro lado del grueso muro. La de un gallito que tenía arrinconada a una víctima en el corral.

—¿Qué te pasa, eh? No me tienes miedo, ¿eh, fiera? —decía.

La amenaza no prosperó y no tardaron en salir. Primero el soldado y después el cabo, que

cerró todas las puertas tras de sí.

Magda susurró. «Tina, ¿estás bien?» Pero la voz de Manrique se impuso en el pasillo a través de las rejas.

—¡Como oiga una palabra voy y le parto la cara a la que esté hablando!

Ninguna de las dos dijo nada más. Las toses fueron el único intercambio de sonidos que emitieron para indicarse la una a la otra que, por lo menos, estaban vivas.

En el hatillo, dos manzanas y un puñado de frutos secos corroídos habían evitado que las ratas la atacaran en aquella mazmorra infesta. Los apartó de un manotazo para sacar la ropa y el libro que había debajo. El vestido de domingo de Tina, demasiado grande para ella, unas enaguas, también grandes, varios paños y una Biblia pesada como un cofre, que resultó estar repleta de tesoros. Un peine, que utilizó impulsivamente para desenredar su cabellera larga y enmarañada, un ungüento graso que extendió sobre la piel seca de la cara, un cortaúñas, una navajita, velas, unas cerillas, y papel, tinta y pluma, junto a una nota escueta de Angélica. Magda leyó con esfuerzo la caligrafía nerviosa de la niña, sin entender muy bien todas las palabras aunque captando el sentido general. Pedía que le escribieran explicando todos los pormenores de su detención, para ayudarlas en la defensa...

¿Cómo iba a hacerlo? Magda apenas sabía escribir, lo suyo era hacer dibujitos a carboncillo, como le había enseñado Toni. Intentó darle el mejor uso posible a la pluma, se sentó en el suelo, bajo la luz que entraba por el ventanuco elevado, la mojó en la tinta e intentó trazar con su mejor letra una carta para Angélica. «Querida Angélica.» Dos costosas palabras que plasmó con un esfuerzo tremendo, guiada por la desesperación de verse encerrada en una mazmorra y depositando en ellas la última esperanza de su liberación. Sólo la niña podía ayudarlas a salir de allí.

El vozarrón del teniente irrumpió el silencio castrense, emborronando de tinta la caligrafía insegura y poniendo punto final a una carta recién iniciada. La escondió rápidamente bajo el jergón, junto a la Biblia y el resto de sus tesoros, mientras el sonido de las rejas y los cerrojos abriéndose uno tras otro repicaba en su sien y aceleraba un corazón encogido ante el peligro inminente.

El cabo abrió la puerta y la señaló con un dedo amenazador.

—Aquí la tiene, mi teniente.

Estaba acurrucada en el suelo y encogió su cuerpo aún más, apretándose la cara con las manos para controlar la temblequera que le causaba el miedo. El teniente no la miró.

—¿Qué mierda es esto? —gritó, señalando las ratas—. Sacadlas de aquí ahora mismo, ¡apestan!

Liberarse de la visión de los animales muertos la reconfortó por un momento. Un rugido en el estómago le devolvió el hambre apaciguada por los nervios, aunque no pudo comer. El teniente mandó fuera de la mazmorra a sus subordinados y entornó la puerta a sus espaldas. Revisó la presa con el bigote torcido y con aquella mirada lasciva que tanto miedo le daba.

—A ver, Magdalena. Levántate y ponte de pie, apoyada en la pared.

Temía acatar la orden, aunque sabía que no podía hacer otra cosa. Su vida estaba en manos de aquel hombre. Obedeció con esfuerzo, impulsando su cuerpo tembloroso hacia una verticalidad

vertiginosa, y lo miró a los ojos, esperando una nueva indicación.

—Muy bien —dijo el teniente, endulzando peligrosamente su tono de voz—. Ahora ábrete la camisa, déjala caer hacia un lado y enséñame el hombro y un pecho. Y no me mires; mira hacia un lado, como cuando posabas para tu pintor...

Se le paró la respiración. ¿Qué sabía aquel hombre de su vida? Aquélla era exactamente la postura que don Ramón le había pedido que mantuviera la primera vez que posó para él, hacía más de tres años. Con la blusa gris abierta, la camisa blanca interior desabotonada y caída, la cabeza ladeada y la mirada sumida en la vergüenza que le provocó iniciarse en el oficio de modelo.

—Sí, eres tú, no hay duda...

No, no había duda. El teniente había visto el resultado de aquella sesión, una tela pequeña pintada al óleo que don Ramón había calificado de estudio previo para una obra mayor.

—Ahora quítate la blusa, del todo, deja caer más la camisa interior e inclina la cabeza mirando al suelo...

No necesitaba más indicaciones, sabía exactamente lo que el teniente buscaba. Reproducir la pose del siguiente estudio que había hecho el pintor, en el que ella lucía el escote desnudo y rosado y dejaba asomar el pezón del pecho izquierdo. Entonces llevaba el pelo recogido en un moño alto y ahora le caía sucio cubriendo la espalda, pero el teniente no puso inconveniente.

—Muy bien. Veo que me has entendido. Ahora desnúdate del todo y tumbate en el suelo.

No quería, pero lo hizo sin rechistar. Dejó caer primero la falda y las enaguas, y luego la blusa y la camisa. Con el cuerpo despojado por completo de ropa, se tumbó en el suelo adoptando la posición fetal del primer desnudo esbozado por la mano de don Ramón. Se sintió cobarde.

El teniente se paseó a su alrededor, contemplándola largo rato sin emitir más sonido que el de las botas pisando el suelo. Ella evitó mirarlo, aunque lo imaginaba con gesto obsceno y la sonrisa perversa trazada en los labios.

—Y ahora estírate un poco y separa ligeramente las piernas, putita...

Un escalofrío le recorrió la piel y le erizó el vello del pubis. Cerró los ojos, contuvo las lágrimas y tragó saliva. Esperaba que la tocara en cualquier momento, que penetrara la distancia insalvable ante un cuadro y violara la intimidad desnuda de su cuerpo. No lo hizo. La tuvo allí tumbada un rato no demasiado largo, aunque a Magda le pareció eterno, y se fue arrastrando las botas sin decir nada más.

Ella no se movió del suelo. Oyó la puerta cerrarse con cerrojos y candados y permaneció allí, tumbada, desnuda y perdida en el brillo de la luz que entraba por el ventanuco enrejado.

Recordó unas palabras que el pintor le había dicho al poco de conocerla. «Magdalena, no te podías llamar de otra manera.» Le había enseñado un cuadro de una mujer llamada igual que ella, Madeleine, una parisina que posaba sentada sola en la mesa de una moderna sala de fiestas, el Moulin de la Galette, y que se atrevía a beber absenta y fumar en público un cigarro habano de diez reales.

«Las francesas, ya se sabe, son muy modernas», había dicho Antoine. Aún no lo llamaba Toni. Magda todavía pensaba que él procedía de aquella ciudad europea, cuna de la cultura, las artes y la luz de la que tanto les había oído hablar en sus conversaciones. Y quería ser tan atrevida como aquellas parisinas para conquistar el corazón del joven artista francés. Lo quiso ser igual cuando lo consiguió, incluso cuando supo que era un francés del Poble Sec y que no era artista, sino el

hijo espabilado del sombrerero. Quiso ser la mujer más atrevida del mundo sólo para él.

Ante don Ramón desnudaba su cuerpo en el suelo del taller y permitía que la mirada del pintor y la de sus acompañantes acariciasen su figura. Nada más. Pero con Toni liberaba su cuerpo de remilgos y pudores y lo entregaba dispuesto a ofrecer y recibir placer. Un placer incomparable con ninguno sentido antes.

Nunca se consideró una prostituta, aunque en aquella época muchos hombres la miraban como si lo fuera. La prostituta que acompañaba a todas partes a su Mesías, un cochero francés con vanidad de artista, verbo fácil y simpatía arrolladora. La Magdalena de Toni.

Cubrirse el cuerpo desnudo, calzarse, orinar en un rincón, beber el agua de la jarra dejada por el soldado, probar el rancho y escupirlo del asco, ingerirlo hambrienta cerrando los sentidos, roer la carne de las manzanas que no comieron las ratas, trazar un nuevo borrón en la carta... y un nuevo rancho, y otro borrón y una nueva rata viva de compañera que la mantuvo postrada en el rincón del jergón por largas horas. El encierro trae consigo un pensamiento obsesivo, ramificado en un sinfín de preguntas y sus múltiples o inexistentes respuestas, confundido entre sentimientos cruzados y contradictorios, el odio, el arrepentimiento, la culpa, la rabia, la humillación, el desprecio... ¿Qué relación existía entre el teniente y don Ramón? ¿Y qué tenía que ver todo aquello con su detención? ¿Por qué la retenían allí, como a una rata más, sumida en su propia corrupción?

Había luchado por no ser prostituta, aunque había llegado del pueblo dispuesta a serlo y fue la sífilis y la visión de los hombres infectos que solicitaban los servicios de las pobres ramera lo que la convenció de descartar aquel oficio. Las prostitutas le merecían todo su respeto y toda su pena. Ella había tenido la suerte de encontrar otro oficio y ganarse bien la vida, y cuando pudo ganar aún más sólo por mostrar su cuerpo desnudo ante un pintor, aceptó. Al principio ella se había negado a posar desnuda. No tenía ninguna necesidad de hacerlo. Pero don Ramón la convenció de que la necesidad no era económica sino artística y le explicó una historia que la conmovió. En los últimos años, en la ciudad y en el mundo entero, habían aumentado los casos de violaciones a adolescentes. El fatídico dato era consecuencia de una superstición terriblemente popular, que afirmaba que practicar sexo con una virgen liberaba al sifilítico de su enfermedad venérea al transmitirla en un cuerpo puro. Él quería pintar a una joven desnuda, como metáfora del cuerpo despojado de su inocencia natural, una flor deshojada. El último día que posó para él la rodeó de pétalos de rosas que había hecho traer a una de las floristas de la Rambla especialmente para la ocasión. Pétalos de flores frescas que perfumaron con su fragancia sus sentidos y la hicieron sentir bien.

Le gustaba la atmósfera que don Ramón creaba para trabajar, sentado ante su lienzo, pipa en boca, con Toni a su derecha pintando a carboncillo y, a menudo, otros amigos alrededor, que pasaban su tiempo en el taller del pintor, pero manteniendo, siempre, un ambiente íntimo, distendido, relajado. Hablaban, sí, pero el arte pasaba por delante de cualquier otra inquietud. El instante, la luz, el color, la belleza sutil del reflejo...

Toni solía llevar la voz cantante, como si fuera un artista burgués más. Él quería creer que los proletarios podían comerse el mundo, acceder gracias al intelecto a los puestos que sólo ostentaban las familias bien, labrarse un lugar en aquella sociedad privilegiada a medida de los

hijos de la fortuna. Afirmaba, convencido, que algún día se abriría camino en el mundo gracias a su arte, que publicaría sus ilustraciones en los mejores periódicos y viviría de ello. Tenía muchos sueños y siempre decía que, cuando fuera rico, compraría uno de aquellos pisos modernos que estaban construyendo en el nuevo barrio del Eixample. Pero las cuatro pesetas que le habían dado las pocas viñetas que había conseguido publicar hasta entonces no auguraban grandes riquezas.

Dibujaba bien, aunque ni mucho menos como don Ramón, pero con trazo firme, seguro y aplicando imaginación e ingenio allí donde no llegaba el talento. Muchas de sus ilustraciones tenían un aire infantil, caricaturesco, jovial, y aquello era precisamente lo que las convertía en atractivas, su naturalidad, su espontaneidad, su simpatía. Toni no siempre le enseñaba su trabajo, por pudor, pensaba ella. Por miedo, no a las críticas, sino a que ella creyese que nunca llegaría a ser dibujante profesional. Sin embargo, ella creía en él con fe ciega. Estaba segura de que lo conseguiría, y que con él ella también traspasaría la frontera de la pobreza y conseguiría dejar atrás el Poble Sec para empezar una nueva vida.

Nadie esperaba el atentado del Liceo, una tragedia que lo cambió todo. El miedo a los criminales ante un encarnizamiento despiadado, obra de asesinos desconocidos, se transformó pronto en un asunto peor, en miedo a la propia justicia. La represión que impuso la autoridad fue mucho más allá de una llamada al orden. Se declaró el estado de sitio y la policía hacía redadas todos los días en los lugares más insospechados y cuando nadie se lo esperaba. Incluso en el Español, en medio de una opereta, se presentaron una noche identificando a todos los presentes y se llevaron a dos hombres que estaban sentados entre el público. Y entonces, justo después de Navidad, detuvieron a Pep.

Lo pillaron saliendo de una imprenta, con dos cajas repletas de revistas que según la policía eran pura propaganda infernal. Los miembros de la familia supieron de su detención gracias a Angélica, que entró en uno de aquellos trances en los que conectaba con la madre de Magda y visualizó la escena ante ellos como si estuviese sucediendo allí mismo. La madre de Magda, utilizando a la niña de médium, les explicó también cómo debían proceder. No dejó que el tío Joan se personase en comandancia a pedir explicaciones, como pretendía, ni tampoco a Magda ni a Tina. Quería evitarles problemas a todos. Ella misma se ocupó de hacerlo, a través de Angélica y del brazo de la tía, que mediaba de portavoz con credibilidad entre la inocente criatura guiada por el espíritu y la autoridad competente.

Magda esperó a Toni junto a la fuente de la plaza, como cada mañana, impaciente por contarle lo sucedido y pedirle ayuda, aunque él no apareció. Aquél fue el principio del fin. Los chismes en el barrio corrían rápido y no tardó en saber que a él también lo perseguía la policía. Lo habían ido a buscar a la sombrerería familiar y habían descubierto un par de cajas con revistas ácratas que al parecer había escondido allí el día anterior. Y se habían llevado detenido a su pobre padre, el señor August, un sombrerero poco dado a la política y a meterse en problemas.

Fue Angélica quien tuvo la idea de pedir ayuda a don Ramón. El pintor no la negó, pero derivó el encargo a su amigo don Santiago. La niña, del brazo de la tía Roser y guiada por sus espíritus, se encargó de hablar con él, que terció en la liberación de su hermano. A Toni no lo volvieron a ver. Desapareció misteriosamente, sembrando en el aire la duda de su culpabilidad. Dijeron que se había ido a Francia huyendo de la justicia, aunque ella creía que había querido romper con todo y dejar su vida atrás, novia incluida, para lograr su sueño de conseguir ser artista. Entendió sus ansias de huida y, aunque le dolió el abandono, no dejó de amarlo. Nunca le pudo decir que

esperaba un hijo suyo y decidió tenerlo de todas maneras, esperando que algún día él regresara para conocerlo. Llibert, hijo de la libertad.

Nunca supo muy bien qué tenía que ver Toni con aquellas revistas ácratas, pero a raíz de lo que fuese, don Ramón la despachó como modelo y no quiso volver a verla. Se excusó diciendo que estaba mudándose de estudio, a una casa nueva en pleno paseo de Gracia, y nunca más la llamó. Ni siquiera la avisó cuando, en abril de 1894, presentó el cuadro con su cuerpo desnudo y rodeado de pétalos en la Exposición General de Bellas Artes, aunque le envió dinero, para callarle la boca. La obra fue tachada de escandalosa por la sociedad burguesa imperante y despertó tal revuelo que toda la ciudad fue a verla; y no fueron pocos los que se pasaron por el vestíbulo del Español a mirarla y decirle lo buena que estaba en pelotas. Pero entonces su embarazo ya era evidente y a los hombres se les caía la cara de vergüenza al mirarla, así que dejaron de hacerlo.

Sin duda, el teniente había contemplado aquella obra, y no en la exposición pública, sino en privado, junto al resto de los lienzos de la serie. Quizás había tenido el privilegio de visitar el nuevo estudio del pintor y contemplar la colección completa. O quizá le había requisado los cuadros, por pecaminosos, quién sabía...

La había llamado putita y la había hecho sentir como tal, una prostituta encerrada en una mazmorra que se merece que la humillen. No obstante, no había ultrajado su cuerpo, desnudo e indefenso. Quizá le resultase tan despreciable como a ella misma. Un cuerpo del que huir, como había hecho Toni, un cuerpo para descartar, como había mostrado don Ramón, un cuerpo repudiable, como el de las ratas muertas. O quizá volvería al día siguiente, reclamando lo que no había consumado hoy.

Aquella aparición improvisada a medianoche en plena montaña la había dejado exhausta, sin fuerzas, agotada para caminar, ni siquiera del brazo de la gallega hasta la pedrera de la Satalia. Angélica permaneció en las grutas, sentada en el suelo con su vestido blanco y envuelta en la capa negra que la había convertido en un ser invisible a los ojos de los guardias civiles.

No le había resultado difícil despistarlos. Tenía la capacidad de pasar desapercibida, una de tantas aptitudes aprehendidas a fuerza de años, aunque hacía demasiado tiempo que no había puesto en práctica una desaparición de aquel tipo y había pasado miedo.

Todo había ido muy rápido. La detención de Tina, Felip y Arnau en el centro social había conmocionado al barrio entero y circuló mucha información de boca en boca, alguna increíble. Pese a la intensa jaqueca que sufría, Angélica se agarró del brazo de la tía Roser, que también cargaba con el pequeño Llibert, abandonó el terrado y se lanzó a la calle en busca de verdades. En comisaría no se atendía a nadie aquel día y las emplazaron a hacerlo al siguiente. El vuelva usted mañana de la España de siempre, como decía el periodista Mariano José de Larra ya en los años treinta. En el barrio obtuvieron más respuestas.

Analizó las conjeturas que lanzaban unos y otras, los hombres que discutían en el bar de la esquina, las lavanderas que blanqueaban la ropa en los lavaderos públicos, las parejas que se besuqueaban en la fuente. Todos coincidían en que los habían detenido por hacer teatro revolucionario, aunque aquello no era motivo suficiente para llevárselos con tanta violencia. Muchos se preguntaban si no estarían implicados realmente en el atentado del Corpus, algo imposible, la única certeza que tenía Angélica. Tina, Felip y Arnau, y también Magda y el tío Joan, a quienes habían detenido la noche anterior, y Pep, de quien nadie parecía saber nada, eran inocentes. Inocentes. El motivo de su busca y captura era todo un misterio al que ni siquiera ella era capaz de dar una respuesta creíble.

Supo por diversos testimonios que habían llevado a los recién detenidos al cuartel de las Atarazanas. Y gracias al novio soldado de una de las vecinas del barrio, que había oído una conversación telefónica de un superior mientras estaba de servicio, se enteró del traslado previsto para la medianoche de dos presas al castillo de Montjuïc. Dos presas. Solamente podían ser ellas, sus queridas Tina y Magda.

La tía Roser tuvo la idea de preparar un hatillo con algo de comida y ropa limpia para cada una y salir a su paso en el camino de traslado, para dárselo y aliviar la desgracia de su situación, aunque varios vecinos las alertaron del peligro que aquello suponía. Según se decía, habían detenido también a algunas de las personas que habían acudido en ayuda de los presos. ¿Qué hacer?

Angélica tramó su plan al vuelo con un ligero trance. Elevó la voz firme y segura de un espíritu masculino desconocido hasta entonces, un viejo prestidigitador que se presentó a sí mismo como el Gran Mago, ordenó a la tía Roser que cogiera cuatro cosas necesarias del terrado

e hizo que lo condujera hasta la pedrera de la Satalia. Y luego la mandó de vuelta a casa, con el pequeño Llibert en brazos, diciéndole que él mismo, mediante la niña médium, se encargaría de hacer llegar los hatillos a las pobres detenidas.

El mismo espíritu, a través de la boca de Angélica, le pidió a la gallega que confeccionara las Biblias en las que introducir las pequeñas cosas que la policía siempre requisaba. La mujer lo hizo sin discutir ni decir palabra, con cara de susto. Era dura como una piedra y se reía con sorna del mundo, pero los espíritus de la niña albina le petrificaban el alma. Decía no creer en nada de aquello, pero por si acaso, siempre hacía todo lo que le pedían. Y el Gran Mago quería muchas cosas de ella. Sólo la gallega conocía las grutas que atravesaban la montaña bajo tierra y permitían aparecer a los pies del castillo sin ser visto. Y sólo ella era lo suficientemente fuerte y habilidosa como para transportar los materiales necesarios y ayudar en el montaje de la ilusión. Ilusión, así lo llamó, haciendo como si, en vez de ella, fuera un espíritu masculino quien hablaba.

Comprometió a la gallega y arriesgó su propia vida ante una improvisación casera, sin pensar en nada más que hacer creíble a su espíritu. Había hecho aquel truco las suficientes veces como para no necesitar ensayarlo. Era fácil, sólo requería osadía. Y salió bien.

Una candela de aceite en los pies, un reflector de latón que multiplicaba la luminosidad de su figura blanca, una lupa y un par de espejos estratégicamente colocados, el eco espectral de la propia montaña y el gesto preciso que la sumió en la negrura de la noche oscura. Los guardias la buscaron por todos lados aunque ella apenas se movió del sitio, aguantando la respiración, hasta que la dieron por desaparecida y se marcharon.

Pasó miedo, mucho. Y el miedo le provocó una migraña intensa que le paralizó parte de la cabeza con dolorosos pinchazos y la inmovilizó durante horas. La gallega, que no cesaba de hacer preguntas que ella era incapaz de responder, la ayudó a entrar y esconderse en las grutas, desmontó el utillaje de la ilusión y se lo llevó de vuelta a la pedrera prometiendo que regresaría a buscarla al mediodía, durante la pausa de la comida. Esperaba que no le fallara. Sin ella nunca conseguiría salir de aquellas grutas que perforaban la montaña como un queso gruyer.

Seguía fatigada por la migraña, sí, aunque su problema era otro mucho peor: se estaba quedando ciega. Sus ojos, los faros que según los demás iluminaban el mundo, no veían más allá de una luz cegadora, apenas algunos bultos cada vez más difuminados. Luces y sombras.

Le costaba reconocerlo ante los demás, pero así era. Ciega y clarividente, un ejercicio difícil de mantener, una contradicción. ¿Cómo iba a ayudar a los suyos en aquellas condiciones?

Llamó a los espíritus que invocaba más a menudo, pero ninguno de ellos tenía respuesta. No le sorprendió. Angélica sabía que sólo eran una ilusión más, títeres de su propia comedia movidos por hilos que ella misma tejía, en escenas improvisadas al gusto de un público crédulo y fácilmente manipulable. Sabía que sus visiones y sus ideas no las inspiraba ni las transmitía ningún espíritu, aunque se había habituado desde bien pequeña a expresarlo así y hacerlo creer a los demás.

Nació albina, blanca y transparente como un lucero del cielo caído en la noche. Su padre la había instruido y orientado en cada paso para convertirla en lo que era, una falsa médium. Se lo había hecho creer de tal manera que hubo una época en la que verdaderamente sentía que tenía contacto con los espíritus y les prestaba voz. De aquello hacía ya mucho, demasiado, y ahora

sabía que era sólo una ilusión alimentada por el padre. «Cuando mires a una persona, imagínate a quién puede haber perdido, su madre, su hijo, su hermano... Lo sabrás porque cada dolor es distinto. Hay dolores que se viven en silencio, porque son irremediables, como la muerte de unos progenitores envejecidos, y otros se marcan en el rostro con surcos que advierten de heridas profundas, como la pérdida de un hijo o de un marido joven. Es cuestión de saber reconocerlos y darle forma a una figura.»

A ella se le daba bien. Miraba a la gente y veía a su lado formas dulces o malignas, no era difícil. Y a menudo, casi siempre, acertaba. Lo más importante, según el padre, era conducir a la persona, dejarla hablar, sonsacarle información, y observar todos y cada uno de sus movimientos. Nada más. Angélica imaginaba voces, dibujaba rostros, decía hablar con los muertos, recordar el pasado, prever el futuro... La gente necesita creer en los espíritus y en las fuerzas ocultas y misteriosas, aunque no crea en Dios, y siempre está dispuesta a escuchar a quien le haga recordar a sus seres queridos fallecidos y le inspire paz.

Había sido educada desde pequeña como un ser especial. Y lo era. Desarrolló grandes facultades psíquicas y muchas capacidades especiales. También sabía mover objetos a distancia, arreglar o acelerar relojes mecánicos frotándolos con las manos, y hacer aparecer o desaparecer objetos; trucos que le había enseñado el padre y que ella integró en su cotidianidad como una habilidad propia. Los espiritistas, como los actores, además de saber mentir han de generar efectos visuales para entretener.

Ése era el lema de su padre, el de mentir y entretener para sobrevivir. Era un hábil prestidigitador que cautivaba al mundo entero con sus palabras y dejaba al público atónito con sus habilidades. Hacía aparecer flores de debajo de cualquier piedra, para ofrecer a las damas, y sacaba monedas de las orejas de los chiquillos, luego se las regalaba y así aumentaba su popularidad. Angélica creció con él, de circo en circo, y participó bien pronto en sus espectáculos. En sus primeras apariciones el padre la hipnotizaba y ella contestaba desde el escenario a cuantas preguntas le hiciese el público. Utilizaban técnicas de adivinación de pensamiento que despertaban un gran interés en espectadores de todo tipo. El padre les hacía esconder objetos o entregar sus propias pertenencias a desconocidos sentados en otras filas, o los invitaba a trazar números o nombres en papeles en blanco, que mostraba a los allí presentes sin decirlo en voz alta y guardaba a buen recaudo. Luego ella, con los ojos vendados y el cuerpo rígido de una sonámbula, encontraba lo escondido, devolvía lo prestado y revelaba cualquier ocurrencia escrita en el papel, por difícil que pareciera. Uno de los números que más furor causaban era el de la levitación. Una niña blanca y pálida que flotaba en el aire como por arte de magia. La guinda del espectáculo la ponía la desaparición, completa, inesperada, a menudo en plena levitación, como si se hubiese obrado un milagro. La gente se emocionaba ante aquellos acontecimientos inexplicables, aunque ella conocía todas y cada una de las técnicas y trucos que había detrás. Utilizaban imanes para seguir y encontrar objetos, también para simular que se movían solos o hacerlos aparecer misteriosamente. Lupas estratégicamente colocadas para desviar la luz. Y sobre todo utilizaban espejos, de todos los tamaños y formas, cóncavos, convexos y planos, la mayoría de ellos semitransparentes, para ocultar los trucos que realizaban, como los escalones camuflados que permitían levitar o la capa negra que obraba el milagro de la desaparición.

Perder la visión comportó en gran medida la pérdida de muchos de sus poderes ilusorios, que

requerían una gran precisión y una seguridad de ejecución imposible de mantener sin ver con claridad lo que hay delante. Sin embargo, había desarrollado algunas capacidades que podía seguir practicando en la oscuridad, como escribir compulsivamente, algo que magnificaba ante los demás como si fuera una proeza mayor que la de levitar; y la telepatía, cada vez más real y mágica, tan certera que no dejaba de sorprenderla a ella misma. Tenía un oído fino y captaba frases al vuelo que le servían para obtener información y poner a cada persona en un contexto, en una escena teatral creada a su medida, a veces dramática, otras veces cómica y casi siempre muy acertada. También era capaz de aliviar dolores, algo que odiaba hacer porque le robaba toda la energía, aunque a veces lo intentaba y lo utilizaba con familiares y otras personas cercanas. No era magia, sino una técnica que le enseñó un chino que trabajaba en el circo, basada en el conocimiento de los puntos energéticos del cuerpo conectados a los órganos vitales, cuya manipulación cura dolencias. No siempre era eficaz, porque su formación en dicho arte había sido parcial, aunque sabía que la sugestión obraba milagros.

Ella no quería engañar a nadie, pero ¿cómo explicarse? Hacía tantos años que era una niña con poderes que sólo sabía comportarse como tal. No tenía once años, no, aunque los aparentase. Ni tampoco quince o dieciséis, como creían Magda y Tina. Había perdido la cuenta cuando sobrepasó los cuarenta, era una cuenta que no le interesaba demasiado. Sufría una enfermedad rara, que había alterado su crecimiento y le había dado la estatura definitiva cuando, por lo menos, tenía veinte años, el cuerpo de una niña de once. Desde entonces no había cambiado apenas físicamente. Sin embargo, su padre, como el resto del mundo, sí que envejecía y dejó de tratarla como a su hija para presentarla ante el mundo como su nieta. Un negocio fructífero. Cambió las pistas del circo por salones y pequeños teatros, y la llevó de ciudad en ciudad, por toda Europa, montándole sesiones de espiritismo a medida de cada lugar y de cada público. Sesiones a las que empezó a añadir apariciones fantasmagóricas sugeridas mediante complejas técnicas lumínicas y fotográficas. Y así, año tras año.

Se sentía una timadora, odiaba seguir a su padre de un lado para otro, haciendo ver que su discurso lo dictaba cada vez un espíritu diferente, cambiando de identidad en cada destino y sin más interés que el de ganar dinero, un dinero que nunca era suficiente. Lo que ella quería era dejar aquella vida y dedicarse a la escritura, su única pasión. Escribir; y encontrar a alguien que le leyera, porque ya apenas podía ver las letras que trazaba. Entonces recalaron en Barcelona y el espectáculo les salió mal. Un científico que había ido a verlos descubrió la máquina que reflejaba la imagen fotográfica de un espíritu en la cortina y denunció el fraude a gritos, con lo que creó tal revuelo que el público se enfrentó a puñetazos con el prestidigitador engañoso. El padre estaba tan mayor que cayó medio muerto allí mismo. Aun así lo mandaron a la cárcel por estafador, donde su alma traspasó la frontera al otro mundo. A la niña, extranjera, rara y aparentemente menor de edad, la llevaron con él y la dejaron bajo la custodia de las monjas del presidio. Compartió cubículo en la enfermería con una prostituta sifilítica que le explicó un sinfín de detalles de su familia. La casualidad, o los espíritus del bien, quiso poner pocos días después en esa misma enfermería a su hermana, cuyo parecido era asombroso. Imposible no reconocerla: tenían la misma voz y el mismo acento cerrado de pueblo de montaña, la misma figura esbelta, un cabello voluminoso... Lo arriesgó todo a una carta y le salió bien. La carta que le abrió por fin la ilusión de una vida cierta, en familia, y que le permitió convertirse en la niña enfermiza cuidada por todos que no había sido jamás.

Adoptó el catalán como lengua propia, aunque no lo era. Con su padre siempre había hablado ladino, el idioma local de Trento, lugar de procedencia de sus ancestros, que mantenían como un secreto para comunicarse entre ellos sin que nadie los entendiese. Con el resto del mundo utilizaba el italiano, el francés o el alemán... En el circo chapurreaban todos los idiomas excepto el catalán, que hasta entonces desconocía. Sin embargo, a su oído le resultaba mucho más fácil que el castellano, con sus jotas ásperas y sus erres imposibles de pronunciar, y no tardó en aprenderlo. Como hablaba poco, nadie se daba cuenta de sus errores, la corregían con naturalidad y consideraban normal que una niña de su edad se equivocara. Nunca supieron que era extranjera. El tío Pere, aunque estaba enfermo, leía en su camastro periódicos en aquel idioma, en voz alta, para informar a toda la familia. Pronto se convirtió en el lector que ella necesitaba y en su mejor maestro de catalán.

Impresionó a la tía Roser simulando que entraba en trance y contactaba con una mujer antepasado suyo que había emigrado a Francia. Le habló en francés, lo que asombró tanto a la tía Roser que casi se desmayó. Fue la manera de metérsela en el bolsillo. Con los años, estaba convencida de que la tía era la única persona que había descubierto su mentira, la única de la familia que sabía que era ciega, mayor y que los engañaba a todos. Aunque la mujer no decía nada y mantenía en silencio sus sospechas, más que firmes, agachaba la cabeza cuando la pillaba exponiendo como una revelación algo que las dos habían oído comentar a algún vecino. Incluso la ayudaba, como una cómplice, a resaltar la espectacularidad de sus predicciones con sonidos inesperados, jadeos o suspiros. Roser, la buena de Roser.

Aquella noche, guiada por la necesidad de ayudar a Magda y Tina, sin pensar en protegerse a sí misma, había revelado también su verdad ante la gallega. La mujer no entendía para qué necesitaban los viejos espejos con los que iluminaban la pedrera cuando servía de escenario, ni por qué tenía que transportarlos a prisa y corriendo por los túneles, por mucho que fuera un espíritu quien dictara todas aquellas instrucciones. El Gran Mago, a través de la boca de la niña, la obligó a medir distancias con pasos precisos, a colocar el espejo convexo en un lateral del camino, bajo un árbol, con una inclinación precisa, a situar el cóncavo en el otro lateral, junto a la candela y la lupa, y a esconderse rápidamente de nuevo en los túneles.

La gallega vio la aparición desde lejos, pero con una perspectiva que mostraba el truco en todo su esplendor. Los hatillos en medio del camino, a una distancia prudencial del espejo, en un lateral, y de la niña, en el otro, de espaldas al lugar por donde apareció el escuadrón. La capa negra sujetada con una caña simulaba un telón de fondo tras Angélica, que al encender la candela se iluminó con su vestido blanco reflejándose en el juego de espejos como si lo hiciera en el centro del cielo. Habló unos segundos, mirando al espejo de frente y haciendo sentir a los guardias que los miraba de cara, aunque no los vio en ningún momento. Apagó rápida la candela con el pie y, con un gesto preciso, se cubrió con la capa y se acurrucó en el suelo, sobre el espejo cóncavo, conteniendo la respiración. La gallega también la contuvo y se adentró en las grutas para no ser vista; temía que los guardias descubriesen a la niña bajo la capa y respiró cuando, por fin, los vio darse por rendidos y desistir en su búsqueda, sucumbiendo ante la ilusión.

Pero la gallega no se rindió. La migraña de Angélica y la imposibilidad de avanzar alejaron las numerosas preguntas que hizo. Pero al volver en su búsqueda, a mediodía, tal como había dicho, no se contuvo. ¿Quién le había enseñado aquel truco? ¿Dónde lo había hecho antes?

Angélica intentó mantener que todo había sido idea de aquel espíritu, el Gran Mago, sin éxito.

—¡Venga ya! ¿Te crees que me chupo un dedo? Un espíritu te diría dónde colocar un espejo exactamente, pero no te haría medir la altura y la distancia con el resto de los objetos... El Gran Mago no existe, ¡todo lo inventas tú! Yo a ti ya te había visto antes, siempre lo he sabido y hoy se ha confirmado. Te vi de pequeña, en Orense, en el escenario de un circo y junto a un prestidigitador italiano que te hacía levitar. No eres una niña huérfana con dotes de médium... ¡Eres una impostora!

No se consideraba una impostora, no lo era, en todo caso una farsante. Una actriz obligada por la tragedia de la vida a actuar en perpetuidad.

No podía seguir con su farsa, ya no era creíble. Llevaba demasiado tiempo engañando a todo el mundo, cuatro años fingiendo ser una niña enfermiza levantaba las sospechas de cualquiera.

Sabía que, si no quería marcharse a otro lado dejándolo todo atrás para seguir ocultando la verdad, había llegado el momento de confesar. Aunque la verdad se puede interpretar de muchas formas.

Rompió en un llanto desconsolado, reconociendo ante la gallega que sí, que ella era la misma niña que había visto treinta años atrás en un escenario. Lloró la carga pesada de una eterna juventud, provocada por una terrible enfermedad que comportaba migrañas, desmayos y una ceguera que ya no le permitía ver más allá de sus propios ojos. Y le habló con sinceridad del agradecimiento que sentía por Magda, Tina, Roser, Pep y el resto de la familia por acogerla en su seno y haberle dado la infancia perdida de circo en circo.

Su confesión fue tan emotiva que le contagió el llanto a la gallega. La mujer también llevaba trabajando desde su más tierna infancia y la historia de Angélica le tocó la fibra sensible. No tardó en recuperar la confianza en ella y abrazarla como a la niña que no era.

—No te preocupes, va, y no llores más. Yo te ayudaré en lo que haga falta y mantendré en secreto tus trucos, siempre que sean para hacer el bien.

Angélica sonrió achinando sus ojos brillantes, consciente de transmitir una expresión angelical conmovedora. Había aprendido a provocar ternura cuando quería abrirse un hueco en el corazón de alguien, incluso en los más duros y blindados, como el de la gallega. Sabía manipular las conductas, activar resortes sensibles de la mente y jugarlos a su favor. Pura psicología, que decía su padre, y pura supervivencia. Ganarse la confianza de los demás es básico para cualquier ilusionista.

Su caso era diferente. Necesitaba una cómplice, más que nunca, no para mantener su mentira sino para ayudar a la única familia que había tenido jamás, la familia que la adoptó sin pedir explicaciones y que ahora tenía serios problemas. Con la tía Roser ocupándose del pequeño Llibert y del tío Pere enfermo, no tenía nadie más en quien apoyarse. No quería dejarse doblegar por la impotencia de ser ciega y desvalida; debía ayudarlos y necesitaba de un brazo ajeno para moverse.

La gallega la condujo por galerías y pasadizos estrechos y húmedos hasta la cantera en la que trabajaba y vivía. Allí su marido las recibió con noticias. Malas noticias. La policía había confirmado la detención de Pep. Dos municipales se habían personado en la pedrera portando la carreta con la yegua y un documento que él, en su condición de guardián y en ausencia del patrón, había tenido que firmar, nervioso perdido. Como recibo de la carreta, requisada desde el domingo

al mediodía, y en notificación de la detención del conductor, Josep Poch. No registraron la pedrera, ni buscaron nada ni a nadie en ningún túnel ni sospecharon de los guardianes, se marcharon sacudiéndose el polvo y sin dar más explicaciones.

Angélica analizó la información al vuelo. Si la carreta estaba requisada desde el domingo al mediodía, Pep también habría estado detenido desde aquel mismo momento; antes de que tuviera lugar el atentado del Corpus. Sin embargo, hasta entonces, la policía había negado saber nada de él. Los guardias civiles que fueron a buscarlo a casa, el domingo a medianoche, no tenían constancia de su detención. Al no encontrarlo arrestaron al tío y un par de ellos permanecieron en la calle vigilando la casa, esperándolo. Quien apareció fue Magda, y la detuvieron también. Desde el terrado sólo alcanzó a oír palabras sueltas, bombas Orsini, y dio por supuesto que hablaban de las que habían causado la tragedia en la calle de Cambios Nuevos durante la procesión. No lograba entender por qué los implicaban a ellos en un suceso de tan horribles consecuencias, pero así era. Intentó buscar la respuesta, pero un terrible dolor de cabeza acompañado de fiebre le impidió analizar con claridad los datos.

La policía había vuelto al barrio al día siguiente por la tarde, a la hora de ensayo de la Compañía Libre de Declamación y buscando de nuevo a Pep. No estaba allí y arrestaron a quienes encontraron: Felip, Arnau y Tina.

La hipótesis de que los implicaban en el atentado del Corpus era la más evidente aunque no los buscaban por eso, sino por algo que había sucedido con anterioridad y que ya había llevado a otros vecinos del barrio a estar entre rejas: el abandono de dos bombas el jueves anterior por la noche, del que había informado la prensa. Se sintió tonta por no haber pensado antes que quizá la detención de los suyos pudiera tener algo que ver con la de Bisbal, el republicano que regentaba la cervecería de la calle Salvà, y la de su compañera. Sabía que ella había sido puesta en libertad, pero no había pensado en ir a verla; no se le ocurrió en ningún momento, superada por la tragedia en el hogar propio... Estaba perdiendo capacidades y ya no era tan ágil ni aguda como antes. Aunque su apariencia no la delatara, Angélica sentía que se hacía vieja a pasos agigantados.

No quiso culparse. No era fácil extraer conclusiones rápidas y certeras cuando la consulta le atañe a uno mismo, algo que también decía siempre su padre. Debía enmendar deprisa su despiste, ir del brazo de la gallega a ver a la compañera de Bisbal e intentar esclarecer qué vínculo los unía y por qué los relacionaban a todos con aquellas bombas Orsini.

Esperaba de un momento a otro la llegada de la intrusa, la muerte que acabara de cuajo con una realidad cruel. Una obra que parecía no tener fin. El drama real que le había tocado vivir se hacía más largo de lo esperado. Yacía roto, dolorido y encadenado en un camastro de madera que se le clavaba en todos los huesos como una cruz repleta de astillas. No sabía por qué motivo estaba allí, detenido, y no era capaz de preguntar nada, en su estado. Sin poder abrir los ojos ni emitir sonido.

Sin embargo, oía lo que se comentaba a su alrededor, la conversación entre las monjas y los soldados de guardia. Hablaban de un entierro, aunque no del suyo. Un entierro fatídico y multitudinario que acababa de tener lugar en el Hospital de la Santa Creu y al que había acudido la ciudad entera. De allí salió un cortejo fúnebre, acompañando a los coches mortuorios repletos de coronas de flores, que avanzó en procesión por la calle del Carmen y la Rambla hasta la plaza de la Paz, a los pies de la estatua de Colón. Los ataúdes blancos de dos criaturas abrían el paso y detrás les seguían cinco féretros más, entre lágrimas y sollozos de familiares, amigos, autoridades y ciudadanos corrientes que se habían solidarizado con las víctimas. Y también entre gritos de protesta y peticiones de castigo para los culpables de aquel tremendo atentado. Un atentado; el motivo por el cual, según los tertulianos, habían acabado en presidio todos los detenidos de aquella sala en la que él se encontraba. Pero Pep no sabía nada de ningún atentado, no de ninguno reciente.

¿Estaría volviéndose loco? Quizá su infeliz estado le hacía entender mal, revivir días pasados que había querido olvidar. El atentado que lo había llevado a la cárcel, tres años atrás, había sido el del Liceo, aunque él no tenía nada que ver con el atentado ni con ninguna organización terrorista, como quedó demostrado, ni siquiera con la prensa que incitaba a actos violentos ni con la publicación de aquella revista que llevaba encima cuando lo detuvieron. Cien ejemplares de un mismo número.

Toni lo había enviado a la imprenta en la que se hizo la redada. Él no podía acercarse y le pidió como favor a Pep que recogiera en su nombre un sobre con unas pruebas de impresión. Por fin había conseguido publicar sus ilustraciones en un medio importante y parecía realmente emocionado, aunque quería guardar aquella noticia en secreto.

¿Cómo no iba a hacerle un favor tan sencillo? Toni no sólo era el novio de su hermana, su futuro cuñado, sino también la persona que le había dado la posibilidad de asistir a la Fiesta Modernista de Sitges y reencontrarse con Martí. Era de absoluta confianza, o eso había creído hasta aquel día.

Fue a la imprenta, tal como le pidió. Recogió el sobre por la tarde y lo paseó desde el centro de la ciudad hasta el Poble Sec. No pudo evitar la tentación de abrirlo antes de llevárselo a su propietario. Su sorpresa al ver el contenido no fue agradable. Las ilustraciones que había conseguido publicar Toni no eran satíricas, como él le había explicado, nada que ver. Eran

obscenas, pornográficas y, aunque estaban mal resueltas, permitían reconocer perfectamente a Magda en la modelo. Una mujer despojada de ropa, que posaba exhibiendo su desnudez con mirada pérfida, rodeada de burgueses con sombrero y botines, también desnudos, que se masturbaban ante la visión del pubis.

A él la visión le provocó náuseas. Sin embargo, las escenas picantes, el cuerpo desnudo y provocativo de su hermana, la mirada lujuriosa de los hombres dibujados y el gesto pervertido causaron imprevisiblemente en él la mella que la publicación buscaba despertar en el público. Una excitación desagradable que endureció su miembro. Enfurecido, fuera de sí, buscó refugio en el cuartucho del terrado, pero Tina no lo dejó en paz. Lo siguió con sus preguntas, con sus caricias de consuelo, con su entrega siempre absoluta, y él descargó en ella el disparo rabioso de un deseo que rayaba lo incestuoso.

La penetró con aplomo, embistiendo como un toro bravo y apretando su cuerpo contra el de ella, mientras imaginaba que era él el embestido, el propietario del cuerpo desnudo de su hermana, tan parecida a sí mismo, sintiendo como propios los pechos de Tina pegados a su torso, deseando tenerlos él y disfrutar de su placer bajo la presión de un hombre. Cayó sumido en una culpabilidad grotesca, en una vergüenza inconfesable, en el asco. Cerró los ojos y no volvió a mirar a Tina a la cara.

Nunca llegó a darle el sobre a su propietario. Lo quemó en una hoguera que ardió rápido mientras tramaba la manera de evitar su publicación. Se presentó al día siguiente de nuevo en la imprenta, haciendo como que lo mandaba Toni y reclamó los ejemplares impresos. Logró hacerse con dos cajas y salió dispuesto a quemarlas en otra hoguera. Llevaba una caja bajo cada brazo cuando lo detuvieron, nada más cruzar la puerta. En una redada que buscaba acabar con la prensa ácrata y que envió al calabozo a tipógrafos, impresores, editores y clientes, entre ellos Pep.

El medio importante, según Toni, en el que estaban publicadas aquellas ilustraciones no era más que una revista clandestina repleta de basura. La basura de ilustradores y escritores que no eran tal cosa y cuyo trabajo repudiaba la prensa de verdad. La policía lo consideró calumnioso, difamatorio y pornográfico, y quiso descubrir el nombre de su editor. Pep no lo sabía, negó un sinnúmero de veces su implicación y declaró entre lágrimas la razón que lo había llevado a secuestrar los ejemplares. Él había querido requisar toda la tirada para evitar la vergüenza de su familia, la humillación de su hermana, el escarnio público que hubiera supuesto para ella su distribución en el mercado. El teniente que lo interrogó se reía a carcajada limpia. «Menuda excusa barata», masculló, ladeando el bigote. No volvió a verlo. Durante sus dos meses de encierro nunca declaró ante el juez, ni fue procesado ni imputado ni juzgado.

Un buen día, entre rejas, recibió la inesperada visita de don Santiago. Aquel artista polifacético, pintor prestigioso, escritor reconocido, actor aficionado que le había abierto las vías de un teatro intimista, había ido hasta la prisión con la excusa de dibujarlo y, de paso, ayudarlo a salir de allí dentro. Angélica, la buena y espiritual Angélica, se lo había pedido y él había aceptado echar una mano por una buena causa.

Pep le confesó la verdad, toda la verdad. Llevaba encima las revistas por cuya posesión se le acusaba, sí, cien ejemplares. Y la vergüenza de haber descubierto a su hermana pequeña, Magda, desnuda en el centro de una serie de ilustraciones eróticas. Don Santiago también rio, como había

hecho el teniente, incluso moviendo el bigote con la misma sorna.

Fue él quien le desveló que su hermana era modelo y que posaba desnuda para don Ramón. ¿Por qué motivo Magda nunca se lo había explicado? ¿Acaso no tenían la suficiente confianza? Probablemente no. Pep había estado demasiado ocupado en su propia vida, en sus propias inquietudes y recelos. Él también había escondido ante su hermana sus sentimientos más íntimos, su atracción hacia los hombres, su deseo hacia Martí Rife. ¿Cómo pretender que ella le confesase algo tan delicado?

Aun así, incluso posando desnuda, Toni había engañado a Magda. Según don Santiago, los cuadros que pintaba don Ramón no eran obscenos ni pornográficos, sino intimistas, metafóricos y líricos. Puro arte. Nada comparable con los dibujos que él había visto publicados en aquella revista. El artista también quiso verlos y negoció con la autoridad competente hasta hacerse con un ejemplar. Lo que descubrió tampoco le gustó. Él mismo pidió quemar las cajas para que nunca salieran a la luz...

Toni no sólo había plagiado las composiciones de don Ramón, transformándolas en escenas pornográficas. También había convertido al autor original en el protagonista de la sátira, caricaturizándolo desnudo como a un burgués vicioso y depravado que utilizaba el arte para correrse juergas con sus amigotes. Pep no pudo evitar reírse al entenderlo. Aquel gesto honraba a su cuñado y lo convertía, entonces sí, en un ácrata a contracorriente. Un ácrata que se había hecho un hueco en los círculos artísticos privilegiados para burlarse de ellos.

La vida, una vez más, condujo a Pep por la senda de la hipocresía. Agradeció la mediación de don Santiago en su liberación y la mano que aquella moderna generación de burgueses tendía hacia el pueblo obrero, aunque odiaba la diferencia que se interponía entre ellos, impuesta por una sociedad injusta y desequilibrada.

Si el autor de aquellas ilustraciones en lugar de Toni hubiese sido el propio don Ramón, su autoría no lo hubiese conducido jamás a la cárcel. Ninguna autoridad se hubiese atrevido a meter entre rejas al hijo artista de una de las familias más adineradas de la ciudad. Como mucho le hubieran impuesto una sanción o una colleja amistosa. Los burgueses siempre saldan rápido sus problemas con la autoridad.

Al cuñado no lo metieron en la cárcel porque la policía se cansó de buscarlo. Pep no volvió a verlo. Desapareció dejando algunas pistas que lo situaban en Francia en malas compañías. A saber. Se fue sin despedirse de Magda, la inocente enamorada que se había dejado manipular por el hombre al que amaba sin ser consciente de ello. Pep nunca le confesó la verdad a su hermana; sólo la conocían él y Angélica, y ambos decidieron no explicarle nunca los detalles de lo ocurrido y mantener en secreto la realidad oscura que la afectaba tan directamente.

Cuando salió de la cárcel y la encontró preñada le propuso buscar un lugar donde abortar, pero ella ya se había negado incluso ante Angélica y las peticiones que a través de la niña lanzaba el espíritu de la madre. Magda se mostró mucho más fuerte de lo que él mismo hubiera sido. Ni abortó ni dio al niño en adopción ni lo escondió ante nadie, todo lo contrario, se enfrentó al mundo entero para defender la honradez y la dignidad de su acto.

Hizo bien. Libert nació y alegró la vida gris de una extraña familia. Heredó la belleza desvergonzada de su madre soltera y la sonrisa cautivadora de su padre ausente, un padre del que nunca más se volvió a hablar. El niño lo relevó en el corazón de Magda, dulcificó su recuerdo a ojos de todos y apaciguó reproches. Incluso el sombrerero aceptó al nieto nacido sin

reconocimiento paterno y perdonó gracias a él a su hijo desaparecido, por cuya culpa había acabado también en la cárcel.

Recordaba el pasado y escuchaba los rumores del presente, los ruidos de la enfermería penitenciaria, las voces de quienes por allí rondaban... El grito de un oficial ordenando silencio lo clavó aún más a su camastro y lo sacó de su ensimismamiento, devolviéndole el dolor corporal. La voz masculina informó de la llegada inminente del juez, y soldados, monjas y enfermos se cuadraron firmes en su posición, manteniendo silencio. Se oyó que se acercaba con paso decidido un grupo de personas, que irrumpieron en la sala dispersándose en diferentes direcciones. Los ojos hinchados de Pep no le permitían verlos, pero podía oírlos e imaginarlos escudriñando uno por uno a los detenidos enfermos, cuatro, quizá cinco hombres más, que yacían también encadenados en las camillas vecinas.

—A ti, ¿qué te ha pasado? —La voz autoritaria del juez se impuso en la sala.

Fuera quien fuese el enfermo a quien le lanzaba la pregunta, no contestó. En su lugar habló el teniente que lo había visitado anteriormente.

—Simula que no habla nuestro idioma. Se rompió la cadera al intentar huir durante la redada en la redacción de *La Tramuntana*. Lo trajeron directamente a la enfermería, hace un par de horas.

—¿Cómo se llama?

—Casterán o Casterón, algo así. Firma sus viñetas como El Mesías.

—A ver, tú, Casterán, ¿desde cuándo trabajas en *La Tramuntana*?

—*Non, je viens d'arriver à Barcelone, je ne suis pas d'ici, c'est une erreur.*

Pep dio un respingo en su camastro. Pensó que era una confusión. Un delirio fruto del dolor que lo hacía creer en cosas que no eran reales. No podía ser Toni, imposible.

—En el informe dice que además de burlarte de las autoridades con tus ilustraciones, te mezclas con los anarquistas de Gracia —expuso el teniente—. ¿Es eso cierto?

—*Non, c'est une erreur, je le promet!*

Era su voz, Pep estaba seguro, era él, no cabía duda. En la camilla contigua yacía Toni Carteron, su cuñado desaparecido casi tres años.

—Mira, Casterán, no tenemos demasiado tiempo para dedicarte. Volveremos mañana y, para entonces, quiero que recuperes tu capacidad de hablar español y que nos cuentes algunas cosas. ¿De acuerdo? Si cooperas, con un poco de suerte podrás irte a casa rapidito, a Francia. Y si no, te mandaré de cabeza a las mazmorras de Montjuïc. ¿Entendido?

El teniente y el juez dejaron atrás al enfermo francés y se acercaron, descorriendo una cortina, al camastro en el que estaba Pep.

—A ver, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó el juez.

—Éste es el *pinxo* del Poble Sec al que acusan los hombres de Freixa de haberlo visto el jueves cerca del lugar donde se encontraron las bombas —contestó el teniente—. Josep Poch.

—¿El actor?

—Sí. ¡Lo han dejado fino! No creo que pueda volver a hacer de galán.

—¿Desde cuándo está aquí?

—Desde el domingo al mediodía, aunque no informaron de la detención hasta el lunes por la tarde.

—Ya...

—Toda esta historia me huele muy mal. El confidente dice una cosa, los hombres de Freixa otra y, por el medio, este grupo de actores. He dado orden de que liberen a sus amigos, Felip Cortiella y Arnau Puigdebò. Tienen coartadas firmes que los alejan de los lugares de los hechos tanto el jueves como el domingo y no nos interesa que las cárceles se llenen tan rápido. Pero este pájaro es otro cantar.

—Me parece bien. Quiero que me avisen en cuanto dé muestras de vida. Es prioritario interrogarlo.

—Lo que usted diga, señor juez. Aunque con la paliza que le han dado y la mandíbula rota, no podrá hablar hasta de aquí a un mes por lo menos.

La mandíbula rota. Por eso Pep no la notaba, no notaba su cuerpo más allá de un intenso dolor generalizado y los clavos en las costillas. El teniente prosiguió con su conversación.

—Yo creo que sería conveniente interrogar a los hombres de Freixa. Este *pinxo* se la sabe larga y, sin duda, es un anarquista exaltado al que no vamos a dejar que se suba nunca más a un escenario. Pero no lo veo manejando bombas, como afirman ellos. Las dos mujeres detenidas lo exculpan y parecen sinceras.

—Está bien. Llámalos a declarar y que pasen por mi despacho cuanto antes. Es prioritario aclarar si la tercera bomba de la que habla el confidente fue la que se lanzó en el atentado del Corpus. Es la única pista que tenemos y el mundo entero está reclamando que hagamos justicia. Necesitamos poner nombre cuanto antes a los culpables.

Pep no creía lo que oía. No le habían dado aquella paliza ni lo habían detenido a causa de ningún asunto relacionado con drogas. Tampoco por su homosexualidad, una indecencia considerada muy grave por la justicia. Ni siquiera por ser un actor revolucionario. Lo acusaban de estar implicado con bombas, a él, que no había blandido una navaja en su vida, ni en el escenario.

Las voces del juez y el teniente se alejaron y dejaron un vacío demasiado grande. ¿Quiénes eran aquellos hombres de Freixa? ¿Los tres matones que se habían ensañado con él? ¿Por qué lo acusaban? Mientras lo apalearon hablaron de muchas cosas, pero no mencionaron nada relacionado con bombas. ¿Y por qué habían detenido y puesto en libertad a sus compañeros de la compañía de teatro? Y lo que era más inquietante, ¿de qué mujeres detenidas hablaban? Pensó en Tina inmediatamente. Era probable que fuese una de ellas, mucha gente, a fuerza de verlos juntos, creía que eran pareja y si lo buscaban a él... Y la otra, ¿quién sería? ¿La gallega?

Entre tantas preguntas sin respuesta todavía quedaba una más sin contestar: ¿qué hacía Toni, en Barcelona, postrado en la camilla contigua y detenido también?

Ninguna voz de las que oía, dentro o fuera de su cabeza, le aportaba nada nuevo a Angélica. Necesitaba recopilar toda la información posible al respecto de la detención de los suyos, descubrir y acreditar que ellos no tenían nada que ver con aquel terrible delito de sangre en el que se habían visto implicados, hacerle llegar al juez pruebas que confirmaran su inocencia y mediar en lo posible para que les devolvieran a todos la libertad. La primera persona a la que debía acudir era a la mujer de Bisbal. Aclarar lo que sabía ella y el vínculo entre la detención del republicano y la de Pep era el primer paso para dilucidar la situación.

La acompañó la gallega, por la tarde, cuando acabó su jornada en la pedrera, discretamente e intentando que los vecinos no las vieran para no añadir más rumores a los que ya corrían por las calles. El barrio entero estaba sobrecogido por las detenciones y ya nadie confiaba en la inocencia de nadie, por muy conocidos que fuesen.

La cervecería de la calle Salvà estaba cerrada a cal y canto, aunque en la vivienda, según la gallega, había luz. Llamó a la puerta varias veces, pero nadie respondió.

Angélica oyó en el interior los ruidos propios de una sola persona, alguien que trajinaba en una cocina y no hacía caso de las visitas, que debían de ser frecuentes. Intuyó a las vecinas preguntando una y otra vez las mismas cuestiones morbosas, y a un sinfín de borrachos reclamando una copa en la puerta, aunque el establecimiento estuviese cerrado. Adivinó el cansancio desde dentro ante una situación que se repite sin remedio, el aburrimiento de no poder y no querer hacer nada por solucionarlo. Imaginó a una mujer de mediana estatura, poco acostumbrada a mandar ni a dar la cara, pues de otra forma hubiese respondido con un grito, negándose a abrir y echando fuera a quien fuese, en lugar de ignorar las llamadas en la puerta. La notó balbucear y buscar en las habitaciones de la casa cualquier excusa para no acercarse a la ventana y curiosear la identidad de las visitantes. La actitud propia de una mujer sometida a la autoridad de otra persona, aunque no a la de un hombre violento. El miedo que intuía no era el de quien teme un insulto, un bofetón o una paliza de un marido enfurecido, un miedo que puede ser aterrador, sino el de quien se siente merecedor de una reprimenda, probablemente la de otra mujer que ocupa el lugar dominante y la hace sentir culpable e inútil. Una suegra.

—¿Dónde está la madre de Bisbal? —preguntó con un susurro.

—¿La madre? No sé, creo que murió hace unos meses.

—¿Y el padre de Bisbal? —preguntó de nuevo.

—¡Uf!, preguntas demasiado. Yo no lo conocí. Creo que se murió antes de que la mujer y el hijo montaran la cervecería.

Ahí se encontraba la llave de aquella casa, puesta en una bandeja que tendió la gallega con sus respuestas.

—Vuelve a llamar y anuncia en voz alta que te envía la viuda Bisbal, para darle consuelo, y que ordena que abra la puerta de una vez.

La gallega la miró incrédula pero acató sus órdenes sin rechistar, impostando la voz como si estuviese en un escenario y repitiendo exactamente las palabras formuladas por Angélica. No tardó ni un minuto en abrirse la puerta.

—¿A qué viuda se refiere? —preguntó una voz insegura desde dentro.

—A la madre de su marido —contestó Angélica con naturalidad infantil—. Me pide que le diga que vela por su bien y lo reconforta entre rejas.

—Pasen, pasen por favor...

No fue necesaria la presentación que intentó mediar la gallega. La existencia de una niña médium que vivía en la plaza del Surtidor era un rumor extendido en el barrio, que, sin duda, había llegado a oídos de aquella buena mujer que las invitó a entrar.

Angélica interpretó su papel, cayó en un aparente estado de trance profundo y elevó una voz de ultratumba con tono rudo y la autoridad propia que se le supone a una suegra, azuzando a la supuesta nuera para que ofreciera a las visitas algo de beber, como se había hecho siempre en aquella casa. A la mujer no le quedó duda de la veracidad de la aparición del espíritu. Agachó la cabeza, aceptando como real aquel imposible, corrió a la cocina en busca de bebidas para servir y le ofreció a la niña un café negro y un tarro de azúcar.

—Tenga —ofreció sobrecogida, como si hablara realmente con alguien del más allá—. Está acabado de hacer, como a usted le gusta...

Le ofrecía el café a la suegra muerta, un café que Angélica endulzó y utilizó para conducir la conversación al terreno de las confidencias.

—Muy bueno —apreció la médium sin probarlo y sin salir de su trance—. Mi hijo nunca ha valorado la suerte que ha tenido contigo, eres una buena muchacha. Hay que ver el lío en que se ha metido desde que yo no estoy.

—Bueno, verá... La cosa viene de largo, de hace por lo menos un año, cuando usted enfermó y dejó de atender en el mostrador. El dinero de la cervecería no daba para pagar deudas y...

La historia que la mujer explicó nada tenía que ver con bombas. Su marido, un idealista convencido más amante de filosofar que de trabajar, había llenado la cervecería de camaradas tertulianos que pasaban allí sus horas muertas con una caña que casi nunca pagaban. En el cajón, en lugar de las monedas crecían las telarañas. Ella no sabía muy bien cómo ni quién introdujo al cervecero en otro negocio, el de la venta de opio y morfina. Una mercancía que atraía a *pinxos* de distintos barrios y que daba dinero fácil sin apenas esfuerzo. No tardó en forjarse una clientela fiel y enderezar el negocio. Los clientes apenas permanecían cinco minutos en el establecimiento y siempre dejaban beneficios. Gracias a aquel dinero pudieron incluso pagar el entierro en el nuevo cementerio de Montjuïc de la suegra muerta, aquella que supuestamente hablaba por boca de una niña médium.

Así lo confesó la mujer de Bisbal a la policía cuando se presentó en la cervecería el sábado, si buscaban al marido por algo sólo podía ser por eso. Les enseñó incluso el lugar donde escondía la carga que compraba en grandes cantidades a algún contrabandista del puerto. Pero no era aquello lo que las autoridades buscaban y lo revolvieron todo. A él se lo llevaron primero y a ella poco después, en un carro blindado. La dejaron encerrada en una sala todo el día y la soltaron por la noche, sin preguntarle nada más. Después se enteró de que buscaban el rastro de unas bombas, las que supuestamente había entregado su marido a un *pinxo* el jueves anterior... Pero ella no sabía nada de bombas, ni tampoco creía que su marido tuviese ninguna implicación en lo que la policía

apuntaba.

No sabía nada más, ni siquiera qué hacer con su vida. No podía abrir la cervecería, porque el asunto de las drogas comportó que le requisaran la licencia. Estaba hundida, arruinada y sola, sin nadie a quien recurrir, así que la aparición del espíritu de la suegra, la mujer que siempre había dominado sus pasos en aquella casa, resultó para ella providencial. Le pidió respuestas, ayuda, orientación en un camino sembrado de dudas e incertidumbre.

Angélica tomó las riendas del asunto pensando en la mejor salida para aquella pobre víctima. Sin dejar de fingir un estado de trance, alzó la voz del espíritu de la suegra muerta

—Él tardará meses en salir y tú, querida, no puedes ni debes quedarte aquí sola... —expuso.

La mujer explotó en un sollozo inconsolable y cayó de rodillas abrazándose a las piernas de la niña. Angélica le acarició la cabeza y prosiguió con el discurso que supuestamente emitía el espíritu. La invitó a marcharse del Poble Sec y volver al pueblo con su familia, una familia que ciertamente existía en una aldea perdida en las montañas de Huesca. Sólo debía dejar su dirección en la Comandancia, para que pudieran notificarle cualquier cambio en la situación del marido, hacer las maletas y marchar de una casa que se le caía encima como un castigo. Y no tenía por qué sentirse culpable.

Acompañó la última frase con una convulsión e hizo como que caía en un sueño mortal, un gesto sobreactuado que comportaba visualmente el alejamiento del espíritu de su cuerpo infantil. Esperó unos minutos antes de volver a abrir los ojos, con expresión inocente y conmovedora, fingiendo no recordar apenas lo que había pasado y mostrando una timidez propia de una niña de corta edad. Sin decir ni una palabra más.

La gallega tomó las riendas de la situación.

—Ya ves, hasta aquí ha llegado la sesión de hoy. ¡Esta niña es milagrosa! Haz caso a lo que ha dicho tu suegra y vete para el pueblo, es lo mejor. Y no te preocupes por lo que suceda aquí, si me entero de alguna cosa importante te lo notifico enseguida.

Cogiendo a la niña del brazo, la gallega salió de la vivienda adosada a la cervecería con el convencimiento de haber llevado el consuelo a un alma infeliz. Sin embargo, tal como le transmitió a Angélica en cuanto estuvieron a solas, estaba convencida de que todo aquello había supuesto un esfuerzo inútil. Creía que no habían descubierto nada nuevo, nada que no supieran ya. Se equivocaba.

Angélica había encontrado el eslabón que unía una y otra historia, sin rastro alguno de bombas pero con una pista bien clara. Si alguna cosa podía tener Pep a ver con Bisbal, era un asunto de drogas. La morfina que le llevaba al señorito del que se había enamorado.

Hacía tiempo que intuía la homosexualidad de Pep, aunque no había confirmado sus sospechas hasta el jueves anterior, después de la representación de la obra de Ibsen en el Centro de Carreteros, cuando él le pidió el favor de acompañarle a una casa palaciega del centro de la ciudad para ayudar a aquel amigo, Martí Rifé. El hombre que ocupaba la porción de corazón que Pep destinaba al amor más allá del escenario.

A él acudiría en busca de ayuda. Sabía que sólo un burgués era capaz de mediar ante un obrero en un caso como el de Pep, ya lo había experimentado cuando lo arrestaron después de la terrible tragedia del Liceo. Entonces fue don Santiago quien medió. Y el destino, siempre irónico, había

querido que los dos burgueses tuvieran con Angélica una misma deuda en común: la ayuda que les había prestado a ambos para contrarrestar los males provocados por su adicción a la morfina. Al pintor se la ofreció de casualidad, en Sitges, durante aquel fin de semana... Lo encontró en la cocina, donde ella dormía, pinchándose en el brazo una dosis de droga tan alta que estuvo a punto de provocarle un infarto. Ella le realizó un masaje cardíaco que le devolvió la respiración y el conocimiento, aunque no el suficiente como para dejar de drogarse. Probablemente aquel día le salvó la vida.

A Rifé no creía haberlo ayudado apenas. Su adicción rayaba los límites de la locura y del deseo de la propia muerte. Aun así, lo había intentado, no con masajes, tan sólo con palabras tranquilizadoras, las que supuestamente transmitía el espíritu de su propia madre, muerta hacía unos meses. Lo encontró irritado, con la ansiedad propia de quien necesita una dosis que no tiene, retorciéndose en dolores corporales, temblores y escalofríos que le provocaban sudores y bostezos. Angélica intentó hacerlo entrar en razón, convencerlo de que era mejor superar aquella fase de abstinencia, enfrentándose con valentía y no volver a consumir morfina. Él se negó, incluso creyendo que era el espíritu de su madre quien le hablaba a través de aquella niña médium. Estaba absolutamente convencido de que la morfina era buena para él y no creaba adicción, tal como creía tanta gente. No era capaz de dejarla y pasaba del enfado al llanto en tan sólo segundos, reclamando la ayuda de su madre y suplicándole a Pep que le diera por fin la droga que le había encargado. Él cedió, una vez más, y lo ayudó a preparar la inyección que lo sumió en la calma. Tres o cuatro minutos después ya no temblaba. Se le pasó el dolor y sonrió, y empezó a hablar por primera vez como una persona equilibrada.

Angélica simuló que perdía el contacto con el espíritu de la madre, decepcionada ante la elección de su hijo, y se sumió en el silencio natural que se le suponía como niña intimidada por sus propias dotes especiales. No sabía cómo ayudar a aquel señorito, del que apenas conocía nada.

Pep ya le había hablado de Rifé anteriormente, aunque no lo suficiente. Lo llamaba Martí y lo trataba como si fuese alguien muy cercano, una familiaridad que le hizo sospechar un amor enterrado. Pep no lo reconoció, sólo admitió que le tenía un gran aprecio, que lo consideraba un gran poeta y un intelectual moderno, y aseguró querer ayudarlo a superar aquella maldita adicción a la morfina que lo postraba en la cama muchas más horas de las necesarias, y que hacía que el tiempo en que estaba despierto lo dedicase casi exclusivamente a buscar más morfina con la que volver a caer en su sueño adicto... Le habló por encima de su relación, de cómo lo había conocido en la fábrica de Sant Martí de Provençals, propiedad de la familia de Rifé y en la que Pep había trabajado de joven. Le recordó el encuentro que habían tenido en Sitges, cuando ella los descubrió en la playa, al amparo de unas dunas, al parecer desnudos. Angélica, entonces, ocupada en los asuntos de don Santiago, no le había prestado atención, pero era cierto: al volver de la farmacia de aquel pueblo de la costa, a donde la envió don Santiago tras superar su crisis, con la cocaína que le había encargado, el único remedio, según él, para su adicción, vio dos bultos en la playa haciendo el amor, aunque, al sentir las dos voces, masculinas, creyó que la ceguera la estaba traicionando.

A Rifé debía acudir inmediatamente, porque aunque fuera un drogadicto no dejaba de ser un burgués heredero de todo un imperio y con las relaciones sociales que se le suponen a todo hombre de su condición. Un hombre, además, supuestamente enamorado de Pep.

Angélica consiguió sin mediación espiritual que una gallega reticente la acompañase ya de noche al centro de la ciudad, argumentando que creía tener una pista que aún no sabía definir. Hicieron el trayecto en la carreta de Pep, que la policía les había devuelto aquella misma tarde y a cargo de los vigilantes de la pedrera. Quería repetir los pasos que había trazado el jueves anterior, desde el Poble Sec al Centro de Carreteros, donde la Compañía Libre de Declamación había montado su espectáculo. Y de allí, a la plaza de San Justo, donde vivía Martí Rifé y a donde Pep, sin ninguna intención de quedarse al coloquio posterior, la llevó nada más acabar la función aquel jueves.

No le costó identificar la casa. Le expuso a la gallega que allí vivía uno de aquellos jóvenes intelectuales burgueses aficionados a las obras de la Compañía Libre de Declamación, y que quizás él pudiera ayudar a Pep, si le explicaban lo sucedido. Llamaron insistentemente a la puerta, pero nadie les abrió.

—Esta casa parece estar abandonada, aquí no vive nadie, te lo digo yo.

La gallega se equivocaba, una vez más. Estuviera dentro o no, allí vivía el joven heredero de la fortuna de los Rifé, en la casa que la familia había abandonado al trasladarse al nuevo barrio del Eixample, y donde él podía campar a sus anchas y sin responder a las demandas de nadie, en el sopor de la morfina y la desidia de los vicios naturales.

No tardaron en desistir ante la puerta cerrada y emprender de nuevo el camino de regreso al Poble Sec. Antes, sin embargo, y sin que Angélica preguntase nada, la gallega confirmó sus sospechas. La mujer intentó ubicarse en aquel entramado antiguo de la ciudad, con la plaza de San Justo a un lado y la catedral al otro, y no tardó en darse cuenta de que estaban a tan sólo unos pasos de la calle de Fiveller, el callejón en el cual se habían encontrado las bombas la noche en cuestión.

No podía haber más que una explicación: alguien había visto a Pep la tarde del jueves entrar a buscar la morfina a la cervecería de Bisbal, una misma persona que más tarde, en plena noche, lo volvió a ver en la misma carreta en las inmediaciones de la calle de Fiveller y lo denunció. Quién sería aquel denunciante aún era una incógnita, la que ella debía resolver.

No le explicó sus deducciones a nadie, ni a la gallega ni a la tía Roser ni al tío Pere. Al volver a casa se despidió de una y saludó a los otros, y se retiró a la soledad del terrado con la intención de ordenar sus ideas y pasar la noche escribiendo.

Se armó de papel, pluma, tinta y varias lupas, aunque ya no la ayudaban para descifrar lo que escribía sino tan sólo para trazar renglones rectos. No tenía tiempo que perder. Debía enviar una carta explicando lo sucedido a cada uno de los patrones de los suyos, en nombre del tío Pere, el actual cabeza de familia, el único hombre de la casa no detenido. Ya había escrito y hecho llegar a la central térmica las destinadas al encargado del tío Joan, para intentar que la empresa mediara ante la justicia y defendiera la inocencia de un trabajador ejemplar, y al sindicato de carboneros, solicitando ayuda económica para la familia a cargo del detenido, pero ninguno de ellos había emitido respuesta. Escribió también las destinadas al encargado y al sindicato de la fábrica textil en la que trabajaba Tina, pidiéndoles a ambos ayuda en su defensa y argumentando que el único motivo de la detención de la empleada era el de formar parte en sus horas libres de un grupo de teatro *amateur*. Eran cartas formales, que repitió cambiando tan sólo el nombre de Tina por el de

Pep para hacer llegar a sus correspondientes destinatarios en la pedrera de la Satalia.

La carta destinada al jefe de sala del teatro Español le resultó mucho más difícil. A él lo conocía personalmente, desde hacía mucho tiempo, demasiado. De la época en la que ella tenía realmente once o doce años y él apenas uno más. Benjamín, se llamaba. Era miembro de una familia de acróbatas en el circo en el que trabajaba el padre y, aunque Angélica sólo era una niña, se enamoró de él nada más verlo. Fue su primer y único amor. Él, que aún era un crío, también sintió atracción por aquella niñita pequeña y frágil, y no tardaron en unir juegos y secretos. Compartieron un par de giras por el mundo que duraron varios años, pero mientras él crecía y se convertía en un hombretón guapo y fuerte, ella parecía menguar, estancada en un cuerpo que no mostraba cambios y encogida por la vergüenza. Un accidente lo retiró de los escenarios, cojo para siempre, y lo devolvió al sur de Francia, su tierra natal. Desde entonces habían mantenido una relación epistolar y se habían convertido en buenos amigos, nada más. Por sus cartas supo que él se había casado, que había tenido primero un hijo, después una hija y luego un tercero, que trabajaba de jefe de sala en un teatro de la Costa Azul y, finalmente, que se trasladaba a Barcelona a causa del trabajo. A partir de aquel momento le perdió la pista.

Nada más llegar a la ciudad con el padre, cuatro años atrás, él la encontró a ella. Se presentó en la primera sesión de espiritismo que ofrecieron, antes de que diera comienzo, y retomaron rápidamente la confianza y la familiaridad de siempre. Justo antes de la violenta denuncia y detención que acabó con la vida de su progenitor. Fue él quien se ocupó de recuperar el cadáver del padre muerto y ofrecerle un entierro digno, en nicho propio. Un entierro al que ella no pudo acudir, por estar en la cárcel.

Nunca podría agradecerle lo suficiente lo mucho que había hecho por ella en aquellos cuatro años. Le hizo llegar una buena cantidad de dinero a prisión, con la que Angélica compró a las monjas que hicieron la vista gorda ante su puesta en libertad sin aviso de fuga, prevista para el día de la ejecución de aquel pobre infeliz, Aniceto Peinador. A Tina y a Magda no las esperaba, aunque su aparición fue providencial, casi milagrosa. Benjamín no podía ocuparse de ella ni darle alojamiento, porque vivía con su esposa e hijos, pero se encargó de darle trabajo de cigarrera a la joven que la había acogido en su casa, y se ocupó de que tuviera siempre dinero suficiente, sin revelar nunca su secreto. Había sido su único cómplice en la ciudad, su confidente, la única persona de su actual vida que conocía su pasado. Pero no se fiaba de él.

En sus cartas y siempre que se encontraban a escondidas, él intentaba convencerla para montar una sesión de espiritismo con ella de médium, unos servicios cada vez más reclamados en la ciudad y que generaban unos beneficios sustanciosos. Insistía en que aquel tipo de sesiones estaban muy de moda entre las clases pudientes, capaces de pagar altas cifras para demostrar estar a la última, y que con sus dotes impresionantes, un poco de ilusionismo y su ayuda en la preparación podían hacerse ricos. Se ofrecía para ser su representante, su director de orquesta, su acompañante, e incluso proponía dejar a su mujer y su vida atrás, y emprender un camino de ciudad en ciudad y de circo en circo como en los viejos tiempos. Algo completamente alejado de la realidad y de las necesidades de Angélica.

Ella había intentado hacerle entender que su ceguera y el cansancio acumulado la impedía implicarse en nada parecido, pero a él no le interesaba escucharla. En los últimos tiempos, en que la crisis mermaba las arcas y la juventud de sus hijos requería dinero para bodas, su insistencia la había llevado a rehuirlo como a un apestado. Angélica, desconfiada por naturaleza y oficio, creía

que sólo era para él una inversión que esperaba cobrarse con creces llegado el día y sabía que, si le pedía cualquier cosa, él le reclamaría que a cambio cumpliera sus propósitos. Aun así, seguía siendo su mejor amigo, el único que la había ayudado sin saber si podría cobrarse algún día su recompensa y el único que respondía siempre a sus demandas, aunque ella se negara a cumplir las suyas. Sólo los verdaderos amigos están dispuestos a escucharte y responderte sin demora, aunque pierdan dinero al hacerlo.

Dejó de lado el tono formal de los anteriores comunicados, en un castellano impecable y firmadas supuestamente por Pere Casas, y redactó en un francés coloquial una carta personal mucho más cercana y sincera.

Querido Benjamín:

Una vez más vuelvo a recurrir a ti y solicito tu ayuda. No soy yo quien está en apuros esta vez, sino mi querida Magda, nuestra querida Magda, la mejor cigarrera del teatro Español, a la que sé que tú también has llegado a valorar y a querer como si fuera de la familia. Quizá ya estés informado, puede que hayas recibido la visita de la policía, el caso es que se encuentra detenida en las mazmorras del castillo de Montjuïc. No me preguntes por qué han sospechado de ella ni el motivo de la acusación, todavía no sé responderte y por eso es por lo que te necesito. Tú eres su patrón, la persona que la contrató y que responde por ella ante el empresario, y puedes personarte en el castillo solicitando información de tu trabajadora y reclamando verla. Si pudieras hacerlo y me comunicaras inmediatamente todo lo que averiguaras, yo sabría agradecértelo, aunque no como tú esperas, no por ahora. Ten paciencia conmigo. Las migrañas me azotan con insistencia, me revientan la cabeza, y una luz cegadora me impide ver las líneas que te estoy escribiendo. No me contestes por carta, porque ya ni con lentes y lupa puedo leer. Pero espero adaptarme al porvenir, ya me conoces. Los espíritus me guían por caminos insospechados.

Siempre tuya,

B.

Las cartas que le enviaba a Benjamín eran las únicas que firmaba con una «B», la inicial de Bianca, su verdadero nombre. El de Angélica se lo había adjudicado Magda cuando la vio por primera vez en la enfermería de la prisión de Amalia y ella lo adoptó como una bendición, un bautizo para iniciar una nueva vida en una nueva ciudad, con una nueva familia y una nueva identidad. Todo un regalo.

Magda, la inocente Magda, se había portado con ella mejor de lo que lo hubiera hecho cualquier hermana, incluso mejor que muchas madres. Nunca cuestionó su vida ni hurgó en su pasado, la aceptó tal como era, sin desconfiar, y Angélica estaba dispuesta a hacer lo que fuese para ayudarla. En todo caso, Benjamín no era el único que podía hacer algo por ella, era demasiado arriesgado jugárselo todo a una única carta y esperar que saliera bien. Quizás el pintor don Ramón también pudiera responder al respecto.

Aunque no lo había vuelto a ver desde hacía tres años, Angélica lo conocía lo suficiente como para confiar en él. Con la excusa de ayudarla con la ropa y haciéndose pasar por su hermana, había acompañado a Magda en diversas ocasiones al estudio del pintor, durante las sesiones de modelaje. No había querido perderse la oportunidad de entrar en contacto con uno de los líderes

de los círculos intelectuales más jóvenes y modernos de la ciudad, aunque fuera haciéndose pasar por una niña tímida. Atendió todas sus conversaciones, que don Ramón y sus amigos creían confidenciales por ser casi siempre en francés, idioma de moda entre aquel círculo, que hablaban mal y con gran amaneramiento, y que combinaban con el catalán, en el que lanzaban las expresiones más espontáneas. Adquirió grandes conocimientos, no sólo de arte plástico sino de tendencias artísticas, modas sociales, vida burguesa y relaciones entre la gente de bien. Y también de teatro, teatro simbolista, en auge entre los círculos intelectuales de las principales capitales del mundo, con París al frente. Un aprendizaje que le sirvió para plasmar diálogos escénicos más modernos, abrir los horizontes del grupo de aficionados de la Satalia y llevarlos a todos a Sitges a disfrutar de una velada teatral experimental y de un fin de semana diferente a orillas del mar.

A él le escribió otra carta emotiva, esta vez en catalán, presentándose como la hermana pequeña de la joven que había posado de modelo para él, hacía tres años, y agradeciéndole de antemano su atención mostrada en el mero hecho de leer aquellas líneas. Lloró la pena de una madre soltera erróneamente acusada de revolucionaria, buena chica y gran trabajadora, una inocente que se veía encerrada por error en las mazmorras de Montjuïc sin derecho a visitas. Le dijo que quizás él, con sus influencias, pudiera terciar para conseguir un mejor cautiverio o una rápida liberación.

Intuía que aquel pintor fortachón y de aspecto campechano se había enamorado de Magda a primera vista, igual que lo hizo Toni. Pero ella eligió al más guapo y le rompió el corazón. No quiso verla embarazada ni saber nada del niño, pero le mandó dinero y una nota informativa cuando expuso un cuadro en la Exposición General de Bellas Artes en el que aparecía Magda desnuda entre pétalos. No tenía obligación de hacerlo, porque además la obra despertó gran polémica entre el público, recibió críticas negativas y no consiguió comprador. Lo hizo porque quiso, por generosidad, demostrando su aprecio ante la joven, a la que había rechazado como modelo por estar preñada. Y lo hizo sabiendo quién era el padre de la criatura, Toni, el amigo que lo había traicionado.

El día de la detención de Pep tres años atrás fue el propio Toni quien informó a Angélica. Se personó en el terrado, a escondidas y en un horario en que sabía que la encontraría sola, y le explicó lo sucedido con todo detalle. Él también fue a la imprenta y, al acercarse al lugar, vio a la policía llegar en varios carros para iniciar una redada. En aquel momento salía por la puerta Pep, cargado con las cajas que él mismo debía recoger y se lo llevaron de nuevo para dentro. Toni lo había observado todo desde lejos, temiendo acercarse más y que lo implicasen también. Esperaba que dejaran en libertad al pobre Pep, pero no fue así. Tardaron mucho en salir, una docena de policías y cuatro detenidos, Pep entre ellos. Se lo llevaron en un carro blindado. Todo era por su culpa: lo habían confundido con él y por eso le habían dado las cajas en la imprenta y lo habían detenido. Le habló de las revistas que había mandado imprimir con ilustraciones obscenas, de las escenas que satirizaban los cuadros de don Ramón con la modelo desnuda, la inocente de Magda. No mostró arrepentimiento alguno por haber implicado a su novia en un asunto tan feo, aunque se sentía un imbécil por haberle pedido a su cuñado el favor de ir a buscar las pruebas. ¿Cómo se le había podido ocurrir una cosa así? Era lógico que sintiese curiosidad ante el contenido y, al abrirlo, se escandalizase al ver a su hermana desnuda y regada por el semen de un grupúsculo de burgueses excitados. Pep no tenía por qué regresar a la imprenta, pero lo hizo, con la intención de requisar todos los ejemplares y quemarlos, lógico. Y con la mala suerte de topar con la policía

haciéndose pasar por él.

Toni no tenía más remedio que huir, marcharse a Francia y alejarse no sólo de la investigación policial sino también de Magda, cuya honra había mancillado, y de su familia. Y pidió a Angélica que fuera a ver a don Ramón y a don Santiago y solicitara la ayuda de ambos. Ellos podrían ayudar a Pep a salir de allí dentro pronto y se harían cargo económicamente de lo que fuese necesario. Y así fue. Sin embargo, durante la investigación descubrieron que Toni los había traicionado a todos. Al parecer ni don Santiago, que fue quien medió ante la autoridad, ni don Ramón, cuyas obras habían servido de inspiración, sabían nada de la publicación de la revista. O eso dijeron.

Quizá la traición de Toni no fuera tal traición. Quizás el pintor supiera de antemano que su cochero y alumno tenía la intención de transformar sus elegantes cuadros en caricaturas eróticas. Quizá supiera incluso el paradero del joven, desaparecido sin dejar apenas rastro. Las incógnitas del pasado se sumaban a las presentes y multiplicaban los interrogantes, demasiados para un cuerpo cansado y dañado por una enfermedad degenerativa. Necesitaba dejar de escribir, de pensar, apaciguar una migraña de nuevo insistente y rendirse ante un sueño difícil de retener. Mañana sería otro día.

Se rascaba compulsivamente el cuerpo acribillado por los bichos, el cuero cabelludo infestado de piojos que el peine no lograba sacar, sacudía la falda, convertida en nido de pulgas, y el jergón lleno de chinches en el que dormía, espantaba las moscas a manotazos, cuando oyó las voces autoritarias que anunciaban visita a aquellas horas tempranas de la mañana. Magda se encogió y esperó, paralizada por el miedo, a que se abriese la puerta de su mazmorra, temiendo que el teniente tuviera la intención de retomar la situación vejatoria que había dejado a medias el día anterior. Quiso desaparecer, desvanecerse de repente, por arte de magia, y huir sin dejar rastro. Morir.

Esta vez, sin embargo, eran muchos los pasos que se acercaban por el túnel y aguardaban a que el celador descorriese candados y cerrojos. El cabo Manrique entró y la obligó a ponerse en pie y a extender las manos. Un guardia civil que entró detrás la esposó sin mediar palabra y la empujó hacia fuera. Necesitaba ajustarse los botines aflojados, desabrochados, intentó decirlo pero la mandaron callar, tropezó, chocó con la puerta y se golpeó en la mejilla. No pudo siquiera llevarse la mano a la cara, que tenía ardiendo. La empujaron de nuevo, por el túnel, hacia la puerta de salida. No sabía adónde la conducían, aunque la tranquilizó descubrir que detrás de ella también iba Tina, igualmente esposada y custodiada por una pareja de la Guardia Civil.

Cruzar la verja de hierro, dejar atrás el túnel de la risa, atravesar la sala blanca, subir veinticinco peldaños hasta el piso superior y salir, por fin, a la luz no comportó el alivio que Magda esperaba. Tropezó de nuevo, con la contrahuella de la puerta, y cayó de lado sin que sus manos esposadas ni el guardia civil que la escoltaba pudieran sujetarla. Impactó contra el suelo con el hombro derecho y la cabeza le rebotó dolorosamente, lo que convirtió la caída en una agonía. La mejilla, ya dolorida, se incendió aún más y notó un hilo de sangre que descendía hacia el cuello.

Tina, esposada detrás, gritó pidiendo que ayudaran a Magda, y lo hicieron, tranquilamente. La recogieron del suelo entre dos guardias, que se reían burlones ante el centenar de soldados que hacía maniobras en el patio de armas y que miraban a las dos mujeres con más sorpresa que desprecio.

El cabo ordenó que le quitaran las esposas y la dejaran acercarse a la fuente para lavarse la herida. Apenas tenía fuerzas para hacerlo. Juntó las manos formando un cuenco y bebió sedienta un agua fresca que le supo a gloria. Un empujón hizo que se le derramara el líquido sobre la camisa.

—¡He dicho que te laves, no que bebas agua!

Obedeció. Se lavó la cara, la oreja que sangraba, el chichón ya prominente bajo el pelo enmarañado y los churretones del cuello, y se hubiera lavado el cuerpo entero e incluso el alma si hubiera podido. La esposaron de nuevo y la empujaron obligándola a caminar con sus botines inseguros. El pasillo abovedado y enrejado del patio de armas se le hizo infinito. Oía a Tina toser

y emitir sonidos detrás, intentando comunicarse con ella, pero era incapaz de volverse; un dolor intenso en el cuello, el hombro y la espalda se lo impedían.

La puerta abierta de uno de los pabellones indicaba el lugar al cual las conducían. No tardó en reconocer la voz del teniente en el interior y ver su bigote asomar en el pasillo. No las miró. Ordenó a los guardias que las condujeran al interior y que las mantuvieran separadas y en silencio y se marchó por el pasillo hacia la salida de aquel maldito recinto.

Entraron en una sala, antesala de otra estancia interior con las puertas entornadas. Había varias sillas, pero no las dejaron sentarse. Situaron a cada una en un extremo de la misma pared, mirando hacia el frente e impidiéndoles el contacto visual entre ellas. Apenas pudo comprobar el estado de Tina, tan sucia, desaliñada y cansada como ella misma, ni emitir ningún gesto de disculpa; seguía sintiéndose culpable ante ella y temía que la odiara por haberla denunciado.

Esperaron así, en silencio, un rato largo, hasta que la voz del teniente volvió a llenar el vacío. No fue el único que atravesó la puerta. Lo acompañaba otra autoridad militar, un hombre alto, medio calvo, de rostro triangular, con ojos saltones, un bigotillo fino y una boca pequeña de gesto serio e inmutable, que se presentó ante las dos mujeres como el teniente coronel Enrique Marzo, el juez instructor de la causa abierta contra los detenidos en la operación policial tras el atentado del Corpus.

Magda tragó saliva. Quizá fuera, por fin, el momento de exponer su inocencia y conseguir la libertad. Tenía que recuperar el ánimo y confiar en la justicia y en la benevolencia de aquel hombre.

—¿Quién es quién? —preguntó el juez, señalándolas.

El teniente le respondió acercando su cabeza a la de él y bajando la voz, como si sus identidades fuesen un secreto. Aun así, Magda oyó lo que decía.

—Aquélla es Agustina Casas, la del grupo de teatro ese...

—La Compañía Libre de Declamación, sí.

—Exacto. Y ésta es Magdalena Poch, la hermana del sospechoso.

—¿Quién cree que debe entrar primero?

—Ésta.

El teniente señaló a Magda, pero miró al guardia civil que la escoltaba, que se cuadró ante la orden y la sujetó con fuerza del brazo hasta clavarle los dedos. Ella no pudo evitar encogerse de dolor, un gesto que atrajo la mirada y el interés del juez.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —le preguntó, mirándola seriamente a los ojos.

—Me he caído —balbuceó ella, casi en un susurro, señalando los botines desabrochados.

El hombre asintió, sin cambiar el gesto, y le ordenó al guardia que la soltara. Él mismo abrió la puerta de la estancia interior, a la que la hicieron pasar. Para su sorpresa, dentro esperaba en pie un obrero joven, alto, aunque encorvado y cabizbajo, vestido con bata gris y gorra, y escoltado también por una pareja de la Guardia Civil, firme a su lado. No estaba esposado, aunque parecía un detenido.

—Nos volvemos a ver —manifestó el juez, a modo de saludo.

—Sí, señor, aquí estamos —contestó él.

El juez tomó asiento tras una gran mesa, en cuyo extremo también se sentó otro oficial, el escribano. El teniente permaneció en pie, ligeramente apoyado en aquella gran mesa que marcaba la frontera entre la justicia y el resto de los mortales, y tomó la palabra, con permiso del juez.

—¿Es ésta la mujer que viste? —le preguntó el teniente a aquel obrero, señalando a Magda.

El hombre alzó la cabeza y la miró detenidamente con unos ojos grandes, oscuros y de pestañas pobladas.

—No, señor. A esta mujer no la había visto nunca hasta ahora.

Hablaba un castellano cantarín, con un ligero acento extranjero, probablemente italiano, y con una seguridad que no denotaba miedo hacia sus interlocutores.

—¿Estás seguro de que no era ella? —insistió el teniente.

—Ya les dije el otro día que no la vi bien, pero no, no era ella. La que vi era más alta.

El teniente asintió, alzando el bigote y mirando a la presa con sonrisa lasciva.

—Te creo —afirmó.

Ordenó al escolta que condujera a Magda de nuevo a la antesala y que esperaran allí. Al salir, cruzó una mirada de desconcierto con Tina, nada más. El teniente ordenó que la hicieran pasar a ella y cerró las puertas cuando estuvo dentro.

Magda aguzó el oído, sin apenas respirar. Al otro lado de la puerta oyó al teniente formularle la misma pregunta al obrero.

—¿Es ésta la mujer que viste?

—No, no era ella. A ésta tampoco la había visto antes.

—¡No mientas! ¡Ella es la obrera que hacía de Nora!

—¿Esta mujer?

El obrero guardó silencio un buen rato.

—Quizá sí, pero está muy cambiada. En todo caso, ella no podría ser...

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Pues porque se quedó en el teatro. —El italiano parecía nervioso—. A ver, les explico de nuevo cómo fue la cosa, desde el principio. Yo fui al Centro de Carreteros a ver qué se cocía, como el gobernador me pidió. Se representaba una obra de teatro, la de la Nora esa. No era demasiado aburrida y me quedé hasta el final. Me escaqueé cuando empezó el debate posterior, con esta actriz aún en el escenario y un montón de hombres defendiendo los derechos de las mujeres. Más que revolucionario era ridículo. Cogí un callejón hacia arriba, por el barrio viejo, y en una plazoleta, frente a la iglesia de San Justo y Pastor, vi lo que les he contado. A unos policías, los hombres del grupo de vigilancia del inspector Freixa, discutir con una dama a la que le dieron tres bombas Orsini que ella guardó en un cesto. Vi perfectamente las tres bombas, dentro del cesto, y que ella las cubría con un pañuelo blanco. No vi más porque tuve que esconderme para no ser descubierto. Se oían ruidos en la calle, venía más gente, y ellos desaparecieron sin que yo pudiera ver hacia dónde se dirigieron. Me fui directamente a casa del gobernador para explicárselo todo, como ya saben.

—Los hombres de Freixa niegan tu versión. Dicen no saber nada de ninguna bomba. Sin embargo, reconocieron haber estado en el lugar de los hechos y haber visto allí a un joven anarquista del Poble Sec con una muchacha en un carro. Un joven al que ya habían visto anteriormente en la taberna de un republicano sospechoso de tráfico de armas. El tal Josep Poch.

—Sí, lo sé. Volví a casa del gobernador el sábado por la tarde, cuando leí en el periódico que habían hallado dos bombas cerca del lugar donde yo había visto aquella escena. En el cesto había tres bombas, así que faltaba una y fui a decirlo. El gobernador me explicó que habían interrogado a los hombres de Freixa y que estaba todo bajo control, que no me preocupara. Me preguntó si

conocía a un tal Bisbal, del Poble Sec, y le dije que no, la verdad. Entonces me preguntó si conocía a algún joven actor de aquella barriada, y yo recordé que el grupo de teatro que había actuado en el Centro de Carreteros era del Poble Sec. Me habían dado una revista y un programa de mano, y allí estaba escrito su nombre: Compañía Libre de Declamación, y los datos de algunos miembros. Nada más. Resultó que el único fichado de todos ellos era Josep Poch, pero yo no lo conocía de antes y no lo vi en ningún momento más allá del escenario. No sé por qué se empeñan en implicarlo.

—¿Quién crees que abandonó las bombas en el callejón?

—No sé. Yo ya les he explicado lo que vi. Es la verdad.

—Pero ¿era ella o no la mujer que tenía las bombas? —intervino el juez.

—¡No! Ya les he dicho que era una dama con mucha clase.

—¡No digas estupideces! —La voz del teniente sonó enfurecida—. ¿Qué gran dama va a ir por ahí paseando en plena noche cargada con bombas?

—Le juro que era una dama y que le dieron las bombas los agentes del grupo de vigilancia del inspector Freixa. ¡Ellos son los organizadores de este complot!

—¡Pues a mí me parece que nos has engañado desde el principio y que las bombas las tenías tú!

—¿Yo?

—Sí, tú que sabes tanto. Querías atentar en la procesión, es eso, ¿no? Pero llegaste tarde, o no te atreviste o lo que fuese que te pasó, te entró el canguelo y abandonaste las dos bombas en el primer callejón. Y tú o uno de tus compinches os quedasteis la tercera, de la que tanto hablas.

—¡Pero qué dice! Yo fui enseguida a denunciar lo que vi, ustedes lo saben...

—Sí; y ése es el único indicio que tenemos acerca del atentado del domingo. La tercera bomba desaparecida el jueves que, según tú, tenían los hombres de Freixa, y según ellos, Josep Poch. Pero Poch no cometió el atentado del Corpus, porque lo detuvieron el domingo, antes de la catástrofe.

Al oír el nombre de su hermano y saber que estaba también detenido, desde el domingo, Magda estuvo a punto de gritar. Se contuvo y apaciguó sus nervios, para no perder el hilo del interrogatorio que tenía lugar dentro de la sala, fuera del alcance de su vista. El italiano gritó y se quejó; probablemente se negaba a que lo esposaran.

—¡Mienten! Eran ellos, los del grupo de vigilancia... —aseguró.

—¡Los hombres de Freixa dicen la verdad! —le espetó el teniente, con tono malintencionado—. ¿Quién lo hizo entonces? A mi juicio sólo hay una respuesta razonable. Lo hiciste tú.

—¡No!

—Es preciso que el autor aparezca, ¡y aparecerá! ¿Sabes que hay una recompensa de diez mil pesetas para quien encuentre al verdadero autor?

—¡Fueron ellos, los hombres de Freixa, se lo aseguro!

—¡Sé listo y no digas más tonterías! ¿Quién quieres que crea que una dama y unos policías, hombres de bien acostumbrados a guardar el orden, iban a implicarse en algo así? Ellos os descubrieron, es eso, ¿no?

—¡No!, fui yo quien los descubrí a ellos.

—Nogués y Molas, tus amiguitos, estaban el jueves también en el Centro de Carreteros, ¿verdad?

—¡Ellos no tienen nada que ver!

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué huyeron el lunes de la policía como niños pillados in fraganti?

El chasquido de una bofetada propinada con la mano abierta apagó la respuesta balbuceante del italiano y la transformó en un quejido doloroso. El juez intervino por segunda vez en el interrogatorio.

—Ya es suficiente —indicó—. Que se lo lleven.

—¡Eso! —profirió el teniente. Añadió una orden—: ¡Enciérralo en una de las mazmorras vacías!

Magda vio salir al hombre sujeto entre dos guardias civiles. Se negaba a que lo llevaran a ningún sitio, gritando que él había llegado hasta allí por voluntad propia, para ayudar en la investigación, y que no tenían derecho a encerrarlo en ninguna mazmorra, que aquél no era el trato que habían hecho... Una nueva y sonora bofetada, ésta propiciada por el cabo, no logró apaciguar su voz, pasillo allá.

No sabía quién era aquel obrero ni por qué lo habían llevado hasta allí, para enfrentarlo a ellas, ni qué papel había hecho Tina ante él, el teniente y el juez, en aquel despacho, pero quedaba claro que su declaración confirmaba la inocencia de las dos.

Al alejarse sus gritos, logró de nuevo concentrarse en distinguir las palabras que le llegaban desde el interior de la sala, al otro lado de la puerta de nuevo cerrada. Oyó al teniente interrogar a Tina y a ella contestar balbuceante.

—¿Habías visto a este hombre antes?

—No, no, se lo juro.

—¿No lo viste en el Centro de Carreteros, el jueves pasado?

—No, mientras actúo apenas miro al público.

—¿Vuestro grupo de teatro y el del Centro de Carreteros es el mismo?

—No, no tenemos nada que ver. Ellos ya llevan tiempo y nosotros acabamos de empezar, hemos montado compañía en el Poble Sec...

—La Compañía Libre de Declamación —intervino el juez.

—Sí, una compañía con algunos recursos, pero aun así de aficionados.

—¿Desde cuándo estás con ellos?

—Desde que se formó, a principios de este año.

—¿Qué otras obras habéis representado, además de *Nora*?

—*Senyors de paper*.

—¿En catalán?

—Sí.

—¿Quién es el autor?

—Pompeu Gener.

—¿Y qué más?

—Y *El mundo que nace, el mundo que muere* —dijo Tina con voz débil y quejicosa, pero con respuestas firmes.

—¿De quién?

—No recuerdo el nombre...

—¿Teresa de Claramunt?

—¡No, no! ¡Era de una tal María Sánchez del Valle!

—¡Venga, di la verdad, si lo sabe todo el mundo! La firmó con un pseudónimo pero la escribió ella, Teresa de Claramunt.

—Pregúntele por los demás de la lista —inquirió el juez.

—¿Qué sabes de Federico Urales? —preguntó el teniente.

—¿De quién?

—El autor de *Honor, alma y vida*, ¿te suena? —El juez parecía menos agresivo.

—No, no señor, no sé de qué me habla...

—Y a Teresa de Claramunt, sí que la conoces, ¿cierto?

Se hizo un silencio demasiado largo que hacía intuir a cualquiera que la interrogada conocía perfectamente a la persona por la cual le preguntaban. Magda también la conocía, Teresa de Claramunt, ¿quién no la conocía? Era una de las mujeres más conocidas de Cataluña, una sindicalista que había empezado dando mítines en los comités de fábrica y había saltado de allí a los escenarios más insólitos para transmitir sus ideas y sus conocimientos a las mujeres de clase obrera.

—¿La conoces o no?

Hasta Magda sabía que, aunque hubiese firmado con pseudónimo, ella era la autora de aquella obra de la que hablaban. El juez insistió.

—¿Estaba Teresa de Claramunt en el Centro de Carreteros el jueves pasado, durante la representación de *Nora*?

—No, no señor, Teresa no estaba allí —respondió Tina finalmente con la voz rota—. Sé que está fuera de la ciudad, en Camprodon, donde ha encontrado trabajo y vive con su marido y sus hijos desde hace por lo menos cuatro meses. Hace tiempo que no se la ve por Barcelona...

—¡Mientes! Fue a veros a la representación que se hizo en marzo en el Circo Barcelonés.

La alegación del teniente era certera. Magda también había acudido a aquel estreno, porque se cambió el día festivo en el Español con otra compañera, y recordaba perfectamente el caos que se había formado. Aunque la representación estaba autorizada, las fuerzas del orden rodearon el edificio, repleto de sindicalistas, de grupos de obreros de todo tipo, de jóvenes intelectuales amantes del teatro...

—Y de Pere Coromines, ¿qué?, ¿qué sabes? —prosiguió el juez, repasando probablemente aquella lista de la cual había hablado.

—¡Nada! Es un intelectual, un hombre de bien...

—¿Fue él quien organizó la representación del jueves en el Centro de Carreteros?

—No lo sé, señor, a mí sólo me dijeron que actuaríamos allí, nada más.

—¿Adónde fuiste con Josep Poch, después de la función?

—No fui con él a ningún sitio, ya se lo he dicho...

La voz de Tina se cortó de golpe. Un grito ahogado y escalofriante evidenció que estaban maltratándola.

—Está bien, ya es suficiente. Devuélvanla a su celda.

El juez puso punto final al interrogatorio. La puerta de la sala se abrió y Tina salió, llorando humillada, escoltada por la pareja de guardias civiles. Magda intentó acercarse a ella, sin conseguirlo. Logró ver sus muñecas sangrantes, que denunciaban la presión sometida, pero no sus ojos, hundidos en la desesperación.

—¿Y con ésa qué hacemos?

Al otro lado de la puerta, aún abierta, sentado en su butaca tras la mesa que presidía el despacho, el juez apuntaba a Magda con el dedo y miraba al teniente.

—Que siga en prisión preventiva —contestó con su voz despreciable y su bigote torcido, desesperándola a ella también.

—¡Nooo! ¡No pueden hacerlo! ¡Soy inocente! ¡Déjenme libre por favor! ¡Tengo que volver a casa con mi hijo!

Magda gritó y corrió hacia el juez, dejándose caer de rodillas ante él, suplicante, sin que los guardias civiles que intentaban retenerla pudieran evitarlo. El rostro del juez no mostró compasión, sus palabras sí.

—Parece demostrada su inocencia... —expuso.

El teniente lo interrumpió, sin mirarlo siquiera, y cogiendo del brazo a Magda, obligándola a recuperar la verticalidad. Le lanzó una de sus miradas asesinas.

—¿Tu hijo está bautizado?

—¿Bautizado? No, todavía no...

—¿Un niño de casi dos años y todavía sin bautizar? ¿Lo ves? Tú también eres una ácrata, una inmoral, como todos los tuyos, una anarquista que merece prisión preventiva.

—Yo...

—¿Quién es el padre de tu hijo, eh?

—¿Por qué me hace esto?

—¿Es el pintor? Dime, ¿es él?

—¡No!

—Entonces ¿quién es?

—Toni, Antoine Carteron...

—¿El dibujante francés?

—Sí...

Incapaz de soportar la tensión a la que estaban someténdola, se derrumbó de nuevo. Había vuelto a hacerlo, había vuelto a delatar a un ser querido...

—¿De qué va todo esto? —preguntó el juez.

El teniente no se quedó corto en su explicación. Además de ser la hermana de Josep Poch, sospechosa de portar las bombas el jueves anterior, la presentó como una putita, que a ratos trabajaba de cigarrera, en el Paralelo, y a ratos hacía de modelo en pelotas. Una mujerzuela sin prejuicios, pecadora y madre soltera de padre desconocido. Se lo decía al juez, pero la miraba a ella, mostrándole su absoluto desprecio y remarcando el peso de cada palabra, como si fuese a Magda a quien estuviese informando de su propio delito.

—Ésta también estuvo implicada en algo sucio cuando lo del Liceo. En una redada intervinimos una publicación anarco-pornográfica, el no va más de las publicaciones. ¿Se imagina? Todavía tengo un ejemplar en casa, algún día se lo dejo y ya verá, es impresionante. Y ella, sí, esta jovencuela, era la modelo. Por eso detuvimos a su hermano entonces, en la imprenta, con tres perlas más, tres de los revolucionarios más activos de la ciudad. Aunque Josep Poch, entonces, resultó ser un panoli con buenos amigos. Lo sacó de dentro un señorito importante, don Santiago.

»Se presentó en la prisión con todos los permisos firmados y el derecho no sólo a ver a

algunos detenidos, sino, incluso, de retratarlos, aunque su obsesión era el tal Poch y su caso. Yo, que había visto los ejemplares, le pregunté el motivo de su interés y él me contó con naturalidad que el joven era el hermano de la modelo de uno de sus amigos, también pintor, don Ramón. A partir de ahí me interesé más y descubrimos el pastel. Alguien, nunca supimos quién, había copiado los cuadros del pintor, con muy mala traza, todo hay que decirlo, y había añadido alrededor a un grupo de hombres masturbándose medio desnudos, mofándose de las reuniones de señores de los círculos barceloneses y dando incluso nombres de banqueros y empresarios de la ciudad. Un ataque claro a la burguesía propio de un ácrata. Pero al parecer, no había sido el tal Poch. El caso era demasiado insignificante como para investigarlo, en medio del proceso que teníamos entre manos, el caso del Liceo, usted ya sabe, y allí quedó todo. Pero el rostro de esta joven me ha perseguido desde entonces.

Magda no daba crédito a lo que estaba escuchando. Era imposible, una sarta de mentiras. No existía ninguna revista en la que ella apareciese desnuda, ella no había posado nunca para nada así.

—Es un peligro para el orden público, es mejor que siga encerrada en aislamiento.

El juez asintió y el teniente sonrió satisfecho, ordenando que la llevaran de nuevo a su celda. Ella sollozó, intentando recuperar la compasión del juez, fue imposible. El escribano le entregó un fajo de papeles que él se dispuso a firmar sin levantar la cabeza para mirarla.

Magda no dio un paso. La arrastraron hasta la puerta entre los dos guardias civiles, a peso, apretando con fuerza sus brazos y sus hombros doloridos. Quería volverse, gritarle que la ayudara, pero no pudo. Antes de salir, el juez dictó su última disposición.

—Que les den palanganas y un cubo, y que les permitan acceder al agua para el aseo una vez al día.

Un gesto compasivo que no era el que ella esperaba, pero que de alguna manera aliviaba su estancia allí dentro. Si tenía la oportunidad de volver a ver a aquel juez, quizá pudiese convencerlo de que la dejase en libertad.

Durmió gran parte de la mañana, aprovechando el calor del sol que entraba por el ventanuco del terrado y apaciguaba dolores. Se despertó analizando los pormenores del jueves anterior, una noche que había recordado en sueños. La noche en que, según las noticias, se habían encontrado abandonadas dos bombas en un callejón.

Aquella misma noche la Compañía Libre de Declamación montó función en el Centro de Carreteros y, de su decena de miembros, cuatro habían sido detenidos y los demás se escondían como podían, esperando que la policía fuera en su búsqueda en cualquier momento. Entre ellos la gallega y su marido, que, aunque se hacían los valientes, temían por su propia libertad.

Angélica sabía que no irían a por ellos. En realidad, al único que buscaban era a Pep y no por haber actuado en aquella obra, no, sino por haber estado en la plaza de San Justo, tan cerca de la calle de Fiveller. Alguien, sin duda, lo vio allí con la carreta, alguien que ya lo había visto aquella misma tarde en la taberna de Bisbal, en el Poble Sec, y lo reconoció y lo denunció, era evidente. Alguien que lo acusó de haber llevado hasta allí las bombas, aunque, en realidad, la supuesta carga ilícita no era más que droga, morfina, para ser más exactos. Y ni siquiera era para él.

Fuera quien fuese el delator, si había visto a Pep, probablemente también la hubiese visto a ella, a la propia Angélica, sentada a su lado. Un rostro femenino cubierto con toquilla negra que acompañaba al conductor de aquella carreta. Quizá por eso implicasen a una mujer, a Tina o a Magda, por equivocación... La deducción le provocó un escalofrío de angustia. Si sus sospechas eran ciertas, la mujer a la que buscaba la policía era ella misma.

Ahora, más que nunca, debía proseguir con su investigación, ayudar a resolver el entuerto, aportar pruebas que evidenciasen la inocencia de sus amigas y hacer que salieran de prisión, hacer que salieran todos. ¿Cómo conseguirlo? Tenía que llegar al fondo de la cuestión, averiguar por qué implicaban a cada uno y ofrecerles la coartada que los librara de sospecha. Ellos eran inocentes, pero ¿de qué? Necesitaba saber quién los acusaba, la causa concreta, y también dinero, dinero para facilitarles una mejor vida en prisión y conseguir su libertad.

Oyó que por la calle regresaba Roser con Llibert llorando en brazos, apresurada para darle la comida. Ya la había oído aquella misma mañana, a primera hora, cuando subió al terrado, como cada día, para comprobar su estado de salud y dejarle el desayuno. Era la madre que Angélica nunca había tenido. Se había llevado las cartas que ella había escrito por la noche, para hacerlas llegar a sus destinatarios, como de costumbre, y esperaba que, a esas horas cercanas al mediodía, le devolviese correspondencia.

Bajó al piso por su cuenta, a tientas, sujetándose en las paredes y la barandilla que tan bien conocía y negándose a sí misma la necesidad de ayudarse con un bastón en sus pasos ciegos.

Encontró a Roser ya en la cocina, llorando, junto al niño que comía tranquilo llevándose él

solo la cuchara a la boca. Había acudido a la Comandancia, una vez más, para solicitar detalles de la detención de los suyos, sin obtener respuestas nuevas...

El cartero portó algunas noticias esperadas, que el tío Pere, postrado en su cama y entre toses ahogadas, leyó en voz alta. La respuesta del sindicato de carboneros, que se ofrecía para realizar una colecta a favor del compañero Joan Casas y recaudar fondos para la mujer del detenido, el hermano enfermo y el resto de la familia. Una carta encendida en furia, por el descaro de las autoridades al personarse en casa de una persona sin antecedentes, en plena noche, y detenerlo sólo por haber encontrado en su mesilla literatura sospechosa. Proponían denunciar el caso ante la prensa y hacer de él un emblema de injusticia, algo que Angélica no creyó oportuno, teniendo en cuenta que no era el único detenido de la familia. De hecho, que hubiera cuatro detenidos de una misma familia resultaba sospechoso a los ojos de cualquiera, aunque estuviese ciego como ella.

Debía intentar que el sindicato ayudara al tío Joan, sí, pero sin armar revuelo, para no dar cuenta de la detención del resto de familiares ni despertar el interés de los periodistas antes de saber el motivo de aquella situación.

La carta más sorprendente no la llevó el cartero, sino un mensajero anónimo que la dejó en el portal. Un sobre dirigido a ella, a Angélica, que guardaba en el interior unas breves líneas escritas en francés. Primero pensó que era de Benjamín, de quién si no. No era de él. La leyó el tío Pere, en voz alta y sin saber lo que decía ni cómo pronunciar aquellas letras, aunque ella lo entendió igualmente.

Soy aquel que se fue tiempo atrás, el mismo que en su día no cayó en las manos de la injusticia. La historia se repite y esta vez no pude librarme. Lesionado, reposo mis males en el hospicio de la que un día fue reina. Mi asombro fue mayúsculo al encontrar bajo el mismo amparo a quien tuve por cuñado. Su alma expira en un cuerpo apaleado ávido de cuidados que no recibe. El santo galeno que atiende a los desprotegidos requiere una limosna generosa, que vos deberíais ofrecer. Lo encontraréis el miércoles a primera hora de la tarde atendiendo almas necesitadas en el altar de las monjitas, ya sabéis, las que os saludan de madrugada. Él podrá facilitaros más información. *Je vous embrase.*

La enigmática carta, escrita en clave, era de Toni, no cabía duda. Lo habían detenido también, probablemente en una de las muchas redadas acometidas aquellos días por la policía. No le extrañó, sabía por su padre sombrerero que vivía en la vecina villa de Gracia desde hacía algún tiempo, y poco más. Si estaba herido era lógico que lo trasladasen a la prisión de Amalia, a la que nadie de entre la clase obrera llamaba por su nombre completo, Reina Amalia, la que un día fue reina, el único centro penitenciario de la ciudad que contaba con enfermería. Y allí se había encontrado con Pep, el cuñado cuya alma expiraba, apaleado y gravemente herido. Era una noticia horrible que hubiese querido descartar como falsa, una coincidencia demasiado asombrosa que parecía irreal. ¿Podía fiarse de aquellas palabras? ¿Podía confiar de nuevo en Toni? No tenía más remedio que intentarlo y darle valor a su carta.

El misterioso galeno del que hablaba debía de ser también el intermediario que le había hecho llegar la extraña misiva al portal. Quizás un joven practicante o un estudiante de medicina fácilmente sobornable. Y el altar donde decía poder encontrarlo era, sin lugar a dudas, el del

convento vecino de la plaza del Surtidor, donde oía rezar a las monjitas en sus misas matutinas. Allí debía dirigir sus pasos inmediatamente.

A las demandas de Pere, que exigía saber lo que decían las palabras en francés, respondió con evasivas, inventando que era un poema que alguien le enviaba para hacer llegar a la Compañía Libre de Declamación. Una excusa rápida y sencilla para evitar dar unas explicaciones que aún no había asumido como ciertas.

Era miércoles por la tarde, el día en que, si no había entendido mal, el galeno en cuestión visitaba en el convento del Surtidor. Le pidió a la tía Roser que dejase al niño y al enfermo al cuidado de la vecina y la acompañase a hacer un encargo. A ella sí que le dio algunas explicaciones, de la forma habitual, fingiendo un trance que daba paso a una presencia espiritual, reveladora de la gran verdad.

—Tu hermana dice que su hijo Pep está gravemente herido en la enfermería de la prisión. Y que en la capilla de las monjas encontraremos a alguien que nos podrá ayudar, tienes que acompañarme.

La tía Roser se asustó, no sin motivo. Ambas sabían que para sobrevivir en la prisión se necesitaba dinero, un flujo de entrada constante, y que en la enfermería la cifra se multiplicaba y comportaba el agravante de dificultad para mediar las entregas y los intermediarios.

No había traspasado jamás los muros que protegían aquel recinto conventual, ya que siempre había huido de las monjas franciscanas, que se empeñaban en brindar a las niñas del barrio clases de cocina y costura, lo que ellas consideraban una buena educación. Había llegado el momento de entrar allí, sin temor a ser captada como alumna, porque su ceguera evidente indicaba que ya no era apta para ninguna de aquellas actividades. Esa misma excusa le presentó Roser a la superiora, que se personó ante ellas al verlas cruzar el patio que daba acceso a la capilla, anexa al colegio.

—Venimos a rezar por la niña. La pobre está perdiendo la vista y ya no puede caminar hasta la iglesia.

—Me alegro de que por fin mostréis algo de cordura y hayáis hecho las paces con Dios. Adelante, adelante, hijas, y que Santa María os bendiga.

La capilla estaba vacía, sin un alma que rezara a aquellas horas del día y sin rastro de ningún médico. Esperaron mucho rato en un banco, frente al altar, un tiempo eterno sembrado de dudas y de sospechas. Estaban a punto de desistir, de volver por donde habían llegado, cuando se abrió la puerta de la sacristía y entró una pequeña comitiva. Un par de monjitas, un párroco, un doctor al que todos rendían pleitesía y un joven ayudante. Apenas se detuvieron ante el altar para persignarse, cruzaron la nave y salieron por la puerta principal, al aire libre.

Roser azuzó a Angélica.

—Vámonos, venga. No sé qué hacemos aquí...

—No, espera sólo unos minutos más.

Tal como ella había intuido, el joven ayudante del médico entró de nuevo en la capilla y se sentó a su lado.

—¿Eres tú Angélica? —le preguntó a Roser con un susurro.

—No, soy yo —contestó ella, con el rostro oculto bajo la capa.

Al joven no pareció importarle que fuera la niña quien tomase la palabra; de hecho, apenas miró a ninguna de las dos.

—¿Tienes el dinero?

—No, pero lo conseguiremos. ¿Cuánto necesita?

—Mucho, todo el que podáis reunir, para empezar unos cincuenta o cien duros. Tu hermano Pep necesita medicación, anestesia para paliarle el dolor. Yo puedo conseguirla pero es muy cara. Y una alimentación mejor. Hay que pagar la comida y a las monjas que se la proporcionan, cucharada a cucharada. También habrá que sobornar al médico jefe de vigilancia, para que convenza al teniente, o al juez o a quien sea necesario y lo desencadenen. Eso supondrá de por sí una gran mejora para su salud...

—¿Está encadenado?

—Sí, encadenado y con la mayoría de los huesos rotos.

—¡Ay!, es horrible. —La tía Roser rompió en llanto, pero Angélica la hizo callar.

—¿Por qué nos ayudas? ¿Quién eres tú?

—Sólo soy un médico en formación que también piensa que se puede cambiar la sociedad. Hago prácticas en la enfermería de la prisión, cuatro días por semana, y lo que está pasando allí dentro con tu hermano me parece inhumano. Pero yo no tengo dinero para ayudarlo.

—¿Y Toni? ¿Qué relación tienes con él?

—Nos conocíamos de habernos encontrado en varios mítines de estudiantes y me pidió ayuda para él y para Pep, nada más.

Desde el patio, el doctor llamó al joven por su nombre, estudiante Cárdenas, apremiándolo a salir.

—Ahora debo marcharme, me reclaman —manifestó él.

—No, ¡espera! ¿Cuándo podemos volver a verte? Intentaremos reunir dinero, tal como dices...

—Mañana por la tarde, hacia las cinco, aquí mismo. Una de las internas de esta casa tiene tifus y debo volver sin falta.

—De acuerdo, pues, hasta mañana.

Tenían sólo un día para reunir una cifra suficiente con la que pagar medicinas, comida y sobornos, demasiado para una familia sin sueldos a ingresar. Roser se sentía desfallecer, desorientada y confusa, sin saber a quién recurrir.

—¿De dónde sacaremos el dinero? ¡Sin los sueldos que mantienen nuestra casa no tenemos ni para pagar el alquiler!

Dinero, siempre imprescindible para todo, la mentira que sustenta el mundo para hacer más poderosos a los ricos y más sumisos a los pobres.

—No te preocupes —la tranquilizó Angélica, con su dulce voz—. Yo me ocuparé de encontrar el dinero.

Apenas le dio explicaciones a la familia. Alegó que salía a tomar el fresco y se fue sin atender consejos de precaución. Roser sabía que no veía más allá de sus narices y le recomendaba el uso

de las lentes también en la calle, algo que hacía tiempo que ya no remediaba nada. Su ceguera no se debía a una miopía sino al glaucoma, una lesión irreparable en el nervio óptico que había aumentado progresivamente y que, acompañada de migrañas, le había reducido el campo de visión hasta convertirlo en un punto minúsculo, una mirilla que cada vez se abría menos. Ninguna lente remediaba aquel problema.

Esperó en el portal, ocultando su blancura radiante bajo la capa negra que le cubría el cabello y la frente, y le ensombrecía la cara lo suficiente como para evitar las miradas que la perseguían cuando se mostraba. Los albinos despiertan la atención de todo el mundo; lo sabía y lo sentía aunque no viese, y ella prefería pasar desapercibida.

A las seis, tal como había prometido, la gallega se personó puntual en la plaza del Surtidor conduciendo la carreta de Pep, para llevarla a la casa de Martí Rifé, en la otra plaza, la de San Justo, en el corazón de la ciudad antigua.

Tardaron unos quince o veinte minutos en llegar, por unas calles repletas de vida, en las que los vendedores ambulantes y sus clientes invadían las aceras mientras carros y carretas esquivaban como podían el gentío bullicioso. En los callejones del barrio viejo, al calor de la tarde, los olores concentrados de desperdicios, inmundicia, y orines humanos y animales enrarecían el ambiente haciendo el aire irrespirable. En la plaza en cuestión también había mucha gente, demasiada. Una larga cola esperaba su turno en la fuente adosada a una de las casas y, ante la iglesia que la presidía, sentados en las escaleras, un sinfín de pedigüeños se disputaban un par de monedas que alguien había arrojado al vuelo. Ellos captaban la atención y las miradas de los transeúntes, lo que dejaba vía libre a la carreta.

La casa de Martí Rifé parecía cerrada a cal y canto, sin embargo, la gallega comprobó que los cerrojos no estaban corridos. Como si lo hiciese todos los días, abrió la cancela y el gran portalón de madera e hizo entrar la carreta al patio, y cerró detrás. A su derecha, una gran escalinata conducía a la planta superior, el piso noble que había ocupado el heredero soltero de aquella familia mudada al Eixample. Lo llamaron a voces, varias veces. Nadie contestó.

—¿Está abierta alguna de las ventanas que dan al patio? —preguntó Angélica.

—Sí, un par —respondió la gallega, mirando hacia arriba.

Angélica intuyó que algo no iba bien. La única vez que había estado anteriormente en aquel patio, la noche del jueves maldito, el anfitrión contestó inmediatamente desde una de aquellas ventanas, abierta junto a su cama en la estancia que ocupaba. Y su fino oído percibía una respiración apagada entre las frías piedras del caserío.

—¡Vamos!

Subió las escaleras medio en volandas, del brazo de una gallega impetuosa que tenía prisa por resolver la visita y regresar lo más rápidamente posible al Poble Sec. La puerta de acceso al piso tampoco estaba cerrada con llave y pudieron pasar sin ningún impedimento.

—A la izquierda —indicó Angélica—, al fondo del pasillo.

Su capacidad de orientación la ayudaba a suplir la falta de visión al moverse, pero perdía los detalles significativos que pudiese haber al paso.

—Pura, por favor, cuéntame todo lo que ves. ¿Hay luz?

La gallega confirmó sus temores. En la habitación del fondo había una candela encendida. Y en la cama con dosel, un hombre medio muerto con una jeringuilla de oro clavada en el brazo. Morfina, la droga del sueño. Pálido, con los labios azulados y un reguero de vómito surcándole la

mejilla, mostraba una gran dificultad para respirar.

—¡Busca agua, y café negro, si encuentras! ¡Y pide la ayuda de un médico!

Se sentó junto a Martí, en la cama, y lo llamó por su nombre, sin dejar de hablarle, para despertarlo. Le extrajo la jeringuilla del brazo y comprobó al tacto la hinchazón causada por el pinchazo. Lo limpió con la sábana, primero la herida y luego los líquidos que le surcaban la cara, y le insufló, poniendo sus labios sobre los de él, una bocanada de aire. Él carraspeó, sin llegar a toser. Ella le desabotonó la camisa y le practicó un masaje en el corazón, al que él respondió con una ligera convulsión.

La gallega apareció con el agua y el café, que depositó en la mesilla, junto a la cama.

—Pura, ¿hay vómito en el suelo?

—No, sólo un poco en las sábanas...

—Ve a la farmacia y pide carbón activado. Y diles que envíen un médico a la casa del señorito Rifé, que es una urgencia, ¡corre!

La gallega se mostró reticente, argumentando que se podían meter en un buen lío, aunque acató la orden y se fue, renegando, escaleras abajo. Reanimar a aquel señorito era una cuestión de humanidad.

Angélica volvió a insuflarle aire, repitió el masaje cardiaco, con la misma respuesta, dio cachetes en sus mejillas, intentando recuperar su conciencia, e incluso trató de incorporar a Martí, con su cuerpecillo minúsculo. Lo sacudió estirando de los brazos, lo obligó a sentarse en el borde de la cama y a doblar el torso sobre la barriga, buscando que el movimiento lo ayudase a vomitar. Debía liberarse del veneno que recorría su cuerpo. Él respondió bien, vomitó un líquido viscoso, tosió y respiró, y el corazón recuperó el ritmo de los latidos. La gallega regresó con el antídoto justo cuando Martí emitió su primera palabra.

—¡Dejadme! —masculló, medio dormido, dando una orden.

No le hicieron caso. Lo obligaron a beber un vaso de agua con dos cucharadas de polvo de carbón, a sorbos pequeños, hasta acabarlo por completo. No tardó en recuperar algo de conocimiento, nunca el suficiente.

—¿Quién sois y qué queréis de mí? —preguntó, insolente, sin abrir los ojos.

Angélica tomó la palabra impostando una voz profunda y severa, la misma que había elevado el jueves anterior haciéndose pasar por el espíritu de la madre de Rifé.

—Tu amigo Pep, Josep Poch, se encuentra en una situación grave. Necesita tu ayuda, aunque en este estado de bien poco le servirás.

La respuesta de Angélica, lanzada con desprecio, causó en el joven la reacción que esperaba. Se incorporó sin ayuda, se frotó los ojos y se dio a sí mismo cachetes en las mejillas para refrescarse la mente.

—¿En qué situación? —preguntó entre toses.

—Detenido, en la cárcel. Y gravemente herido.

Martí se dejó caer en la cama, lloriqueando como un niño.

—Por eso no vino a verme ayer... —Sollozó—. Yo creí que se había cansado de mí, que ya no quería verme más.

—Pues te equivocabas, si hubiese podido seguramente habría venido. Te tiene un gran aprecio, no entiendo por qué.

Su sinceridad era implacable. No entendía por qué Pep, un hombre joven, atractivo, inteligente

y luchador, se había enamorado de aquella piltrafa humana, por muy señorito poeta que fuera. No podía verle el rostro aunque lo había palpado. Sus facciones eran dulces y su cabello suave, aunque estaba esquelético, en los huesos, y tenía los labios cubiertos de las llagas que le provocaba la adicción.

—¿Qué puedo hacer yo por él? —preguntó con voz de niño mimado, acostumbrado a que fuesen los demás quienes resolviesen sus problemas.

—Tenemos que hacerle llegar dinero, por lo menos cincuenta duros para sobornar a los médicos, a los soldados y a las monjas, y pagarle medicinas y comida. También necesitaríamos un abogado de confianza que pudiese personarse en su defensa y reclamase información y justicia para el detenido. Tú puedes conseguirlo.

—Esto, yo... Me gasté todo el dinero que tenía...

—En morfina, claro.

—Sí. Pero puedo pedirle más a mi hermana Nuria, no te preocupes.

—¿Y tu padre? Él tiene muchos contactos, podría ayudarnos.

—¡No! ¡Papá ni hablar! Si se entera de algo de todo esto me mata. Él no debe saber nada. Además, está muy enfermo, ya apenas sale de casa.

—¿Y quién se ocupa de los negocios?

—Él cree que lo hago yo, mamá... —Abrazó el regazo de la niña como si realmente fuese el de su madre—. Pero es mi hermana quien lo hace. Nuria se ocupa de todo, también de mí.

Martí Rifé rompió a llorar con una congoja estúpida. A Angélica el espíritu débil de aquel burguesito la exasperaba. Poca ayuda, más allá de la económica, podía prestarle.

—¿Te ves capaz de reunir el dinero para mañana al mediodía? —le preguntó, sin remilgos.

—Sí, sí, lo puedo tener; vuelve mañana...

—¡Júrame que recuperarás la entereza y harás lo posible por reunir el dinero! Volveré mañana al mediodía. ¡Hazlo por Pep y también por ti!

El portalón de la calle se abrió, lo que inquietó a la gallega, que azuzó a Angélica para salir de aquella casa lo antes posible. Ella fingió ante Martí el fin de su trance con un leve desmayo y dejó que la mujer la sujetara.

El médico no tardó en personarse en la habitación del señorito, sin detenerse en avisar de su presencia y demostrando que conocía perfectamente el camino y que no era la primera vez que acudía en ayuda del morfinómano. Entró diciendo que él se haría cargo de la situación y ordenó a las mujeres que se fueran de allí. Según le explicó al enfermo, le traía cocaína, la medicina que lo haría despejarse y sentirse mejor en un par de minutos.

—No se puede curar una adicción con otra —le advirtió Angélica desde la puerta, con una voz tan inocente y angelical que despertó en el médico algo parecido al miedo.

—¿Quién eres tú, niña? —preguntó el hombre, volviéndose a mirarla.

—Nadie, nadie, no es nadie —intervino la gallega, tomando la palabra—. Nosotras ya nos íbamos. Espero que se mejore el enfermo.

La gallega la empujó hacia el pasillo y la condujo, de nuevo en volandas, escaleras abajo. La ayudó a acomodarse en la carreta, abrió el portalón y estiró de la yegua para que saliera deprisa a la calle. No cerró a sus espaldas. No sólo tenía prisa, también miedo; y un montón de preguntas que hacerle a Angélica. ¿Quién le había dicho que Pep estaba gravemente enfermo? ¿Y qué tenía que ver él con aquel señorito? ¿Qué habían ido a buscar a aquella casa? ¿Por qué había sido tan

mal educada y atrevida si lo que quería de él era dinero? ¿Y qué dinero podía darle un drogadicto, hecho un despojo humano?

Apenas le dio respuestas. No las tenía. Había llegado hasta allí en busca de ayuda económica, sí, y también de alguna señal que le indicase quién podía ser el denunciante. Su intención era interrogar a Martí Rifé, preguntarle por una cosa que dijo el jueves por la noche y que entonces le pareció absurda. Algo que lo inquietaba y lo hacía parecer más desequilibrado de lo que estaba. «Esta casa está llena de fantasmas —había dicho—. No me extraña que esté mi madre; también están mi abuelo, mi bisabuelo y mi tío abuelo, y entre los tres quieren acabar conmigo...»

Ella, fingiendo su trance, le había hecho entender que aquella obsesión sólo era producto de una imaginación afectada por las sustancias alucinógenas que se inyectaba. Había intentado tranquilizarlo con palabras conciliadoras, asegurarle que los espíritus de sus ancestros velaban por su bien, convencida entonces de que los miedos de aquel burgués eran el resultado de su adicción. También lo creía así Pep.

Sin embargo, que un burgués joven y cultivado viese fantasmas en su casa le hizo sospechar. ¿Y si alguien lo espiaba? Cualquiera que conociese la fragilidad de un drogadicto podía intentar aprovecharse de la situación, especialmente tratándose de un rico burgués. Alguien que quisiese sacar rendimiento a aquella adicción, inventando fantasmas, y a quien le molestase Pep, el amante secreto del joven heredero. El denunciante, quizá también autor de la paliza que acabó con él en la enfermería de la prisión de Amalia.

No compartió sus pensamientos con la gallega, aunque la mujer no cesaba de hacer preguntas. Su discurso desconfiado desesperaba a una Angélica desconcertada, ofendida por no haber encontrado en Martí Rifé el salvador dispuesto a ofrecerlo todo a favor de Pep. No sabía qué esperar de él, más allá de dinero, un par de duros como mucho, si es que le sobraban después de comprar su dosis. Un dinero por el cual debían regresar sin falta a aquella casa.

La gallega la dejó de nuevo en la plaza del Surtidor y prometió ser puntual al día siguiente, al mediodía, para repetir la visita, pese a sus reticencias. Ella esperó en la calle hasta que el sonido de la carreta se desvaneció en la lejanía y, cubriéndose con la capa, emprendió camino calle abajo.

Sabía que sólo tenía una opción para reunir aquella cantidad, una opción que había querido descartar de su vida cuatro años atrás. Podía hacerse con más de cincuenta duros en unas horas en una única sesión de espiritismo, si el público era numeroso y favorable. Pero no podía organizar una jornada de aquel tipo ella sola y menos de un día para otro, no sin la ayuda correcta. Y Benjamín, jefe de sala de un gran teatro, lo era.

Cada minuto que pasaba encerrada en aquella mazmorra le costaba más mantener su cuerpo erguido y la entereza mental. De la ducha recibida el primer día conservaba una temblequera que se intensificaba con la llegada de la noche, del interrogatorio ante el juez de aquella misma mañana, los hombros doloridos y las muñecas destrozadas, que le habían retorcido con las esposas de hierro hasta descolocarle los brazos, y unas tremendas ganas de llorar y llorar. Nunca había sido tan llorona. Tina se consideraba una mujer fuerte, valiente y atrevida, y descubrir que no lo era la hacía llorar aún más.

No sólo se sentía débil y cobarde, también una imprudente, una estúpida delatora que no había sabido mantener la boca cerrada. ¿Cómo se le había ocurrido responder con sinceridad y orgullo a todas las preguntas? ¿Acaso era imbécil? En el primer interrogatorio había delatado a Pere Coromines y en el segundo le habían vuelto a preguntar por él. También le habían preguntado de nuevo por Teresa de Claramunt y ella, para exculparla, como una tonta, había dado incluso su dirección, para que pudieran encontrarla... Si la detenían por su culpa, no se lo perdonaría jamás.

Había querido enfrentarse con osadía a sus captores, defender su inocencia ante la ley y exigir su libertad, incluso bajo la presión de las torturas. Descubrir que Pep, su amado Pep, estaba encarcelado desde el domingo, según informó el teniente, la debilitó emocionalmente y desorientó su actuación.

El juez y la policía tenían una lista de nombres molestos, un registro de libertarios según ellos exaltados, e iban a ir a por todos, no importaba su inocencia ni que tuviesen coartada, real o no, estaba claro. Ella misma era un ejemplo, quizá también estuviese en aquella lista desde hacía tiempo, bajo el ojo de la justicia, sin saberlo, por hacer teatro revolucionario. Y también sus compañeros, Felip Cortiella y Arnau, detenidos junto a ella en el centro social con la misma brutalidad.

Nunca se había considerado en peligro, ni cuando hacían funciones clandestinas sin pedir el permiso que se exigía en toda representación. La supuesta libertad de asociación y reunión era una mentira más de aquella sociedad y conseguir permisos para actuar en centros obreros no era nada fácil, un trámite que pretendía obstruir la difusión de la cultura. Pero ellos seguían adelante, defendiendo su derecho a realizar aquella actividad, con permiso o sin él.

En la Satalia nunca despertaron el interés de nadie más allá de cuatro vecinos y no tuvieron problemas con las autoridades. En algunas veladas en centros obreros, donde habían organizado lecturas, la policía acudía y disolvía a la gente del público, sin más conflicto. Pero desde que habían formado la Compañía Libre de Declamación y actuaban en teatros de verdad, habían topado con la policía a menudo. En los estrenos, incluso teniendo los permisos en regla, las fuerzas policiales rodeaban el teatro, supuestamente para mantener el orden, que ellos mismos

alteraban provocando altercados. La policía utilizaba encuentros como aquéllos para cazar entre el público a anarquistas según ellos conflictivos, pero Tina no pensaba que pudiesen ir contra los miembros de la compañía. Por eso creía a pies juntillas que el centro social, donde ensayaban, era un lugar seguro. Nunca se había imaginado que pudiesen detenerla allí, por hacer teatro.

¿Cómo podían considerar peligrosas las piezas que interpretaban? ¿Por qué? ¿Sólo porque los protagonistas eran proletarios o mujeres indefensas en lugar de burgueses adinerados? ¿Porque hablaban de los problemas de la gente común? ¿Por eso? Ella se sentía orgullosa de dar vida a aquellas mujeres que reivindicaban su derecho a tener una vida digna, elevar la voz por ellas en un escenario y hacer que la oyera el mundo entero. Declamar en verso o en prosa la voz de la mujer acallada.

La perseguían por las obras que había interpretado, a ella y a sus compañeros. Y no eran los únicos. También buscaban a Federico Urales, el autor de *Honor, alma y vida*, por quien le preguntó el juez. Al oír aquel nombre, probablemente un pseudónimo, Tina negó saber de quién le hablaban, aunque conocía la verdadera identidad del autor: Joan Montseny, un profesor liberal de Reus, un hombre ilustrado que regentaba una escuela laica y que había defendido públicamente su ideología anarquista. No sabía si sería capaz de guardar el secreto si volvían a preguntarle por él.

La obra de Urales era la que estaban ensayando los miembros de otra compañía de teatro de aficionados, un grupo de obreros del Centro de Carreteros, formado exclusivamente por hombres que interpretaban los roles masculinos y femeninos. Ellos habían sido los organizadores de la velada dedicada a Ibsen e invitaron a la Compañía Libre de Declamación a realizar la función en aquella sala minúscula, porque admiraban el talante de Felip Cortiella como director y sus ideas renovadoras. Fueron los que más aplaudieron la revolución interior iniciada por Nora.

La consideraban peligrosa por haber dado vida a aquel personaje, los consideraban peligrosos a todos, lo bastante como para formar parte de una lista de indeseables. Lo único que pretendían ellos era transformar a la gente a través del arte, golpear el pensamiento, hacer del mundo un lugar mejor por medio del teatro. Ellos eran un instrumento para llevar la cultura a oídos de todos, especialmente a aquellos que no sabían leer. Tina estaba dispuesta a luchar por defender la libertad de expresión, un derecho básico, el único motivo por el que la mantenían encerrada.

Por su parte, Magda, la infeliz de Magda, a quien nadie podía acusar de sindicalista, seguía allí dentro encerrada por el mero hecho de ser madre soltera, y eso que nunca había aparecido en ninguna lista.

El confidente italiano al que las habían enfrentado en careo las había exculpado a las dos del delito del que las habían acusado. Había jurado y perjurado ante ambas que no eran ellas quienes portaban las bombas acusatorias, sino una gran dama.

Una gran dama. Recordó las palabras enfurecidas del teniente: «¿Qué gran dama va a ir por ahí paseando en plena noche cargada con bombas?» No, Tina no era una gran dama ni una dama; ni tan sólo una señora ni nada, sólo una proletaria cualquiera, una más del montón de chinches de fábrica, con ínfulas de actriz en sus ratos libres y miembro de una insignificante compañía de obreros tachada de ácrata. Una infeliz fácil de detener. Y, además, según el teniente, fea y despreciable para los ojos humanos. Lo suficiente como para mantenerla encarcelada, aunque no fuese la portadora de las bombas que buscaban.

Tampoco podía tratarse de Angélica, como ella había sospechado al principio, aunque fuese la persona que salió del Centro de Carreteros con Pep aquella noche y que se marchó con él en la

carreta. Era imposible. Con su cuerpecillo minúsculo y cubierta siempre con su capa negra, la gente apenas reparaba en ella y, aunque lo hiciesen y descubriesen su espectacular blancura, nadie la confundiría nunca con una dama.

Ninguna de ellas era la mujer a la que el confidente italiano había visto con tres bombas, cuya identidad era un misterio para todos, para Tina también. Temía que la dama fuese una amante de Pep, algo que hacía días que le rondaba la cabeza y en lo que no había querido pensar. Su amado tenía una amante, a la que iba a ver todas aquellas noches en las que desaparecía sin dar explicaciones...

Lo que más le extrañaba era que aquel confidente italiano no había implicado en ningún momento a Pep, sino todo lo contrario. Habló de la dama y de un complot policial a cargo del grupo de vigilancia de un tal inspector Freixa, pero de Pep no había dicho palabra hasta que el teniente lo mencionó y le preguntó directamente por él.

Quién sería aquel hombre y por qué había pasado en pocos minutos de ser amigo y confidente de las autoridades a enemigo y detenido era una incógnita. Una más. Lo habían encerrado en la última mazmorra de aquel túnel de la risa, probablemente esposado a algún grillete de la pared, desde donde bramaba reclamando que lo dejaran libre. Oía sus improperios en italiano, francés y español, aunque los gruesos muros que los separaban no le permitían entender bien lo que decía. Hablaba sin cesar, pidiendo una y otra vez que lo sacaran de allí, sin que nadie le hiciese ni caso. Ni caso. Quizá no hubiese ningún carcelero vigilando.

Llevaba al menos dos horas sentada en el duro camastro de piedra, sin moverse. En el rincón, junto a la puerta, estaba el cubo medio lleno que había arrastrado hasta allí con las manos esposadas y el agua derramada al asearse atraía un enjambre de mosquitos que volaban formando una nube. Su zumbido cercano y el quejido lejano del italiano ocupaban todo el espacio auditivo. A los carceleros no los oía desde hacía rato...

Se incorporó con esfuerzo y se acercó arrastrando las alpargatas hasta el portalón. Los barrotes del pequeño postigo apenas dejaban ver la pared de aquel sucio pasillo, mal iluminado. Acercó la boca a las ranuras y susurró:

—Magda, ¿me oyes? ¿Estás bien? ¿Me oyes?

Tardó un rato en oír la respuesta, tímida, desconcertada, susurrada entre sollozos a través del postigo:

—Tina, ¡perdóname! —respondió aquella inocente voz—. Yo te delaté...

—Tú no me has delatado, no digas eso. Me buscaban por formar parte de la compañía, y vinieron a por nosotros.

—Yo dije que eras tú la actriz, para exculparme a mí misma... ¡y di tu nombre!

Tina cerró los ojos y apretó los dientes, pensando que el teniente tenía la capacidad de convertir en culpables a todos los inocentes y hacérselo creer.

—No, no te preocupes. Yo también he delatado, es... la presión. Es insoportable.

—¡Eh, vosotras, mujeres!

La voz las asustó. No era la de ningún carcelero sino la del italiano encerrado al final del pasillo.

—¡Eh! ¿Me oís?

—¿Qué quieres? —respondió Tina.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —siguió preguntando él.

—Desde el lunes por la noche, nos trajeron aquí ya casi de madrugada.

—¿Habías visto al juez antes de hoy?

Tina dudaba si contestar o no. ¿Por qué fiarse de aquel hombre si era un confidente de la policía? Aunque le hubiesen pegado delante de ella y también estuviese detenido, no dejaba de ser un delator. Debía aprovechar la ocasión para preguntar ella también, tomar las riendas de aquella conversación y dirigirla hacia sus propios intereses.

—No.

—¿Y al teniente?

—Sí, pero ahora me toca preguntar a mí. ¿Por qué fuiste a vernos actuar? ¿Acaso la policía seguía la pista de la Compañía Libre de Declamación? ¿Nos perseguían a todos?

La puerta de acceso al túnel de la risa se abrió estrepitosamente, lo que ahogó sus preguntas en un charco de miedo e impidió la respuesta. El vozarrón enfurecido del cabo Manrique les recordó a todos que estaba terminantemente prohibido que los presos hablasen entre ellos y les hizo saber a gritos que su osadía comportaría un castigo inminente. Las pisadas de, al menos, seis botas pasaron de largo de la primera puerta, dejando a salvo a Magda, en su mazmorra, y se detuvieron ante la segunda. El ruido de los candados al abrirse era ensordecedor.

Tina se quedó inmóvil, con la espalda apretada contra la pared fría, esperando unos golpes que no tardó en recibir. Una sonora bofetada con la mano abierta, una patada en la espinilla, otra más en el tobillo, en la pierna... Cayó al suelo bajo los golpes que le propinaba el cabo con sus botas negras y odio en la mirada. Le suplicó: «no siga, por favor, no siga». Una nueva patada, esta vez en la mejilla, a punto estuvo de desencajarle la cabeza del cuello. No fue lo peor. El cabo la cogió por el pelo, estirándole con fuerza el cuero cabelludo, y la arrastró como a un saco hasta el camastro de piedra.

—¡Esposadla a los grilletes! —ordenó.

De nuevo el hierro frío le aprisionó las muñecas y se le clavó en la carne viva de las heridas abiertas. Unas cadenas no demasiado largas, fijadas a una argolla en la pared, la obligaban a mantener los brazos en alto, con las manos esposadas por encima de la cabeza y los hombros descolocados, destrozados. No quería llorar. Apenas podía abrir los ojos, el dolor se lo impedía. El cabo la obligó con una bofetada.

—¡Mírame! —espetó—. ¿De qué narices estabas hablando, eh?

La zarandeó con tal fuerza que Tina estuvo a punto de perder el conocimiento. Lo hubiera preferido. No sabía qué contestar a aquella pregunta, apenas recordaba el motivo de aquel castigo, unas pocas palabras masculladas entre rejas...

El cabo la sujetó por la barbilla, clavándole el pulgar en el gáznate con su fuerza bruta.

—¡Contéstame!

Le costaba respirar, la presión en el cuello le obstruía el paso de la saliva, del habla, de la vida. La insistencia del cabo, que apretaba cada vez con más fuerza, la empujó a contestar con un débil hilo de voz.

—Sólo quería saber por qué me retienen aquí...

El cabo soltó una carcajada sonora y aflojó las manos, lo que alivió la presión en el cuello de Tina. Su respuesta, graciosa a oídos de aquel hombre, dio pie a una réplica burlona.

—¿Y acaso esperabas que él te respondiera? ¿Un confidente del gobernador? ¡Eres más tonta de lo que me pensaba!

Le lanzó el agua del cubo por la cara y la miró con sorna. Ella apenas pudo toser, le fallaba el aliento. La cogió del pelo, le introdujo un pañuelo en la boca y la empujó hacia una esquina del camastro. La sentó con los brazos alzados y esposados, y la inmovilizó completamente bajo su cuerpo. Le levantó las faldas, le abrió bruscamente las piernas y, sin bajarse apenas los pantalones, la penetró.

Tina no luchó, no reaccionó. Sintió una fuerza bruta entrar en su cuerpo, desgarrándola por dentro mientras las cadenas le despellejaban la piel, y se rindió por completo bajo la violencia de aquel hombre. No pudo vomitar su odio, transmitir su asco, hacer ni decir nada. No movió siquiera la cabeza caída para negar. Su capacidad de actuar, de expresar sentimientos, de verbalizar anhelos, derechos o penas, se había esfumado. Privada de movimiento, sin posibilidad de huida, sin consuelo, su única venganza fue cerrar los ojos. Cerrarlos para no ver la sonrisa cruel, burlona y triunfante en el rostro de su violador.

El cabo jadeó como un animal y no tardó demasiado en apartarse de su cuerpo tras dejarla impregnada de su semen viscoso. Le quitó el pañuelo de la boca para limpiarse las manos y no volvió a pegarle, ni a tocarla ni a mirarla con sus ojos inundados de odio. Salió de la mazmorra y la dejó allí, encadenada, ultrajada, vejada y rota, con el cuerpo apaleado y destrozado.

Los carceleros se ocuparon de desencadenarla. La dejaron caer como a un saco roto sobre el camastro de piedra y salieron cerrando la puerta tras ellos con todos sus candados. Tina no gritó ni lloró ni expresó su desespero con ningún sonido verbal. Temía que volviese a suceder, que se abriese la puerta en cualquier momento, que entrase de nuevo el cabo con su fuerza bruta y abusase otra vez de ella.

Oyó de lejos abrirse otra puerta, la de la mazmorra del italiano. Sonaron golpes duros y repetidos, insultos, gritos y quejidos de dolor que se alargaron durante demasiados minutos. Demasiados. Debió de darle una buena paliza; a saber si lo violó también. Sin más motivo que haber intentado cruzar cuatro palabras con ellas.

El cabo dio por finalizada su venganza y salió con paso firme del maldito túnel de la risa en el que sólo se oían quejidos lastimosos. Los del italiano y los de Tina, sumida en un dolor profundo, y con los huesos y el alma desencajados.

A Magda no la tocaron, ni siquiera le dijeron nada a través del postigo de su puerta. La imaginaba llorando de miedo, en su celda, y llevándose las manos a la cara para secarse las lágrimas. Algo que ella no podía ni intentar, porque sus muñecas ensangrentadas y sus brazos entumecidos no habían recuperado aún el movimiento.

Los lagrimones surcaban su piel sucia, trazando múltiples recorridos causados por el vaivén de un busto que no encontraba posición de reposo. El nudo de congoja en la garganta le impedía incluso respirar, le taponaba los oídos y la sumía en un zumbido ensordecedor. Apretaba ojos y dientes para no ver, para no sentir el dolor. Imposible. El sufrimiento se extendía por su cuerpo, se hacía tangible en todos los poros de su piel, explotaba en su alma, en su cerebro, en su pensamiento, en su vida...

Su respiración se detuvo por un momento, segundos, tal vez minutos, un lapsus. El nudo en la garganta creció, la ahogó. Pensó en morir. Sí, mejor así. No quería toser, pero su cuerpo lo hizo sin preguntar. Tosió y vomitó. Derramó sobre el torso un líquido viscoso que olía al caldo podrido

ingerido en la última comida. Y respiró, un soplo de aire enrarecido que la devolvió a la miseria en la que se encontraba sumida. Hubiese preferido morir. Morir y dormir para siempre sin soñar nunca más. Pero sobrevivió para comprobar que aquella pesadilla había sido realidad. Estiró su cuerpo dolorido en el duro camastro y apaciguó los rugidos de su estómago vacío con un llanto continuado y monótono. La noche sumió la mazmorra en la oscuridad profunda, y ella lloró y lloró sin poder dormir.

LA DEFENSA

Avanzó calle abajo arrimada a la pared, contando los pasos en unos adoquines conocidos de un camino recorrido muchas veces, guiándose por los sonidos de la ciudad en plena noche y asustada ante su falta de autonomía. Las tiendas habían cerrado sus puertas, en las tabernas corría el vino, la cerveza y el aguardiente, en las aceras se daban cita las pandillas de amigos y las voces de la gente que pululaba a su alrededor, y a la que no podía ver, la aturdían. No era fácil pasar desapercibida entre ellos sin despertar burlas ni recelos.

Prosiguió como pudo hacia el tumulto del Paralelo, que retumbaba en todo el Poble Sec. Al llegar, se arrimó a una de las tapias de aquella gran avenida y caminó a su cobijo. Los carros circulaban arriba y abajo, oía a los caballos relinchar y marchar, unos al trote, otros al paso. No se atrevía a cruzar. Se quitó la capa, sacudió su melena y mostró la blancura radiante que escondía, esperando que fueran los demás quienes la viesan a ella, y avanzó despacio hacia el otro lado de la calle, mirando al frente sin ver nada. Mil chiribitas intensas cegaban sus ojos y su mente y aceleraban un corazón asustado. Temió que la atropellaran, aunque no sucedió. Accedió a la acera contraria y esquivó los obstáculos que halló en el camino. Se mantenía más ágil y rápida de lo que ella misma creía, y su finísimo oído suplía en gran medida la falta de visión.

Cruzar la marquesina del teatro Español y el vestíbulo atiborrado de gente le resultó mucho más dificultoso que el largo camino. Los olores de tanta gente junta, unos sudorosos y otros perfumados con fragancias pesadas, las inagotables voces cruzadas de todos ellos, sus bromas, sus risas, sus propósitos y despropósitos, su inteligencia o su estupidez, la sumieron en un mareo que le hizo perder el equilibrio. La jaqueca la atacó con fuerza.

Buscó una pared, la más cercana, y se dejó caer, acurrucada, en el suelo, cubierta con la capa que la sumía en la práctica invisibilidad. Mientras el público iba entrando en la sala y se acomodaba en su butaca, después del entreacto, las voces que había oído en aquel vestíbulo repetían en su cabeza frases captadas al vuelo, discusiones, argumentos, reproches, esperanzas, recuerdos. Y se cruzaban con otras voces ajenas, aparecidas en su cabeza y probablemente propias, que aportaban nuevos argumentos o lanzaban refutaciones. Si hubiera tenido papel y pluma, hubiese escrito un sinfín de diálogos.

Tardó en recuperar la compostura y lo hizo al sentir a la cigarrera de turno acercarse al rincón en el que ella se camuflaba. Le dio un buen susto a la pobre muchacha al dejar caer la capa y mostrarse allí dentro, como aparecida de la nada. En el teatro conocían a Angélica como la hermana pequeña de Magda, una niña albina, acomplexada y cohibida, y, a pesar del susto, la cigarrera la acogió con afecto. Ella apenas alzó la cabeza, fingiendo la inocencia y la timidez que mostraba ante aquellos que no sabían nada de sus supuestos poderes de médium, en el papel de la niña pequeña y enfermiza de no más de once años que dependía para todo de sus hermanos y familiares. Nadie se percataba nunca de que fuese ciega, ya que sabía disimularlo mirando de vez en cuando y con cara de pena a los ojos de sus interlocutores. Las de los ojos cercanos eran las

únicas luces que sabía distinguir en su ceguera brillante.

Los trabajadores la rodearon y mostraron su inquietud hacia la buena de Magda y su preocupación por el pobre niño, Llibert, al que habían privado de madre. Estaban dispuestos a hacer una colecta y recaudar fondos para ayudar a la familia de su compañera, así se lo dijeron, y prometieron hacerles llegar dinero en breve. Además, avisaron a Benjamín de su presencia, dando por normal que la niña se presentase allí y reclamara la ayuda del patrón para su hermana detenida.

Benjamín la recibió con un saludo distante y formal y, cogiéndola del hombro como a un escolar, la condujo a su despacho. No formuló ni una palabra hasta no estar dentro, con la puerta cerrada y tras comprobar que no había ningún oído en las inmediaciones.

Le costó un momento encontrar su verdadera voz entre tantos registros simulados utilizados habitualmente, dejar atrás la entonación infantil y los trances espirituales para liberar a la mujer madura y serena que era.

—Estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras —expuso con voz grave.

—¿Estás segura?

—Sí.

La sorprendió un abrazo tierno, que la estrechó contra el pecho de su amigo de infancia como cuando eran niños, un abrazo colmado de caricias y de besos en sus mejillas pálidas, un cariño que no esperaba y que no supo aceptar. Empujó con sus manitas el cuerpo de aquel antiguo amor que había tenido el privilegio de convertirse en un hombre mientras ella seguía pareciendo una niña, un amor descompensado. Rechazó la proximidad de su aliento, buscó la distancia segura y optó por mantener la calma.

—¿No decías que estabas dispuesta a hacer lo que yo quiera?

—Sí. Y sabes perfectamente a qué me refiero.

Él se acercó de nuevo, la cogió suavemente por la barbilla e intentó besarla en los labios. Ella no se dejó. Se apartó evidenciando su malestar, desconcertada. Llevaba tanto tiempo sintiéndose como una niña que le resultó incluso obsceno que su amigo pudiese sentir algo hacia ella.

¿Era aquello una declaración de amor o un abuso de poder? ¿Realmente Benjamín creía que ella podía querer algo más de él que su amistad? ¿Lo quería? ¿Por qué no lo quería?

Había aprendido a manejar su extrema sensibilidad. Una blanca coraza de frialdad aprehendida la protegía. Su mente analítica racionalizaba cada uno de sus pensamientos llegados con mil voces distintas, a una velocidad asombrosa, y los digería en un único canal emisor. Pensamientos que analizaban las emociones ajenas y que permitían obtener conclusiones contundentes. Analizar sus propios sentimientos ante Benjamín la dejó sin voces que simular, sin espíritus a los que recurrir en busca de ayuda, sin más respuestas que las de su propia piel, carente de caricias.

Ella también necesitaba amar, sentir el contacto de unos labios, dejar fluir su ser en brazos ajenos y entregarse al placer. Despojar su alma de una virginidad obligada. ¿Por qué no permitía que su cuerpo respondiera, sin poner frenos? Quizá no los ponía. Ella necesitaba amar, sí, pero no era Benjamín quien despertaba su deseo. Ya no; hacía demasiado tiempo que había dejado de sentirse atraída por él. La única persona a quien deseaba era a Pep, el seductor Pep, su amigo, su alumno, su hermano mayor, su compañero, el único hombre que despertaba algún estímulo vital en ella, el actor por el que se desvivía en cada gesto, aun sabiendo que él nunca la desearía. Un amor

imposible desde cualquier punto de vista; él tan joven para ella y a la vez tan mayor. Separados por la mentira insalvable de la realidad oculta en la persona de Angélica, la Bianca de Benjamín, una cuarentona atrapada en una vida infantil.

Benjamín no insistió. Siempre había sido un caballero, desde bien niño. Un caballero y un magnífico amigo del que ella había desconfiado sólo porque la amaba y la deseaba. Nunca había intuido que su interés por ella fuera amoroso, creía que únicamente le interesaba lo material. Como a su padre. Utilizarla como a un artilugio de feria más para ganar dinero, un artilugiopreciado entre toda la colección de inventos para hacer magia, sin más amor que el de crear la ilusión delante del público, a toda costa, y conseguir ganar mucho dinero con ello. Pensó que Benjamín también la quería por eso, y se equivocó.

—Ayudaré a Magda, no te preocupes —le aseguró—. Mañana mismo tengo previsto personarme ante las autoridades para reclamar información sobre ella, tal como me pedías en tu carta.

—Gracias...

Le costó retomar la voz mientras analizaba con múltiples pensamientos la gran cantidad de información que transfería aquella respuesta. Desde el momento en que escribió la carta solicitando para Magda la ayuda de Benjamín no dudó ni un segundo en que él se la brindaría, tal como la respuesta confirmaba. Si ella estaba allí, ofreciéndole su disponibilidad, no era por eso, sino porque quería que él organizara una sesión de espiritismo en la que ganar dinero. Dinero para salvar a Pep. En realidad, ella era la única que se acercaba al otro por interés, la única que buscaba en su entrega un bien material. La entrega de Benjamín era sincera, desinteresada, como siempre, algo que, mirándolo fríamente, le confería un poder y un beneficio absoluto.

Planteó su propósito con total naturalidad. Lo que necesitaba la familia que la había acogido, con cuatro detenidos en los últimos días, era dinero, dinero para mediar en el bienestar de todos, y ella podía conseguirlo retomando su actividad profesional. En qué manera y ante qué público era algo que debía resolver él, con su capacidad gestora en el mundo del espectáculo.

Benjamín lo entendió sin necesitar demasiadas explicaciones. Aceptó ayudarla, aunque sin prisas. Abrió el cajón y le extendió una bolsa con diez monedas de a duro, cincuenta pesetas. Era dinero de la recaudación del teatro Español, dinero que tenía que devolver, un adelanto que confirmaba su confianza en la empresa que estaban a punto de emprender por su cuenta, juntos.

No todo era altruismo. El retorno a la escena de la niña médium era un sueño que Benjamín llevaba alimentando desde hacía años, una promesa de riqueza para el futuro que estaba a punto de convertirse en realidad. Un deseo engordado con tantas esperanzas que había provocado incluso el sentimiento de amor hacia ella, que lo sentía falso. El amor ante un ser completamente distinto y capaz de transformar su diferencia en beneficio material. El dinero, siempre el dinero, lo mueve todo, quien quiera mejorar el mundo tendrá que acabar con él.

Benjamín tenía un plan trazado, una estrategia planificada con todo detalle a partir de las exigencias del público. El público, un ente al que el jefe de sala, nacido en la cuna de un circo, conocía bien. Según él, debían labrarse una reputación primero en salones pequeños, en círculos concretos que funcionasen de altavoz. Entre las damas ricas que pretendían hacerse las modernas en sociedad y que podían pagar tanto o más dinero que un empresario teatral. Y luego entre sus maridos, hermanos, amigos y otros burgueses y aristócratas de bien. Sabía perfectamente a quién acudir y dónde localizar a las damas en cuestión. En aquel mismo teatro y aquella misma noche.

Un grupo de burguesas influyentes, jóvenes modernas y forradas de dinero, la mayoría de ellas aún solteras que conseguían burlar la vigilancia paterna para salir de noche y sin custodia. Tenían palco reservado en el Español, lejos del Liceo y del Coliseo, donde era difícil que alguien de su círculo las descubriese.

Angélica había esperado miras más altas. Debutar directamente en el escenario de aquel mismo teatro, el Español, o en uno mejor, en la Rambla o la Gran Vía, ante un público multitudinario, anunciada como una gran estrella internacional y cobrando la tarifa que recordaba de otras épocas, cuando era joven y actuaba con su padre. Simular que el vacío en el tiempo no había tenido lugar, que nunca había dejado de actuar, y afirmar que procedía de los escenarios más prestigiosos de los Estados Unidos de América y que la fama la precedía. Según Benjamín, una locura imposible de poner en práctica. Y él tenía en su mano la última decisión.

No la dejó discutir mucho más tiempo. La noche avanzaba y precisaba proceder. Benjamín conocía todas sus estrategias, su capacidad para invisibilizarse ante el resto de los mortales, el poder de aquella capa mágica heredada de su padre y el de su propia facultad para escabullirse aun estando ciega. Le pidió que se pegase a su espalda, como una sombra invisible, y así lo hizo. Caminó pegada a él por un pasillo repleto de gente, esquivando los cuerpos que no habían encontrado asiento, hasta el lugar donde el grupo de damas disfrutaba de la velada teatral, intercambiando impresiones en la intimidad del palco.

—Buenas noches, señoras.

La voz de Benjamín era profunda, viril, seductora, igual que su presencia, la de un hombre fuerte, musculado y atractivo que todavía rebosaba la belleza de su juventud. Mientras Angélica, sumida en su oscuridad, buscaba cobijo en un rincón junto al paragüero, en desuso la mayor parte del año en una ciudad que apenas llovía, ellas respondieron a coro, con risas sueltas que revelaban no sólo confianza y coqueteo hacia el jefe de sala sino un interés que rayaba lo obsceno.

—¿Todavía siguen interesadas en el tema del espiritismo? —continuó él, haciendo gala de su buena educación.

—Sí, claro, Benjamín —respondió una de las damas.

—¿Tienes novedades para nosotras? —preguntó otra.

—Sí. Puedo concertarles una sesión con una niña médium, un ser excepcional.

Le gustó el halago y el efecto que provocó entre aquel corro de féminas, que cacarearon como gallinas revueltas en el gallinero.

—¿Una niña? ¿Médium? ¿De verdad que eso existe? ¿Estás seguro?

—Sí. Sus poderes son espectaculares, nunca he visto nada igual. Eso sí, sus familiares no la permiten desarrollar sus capacidades delante de cualquiera y exigen unas tarifas muy elevadas. ¿Ustedes están dispuestas a pagarlas?

—¡Por supuesto!

Benjamín acordó con las damas organizar la sesión de espiritismo el sábado siguiente, por la tarde, en una velada privada en casa de una de ellas, la señorita Gil. Angélica, escondida en el rincón sin que nadie se percatase de su presencia, escuchó la negociación entre ellos, los saludos de despedida de su amigo, el cuchicheo de las damas mientras él salía del palco y la conversación posterior, que ellas suponían en total privacidad.

Hablaron de los temores y susceptibilidades que les despertaba la sesión de espiritismo. Una de ellas era completamente escéptica. Otra, en cambio, era creyente fervorosa, y aunque se

declaraba católica, apostólica y romana, y aun a sabiendas de que su religión condenaba el espiritismo, se mostraba absolutamente convencida de la posibilidad de contactar con los muertos y mediar con ellos para ayudar a resolver los problemas de la vida terrenal. Y así, hablando, la mujer recordó a todos los difuntos de las allí presentes. En paz descansen. La mejor pista que se le podía entregar a alguien como Angélica.

El espectáculo teatral de aquella noche en el Español finalizó, los miembros de las diversas compañías salieron a escena a saludar, repetidas veces, y las damas, entre aplausos y risas, partieron antes de que lo hiciese la masa de público de la platea, dejando el palco perfumado de su recuerdo y sus voces repitiéndose en la cabeza de Angélica, como un argumento que desgranar en un nuevo guion teatral.

Esperó en aquel palco, mientras el público salía, los trabajadores iniciaban la recogida final, los artistas regresaban a sus hogares y la sala se sumía en un silencio inusual. Apenas quedaba nadie dentro cuando Benjamín fue a buscarla. No la condujo a su despacho sino entre bambalinas, descendiendo por el foso escénico hasta una pequeña sala cerrada bajo llave. Allí guardaba las novedades que había descubierto con los magos programados en el escenario del Español. Un sinfín de artilugios de todo tipo, para mover objetos a distancia, crear sombras, luces y apariciones, emular sonidos, voces, hacer levitar objetos e incluso conseguir que las teclas de un piano se movieran tocando la música escogida. Como siempre, la dificultad de su uso radicaba en la colocación de todos ellos en el lugar de la sesión, sin ser descubiertos, de destreza y poco más.

—Preferiría no usar todo eso —confesó Angélica—. No creo necesitarlo. Puedo hacerlas creer que quienes hablan son sus familiares.

—Les gustarán mucho tus espíritus, pero ellas quieren espectáculo. Es lo que está de moda en Europa, algo de lo que han oído hablar y no han podido ver, y pagarán lo que haga falta si se lo das. Santeras y charlatanas que dicen hablar con los espíritus sin efectos visibles las hay en los barrios más miserables, pero médiums que sean capaces de evocar imágenes de fantasmas y, además, leviten no se ven fácilmente.

—¿Quieres que levite? ¿Estás loco?

—Levitarás; ya lo verás.

Retomar la dinámica perdida tiempo atrás, tramar los entresijos de aquella sesión y adaptarse a los inventos modernos le llevó un buen rato. Hilos invisibles de diversos grosores, imanes de diferentes fuerzas, medidas y tamaños, globos que al chocar contra el suelo liberaban gases de colores, emulando apariciones, y espejos, espejos que a ella ya no le servían de nada porque ya no podía verlos, ni siquiera para esconderse detrás. ¿Cómo iba a levitar?

—Levitarás; ya lo verás.

No le explicó cómo. Cuando salieron de allí dentro hacía rato que había amanecido y en las calles los comercios comenzaban a abrir sus puertas. Benjamín buscó un coche de plaza de servicio, que los llevó a la plaza del Surtidor, la acompañó hasta la portería y la ayudó a entrar. Se dieron cita para el día siguiente, de nuevo en el Español, después de la función de tarde, para poder ensayar. Angélica simuló que lo miraba a los ojos y sonrió mientras se despedía y le

aseguraba que podía continuar sola hasta el piso.

Él quiso besarla, notó su ímpetu y un intento de acercamiento, aunque apartó la cara sin consumar su gesto y se marchó. Si lo hubiese consumado ella se habría dejado, esta vez sí. Pasar la noche a su lado le había hecho recuperar la confianza perdida y había creado nuevos vínculos de unión. Vínculos que se estrechaban en cada uno de los trucos que estaban preparando.

Oyó a Roser bajar al trote las escaleras, en su búsqueda. La mujer la esperaba asustada, impaciente por su inesperada desaparición, temerosa de que la hubiesen detenido también, o peor, que la hubiesen matado. Angélica adoraba a aquella mujer. La besó en las mejillas y se disculpó, por no haberla avisado de su ausencia. Le explicó que el motivo de su desaparición, era buscar la manera de conseguir dinero y le tendió el avance que le había dado Benjamín. Diez duros que dejaron a la mujer muda. No le explicó nada de la sesión para la que se había comprometido, con la cual debía pagar la deuda y conseguir más dinero para seguir pagando. Pero la avisó de que, probablemente, en los días futuros pasaría mucho tiempo fuera de la casa, y que no se preocupase por ella.

Cayó agotada en la cama, aunque no durmió. Su mente acelerada necesitaba vomitar un contenido de información excesivo y escribió un buen rato para canalizar sus ideas. Diálogos, sentencias, frases sueltas, conclusiones. Y muchos temas. Los innovadores artilugios para facilitar los trucos de magia, su uso y complejidades, la sesión de espiritismo programada para el sábado, la personalidad de las damas, sus comentarios, sus alegrías, sus falsas penas y sus estupideces, la atracción que había mostrado Benjamín hacia ella, tan inesperada, el motivo que la había llevado hasta allí, la necesidad de dinero para salvar a Pep, y también a Magda, a Tina y a Joan, todos encarcelados por causas injustas, la reacción de Roser ante su ausencia, la imposibilidad de explicarle sus planes y hacerla partícipe, la desconfianza hacia la gallega para ejercer de acompañante en la sesión de espiritismo, la inquietud personal, la falta de confianza propia y la evidencia de la pérdida de facultades, que la incapacitaba incluso para entender las letras que escribía. Una fatalidad del destino. Si realmente existiesen los espíritus y fuesen capaces de mejorar la vida terrenal, ella no habría perdido su visión. ¡Tantas veces intentó pedirles ayuda, cuando creía en ellos! ¡Tantas veces suplicó que le dieran un remedio, una solución, que la ayudaran a encontrar el antídoto, la operación necesaria para no perder la capacidad de apreciar las imágenes del mundo! ¡Tantas veces las voces en su cabeza le dijeron que no se preocupara, que los espíritus velaban por su bien! ¡Tantas veces la engañaron! Hasta que empezó a entender que aquellas voces no eran verdaderas. Eran producto de una ilusión que provocaba ella misma. Las voces en las que ya no podía ni quería creer, sus falsos espíritus. Aunque seguían allí, hablando y hablando sin cesar y sin que ella pudiese hacerlos callar. Los odiaba.

La presión sanguínea le apretaba el nervio óptico y la obligaba a cerrar los ojos con fuerza, para liberarse de las chiribitas. No le apetecía abrirlos, quería seguir en aquel estado de desconexión, en que la sumían sus continuas jaquecas, pero no se lo podía permitir, el sol estaba

demasiado alto. Debía liberarse del dolor y seguir. Se aplicó a sí misma un ligero masaje, en las sienes, y retomó fuerzas.

A mediodía, como habían acordado, la gallega la fue a buscar con la carreta de Pep. La visita a la casa del señorito Rifé tenía que ser rápida, porque la mujer debía volver en menos de una hora al puesto de trabajo. Angélica asintió; así lo esperaba también. Aún le duraba la jaqueca.

El viaje fue en vano. Las puertas de la casa estaban cerradas a cal y canto, y aunque llamaron al picaporte y al campanillo nadie respondió. Esperaron en la iglesia un buen rato, por si Martí Rifé regresaba a su casa con el dinero prometido. No lo hizo. El burgués las había traicionado, era de esperar; no se puede confiar en un niño de papá que se escapa siempre de los problemas y se evade en el sueño de la morfina.

Seguía sin entender por qué Pep se había enamorado de aquel hombre, por qué lo prefería a él entre tantos seres que habitan el mundo. Un cobarde incapaz de ayudar a su ser amado que ni siquiera tenía el coraje de luchar por su propia existencia.

Tomaron el camino de vuelta a casa sin mediar palabra. Le pidió a la gallega que volviera a buscarla por la tarde, después de la jornada laboral, para acompañarla a un lugar. No le dijo a cuál, ni le explicó nada de la sesión de espiritismo del sábado, a la que ella debía acompañarla haciéndose pasar por su madre. No quería precipitarse y avanzar información antes de saber exactamente qué necesitaría de ella, y eso debía concretarlo Benjamín. Aunque no quería reconocerlo, organizar después de tanto tiempo una sesión de ilusionismo la ponía nerviosa. Ilusionismo y no espiritismo, eso era lo que harían.

La sorpresa inesperada del día la aguardaba en casa, impaciente, sentado en una silla junto al camastro del tío Pere, con una taza de café en la mano y enfrascado en una conversación, casi un monólogo, que intentaba dotar de sentido lo sucedido. El amigo Felip Cortiella, el director teatral que los había ayudado a todos a evolucionar, detenido días atrás junto a Tina y al que habían liberado por falta de pruebas incriminatorias. Sólo había pasado una noche en el calabozo de la Comandancia y lo dejaron salir después de interrogarlo. A Arnau también lo habían dejado en libertad, exculpado. Pero los habían amenazado a ambos: si los volvían a ver haciendo teatro y difundiendo consignas del tipo que fuesen entre el público, los encarcelarían de nuevo y sin fecha de salida.

Felip no entendía por qué la policía implicaba a Pep y a Tina en aquel asunto de las bombas encontradas el día del Corpus. En los interrogatorios le habían preguntado una y cien veces por ellos. Él expuso la verdad: que el jueves por la noche actuaron en el Centro de Carreteros y después dieron una charla que finalizó pasadas las doce; y que luego recogieron bártulos todos juntos para volver al Centro Social del Poble Sec. A Pep le perdió la pista por el camino, no recordaba en qué momento exacto, pero aseguró firmemente que Tina estuvo con ellos hasta el último momento, que él mismo la acompañó hasta el portal de su casa, en la plaza del Surtidor. Era imposible que hubiese depositado nada en ningún callejón.

—¿Por qué sospechan de ella? —preguntó Angélica, saliendo de la oscuridad en la que protegía su blancura radiante.

—No lo sé muy bien. Creían que Tina era hermana de Pep, eso me llamó mucho la atención. Les dije que no, que no eran hermanos sino más bien primos segundos o algo así, aunque vivían

bajo el mismo techo. Pero no hablé de Magda, lo juro. Hasta hoy no he sabido que también estaba detenida.

—¿Hubo alguna pregunta más que te resultase sorprendente?

Felip se quedó pensativo unos segundos, balbuceando en voz alta alguna reflexión incomprensible hasta encontrar la respuesta buscada.

—Sí, ahora que lo dices, me sorprendió una cosa. Me preguntaron dos o tres veces si el pañuelo que lucía Nora en escena estaba bordado. Les dije que no, claro, que era un pañuelo sencillo, sin bordados. Está en el centro social, con el resto del vestuario, y les ofrecí que lo comprobasen ellos mismo si querían, aunque no lo han hecho.

Aquel pequeño detalle lo explicaba todo. Angélica entendió los motivos de la policía y temió más que nunca por sus amigas encarceladas. Sospechaban de ellas porque pensaban que fue una mujer la que abandonó las bombas, la propietaria del pañuelo blanco sobre el que las depositó para que fuesen vistas en la oscuridad en un callejón por el que nunca pasaba nadie. Y creían que lo había hecho para proteger a un hombre, a Pep, al que alguien había visto en las inmediaciones del lugar aquella noche, en una carreta y junto a una mujer enlutada, que era ella misma.

—Tú también estuviste el jueves en el Centro de Carreteros, ¿no es cierto?

La pregunta de Felip la desconcertó. Estaba tan acostumbrada a sentirse invisible a los ojos del mundo que a veces olvidaba que la única ciega era ella. Asintió con la cabeza, bajando la mirada inútil al suelo con un gesto forzado. Notó los ojos de su amigo recorrerla con pena, con compasión.

—Ya no ves nada, ¿a que no? —La nueva pregunta le heló el corazón. Era tan evidente que no requería respuesta—. ¿Pudiste ver qué hacía Pep después de la función?

Optó por negar la evidencia y defender lo indefendible.

—Sí, sí que lo vi. Lo vi atender el coloquio después de la representación y llamé su atención cuando estaba a punto de finalizar el acto. Le pedí que me acompañase a casa, porque tenía jaqueca, y así lo hizo. Llegamos aquí hacia las doce y algo y él se volvió a marchar. Pensé que volvía con vosotros.

Era mentira, una mentira que buscaba exclusivamente protegerse a sí misma. Ninguno de los dos se había quedado a aquel coloquio, habían salido del Centro de Carreteros antes, justo cuando daba inicio. Para ir a visitar a Martí Rifé.

—No entiendo nada, no sé por qué los implican a ellos en todo esto, no tienen ningún motivo... —masculló Felip, desconcertado—. Yo he tenido mucha suerte porque uno de los inspectores que me interrogaban me reconoció. Es del Camp de Tarragona, como mis padres, y medió ante el teniente para que nos pusieran en libertad a mí y a Arnau. Le supliqué que ayudara a Pep y a Tina, pero dice que no puede hacer nada por ellos, aunque de todos modos intentaré volver a verlo e implorarle ayuda.

Por un momento Angélica pensó en implicarlo en su plan, en pedirle que la ayudara a preparar la sesión de espiritismo junto a Benjamín y hacerlo partícipe de sus trucos. Un hombre de teatro como él podía ser un gran fichaje. Lo descartó rápido. El consejo que le darían sus verdaderos espíritus, si existiesen, sería otro bien diferente. Fingió un ligero trance, no demasiado exagerado, y elevó la voz con una entonación profunda.

—No debes volver a verlo, no te metas. Procura no llamar la atención de la policía. Vuelve a tu trabajo de tipógrafo y de allí a tu casa, y no participes en actos públicos de ningún tipo. Deja el

teatro de lado por un tiempo, como te han dicho, y apártate de cualquier escenario sospechoso. A la mínima que te salgas del carril irán a por ti y te detendrán de nuevo. Estás en el punto de mira. Si quieres seguir en libertad, no debes mezclarte con nada irregular.

—¿Y qué pasa con mis amigos? ¿Con Tina, con Pep? ¿Y con Magda, que ni siquiera es de la compañía? ¿Qué pasa con ellos?

—Necesitan dinero para mejorar su condición en la cárcel, nosotros se lo haremos llegar. Y también necesitan un abogado de confianza que se interese por ellos frente a las autoridades y tercie en su liberación. ¿Conoces a alguno?

—Sí, a Pere Coromines, es abogado, pero él no puede ser. Cuando me interrogaron me preguntaron por su implicación en el Centro de Carreteros. Lo tienen fichado, también está en el punto de mira. En todo caso iré a verle y le pediré consejo. Seguro que conoce algún otro abogado en el que poder confiar.

Antes de marcharse, Felip sacó del bolsillo todo el dinero que llevaba encima, tres monedas de peseta, cuatro de cincuenta céntimos y una decena más de las pequeñas; en total unas seis pesetas repartidas en diferentes bolsillos. Prometió volver con más en los días sucesivos y Angélica creyó en él. Era mucho más de fiar que Martí Rifé, aunque tuviese mucho menos dinero.

Las seis pesetas que aportó Felip las guardaron para pagar el alquiler, la comida y las medicinas de Pere. Al joven médico en prácticas le llevaron los diez duros. Lo suficiente, según él, para mejorar la situación de Pep y mantenerlo con vida por los menos unos días.

Un alma piadosa descolgó las cadenas que sostenían a Pep en una postura imposible de soportar por más tiempo y lo liberó de los grilletes que oprimían sus extremidades. El dolor intensificó su presencia como un fuego avivado en un terreno ya quemado, abrasando lo abrasado.

Sus ojos hinchados no le permitieron apenas ver al ángel liberador, más allá de su silueta. La de un joven médico, jeringa en mano, que le suministró una inyección para calmar el dolor.

Morfina, supo reconocer. La había probado con Martí Rifé, pero esta vez no vomitó. La sustancia penetró en su sangre y recorrió a través de las venas todo su cuerpo, extendiendo un amago de paz en el infierno vivido. La droga durmió huesos y músculos, y alivió su mente, ávida de pensar en algo más allá del dolor.

Intentó darle las gracias al joven doctor, balbuceó e incluso emitió un par de palabras seguidas, pero él lo hizo callar poniéndole un dedo sobre la boca. Le habló con un susurro, acercándose a su oído. En su estado, le expuso, lo mejor era guardar silencio y simular que no sentía mejoría. Era su única salvación, si no quería entrar en rondas de interrogatorios y seguir sufriendo, lo que no era recomendable. De la mayoría de los hombres que se encontraban en aquella enfermería, con contusiones o huesos rotos, decían que se habían caído o accidentado durante los interrogatorios.

Le hizo caso, ¡qué hacer si no! Mantuvo la boca cerrada escuchando todos los sonidos de aquella ronda médica, especialmente los pasos de su salvador, que atendía también al resto de los heridos. «Estudiante Cárdenas», así era como lo llamaba el médico de vigilancia. Más allá del propio Pep, con el único que el joven aprendiz de médico mostró trato de confianza fue con Toni. A él también le susurró al oído palabras incomprensibles durante un rato largo, demasiado largo para estar hablando exclusivamente de salud.

Antes de marcharse, Cárdenas se acercó de nuevo a Pep, acompañado de una monja que debía curarle las heridas y a la que quería explicarle cómo hacerlo. Mientras la mujer mostraba su buena voluntad para cuidarlo, el joven salvador le depositó un par de monedas en la mano y le pidió que mejorara la alimentación del enfermo y lo ayudara a recuperarse. «Hágalo por la Madre de Dios», insistió.

La mujer afirmó con un «amén, así sea», frotando entre sus manos las dos monedas, y se retiró. No tardó en volver con un plato de puchero caliente, que olía a comida de verdad. El estómago vacío de Pep rugió sin permiso y rompió el silencio en la sala. Notó cómo ella le incorporaba la cabeza y le sujetaba la espalda con un almohadón, y entonces, cucharada a cucharada, le hizo ingerir un potaje de lentejas y patatas que sólo podía haber salido de la mano de una santa. Su boca herida e inflamada buscó con ansia el calor de la cuchara, una y otra vez, la lengua envolvió el alimento y lo acompañó suavemente por una garganta que apenas tosió. Comer devolvió la vida a su abdomen dolorido y olvidado, y le reconfortó el cuerpo. Por qué el joven médico y la monja lo ayudaban a él y no a los demás presos era una incógnita más. Una incógnita que encendió una

luz de esperanza en aquella pesadilla sin sentido de la que seguía sin despertar.

Cayó por un momento en un sueño plácido, un duermevela en el que confundió los sonidos de la enfermería con los de una *fontada*, una de aquellas fiestas dominicales en una de las fuentes de Montjuïc, en las que los amigos se encontraban para tomar unas cañas y bailar con las mozas del barrio. Escuchó los pasos jolgoriosos de un gran grupo reír sus andanzas en aquellos lares, bromeando y danzando sin rumbo, y estuvo a punto de reír a carcajadas, sólo por la alegría de estar allí. La tos ronca que emitió al intentar reírse lo enfrentó de nuevo a la realidad. No eran mozos de fiesta quienes lo rondaban, sino el teniente y sus secuaces, que querían interrogarle.

—¿Éste aún no puede hablar?

—No, señor. En su estado tardará días en hacerlo, aún no ha recuperado el conocimiento — contestó el viejo médico de vigilancia, con tono severo.

—¿Por qué le han soltado las cadenas?

—Es lo mejor para su recuperación, teniente. Si usted quiere que hable, claro.

—De acuerdo, de acuerdo.

La voz del teniente mostraba que no estaba para discusiones banales. Tenía otros presos por los que interesarse. Preguntó por el nombre del herido que ocupaba la camilla situada a la derecha de Pep. Un tal Ramón Ars y Solanella, de Igualada, según respondió el médico. El teniente no emitió palabra. Pasó de largo su camastro y se dirigió hacia el siguiente.

—¿Nombre?

—Ramón Gonfaus, detenido el ocho de junio.

—El presidente del Centro de Carreteros, ¿me equivoco?

—No, señor, no se equivoca usted —respondió el hombre detenido, con orgullo.

—¿Qué le ha pasado?

—Ya ve usted. Los policías que envió para hacer la redada, Bel y los suyos, nos sacaron a hostias.

—Estaban haciendo una asamblea, ¿no?

—Sí, señor, y teníamos todo el derecho.

—¿Usted es abogado?

—No, no señor, soy conductor.

—Pues que sea la última vez que le oigo hablar de derechos. Sus derechos los decidirá el juez.

Se hizo un silencio tenso que se extendió en toda la sala, intuyendo una tortura que no se produjo. El teniente retomó el interrogatorio, con tono dialogante.

—A ver, Gonfaus, ¿organizó usted la velada teatral que hubo el jueves pasado en el Centro de Carreteros?

—No, señor, yo no. Tenemos un grupo de teatro y fueron ellos los que lo hicieron. Pidieron los permisos en asamblea y se aceptó.

—¿Asistió usted?

—Sí, señor, fui.

—¿Y qué tiene que decir al respecto?

—Que me pareció un tostón pedante, aburrido y protagonizado, para más colmo, por una mujer.

—No le estoy preguntando por la obra. ¿Qué se tramaba?

—Pues todo lo relacionado con aquella tal Nora, el asunto de la emancipación de la mujer y esas cosas, un tostón, ya le he dicho.

—¿Para qué era el dinero de la recaudación?

—No lo sé, eso pregúnteselo a los miembros de la compañía. Se lo quedaban ellos, nosotros sólo tomamos la parte para pagar el alquiler correspondiente, como es debido. Y tenga en cuenta que la entrada era a tres reales, precio de afiliado.

—¿Informó a la municipalidad o a la policía de que se iba a hacer esa sesión?

—No, no era necesario. Bel sabía, lo sabe todo el mundo, que nos reunimos allí a menudo.

—Para hablar de temas más revolucionarios que el teatro de mujeres, ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere usted...

—Todo el mundo sabe, incluso Bel, que en el Centro de Carreteros hay revolucionarios muy activos y que allí se traman asuntos muy turbios. ¿Acaso usted no lo sabía?

El hombre no contestó y el teniente no prosiguió con su interrogatorio. Ordenó contundentemente que sacaran de la enfermería a aquel preso y que lo trasladaran al segundo piso. A la celda en la que se encontraban los tipógrafos detenidos en otra redada, la llevada a cabo en el diario *El Productor*. No quería que lo mezclaran con ningún otro preso.

Dos soldados levantaron al hombre con la pierna en cabestrillo y se lo llevaron inmediatamente sin permitirle protestar.

Pep entendió que lo sacaba de allí para apartarlo de él. El teniente no quería que nadie del Centro de Carreteros reconociese a uno de los actores de la obra en cuestión en aquel estado, aunque con la cara desfigurada y el cuerpo completamente vendado pareciese imposible.

Lo oyó remolonear entre los camastros más alejados de la sala, comentando con el médico y otro oficial los informes de los detenidos y su estado de salud. A ninguno de ellos les preguntó por bombas.

Al rato, la voz fuerte del teniente volvió a acercarse hacia su camastro, pero pasó de largo. Se dirigió al que ocupaba Toni, situado a la izquierda de Pep. Para interrogarlo.

—A ver, Casterán, ¿has recuperado la capacidad de hablar en español?

Toni balbuceó palabras incomprensibles, negando así la pregunta del teniente y simulando que no era quien él creía. Pero el interrogador, aunque lo llamara por un apellido erróneo, probablemente porque no sabía pronunciarlo en francés, guardaba un as en la manga, o más de uno. Dirigiéndose a los oficiales que lo acompañaban, dio una orden contundente que despertó la respuesta que buscaba.

—A ver, vosotros dos, id ahora mismo al Poble Sec y detened a Augusto Casterán, el sombrerero. Y lo traéis aquí inmediatamente, para que reconozca a su hijo.

—¡No, no por favor! —gritó Toni—. No es necesario. Es cierto que hablo español.

—Me alegro de saberlo. En todo caso, has llegado tarde y ya no puedes evitar la detención de tu padre.

—¡No, no lo detengan! ¡Hablaré! ¡Les diré lo que ustedes quieran!

Sus alaridos no sirvieron de nada. Las botas de los oficiales se alejaron de la enfermería cumpliendo la orden del teniente, camino de la sombrerería del Poble Sec. Por culpa de Toni pesaba de nuevo una orden de detención sobre el pobre August, un buen hombre que ya había caído en prisión tres años atrás y que sería nuevamente encarcelado por el único delito de ser su padre.

—A ver, Casterán, ahora que has recuperado el sentido común, me vas a contestar unas preguntitas. Tú eres dibujante, ¿cierto?

—Sí, cierto.

—Demuestra tu buena educación y háblame con respeto. Di «sí, señor» o «sí, mi teniente».

Toni no dijo nada, desafiante. El teniente no se lo tomó en cuenta y continuó con su interrogatorio.

—A ver, dime, tú eres el autor de la caricatura que se mofa de las autoridades que investigan el atentado del Corpus, ¿no es así? La que salió publicada el lunes, justo después del atentado, ¿no es cierto?

—¿Cómo? ¡No sé de qué me habla!

—No me engañes. Conozco tus dibujitos desde hace tiempo y sé reconocer tu trazo.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso que dice!

—No mientas, sé de buena tinta que tú eres el ácrata que firma como El Mesías, ¡menudo nombrecito! Un mierda que se dedica a insultar a la gente de bien y a alterar el orden establecido.

—¡Yo no he hecho nada!

Sonó una bofetada y un quejido ahogado de Toni. La voz del teniente se elevó con sorna.

—Repite conmigo: «yo no he hecho nada, ¡señor!».

Toni no habló. Su actitud desafiante comportó el enfado del teniente y más bofetadas, nuevos golpes que desataron más quejidos ahogados.

—Lo sé todo de ti, mesías de mierda. Sé que tú eres el padre del hijo de Magdalena Casas, la hermana de éste, ¿cierto?

—¡No sé de qué me habla!

Esta vez la respuesta era cierta. Toni no sabía nada del hijo del que hablaba el teniente, un niño a su imagen al que nunca había conocido.

—No mientas, no es necesario, ella misma lo ha reconocido. La tenemos a buen recaudo en las mazmorras de Montjuïc.

Al escuchar el nombre de Magda en boca de aquel hombre Pep recuperó la voz perdida, que se alzó incontenible, inevitable, formulando una duda cuya respuesta fue catastrófica.

—¿Qué le han hecho a mi hermana? —masculló.

Él solo, sin pensarlo, anunció así su recuperación. El teniente dejó atrás a Toni, que intentó atraer su atención, pidiendo información del supuesto hijo y exigiendo sin conseguirlo que le diera respuestas.

Pep notó que los dedos rudos del teniente separaban sus párpados hinchados y adheridos, obligándole a abrir unos ojos que no conseguían fijar la visión. Podía hablar, pero aún no era capaz de ver a su interlocutor.

—Así que ya has vuelto a la vida. ¿Hace mucho rato? ¿Qué has oído de todo lo que se ha dicho en esta sala? ¿Sabes por qué estás aquí detenido?

Tardó en emitir una respuesta. Apenas podía mover su mandíbula, rota y dolorida.

—No, no, señor...

—¿Adónde fuiste el jueves pasado, después de la función en el Centro de Carreteros?

—A casa —balbuceó agonizante.

—¡Mentira! Te vieron en las inmediaciones de la catedral. ¿Qué hacías allí?

—Nada. No era yo.

—Testigos fiables dicen que estabas allí, con una mujer. ¿Era Magda o quizás era Tina tu acompañante?

—No, ninguna de las dos...

Un nudo le cerraba la garganta. La falta de aire lo hizo toser, dolorosamente, una y otra vez, sin poder siquiera abrir la boca ni inclinar el torso para aliviarlo. Su evidente falta de salud no ablandó ni un ápice la voz dura del teniente. Siguió lanzando preguntas que caían como torpedos en un cuerpo roto que no tenía respuestas.

—¿Quién te dio las Orsini? ¿Para qué eran? ¿Quién más del Centro de Carreteros estaba implicado? ¿Adónde las llevabas? ¿Quién dejó las dos bombas en el callejón de Fiveller, tú o tu hermana? ¿O quizá fue Tina? ¿Y qué fue de la tercera bomba, eh? ¿A quién se la diste?

Contestar le resultó un suplicio, pero lo hizo. Lo hizo para afirmar su inocencia, la de su hermana y la de Tina.

—Nunca en mi vida he visto una bomba...

El teniente no desistió. Lo sujetó por el dedo del pie, retorciéndoselo hasta provocar que su cuerpo inerte levitara en un respingo desgarrador.

—¿Y entonces qué hacías en la plaza de San Justo, eh?

La pregunta punzante se clavó en su corazón encogido, guardando la respuesta en secreto y escupiendo su única mentira.

—No era yo.

No podía delatar a Martí Rifé, a él no. No podía implicarlo en aquel turbio asunto, aunque su condición de burgués lo protegiese. No podía decir que era a él a quien había ido a visitar, en aquella plaza acusadora. No debía, no por su propio bien. Si el teniente descubría la relación que existía entre ellos aún sería peor. Un obrero miembro de una compañía de teatro revolucionario, y, además, homosexual y amante de un heredero burgués caería inmediatamente condenado a pasar el resto de sus días en la cárcel, aunque no tuviese ninguna implicación en el asunto de las bombas. Y el propio padre de Martí Rifé, si llegase a enterarse, enfermo y todo, se ocuparía de que Pep no volviese a ver nunca la luz.

No hubo más preguntas ni más torturas. El teniente se alejó por el pasillo dejando en el aire la promesa de no tardar en volver.

Uno de los heridos, Ramón Ars y Solanellas, reclamó su atención a gritos pidiendo que lo interrogaran a él también. Preguntó exasperado por qué lo retenían allí, sin hacerle ni caso. Afirmó que lo habían detenido sólo por ser quien era, el hermano de uno de los condenados a muerte injustamente por el caso del Liceo, tres años atrás. También exigió información de su otro hermano, Josep, detenido junto a él, en Igualada, la población en la que vivían ambos, con la excusa del atentado del Corpus y sin motivo alguno para inculparlos en ningún delito. El teniente retrocedió sobre sus pasos y le propinó una bofetada, que lo hizo callar de golpe.

Antes de salir, ordenó el traslado inminente para Toni, Antonio Casterán, según él, en su errónea pronunciación del Carteron real.

El estudiante Cárdenas trató de evitarlo, alegando que el recluso tenía la cadera rota y no podría mantenerse en pie en una celda, pero aun así, se procedió sin demora a cumplir la orden del teniente.

No se volvió a oír ni un murmullo en la sala, aunque Pep oía obsesivamente un par de palabras, pronunciadas por múltiples voces como una letanía e intensificadas por el eco del

miedo. Bombas Orsini. Un artefacto que no había visto jamás de cerca y que le había arruinado la vida en dos ocasiones.

Un recuerdo antiguo se abrió paso en su mente. Un recuerdo de aquellos que había querido olvidar en ocasiones anteriores. Un recuerdo de un momento agradable, quizás uno de los más agradables de su vida, convertido en el detonante de todos sus problemas.

Todo había pasado en Sitges, la noche anterior a la Fiesta Modernista, hacía tres años. Después de un largo día montando decorados y luces en el escenario, salieron a disfrutar de la playa bajo la luz de la luna. Pep llevó bebidas, Tina y Magda, comida, y Angélica sus eternas historias de espíritus. También estaba Toni, acogido entonces en el núcleo familiar como uno más. Fue precisamente él quien sacó a colación a Felice Orsini. Quiso probar los supuestos poderes de aquella niña médium y le pidió que tomara contacto con él, un anarquista italiano a quien ninguno de los demás conocía. La niña cayó en un trance extraño, incómodo, y dejó salir una voz profunda dictada en italiano por el espíritu del tal Orsini. Autor del atentado fallido contra Napoleón III e inventor de las bombas que detonaron en la Ópera de París el 14 de enero de 1858 y que causaron la muerte de ocho personas y un centenar de heridos según explicó. Toni le hizo una pregunta tras otra, pretendía insistentemente que le explicara el mecanismo del artilugio que había inventado, pero el hombre aseguró haberse arrepentido de su acto y no quiso responder. En cambio, habló de catástrofes y de nuevas víctimas, y predijo que el invento que llevaba su nombre alteraría el orden y la convivencia en la ciudad y perjudicaría la lucha de la clase obrera. Angélica despertó de su trance horrorizada y no quiso hablar más del tema ni volver a oír el nombre de aquel espíritu. Contactar con él la había dañado físicamente: le provocó una intensa jaqueca y una súbita pérdida de visión.

La predicción se cumplió con creces y el nombre del espíritu tomó vida propia. Pep lo oyó de nuevo a finales de aquel mismo mes de septiembre de 1893, cuando anunciaron el atentado contra el general Martínez Campos, en la Gran Vía. El anarquista Paulí Pallàs había lanzado contra él dos bombas Orsini. Y volvió a oírlo un par de meses después, a finales de noviembre, en boca de un hombre que leía las terribles noticias acerca del atentado del Liceo. Las dos bombas que cayeron en la platea provocando la masacre también eran del tipo Orsini, el espíritu a quien habían invocado en la playa, un nombre que los perseguía a todos como una maldición.

Angélica regresó al Español del brazo de la gallega, a la hora en que el público abandonaba el teatro tras el fin de la sesión de tarde. Benjamín las esperaba en una puerta lateral y las hizo pasar a su despacho discretamente. No quería que nadie descubriese a la niña albina allí dentro.

Cerró la puerta a sus espaldas y las invitó a tomar asiento, junto a su mesa, aunque él permaneció en pie. Se quitó la chistera, que dejó sobre la mesa, y paseó alrededor de las mujeres, tocándose el bigote mientras hablaba. Según explicó, con voz grave y en un castellano perfecto, había movido unos hilos y tenía información fresca acerca de Magda. Su expediente se guardaba bajo secreto de sumario, pero había conseguido saber que su testimonio era una pieza clave en la investigación policial del atentado del Corpus. Por eso la mantenían encerrada en prisión preventiva, alejada del resto de detenidos por la misma causa y aislada en Montjuïc. La investigación estaba a cargo de una sección especial de la policía judicial de la provincia de Barcelona, dirigida por el primer teniente de la Guardia Civil Narciso Portas, con la ayuda de varios inspectores de vigilancia y con el teniente coronel de infantería Enrique Marzo como juez. Los detenidos por el momento no tenían derecho a visita, ni siquiera de abogados y, en caso de llegar a juicio, se pondría a su disposición un defensor militar. Pero Benjamín había engordado los bolsillos de un par de funcionarios para conseguir una cita con aquel juez, al que iba a solicitar personalmente la liberación de la cigarrera. Por el momento, debían esperar.

Angélica analizó la información al vuelo, que añadía pocas pistas nuevas y que incorporaba la alarma de la lentitud del proceso. Nada sería rápido ni fácil ni seguro. Una información decepcionante.

La gallega, creyendo tener ya la respuesta que habían ido a buscar allí, quiso marcharse. Benjamín, el atractivo jefe de sala que le rondaba, la intimidaba. Angélica sintió celos de sus ojos, de su capacidad de apreciar la belleza física de aquel hombre al que ella había amado, en otros tiempos... No pudo contenerse e hizo salir de su cuerpo la voz de un espíritu maligno, el de una niña irritada y caprichosa, que le reprochó a Benjamín su actitud déspota y su aire de galán.

—¿Quién te has creído? ¿Un héroe? ¡Deja ya de hacerte el seductor!

La gallega reaccionó desconcertada, avergonzada por la mala educación que demostraba Angélica ante el jefe de Magda, enfurecida. Se levantó de la silla e intentó arrastrarla con ella, dispuesta a sacarla de allí dentro sin causar problemas con la patronal. Benjamín la retuvo.

—No te preocupes —la tranquilizó, quitándole importancia al arrebató de la niña—. Nos conocemos hace muchos años.

La mujer se quedó pasmada, analizando aquel dato que lo cambiaba todo, aunque aparentó que no se inmutaba. Volvió a sentarse, sacudiéndose la falda, y atendió a la explicación de Benjamín, sin saber qué esperar.

—Queremos pedirte ayuda para organizar una sesión de espiritismo el sábado por la tarde y recaudar dinero —expuso él con franqueza—. ¿Nos ayudarías?

Esta vez, la gallega no se sorprendió. El teatro era el mundo en el que había nacido aquella falsa niña médium y una buena manera de ganar rápidamente los duros que necesitaban. Tampoco era de extrañar que conociese a aquel hombre tan guapo y experto en teatro que tenían delante, que debía ser de su misma quinta, cuarentón. Asintió con la cabeza, esperando más explicaciones, pero Benjamín salió del despacho dejándolas solas y tardó en volver.

Cuando desapareció, la gallega no se contuvo. Le reprochó a Angélica casi a gritos su actitud de niña tonta, se enfadó con ella aún más por no haberla avisado antes de todo aquello, de no haberla informado de su amistad con Benjamín, y le pidió, le exigió zarandeándola, que le diera más explicaciones. Ella escondió la cabeza bajo la capa y buscó, avergonzada, una invisibilidad imposible. Sin espíritus y en castellano, el idioma que hablaba con aquella mujer, no sabía qué decir.

Benjamín regresó al rato portando lo que, según expuso, era una sorpresa para Angélica. Una silla de ruedas, no demasiado grande, en la que se presentaría siempre ante los círculos sociales. Ciega como estaba, consideraba que era lo mejor para ella. Angélica protestó de nuevo irritada y con voz infantil, esta vez sin fingir ningún espíritu y en francés, la lengua que utilizaba siempre con Benjamín. Ella no quería presentarse ante nadie como una ciega inválida.

—La silla es para levitar.

La explicación fue suficiente para hacerle entrar en razón. Contundente.

—*Comment?* —preguntó, recuperando su voz y su expectación.

—¿Cómo? —repitió la gallega, con asombro.

Benjamín sonrió y acarició su bigote saboreando el momento. Hacía tiempo que lo preparaba. El diseño del artilugio era propio y se lo había hecho a medida un herrero de confianza. Había que acercarse bien y mirarlo de cerca para descubrir sus secretos. Invitó a Angélica a tocarlo. En apariencia era una sencilla butaca de madera, con dos ruedas grandes en los laterales, un respaldo no demasiado alto, hasta la altura de la nuca, con dos empuñaduras de empuje en la parte de atrás, un asiento cuadrado con brazos de hierro y un reposapiés en la parte inferior. La única peculiaridad que mostraba a primera vista era que llevaba incorporado un bastón de madera, sujeto verticalmente en la parte delantera del brazo derecho. El bastón que guardaba el secreto de la levitación.

También incorporaba, casi a ras de suelo, a la altura del reposapiés, una rejilla que pasaba desapercibida y que, en realidad, era una pesada plataforma de hierro forjado, que se podía desprender y volver a fijar a la silla gracias a un sencillo mecanismo de palancas. Benjamín les mostró cómo hacerlo y retiró la butaca hacia atrás, dejando por completo al descubierto la estructura secreta que sustentaba el truco: el bastón no era de madera sino de hierro, encajaba en su base fijándose a la plataforma inferior, sujetaba a tres cuartos de su altura una nueva plataforma, esta vez sólida, a modo de doble asiento, y estaba unido en su parte superior a una barra de hierro horizontal en forma de L.

—¡No entiendo nada! —soltó la gallega, mirando las dos partes del invento.

Angélica, en cambio, exploró la estructura con las manos para descubrir el sentido de cada una de sus piezas.

—Aquí falta algo importante, ¿no? —preguntó con voz coqueta.

Benjamín rio y le extendió un paquete que ella abrió al vuelo. Envolvía volantes de algodón blanco, que colocó sobre la estructura, tapando los brazos y el respaldo, y un vestido colmado de encajes, bordados y lazos.

—Hecho a tu medida. También te he traído una peluca de tirabuzones dorados, como a ti te gustan, y un sombrero con velo para oscurecerte el rostro, como el que lucías cuando eras pequeña.

—Aún soy pequeña —respondió ella, fingiendo el papel que le tocaba representar, para siempre jamás.

Se desvistió allí mismo, sin reparos, sin complejos, sin vergüenzas. Se quedó en camisa interior y el propio Benjamín la ayudó a colocarse el nuevo vestido, abierto por detrás y en una de sus mangas. No lo abotonaron del todo. No hasta que Angélica se sentó en la plataforma central y fijó su cuerpo a las barras superiores. Entonces los botones, estratégicamente situados, fusionaron el vestido y los volantes, ocultando los hierros de la estructura, y la figura infantil quedó suspendida como si levitara. Al colocar de nuevo la silla en posición, bajo la plataforma central que ejercía de doble asiento y con los puntos de anclaje en su lugar de fijación, unas palancas en las ruedas permitieron alzar la rejilla del suelo y hacer que Angélica retomara asiento firme.

—Éste es el punto de partida, pero hay más. La plataforma central sujeta a la barra tiene dos posiciones de anclaje. Para levitar bien alto. Y el bastón es extensible, con un efecto inapreciable que consiste en que el hierro crece por la parte inferior y cambia el color de la madera por un negro imperceptible. Aunque para utilizarlo y hacerlo bien, se requiere práctica.

—Practicaré, no te preocupes.

—No lo dudo.

No era difícil. Se trataba de incorporar la plataforma central a su cuerpo, camuflar las estructuras en el vestido, disimular que estaba de pie y apoyada en el bastón cuando le faltase la silla y utilizar las bases como escalones en los que alzarse a su antojo bajo el ropaje para levitar. Cuestión de equilibrio.

La misión de la gallega era sencilla. Acompañarla conduciendo la silla y colocarla en la posición correcta, encajando y desencajando las piezas con argucia y precisión. Dominar los juegos de ropajes y el abotonado y desabotonado del vestido a oscuras, en los momentos precisos, para permitir a Angélica saludar al llegar, demostrando al público su libertad de movimientos en los brazos, y fijarla a la estructura incorporada a la silla justo antes del final de la sesión, en el momento de levitar. También aprender el manejo de las palancas para hacer descender la rejilla inferior, incorporando el gesto con sigilo y haciendo como si no se inmutara. Lo practicaron repetidas veces, hasta realizarlo con la naturalidad y el disimulo buscados, y aplazaron los ensayos.

La gallega tenía que marcharse y así lo hizo, después de prometer que volvería al día siguiente y al otro, y siempre que fuese necesario; con la carreta. La misión más compleja que caía en sus manos era transportar la silla y la estructura de hierro fijada al cuerpo de la niña, a la que harían pasar por inválida, hasta el lugar de la sesión. Una silla de más de veinte kilos que incorporaba una rejilla de unos cuarenta, y un cuerpo infantil de treinta y cinco kilos, con una estructura de hierro incorporada que superaba los diez, que la gallega debía alzar a peso como si fuese una

pluma. Más de cien kilos de peso bajo un inocente vestido blanco sentado sobre ruedas.

No puso inconvenientes. La gallega era fuerte como cualquier hombre de la pedrera, y además era una buena amiga y una gran cómplice, formada en el mundo del espectáculo a fuerza de representar obras menores en centros obreros y en teatros de segunda, y con una capacidad de actuación y una inteligencia propias que la convertían en la mejor acompañante posible.

Más allá del envoltorio, la complejidad y eficacia del truco radicaba en las acrobacias que debía realizar la propia Angélica en la estructura, para aguantar la postura en cada momento. Sujeta en su posición debía simular que estaba de pie, apoyada con dificultad en el bastón, y luego fingir que se sentaba en la silla, con el bastón en alto, sin mover nada más que la caída de la falda. En el momento de levitar debía accionar a la vez diversos mecanismos con pies y manos, e iniciar un complejo cambio de postura hasta situarse de pie sobre el asiento.

Benjamín había estudiado al milímetro todos y cada uno de los movimientos que ella debía hacer. Conocía su cuerpo como si lo hubiera medido y pesado con anterioridad, y todo encajaba a la perfección, con los pesos y distancias equilibrados.

La hizo sentarse una y cien veces con el vestido puesto, hasta encontrar la postura correcta que debía mantener ante el público. Entonces la invitó a desvestirse y a practicar, desde esa postura, los equilibrios que requería la levitación.

Quedarse en ropa interior, sin la carabina presencia de la gallega, la incomodó, aunque lo hizo igual. Dejó que el vestido cayese y se movió en camisa interior con la ligereza que requería el número que estaban montando y recordando una vida entera en el circo.

Siguieron ensayando de noche, en el sigilo de un teatro cerrado, y de día, a intervalos cortos, en el despacho reservado exclusivamente para ellos y con la discreción que la situación exigía. Ella ensayaba incluso mientras Benjamín trabajaba, en la sala abierta, o cuando echaba una cabezada, entre sesión y sesión, cuando ya no podía más.

A Angélica no sólo le preocupaban los trucos, la aparición de figuras fantasmagóricas recreadas con humos de colores, la telequinesis que fingía para mover objetos mediante imanes o la levitación. También los argumentos de sus revelaciones, el contenido más allá de la forma.

Hacer creer a los demás que era capaz de comunicarse con los espíritus era mucho más fácil ante un público obrero y sencillo, que se contentaba rápido al oír noticias que les recordasen a sus parientes muertos y enseguida lloraban de emoción asumiendo la aparición como real. Pero la gente adinerada, los burgueses y aristócratas con una educación cuidada y habituados a discrepar, se lo ponían mucho más difícil. Montar una sesión de espiritismo para ellos requería una preparación previa intensa. Las revelaciones tenían que ser coherentes y referirse a datos conocidos por los presentes, desvelar un secreto acerca de un hecho verídico. Si era falso o desconocido, no era una revelación válida.

Sabía por experiencia que la gente de bien pedía siempre a los médiums que tomasen contacto con espíritus de personajes ilustres, para ponerlos a prueba. Muertos célebres, habitualmente los más recientes. Repasó mentalmente el obituario de los últimos años, leído en la prensa diaria por el bueno de Pere, e indagó entre los nombres más destacados que recordaba. Banqueros y

políticos regionales, algún actor de segunda y las personalidades cuya muerte más le había chocado a ella misma aquel año, la compositora y pianista austriaca Clara Schumann, de moda entre las cumbres europeas, y el poeta francés Paul Verlaine, que Pep le había descubierto con gran sorpresa y sentida declamación. Pero quizá las damas barcelonesas no supiesen nada acerca de la existencia de aquellos dos genios...

Pasar allí dentro las horas con la compañía de Benjamín le resultaba extraño. Más allá de los ensayos, apenas habían hablado de otros temas y ella se preguntaba si habría ido en algún momento a su casa, para informar a la mujer y a los hijos del motivo de su ausencia nocturna.

La duda la corroía y, en cuanto tuvo ocasión, lanzó la pregunta a modo de afirmación, como hacía siempre.

—No estás bien con tu mujer, ¿me equivoco?

—Tú siempre aciertas —respondió él—. Has dado en el clavo. Hace tiempo que sólo paso por casa para dejar dinero, nada más. Hago vida aquí, en este despacho, con el consentimiento del empresario, que es un buen amigo al que le debo una vida. Tú también se la debes, y lo sabes.

—No empieces con tus discursos a favor del empresariado, no me hagas discutir, por favor, ya sabes qué opino al respecto.

Sus discusiones más acaloradas siempre giraban alrededor de lo mismo. Ella defendía los derechos de los trabajadores y él buscaba los intereses del empresario, que era quien arriesgaba el capital. El capital, una palabra que crispaba a Angélica y sobre la que reinaba una confusión de base, esencial. El capital no debía ser nunca un bien material sino inmaterial y válido para crear materia, como la educación, la posibilidad de desarrollar la propia inteligencia, el derecho al trabajo digno y bien remunerado, la estabilidad de acceso a los recursos, la igualdad de género... ¿Qué, si no, podía ser el capital?; ¿un inmueble?

—De acuerdo, dejemos el tema por hoy. Pero piensa que tú y yo le debemos un gran favor al empresario. Tendremos que programar un par de funciones aquí para devolverle todo lo que estamos sacándole de la caja.

No hubo más discusión. Angélica ya había aceptado iniciar de nuevo una vida dedicada al espectáculo, como en su ya lejana infancia pero con nuevos trucos y nuevas compañías. Y bajo la dirección de Benjamín, cuya esposa ya no suponía un problema entre ellos dos.

La luz de un nuevo día que amanecía se filtró por el ventanuco elevado. Un día que apuntaba soleado, caluroso, espléndido en el exterior de una ciudad primaveral, opresivo y asfixiante en el encierro de una mazmorra fría y húmeda. Tina había perdido la cuenta del tiempo que llevaba allí dentro, tumbada en su camastro con el cuerpo dolorido, sin apenas dormir ni de noche ni de día, comiendo el mismo puchero insípido mañana, mediodía y tarde y otra mañana y otro mediodía y otra tarde.

El cabo Manrique no había regresado desde hacía dos días, quizá tres, desde aquella fatídica noche en que pagó con ella su maldad infinita. Aún notaba la presión y el desgarró en su bajo vientre, el dolor del cuerpo violado, el olor a semen, la vergüenza, el miedo... Había temido en cada ruido que se abriese la puerta y entrase de nuevo, y tuvo que tranquilizarse y aprender a mantener la calma ante los carceleros que la visitaban. Le habían proporcionado agua para el aseo en un par de ocasiones, había podido lavarse las heridas de las muñecas, aún abiertas, la cara inflamada, la piel tirante cubierta de moratones y cicatrices, sus partes íntimas. Y se sentía sucia, poseedora de una suciedad imposible de borrar.

El temor que la asediaba se materializó de pronto en un saludo lejano. Era el carcelero, que se cuadraba ante la llegada del teniente y el temido cabo. De nuevo los sonidos de cerrojos, verjas, puertas y candados, y los pasos firmes de unas botas avanzando por el túnel de la risa.

Pasaron de largo la primera puerta y la segunda, sin mirar siquiera por el postigo al interior de su mazmorra. Venían a por el obrero encerrado tras la última, dispuestos a hacerlo hablar. Y no parecían estar de buen humor.

Le costó entender la conversación que tenían con el preso, lejana, ahogada entre muros, ensordecida. Preguntas que parecían respuestas, lanzadas afirmativamente sin descanso por las voces firmes de los oficiales, mientras el italiano negaba una y otra vez e intentaba dar unas explicaciones que no eran las que sus interlocutores querían oír. Ascheri se llamaba el obrero italiano, según pudo entender.

Los gritos que emitió el teniente le facilitaron a Tina el sentido de aquel falso interrogatorio. Inculpaban al italiano y a dos de sus amigos de haberse quedado la tercera bomba y haberla hecho estallar en la procesión del Corpus. Y pretendían hacerle firmar una declaración afirmando que así había sido.

El preso se negó, escupió insultos y frases de reproche, exigió a gritos que lo llevaran ante el gobernador, el juez o quien fuera: él era inocente y no firmaría nunca una declaración inculpatória que exponía hechos falsos.

Pero ni el teniente ni el cabo ni el resto de los oficiales estaban dispuestos a aceptar su negativa. Intentaron que firmase a fuerza de patadas. Tina escuchó cómo se las propinaban con sus botas, demostrando un enorme desprecio ante la vida, la verdad y la razón. Golpe tras golpe que caía en un dolor inútil, en un cuerpo saciado de palos, ahogado entre sollozos y quejidos en

italiano.

Cuando se cansaron, los oficiales se marcharon, aunque no cerraron su celda. El tal Ascheri debía de estar tan destrozado que ni siquiera lo creían capaz de levantarse e intentar escapar por su propio pie. Probablemente, además, estuviese encadenado al muro, indefenso ante los golpes recibidos, desangrándose en algún rincón.

Los pasos avanzaron de nuevo por el túnel, pasaron su puerta y se detuvieron a la altura de la mazmorra en la que estaba encerrada Magda.

—¿No visita hoy a las presas, mi teniente? —preguntó el cabo con voz maliciosa.

—No, hoy no tengo tiempo para dedicarles —respondió el mando—. Ya volveré otro día.

El teniente se fue, dictando órdenes por el camino. Pidió el traslado de Ascheri, a la cero, la peor mazmorra de aquel castillo, según afirmó, situada en una planta inferior, en un túnel aún más oscuro que el de la risa. Una celda preparada para extraer las confesiones más difíciles a los presos más duros.

El cabo obedeció sin demora. Mandó varios guardias segundos a cumplir las órdenes del teniente, que sacaron a Ascheri, esposado y bañado en sangre, gritando como un poseso.

—¡Llebadme a donde os dé la gana! —les espetó—. ¡Nunca os diré lo que queréis oír, no esa mentira!

Su voz se apagó más allá de la verja que daba paso al túnel, escaleras abajo por a saber cuántos escalones más, en un lugar que auguraba el peor final. Aunque el destino, traicionero, escondía sus malas artimañas en todos los rincones de aquella odiosa prisión.

El cabo Manrique seguía allí dentro, en el túnel de la risa, cerca de la entrada. Movié el manojito de llaves con maléfica intención, rio, él sí, sin ningún motivo, dotando de contenido el estúpido nombre de aquel lugar. Y caminó dejando atrás la primera puerta y dirigiendo de nuevo sus pasos hacia Tina. Las llaves que buscaba eran las de su mazmorra, y las usó. La puerta se abrió sin apenas hacer ruido.

Ella se acurrucó en un rincón de aquel duro camastro, desprotegida, desvalida. Esperando impotente un acoso inminente.

El cabo se quitó el cinturón que sujetaba el sable y lo dejó en el suelo, junto a la puerta. No tenía intención de utilizar las armas para forzarla.

—Si no gritas y te portas bien no te haré daño. Si no obedeces, en cambio, tendré que encadenarte de nuevo y esta vez te prometo que te dejo encadenada para siempre.

Tina no rechistó. Con armas o sin ellas, sabía que no tenía más opción que obedecer. Su cuerpo dolorido no soportaría un nuevo golpe, las heridas de las muñecas, aún abiertas y sangrantes, no resistirían más presión, los hombros descolocados y los brazos debilitados no podrían mantener de nuevo la postura imposible a que sometían el cuerpo las cadenas.

Tragó saliva y cerró los ojos. Era la única opción que tenía. Se levantó la falda, mostró el sexo y esperó que aquel cerdo acabase cuanto antes con el maldito suplicio.

El cuerpo del hombre se acercó al suyo, las manos grandes atraparon sus muslos, en un amago de falsa caricia, y ella apretó los dientes, los oídos, las fosas nasales. No quería sentir nada de lo que estaba a punto de suceder. No quería percibir su tacto, notar su aliento ni su olor, reconocer su cercanía. Se tapó la cara con las manos y le cedió al enemigo su bajo vientre, encogido ante el roce de un pene medio flácido que no tardó en encontrar el camino.

Fue rápido; rápido y menos doloroso de lo que esperaba. La embestida duró apenas un par de

minutos y ella temió que lo peor llegara después. Sin embargo, el cabo dio por satisfecha la visita y se subió los pantalones caídos durante el ataque.

—Eres fea, sí, pero tienes un buen cuerpo. Unas nalgas poderosas que se mueven como las de una puta. Y lo mejor de todo es que no lo eres. Tú no eres una puta. Eres actriz, pero puta no. La puta es tu amiga, la guapa, pero tú ni siquiera eres una libertina. Tu coño está demasiado cerrado. ¡No me digas que eres virgen!

Tina rompió a llorar. No, no era virgen, aunque su experiencia sexual se reducía a una única ocasión, la vez en la que Pep aceptó poseerla y compartir con ella el amor reclamado. Una única vez que recordaba como un espejismo.

Él no esperó su respuesta, nunca verbalizada. Colocó de nuevo el cinturón en su sitio, ajustando el sable, y salió sonriente sin apenas mirarla, peinándose el bigotillo fino.

Manrique la había penetrado de nuevo. Era el segundo hombre que penetraba la intimidad de su cuerpo. El segundo, por segunda vez. La primera había sido sin su consentimiento, en contra de su voluntad, sin pedir permiso y dolorosamente. La segunda, con aceptación resignada, una anécdota irrisoria entre el dolor del encierro. Una anécdota que había roto fronteras antes nunca cruzadas.

Pep, el único que había gozado de aquel privilegio hasta entonces, nunca repitió. El teniente, sí. Y su satisfacción indicaba que no sería la última vez que lo probase.

Las puertas volvieron a cerrarse con candados y cerrojos, la de su mazmorra, la de la cancela de acceso a aquel túnel, la de cualquier intento de libertad. Un silencio sepulcral llenó el espacio vacío. A Magda no la oyó, ni respirar ni toser ni rechistar. Ni preocuparse por ella.

Tina no entendía por qué el cabo, pudiendo escoger entre dos mujeres, la guapa y la fea, la había elegido a ella y no a Magda. Lo pensó una y otra vez, y odió a su amiga, a salvo, en la celda contigua.

Todo el mundo la prefería a ella, siempre. Desde que Magda había llegado a Barcelona, Tina había sentido como nunca antes el peso de su fealdad. La escogieron a ella para el puesto de cigarrera en el teatro Español, sin más. Por guapa, por fina, por encantadora... Dones de los que Tina carecía. También los chicos, en las *fontadas*, a la hora de sacar a bailar a una moza se disputaban a Magda sin tener jamás en cuenta a Tina, que apenas nunca bailaba. Incluso su amado Pep había preferido en un principio contar con su hermana Magda para hacer teatro, aunque no supiera leer, antes de proponérselo a Tina, educada entre libros, en oratoria, letras escritas y palabras declamadas.

Ni siquiera el obrero italiano, cuando la vio por primera vez, la había reconocido. No era de extrañar. Con la peluca que lucía en escena y la capa de maquillaje que le aplicó la gallega, no se parecía en nada a la mujer real que era. Nora era otra, una dama elegante y bella que nada tenía que ver con la Tina real, demasiado fea como para escogerla en un papel así.

El cabo no debía ser una excepción. Si hubiera podido, puede que también hubiera optado por la guapa, como todos. Aunque seguramente el teniente se lo había impedido con orden firme. Magda estaba reservada en exclusiva para él y con la otra podían hacer lo que quisieran. Era eso. Era eso y nada más, una crueldad tras otra, una humillación infinita.

Recordó una conversación que tuvo con Magda cuando la muchacha llegó a la ciudad. Ella era

mucho más fresca y había probado el sexo en varias ocasiones, sin necesidad de boda ni sentimiento de culpa. Magda veía el sexo como una utilidad, algo que permitía conseguir beneficios. Tina, en cambio, no lo percibía igual, en absoluto. Que una mujer vendiera su cuerpo le parecía una práctica aberrante que había que erradicar del mundo. La mujer debía liberarse de todo yugo machista y el sexo era el primero, especialmente el de pago, que sometía y humillaba a las mujeres doblegándolas hasta la muerte. Ella nunca hubiese permitido que un hombre al que no amaba la penetrase. Nunca si hubiese podido negarse, pero no pudo.

Desposeída de su honra, sin ninguna virtud destacable, sin más premio que el de quedar en manos de un violador que había valorado su virginidad por encima de la belleza... Y bajo las firmas de Paulí Pallàs y Mariano Cerezuela, torturados en aquella misma mazmorra tiempo atrás. ¿Se podía sufrir aún mayor tortura que la de seguir allí, encerrada, esperando una nueva embestida de su acosador? Prefería que la fusilaran antes de que el cabo volviera a violarla. Que la fusilaran lo antes posible.

El sábado a primera hora de la tarde, tal como estaba previsto, la gallega, vestida con un elegante dos piezas negro y tocada con un discreto casquete sin plumas ni flores, aunque con rejilla para cubrir el rostro, condujo la carreta de Pep hasta la puerta de servicio del Español. En lugar de la mula de siempre, eran dos caballos los que tiraban del vehículo, intercambiados con carreteros amigos.

Angélica la esperaba junto a la puerta de servicio, sola, sentada en la silla de ruedas, con sus ropas nuevas y la peluca de bucles dorados que la hacía parecer una verdadera muñeca de porcelana. Se puso de pie al oírla, se desprendió con un gesto rápido la estructura de la base, sujetó el bastón, y dejó que la gallega se ocupase de la silla y la pesada rejilla.

La carreta reclinable, preparada para cargar grandes piedras, permitió subir fácilmente la silla. La gallega la ató con varias correas, como ataban los bultos en la pedrera, y una vez preparada la carga cogió a peso a Angélica, sin gran esfuerzo, la sentó en la parte delantera, ajustó el asiento de hierro a la madera de la carreta y salieron discretamente. Apenas había nadie en la calle a aquellas calurosas horas.

Dejaron el Paralelo atrás y se adentraron por el vecino barrio de San Antonio, intentando pasar desapercibidas en unas calles en las que podían encontrarse con alguna cara conocida. No pasó. Se dirigieron hacia la plaza de Cataluña, aunque dieron un gran rodeo, porque debían fingir que venían de Sant Andreu del Palomar, una localidad situada justo en la parte contraria de la ciudad. Llegaron a la puerta de un gran quiosco que alojaba un popular café, La Pajarera, en el norte de la plaza, el punto de encuentro donde las esperaba el cochero enviado por la señorita Gil. Él las guiaría en el camino hasta el lugar de la sesión.

Se presentaron ante el cochero según lo acordado. La niña se llamaba Clara y la viuda que la acompañaba, la gallega, era su madre, la señora Castro. El hombre intentó llevarlas en su propio carruaje, dejando atrás la carreta y aligerando el paso para llegar antes. La casa de la dama estaba lejos. Ellas se negaron y permanecieron impertérritas en su carreta, sin descender en ningún momento.

Lo siguieron a lo largo del ancho paseo de Gracia apenas transitado, que ascendía como una espina dorsal entre las cuadradas manzanas de casas de aquel nuevo barrio del Eixample, edificado a medida de la rica burguesía de la ciudad. Pocos carros y jinetes circulaban por aquella zona a la hora de la siesta, con el sol justiciero dominando el terreno.

Pura transformó el recorrido en un precioso monólogo de madre a hija, en el que hablaba del paisaje de una ciudad desconocida. Aparentaba que era de Sant Andreu del Palomar, siguiendo el papel pactado, por si la oía el cochero del carruaje que la precedía, pero aun siendo del Poble Sec y viviendo tan cerca, nunca había cruzado aquella parte de la ciudad.

Se adentraron en el pueblo que daba nombre al paseo que conducía hasta allí, Gracia, separado de Barcelona por una corta distancia. Siguieron camino arriba, dejando atrás las calles

estrechas y adentrándose entre huertos y masías hacia la cima de una de las colinas que ejercían de telón de fondo. El Putxet, según la informó la gallega, los únicos ojos capaces de explicarle el recorrido a una Angélica más angelical que nunca.

El carruaje se desvió por un camino, cruzó un portalón abierto en un muro y se adentró en un jardín florido y sediento por el calor. Estaban a mediados de junio, pero parecía agosto. Los caballos se detuvieron ante una torre modernista, coronada con almenas que le otorgaban el aire de un castillo y con una escalinata de acceso difícil de salvar. En lo alto, el grupo de damas esperaba copa en mano, con gran júbilo.

Benjamín, que acompañaba a la anfitriona, se apresuró a bajar las escaleras y les dirigió los saludos estudiados previamente, que debían dejar claro al resto del público que era la primera vez que se veían. Estrechó la mano de la gallega, la figurada señora Castro, la viuda con la que había contactado por carta, y la de su hija, Clara, la niña especial de la que tanto había oído hablar. Una niña médium desconocida por el público hasta entonces, cuya existencia había descubierto gracias a sus contactos y cuyas capacidades él mismo estaba ansioso por presenciar.

Angélica percibió que el hombre saboreaba el momento. Lo visualizó como a un galán tremendamente atractivo, vestido con camisa blanca y chorreras, traje negro y chistera, y con una sonrisa lasciva que hacía caer a las mujeres rendidas a su alrededor. Con una atracción que la desconcertaba, que le impedía proceder en su farsa con naturalidad.

La gallega impidió que el cochero bajase la silla de ruedas del carro y lo hizo ella, encargándose de sentar a Angélica, a peso y con la estructura a cuestas, sin que se notara el truco. En aquel momento desabrochó uno de los botones, según lo pactado, para que la niña pudiese liberar la mano derecha del bastón y los hierros, y que así pudiera estrechar la de la anfitriona llegado el momento.

Benjamín se ofreció a transportar a la inválida él mismo hasta el piso, escaleras arriba, impidiendo que lo hiciese el cochero, como pretendía. Con la ayuda de la gallega, alzaron a peso la silla, cada uno por un brazo, y emprendieron el ascenso. Angélica, en su trono, lucía su mejor sonrisa buscando atraer todas las miradas. Además, con eso evitaba que se fijaran en la cara de esfuerzo de sus cómplices. Sin embargo, la señorita Gil, la anfitriona, se percató de la situación.

—¡Benjamín, pero si tú estás cojo! —exclamó—. Que suba el peso el cochero; no tienes por qué hacerlo tú.

Él se negó, haciéndose el valiente, para evitar que nadie descubriese el tremendo peso que amagaba el invento. La única que cambió su actitud fue Angélica, que ya no recordaba que Benjamín cojease debido a aquella maldita lesión que lo había apartado de los escenarios años atrás. No era tan galán como parecía, era un ser mucho más terrenal, más débil de lo que aparentaba. Un detalle que la acercaba aún más a ella.

Hicieron las presentaciones y los saludos en aquel porche elevado de la residencia estival de la familia Gil, bajo un dragón esculpido en la puerta, y ante las miradas de una docena de damas y tres o cuatro empleados del servicio. Más mujeres de las que se encontraban la noche del trato en el palco, donde eran ocho. Cuatro voces nuevas añadidas al grupo sin que Angélica tuviese el placer de conocerlas, ni a ellas ni a sus antepasados, que en paz descansaran. Un vacío de clarividencia. Y un personal de servicio que pretendía dirigir la situación.

El mayordomo intentó tomar las empuñaduras de la silla y conducir él mismo a la niña médium al interior de la casa, pero no lo consiguió. La gallega se negó y se cuadró como un soldado, argumentando que a su hija pequeña sólo la introducía ella en casas desconocidas, al tiempo que le susurraba palabras tranquilizadoras para evitar que todas aquellas personas la pusieran más nerviosa de lo que ya estaba. Decía que era un ser especial y que había que tratarla como a tal, y su voz hizo callar a todos los allí presentes, imponiendo un silencio sepulcral únicamente roto por el murmullo de las ramas de los árboles que envolvían la casa.

La gallega le habló al oído, describiéndole lo que veía a su paso y a cada uno de los interlocutores, y Angélica entendió los hilos que movían la fiesta. Las voces silenciadas del personal de servicio, acallado con una propina generosa para colaborar en el encuentro que estaba a punto de ocurrir y olvidarlo tan rápidamente como acabase, sin dar cuenta a los padres de la anfitriona ni a nadie que no estuviese allí presente. La preocupación de la señorita Gil, que había organizado a escondidas de su familia una sesión de espiritismo en la casa de veraneo sin pedir permiso. La irreverencia de las amigas, que aprovechaban la situación para mostrarse libres como no lo eran en sus vidas cotidianas. Un momento de iniciación para todos ellos.

Se adentraron en un salón que recordaba un refugio de montaña. Una cabeza de jabalí colgada sobre una chimenea, según le explicó al oído la gallega, presidía el espacio. Delante había diversas butacas, butacones y un canapé. En la pared lateral se extendía una gran vitrina con espejo y en la pared contraria, una gran cristalera quedaba tapada por los cortinones debidamente corridos, como exigía la sesión. La iluminación, tenue, procedía de un par de candelabros de ocho brazos cada uno.

Tomaron posición situando la silla ante la chimenea y apartando los butacones para que hubiera espacio entre la médium y el público. La gallega lo dirigió todo como si lo hiciese a diario, distribuyendo órdenes entre el personal de servicio y disponiendo ella misma el lugar donde debía ir cada cosa. Las damas, incluida la anfitriona, esperaron de pie, en silencio, junto a la puerta. Benjamín, también, como si fuese un invitado más. No tardó en estar todo preparado, porque apenas necesitaban nada más que espacio, para no aturdir a la niña, según explicó prudentemente la falsa madre. La gallega interpretaba a la perfección su papel.

Las damas se mostraban impacientes y Angélica no tardó en iniciar su espectáculo fingiendo que caía en trance.

—Podéis pedirle que contacte con algún difunto en concreto, adelante —invitó la gallega.

Una de las jóvenes, la escéptica, se lo puso muy fácil a la médium. Le preguntó por Pasteur, un científico ilustre muerto a finales del año anterior al que nadie más en el resto de la sala parecía conocer. Nadie, excepto Angélica. Saboreó la pregunta y la búsqueda del espíritu en cuestión en un supuesto ultramundo ficticio. Lo encontró rápido, lo conocía bien. Pasteur, el químico francés muerto en diciembre anterior que había revolucionado la biología.

Lo acercó desde el más allá, fingiendo un trance. Era imposible que su interlocutora supiese más del personaje que ella misma. Había seguido sus andanzas desde sus tiempos mozos, cuando lo conoció, en París, aunque sabía que era de Dole, una ciudad de segundas del noreste de Francia, y que había sido profesor en Dijon y en Estrasburgo, una información que supo utilizar ambientando un paisaje conocido en su propia infancia. Lo más importante era fingir bien las propias emociones, las que debían hacer creer a los demás que todo lo que sucedía allí era cierto.

No tardó en averiguar que la dama escéptica era hija de una familia de propietarios de grandes

extensiones de viñedos, que quería iniciar una empresa de embotellado de vino para la exportación, una técnica factible sin que el caldo se deteriorara gracias al sistema de fermentación denominado *pasteurización*, inventado por Pasteur. No le costó entender sus necesidades y hacerle ver que el espíritu que ella materializaba era real. Lo culminó Benjamín, que la avisó con un ligero silbido para ayudarla a preparar el momento e hizo explotar uno de aquellos globos azules, ante el espejo en el que se reflejaba el jabalí, creando la imagen del busto de un científico elegante, con bigote y barba poblada, que no existía, pero que las mujeres identificaron como real.

—¡Era él! —gritó la joven, nerviosa perdida—. ¡He visto fotos tuyas en revistas y estoy segura!

Todas la creyeron, sin dudar lo más mínimo. El espíritu de Pasteur, el científico al que las demás no habían oído mencionar hasta la fecha, se les había aparecido allí delante, envuelto en una nebulosa azul. Afirmó que la empresa familiar de aquella joven tenía la bendición espiritual para convertirse en un beneficioso negocio que los enriquecería a todos en un futuro no demasiado lejano. Una noticia lo suficientemente buena como para olvidar completamente el escepticismo inicial.

Pronto se animó a preguntar otra de las presentes. Pidió entablar contacto con su marido, muerto poco después de casarse. Angélica entendió rápido que la demandante tenía un nuevo pretendiente, porque no respetaba el luto, y que buscaba el permiso del difunto esposo, que la había convertido en rica viuda, para casarse en segundas nupcias. Invocó su aparición haciendo levitar un jarrón con flores, que desparramó su agua en el suelo dejándolas a todas atónitas. No tardó en darle el permiso requerido, fingiendo que el espíritu se preocupaba más por el estado de las finanzas familiares que por la salud de su esposa, y acertó de lleno. El pretendiente era un gran economista y podía ser también un gran empresario, el sucesor ideal del marido muerto.

La siguieron otras damas que también buscaban consentimientos familiares para asuntos de faldas y matrimonios entre linajes enemistados. Las participantes en la sesión eran seres absolutamente ingenuos, increíblemente inocentes. Cualquier gesto de Angélica lo tomaban con gran admiración; cualquier mínimo movimiento les parecía sobrenatural, sus manos temblorosas, las falsas convulsiones, las vibraciones de su voz cambiante en un trance estudiado, las palabras inconexas y sin sentido expresadas en idiomas variados, sus ojos luminosos que no veían nada...

La gallega anunció que el tiempo se agotaba y que sólo permitiría que contactara con un espíritu, el último, no más. Según ella, su hija se estaba debilitando. Benjamín aprovechó el momento para lanzar lo que parecía una tenebrosa psicofonía, y que no era más que un efecto sonoro realizado con un minúsculo cojín de aire y accionado con el pie.

Una de las allí presentes se asustó más que el resto. Aquel tipo de psicofonías no le resultaban nuevas, ya las había oído antes. Fue la anfitriona quien facilitó las pistas del asunto.

—¿Crees que es tu abuelo, Nuria? —insinuó—. ¿No vas a preguntar por él?

La tal Nuria apenas balbuceó una respuesta, pero Angélica sintió un arrebato olvidado y notó su ser desprenderse de su propio cuerpo para dejar paso a un espíritu no convocado, que lanzó una pregunta con un grito huracanado. «¿Qué le has hecho a tu hermano?» Un grito que Angélica reprimió apretando los dientes, con gran esfuerzo. Su razón le decía que, por verdadera que fuese aquella presencia femenina, su furiosa aparición no era favorable en aquel momento.

Si Nuria esperaba al abuelo, era él quien debía hablar. Angélica tardó en recuperar su cuerpo, ocupado por el espíritu de aquella burguesa enfadadísima. Intentó sacarla por las buenas, con un

gesto corporal de acompañamiento, pero no pudo y lo hizo por las malas, con una lucha física que la llevó a agitar brazos, piernas, cabeza y torso y que sorprendió a la gallega más que al resto del público. No estaba previsto en el guion. Finalmente, pudo imponer orden en su propio discurso y elevó una voz envejecida de tonalidad masculina.

—Es tu madre la que me incordia —expuso, simulando que era el espíritu del abuelo quien hablaba—. Está preocupada por tu hermano...

Nuria rompió a llorar, acongojada, desesperada, muerta de miedo. Salió de la sala corriendo y no permitió que la anfitriona, que la siguió, la consolase como pretendía.

—Déjame, déjame sola. Y vuelve a disfrutar de la sesión, yo no puedo hacerlo, no puedo volver...

—Señoras, por favor —intervino Benjamín—. La sesión debe continuar, no es bueno interrumpir a los espíritus.

Angélica apagó la voz de sus espectros inventados y apartó de su mente con gran dificultad la de la mujer que seguía gritando enfurecida. Necesitaba concentrarse en el espectáculo. Aprovechó el inciso para simular que desconectaba de su trance con un efecto prolongado y volvió a contactar con su propia energía, que la hacía iluminarse y retomar la inocencia de una niña angelical. Era el momento del efecto final, que generó gran expectación. Elevó primero la pierna derecha, disimuladamente, y luego la izquierda, sentándose con ambas cruzadas y equilibrando los pesos. Sujetó con la mano derecha el bastón y el mecanismo que accionaba las palancas e inició el ascenso poco a poco, primero en cuclillas y después de rodillas hasta acabar de pie. La gallega retiró la silla hacia atrás y dejó en el suelo la pesada rejilla de hierro. Angélica ascendió a la posición dos, con un ligero salto. Benjamín se acercó oportunamente, haciéndose el incrédulo, y se apresuró a pasar la mano bajo el cuerpo en suspensión para demostrar que se sostenía en la nada.

—¡Oh!, es magia pura —exclamó, con la entonación estudiada—. ¡Miren, miren, casi está tocando el techo!

Él mismo, estratégicamente colocado, ocultaba el bastón ante la vista del público. Para las damas, el cuerpo de Angélica se había ido elevando poco a poco hasta tocar el techo, como sugería Benjamín, aunque en realidad apenas se había levantado un metro del suelo.

Varias de ellas, boquiabiertas ante la visión de la niña levitando, dejaron caer las tazas de chocolate o las copas que sostenían en sus manos con gran estrépito. La gallega situó de nuevo la silla bajo la niña y aprovecharon la confusión para retomar la posición y esconder los hierros y la plataforma secreta que permitían el truco. Ambas querían salir de allí cuanto antes.

Las damas aplaudieron, aún boquiabiertas, impresionadas ante tantos acontecimientos producidos en una sesión tan breve, tan mágica... Cacarearon entre ellas con fuertes voces; comentaban lo maravilladas que estaban y se reían nerviosas para liberar la estupefacción que aún sentían, el miedo. Benjamín las llamó al orden. Debían pagar lo acordado y permitir que la niña y su madre emprendieran el largo camino de vuelta a casa. La pequeña médium estaba agotada.

La recaudación fue un éxito. Todas y cada una de aquellas damas aportaron dinero, la que menos, tres duros. La gallega se ocupó de recogerlos, mientras Angélica cerraba los ojos, sumida en una profunda jaqueca y se dejaba llevar por sus pensamientos.

Hubiera querido ver a aquella tal Nuria antes de marcharse. Preguntarle si su apellido era Rifé, como ella sospechaba, como acusaba la voz gritona del espíritu aparecido por sorpresa y

cuyo hijo se llamaba Martí. Pero la joven no regresó al salón ni tan sólo en el momento de las despedidas. Angélica no oía su voz en ningún lugar de aquella propiedad ni el llanto desconsolado que sus palabras le habían causado.

Benjamín se propuso para acompañar a las invitadas hasta la salida y mostrarles el camino a la ciudad. Él también debía marcharse inmediatamente, para reincorporarse a su puesto de trabajo en el Español, según explicó. Saludó a las damas, tomó las riendas de la silla y la condujo hacia la puerta por la que habían entrado, aunque la anfitriona lo detuvo.

—No es necesario cargar con la silla. La cocina tiene salida directa a la parte posterior del jardín. Podéis bajar por el caminito hasta las cocheras, sin ningún esfuerzo.

La señorita Gil miró de cerca el artilugio, los volantes del vestido y el bastón que la niña no soltaba en ningún momento, incluso pareciendo dormida. Angélica presintió sus dudas, sus recelos y abrió los ojos de golpe para remediar la situación. La luz que emitían, en una cara de sonrisa angelical y gesto fantasmagórico, provocó tal susto en la dama que le hizo dar un respingo, recular y caer sentada de mala manera en una de aquellas butacas. No volvió a mirar la silla, confundida, pero añadió algo más.

—¡Os convocaré de nuevo! —afirmó—. ¡Esto quiero repetirlo con más gente!

La gallega, afirmando con un ligero gesto de cabeza, tomó las riendas de la silla y de la situación y salió rápidamente por la puerta de la cocina, seguida de Benjamín y del cochero.

—Gracias —manifestó al aire, al acceder al exterior.

Las damas se quedaron en la casa, unas jaleando el éxito de la sesión, otras repasando cada una de las revelaciones y un par cuchicheando sobre la pobre Nuria. Encontraban lógico que los espíritus de aquella joven estuviesen preocupados por su hermano, tan mayor ya y aún soltero y con un imperio tan importante por herencia. Las dos, entre risas, se ofrecían voluntarias para casarse con el infeliz. Podía tratarse perfectamente de Martí Rifé, pero no dijeron su nombre, al menos no mientras Angélica pudo escucharlas, en el camino de salida. Desde las cocheras, donde pasaron un rato mientras cargaban y ataban la pesada silla a la carreta, apenas se oían las voces de la casa.

Cañida a los hierros de la parte superior de la estructura y sujetando con la mano el falso bastón, se dejó transportar de un lado a otro hasta que la colocaron en posición sedente en la carreta. Los caballos avanzaron por un camino arbolado y ella se sintió ligera como una hoja caída en un rincón y a punto de salir volando, como movida por el viento. La energía se concentraba en su cabeza, a punto de explotar entre una maraña de voces. Un grito huracanado se despertó en su interior y la hizo gritar a ella también.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhh! —bramó, apretándose los ojos con la mano libre y desprendiendo su cuerpo de botones y ataduras con la otra, en un gesto rápido y tan mágico que la desconcertó.

No era eso lo que gritaba la voz en su cabeza, sino unas preguntas: «¿Qué le has hecho a mi hijo? ¿Qué le estás haciendo?», decía y repetía autoritaria una y otra vez, con la fuerza de quien hubiera acompañado las palabras de sonoras bofetadas.

—¿Qué te pasa, niña? —La gallega, asustada, la zarandó.

—¿Qué pasa? ¿Quién anda ahí? —gritó Benjamín, descabalgando del caballo.

Una voz femenina que salió de la puerta inferior del jardín le dio la respuesta.

—Perdonadme, perdonad si os he asustado, no quería hacerlo.

Era la señorita Nuria, que las esperaba. Y el espíritu que había vuelto a aparecer en la cabeza de Angélica era el de la madre de Martí Rifé, no cabía duda.

—¿Qué desea? —inquirió la gallega, nerviosa.

—Por favor, por favor, tienes que ayudarme —solicitó acercándose a Angélica y cogiéndole la mano izquierda, libre de ataduras—. Necesito volver a verte, pero a solas, sin mis amigas.

Ella asintió con la cabeza, con un gesto repetido y contundente, que trasladó a la gallega el mensaje buscado.

—Lo que usted pide es caro —intervino la mujer.

—Lo sé —contestó la joven dama, depositando en la mano de Angélica un papel y un billete de cien pesetas. Veinte duros y tan poco peso.

—Trato hecho, pues —medió la gallega, sin discutir, al ver el billete—. Usted dirá.

—Las espero el miércoles por la tarde, a las cinco, en la dirección anotada en el papel que le he dado a su hija.

—A las cinco no, llegaremos más bien hacia las seis y media.

—De acuerdo, a esa hora, entonces. Si cumplen su palabra las recompensaré bien.

—Pues hasta el miércoles, allí estaremos. Buenas noches.

La carreta emprendió de nuevo la marcha. Benjamín iba delante, guiándolas, a caballo, sin mediar palabra y con el espíritu de la vieja madre acallado. Angélica y la gallega emprendieron el camino a casa con más dinero encima del que habían pensado ganar en varias noches. La sesión había sido un éxito en muchos sentidos, muchos más de los esperados. La dirección que la mujer leyó en el papel en cuanto encontró un haz de luz era la de la casa en la plaza de San Justo, lo que confirmaba que la señorita Nuria se apellidaba Rifé y era la hermana de Martí.

No había recibido más visitas que las de los carceleros que le facilitaban la comida a través del postigo, tres veces al día, y el que le llevaba un cubo de agua y una escoba por las tardes, para su aseo personal y el de la celda. Magda pasaba sus horas limpiando, sacudiendo el jergón una y otra vez, frotándolo con un paño roñoso, barriendo el polvo de un suelo áspero, limpiando su propio cuerpo siempre sucio, intentando sin conseguirlo sacarse de encima la mugre que la cubría.

Era noche oscura y aún estaba peinándose la cabellera sucia con el sencillo peine de cuatro púas pensado para el pelo corto de Tina. No había manera de desenredarla.

Escuchó una voz: «¡Eh, eh!» Nada más. No sabía de dónde salía. Saltó del camastro de un respingo y se acercó sigilosamente a la puerta. No había nadie al otro lado del postigo, en el túnel de la risa tenuemente iluminado.

Volvió a escuchar la voz. Procedía del ventanuco elevado. Caminó hasta la pared inclinada e intentó acercarse lo máximo posible a la apertura. Apenas veía nada fuera, tampoco se proyectaba ninguna sombra en la mazmorra.

—¿Eres Magda? —preguntó la voz, con un susurro.

—Sí, ¿quién eres, qué quieres? —Ella también susurró, impaciente, atemorizada.

—No te asustes, soy un soldado de guardia. He pedido que me dieran este puesto de vigilancia para verte.

—¿A mí? ¿Por qué?

Él se alejó por un momento, caminando con pasos firmes, aunque no tardó en volver. Entonces vislumbró sus zapatos junto al ventanuco y un cuerpo en cuclillas que simulaba que se ataba unos cordones.

—Me envía tu jefe, el francés que dirige el teatro Español. Quiere saber en qué condiciones te encuentras; y me ha pedido que te diga que él y tu ángel de la guarda están haciendo lo posible para mediar en tu liberación.

—¡Ah! ¡Se lo agradezco mucho! —exclamó, entendiendo que Angélica le había pedido ayuda a su jefe y que era ella el ángel de la guarda mencionado.

—¿Y a mí no me lo agradeces? —añadió el soldado con cierta sorna—. Yo soy la paloma mensajera...

Magda guardó silencio un momento, pensativa. De Benjamín y Angélica se fiaba, pero de aquel soldado no sabía nada. Quizá fuese un anzuelo de la policía, una trampa para hacerla hablar, delatar a más gente, implicarlos a ellos también y detenerlos a todos.

—¿Por qué lo haces?, ¿por dinero? —preguntó, maliciosa—. ¿Benjamín te ha sobornado?

—Sí —masculló él—. Pero también lo hago porque te conozco. Sé quién eres. Te he comprado tabaco muchas veces, en el vestíbulo del Español.

—¡Si nunca vienen soldados a nuestro teatro! —exclamó, desconfiada.

—No con uniforme, pero sí vestidos de calle. Yo voy siempre que puedo al *cock-pit*.

—Ya... ¿Y qué pasa con mi amiga? Tina. Está en la mazmorra contigua, la oigo respirar y toser y sé que no está bien, pero no puedo hablar con ella... ¿La has visto?

—Apenas he entrevisto su figura, a través del ventanuco. Está estirada en la cama.

—¿Podrías hablar con ella y preguntarle cómo se encuentra?

—No me pidas eso. Ya me arriesgo demasiado hablando contigo. Si me descubren me arrestan *ipso facto* y son capaces de implicarme en el proceso abierto contra vosotras. Te suplico que no le digas a nadie que has hablado conmigo y yo te ayudaré en lo que pueda, ¿me lo prometes?

—Te lo juro.

—Oye, se supone que estoy de ronda y no debo quedarme aquí mucho más rato parado. ¿Quieres que le diga algo a tu jefe de tu parte?

—Sí, por favor... —balbuceó unos instantes, dudando aún en si confiar o no, aunque no tenía más remedio que hacerlo—. Dile que hay un confidente que dice haber visto a una mujer con tres bombas. Dos son las que encontraron abandonadas y piensan que la tercera es la que ocasionó el atentado del domingo. La policía sospechaba de nosotras, creía que o bien era yo o bien era Tina, pero ese mismo confidente ha negado que fuésemos ninguna de las dos. Él dice que era una gran dama y acusa a los hombres de un tal inspector Freixa de haberle entregado las bombas y de organizar el complot. No lo han creído y está preso en otra mazmorra, acusado de estar implicado él también en ese delito. Dile que nosotras somos inocentes y que la policía y el juez lo saben, dile eso, por favor.

Vomitó la carta que llevaba tantos días intentando escribir, borrón tras borrón, con caligrafía insegura y en un papel ya casi completamente cubierto por la tinta. La saboreó palabra por palabra, todo lo que quería decirle a Angélica concentrado en un pequeño párrafo que nunca se plasmó en papel, no hizo falta. Probablemente no hubiera tenido jamás la posibilidad de sacar de aquella mazmorra la misiva, de hacerla llegar a su destinataria sin perderse o quemarse por el camino. En cambio, esperaba que el mensaje le llegara igualmente, aún mejor, sin dejar pistas materiales y de boca en boca, repetido como uno de aquellos monólogos que tanto le gustaba a Angélica que le recitaran los actores.

Depositó en aquel soldado todas sus esperanzas, susurradas al vuelo a través de un ventanuco enrejado, lanzadas al oído de un joven desconocido, con el rumor del mar como música de fondo y la oscuridad de la noche como guardiana de sus secretos.

Él siguió su ronda, arriba y abajo, y ella permaneció allí, bajo el ventanuco, respirando la brisa húmeda que llegaba del mar vecino impregnada en su olor a sal. Al rato volvió a oír los pasos acercarse y alzó el oído con instinto animal.

—Tu amiga está bien —susurró el soldado—. La he visto levantarse y comer.

—¡Te lo agradezco muchísimo! —exclamó ella con una alegría espontánea.

—No hay de qué, cuenta con mi ayuda. Todo sea por verte fuera de aquí cuando salgas.

El joven soldado no solamente le devolvió la alegría sino también la sonrisa, perdida tantos días atrás. Aquella sonrisa siempre presente en su vida diaria para atender a los clientes fumadores del teatro Español con la amabilidad y simpatía que el puesto requería, al gusto de Benjamín.

Pensó en su jefe y en la ayuda que le brindaba. Angélica había conseguido implicarlo en su defensa y eso de por sí era una gran noticia. Magda consideraba a Benjamín un hombre todopoderoso. El empresario, que aparecía poco, le daba carta blanca y era él quien lo controlaba

todo en el Español, la programación de los espectáculos que subían a escena y los pactos con cada una de las compañías, la publicidad, la venta de entradas y las listas de invitados, la facturación del bar y hasta la forma en que los camareros tenían que servir las bebidas y las sonrisas que debían lucir las cigarreras para vender más tabaco. Dirigía todas las secciones de aquella gran sala de espectáculos, y delegaba en pocos hombres de confianza, más allá del director de escena, el cajero de la taquilla y el cajero del bar, y en una mujer, la encargada de la caja del guardarropa del vestíbulo, otro gran foco de recaudación del local, en el que Magda y el resto de las cigarreras liquidaban los ingresos recibidos con la venta de tabaco cada vez que reponía género.

El teatro generaba grandes ingresos y todos pasaban por las manos de Benjamín. Magda lo había visto sobornar a *pinxos* de tres al cuarto para conseguir que le llenaran el local de tabaco, whisky, morfina o lo que pidiera la clientela. Siciar los caprichos de los clientes era ganarlos para siempre y garantizar que dejarían grandes sumas de dinero en la sala. Si Benjamín estaba de su parte, el dinero no sería un problema.

Al romper el alba, oyó de nuevo la voz del joven soldado: «¡Eh, eh!» Se había quedado medio dormida, sentada en el suelo y recostada en la pared inclinada que culminaba en el ventanuco. Abrió los ojos y miró hacia arriba. Esta vez vio el rostro del joven. Unos ojos verdes de mirada felina, y una sonrisa amplia y franca que lucía enorme en una cara aniñada, sin barba ni bigote.

—Sólo quería despedirme, en unos minutos llegará mi relevo. Mañana intentaré volver, te lo prometo. Estoy de guardia en el castillo todo el fin de semana. Si no puedo es porque nos tienen prohibido acercarnos a los ventanucos, bajo pena de arresto. Hoy he podido hacerlo porque la noche era oscura, mañana no sé...

—¿Cuándo verás a Benjamín?

—No lo sé, la semana que viene, en cuanto pueda. Prometo darle tu mensaje.

—Gracias, gracias por todo...

—Buenas noches.

Saboreó la despedida durante largo rato. Un deseo de buenas noches lanzado en un amanecer nublado en una mazmorra indeseable. Nadie desde que había llegado allí dentro la había tratado con amabilidad ni le había deseado nada. Buenas noches, buenas noches, buenas noches. No las tenía desde hacía siglos.

Cerró los ojos y anheló que aquel día que se iniciaba pasara rápido, en el vacío del duermevela, en la mentira de un sueño feliz, inventado. Imaginó que el joven soldado de mirada felina la rescataba, a través del ventanuco, liberando las rejas y haciéndole llegar una cuerda por la que ella trepaba hasta conseguir ver el mar. Él la sujetaba por la cintura, para que no se desmayase ante la contemplación del horizonte infinito que le otorgaba la libertad, y ella se dejaba caer en sus brazos, lánguida como una actriz de tragedia rescatada por su héroe.

Idealizó al joven soldado de una y mil formas. No sólo fue su héroe salvador de sueño, también el galán acompañante en una tarde de diversión, por las barracas de feria del Paralelo, en la que veían un espectáculo tras otro que les despertaban sonrisas, risas y carcajadas. El hombre divertido, afable, educado y enamorado que aceptaría a una mujer soltera con un hijo sin mediar preguntas. El novio que hacía años deseaba tener, desde la desaparición de Toni, desde que lo

olvidó a él.

No recordaba exactamente el momento en el que supo que Toni no volvería a buscarla. El momento en que la espera cedió su corsé y aceptó el abandono. Quizá fue durante el parto, que llegó inesperadamente en el teatro Español. Él no estaba allí, ni fue a buscarla después ni apareció en ningún momento, como deseó tantas veces.

Benjamín se ocupó de todo. Hizo salir por primera vez a la encargada de la caja del guardarropa de su puesto de trabajo, para que se ocupara de ayudar a la parturienta en su propio despacho. Aquella mujer había dado a luz ocho niños, años atrás, y era la única persona de confianza en la sala para ocuparse del asunto con discreción, en plena sesión de la noche de un sábado atiborrado de público. Y lo hizo bien. El parto fue rápido y el jefe de sala fue el primer hombre en coger en brazos al niño de padre desaparecido. Él mismo se ocupó de presentar el recién nacido al resto de los compañeros del Español y de bautizarlo en un escenario laico con el nombre elegido por la madre, Llibert. También fue él quien se ocupó de buscar y pagar el coche de plaza que la llevó a casa, con el bebé en brazos y dos semanas de permiso por delante. Y sola, sin noticias de Toni y sin saber dónde avisarlo de que había sido padre.

Llibert colmó con creces el amor perdido, despertó sentimientos nunca antes percibidos, abrió nuevas emociones y creó los vínculos más sólidos que había sentido jamás. Un amor absoluto con el único parangón del sentido por la madre muerta en la infancia olvidada. Durante mucho tiempo deseó que Toni regresara junto a ellos y participara de aquel núcleo de amor, como el padre que era y el marido que ella deseaba. Nunca volvió. Nunca recibió noticias suyas.

Y ahora que ella estaba en la cárcel, encerrada sin motivo justificado, su hijo se había quedado sin padre ni madre, al amparo de la tía Roser y de la suerte del resto de los familiares. August, el sombrerero padre de Toni, sabía que el hijo de Magda era su nieto y se comportaba como un abuelo distante, aunque preocupado. Esperaba que él ayudara a la familia económicamente mientras durase su encarcelamiento. Él tampoco había vuelto a recibir noticias de su hijo, el desaparecido que se fue sin dejar apenas señales. Quizás estuviese muerto.

Soltera, viuda o abandonada, nunca supo cómo sentirse ni cómo definirse ante los demás. Madre orgullosa, eso sí. A la mínima que entablaba conversación con un pretendiente le hablaba de las gracias de su hijo, de lo alegre que era, de sus travesuras o sus inteligentes ocurrencias. Entonces ellos no tardaban en despedirse, educadamente. No le importaba demasiado. Desde que había sido madre no había vuelto a tener relaciones íntimas con ningún hombre. No porque le guardase ningún respeto a Toni, que no se lo merecía, sino, sencillamente, porque ninguno de aquellos pretendientes le había despertado el suficiente deseo.

Y ahora, retenida y encerrada injustamente en una mazmorra infecta y en la peor situación imaginable, aquel sentimiento buscado durante meses sin ninguna respuesta, se había despertado por sorpresa. Deseaba ver de nuevo al joven soldado, escuchar su voz y besarle los labios aunque fuese a través de las rejas...

¿Volvería para cumplir su promesa y ayudarla? ¿O la abandonaría como había hecho Toni y desaparecería en la nada para siempre jamás? Quiso creer que lo haría, lo deseó una y mil veces a

lo largo del día y lo soñó en mil maneras, lo que avivó las ansias de libertad.

El cansancio se acumulaba en su cuerpo minúsculo sin encontrar descanso. Desde la sesión de espiritismo en casa de la señorita Gil, Angélica no había podido dormir ni un par de horas seguidas, imposible. La aparición inesperada del espíritu de la madre de Martí Rifé la había perturbado demasiado. Había sido real, no cabía duda, aquel espíritu se había personado por su cuenta para anunciar una realidad que la falsa médium desconocía. Algo que aún no era capaz de descifrar.

La evidencia de haber contactado con el más allá la aturdió. No quería creerlo, no podía. Hacía años, ya, que había descartado sus verdaderos poderes. No los tenía, no los sentía, no los quería tener. Prefería considerarse a sí misma una simple ilusionista, una farsante adiestrada en las artes de la manipulación mental. Y, sin embargo, sabía que algunas de las voces que ella misma provocaba tomaban vida propia y aportaban información nueva, que de ninguna manera había podido tener antes.

No era la primera vez que le pasaba, aunque ese tipo de apariciones eran tan escasas que la hacían desconfiar más todavía de sus propios poderes. Recordaba perfectamente la última vez que había vivido una situación semejante, hacía tres años, una noche que había querido olvidar y borrar de su memoria, con gran dificultad. Una noche feliz, en la playa de Sitges, que se transformó en una pesadilla por culpa de aquella voz imposible de manejar. La noche en que el espíritu de Felice Orsini le habló de las bombas que había inventado.

Toni le había preguntado por él y ella lo invocó, como hacía siempre. Al principio no le sorprendió saber tanto de aquel espíritu. Conocía el personaje, tristemente famoso en toda Europa desde hacía casi cuarenta años. Desde 1858, cuando aquel hombre había atentado contra la carroza de Napoleón III ante la Ópera de París. Ella era aún muy niña, no tenía más de seis o siete años, aunque estaba actuando precisamente en un teatro de la capital francesa, junto a su padre, al que recordaba leyendo la noticia del atentado.

Sabía quién era el tal Orsini y condujo las primeras respuestas como siempre, intentando extraer el máximo partido de una información mínima previamente conocida. Pero el espíritu tomó voz propia y habló por su cuenta, sin que ella pudiese manejar su discurso. Y todo lo que contó era información nueva que parecía verdad.

Angélica no había visto una bomba jamás en su vida, era imposible que tuviese la información de antemano. Sin embargo, aquella noche, describió compulsivamente y con dibujos los componentes, el montaje y el mecanismo que accionaba las bombas diseñadas por aquel tal Orsini. No lo expuso ante Toni, como él pretendía, ejerciendo un control difícil de mantener. Aun así, poco después, escribió compulsivamente toda la información que el espíritu le había transmitido. Necesitaba vomitarlo, sacar aquellos conocimientos de su cuerpo, liberarlos para poder olvidarlos.

Ella misma quemó aquellas hojas delatorias, que podían ponerlos a todos en un compromiso y

que, si caían en manos equivocadas, podían causar mucho daño. Las quemó al volver a Barcelona y le pidió a Roser que barrierá las cenizas, esperando que así se acabaran los problemas. Luego, cuando se perpetraron los terribles atentados de la Gran Vía y, especialmente, el del Liceo, descubrió a través de la prensa que la descripción de las bombas causantes coincidía al detalle con las que ella había visionado. Unos artefactos esféricos, de hierro, con protuberancias exteriores que parecían clavos y las hacían parecer erizos, y que estallaban al impactar con cualquier superficie. Las bombas Orsini.

El espíritu había sido real y sembró su maldición. La conexión la hizo perder de golpe gran parte de la poca visión que ya entonces le quedaba. Pasó de ver siluetas a confundir sombras en un instante.

El espíritu de la madre de Martí Rifé la había invadido con la misma fuerza inoportuna. No pudo dejarla más ciega de lo que estaba, aunque su aparición comportó la misma jaqueca que había traído Orsini y la misma intención cegadora. Sin embargo, la información aportada había sido mucho menor, insuficiente.

Hubiera podido creer que era sólo una intuición, una deducción provocada por el mero hecho de escuchar el nombre ya oído antes en la boca de Martí: Nuria. Pero no lo era. La pregunta que lanzaba a gritos el espíritu de la madre una y otra vez en su cabeza aportó más datos. Datos que Angélica no pudo ordenar hasta no encontrarse en soledad, hasta no vomitarlos con su puño y letra compulsivamente. Aquella mujer sugería que su hijo estaba en peligro de muerte y que era su propia hija, la hermana de Martí, quien pretendía matarlo. Cómo y por qué era aún un misterio, aunque Angélica estaba segura de que no tardaría en resolverlo.

Benjamín se presentó en el terrado a primera hora del miércoles. Traía noticias de Magda, que seguía en el castillo. Estaba encerrada en una mazmorra, sola y en bastante buen estado de salud, no como Tina, la pobre, que parecía sufrir algunos dolores fuertes y permanecía postrada en el lecho de la mazmorra contigua. Le repitió el mensaje que Magda le había enviado mediante un soldado amigo: un confidente vio a una dama manejando tres bombas. Dos eran las encontradas en la calle de Fiveller y la tercera, la probable causante del crimen durante la procesión del Corpus. La policía las acusaba a ellas, pero el confidente había negado que ninguna de las dos fuese aquella dama y había implicado a unos hombres, unos policías a cargo de un tal inspector Freixa. Eso exculpaba a cualquier miembro de aquella familia y situaba a la señorita Nuria Rifé en el centro de todas las sospechas.

Recordó el pañuelo blanco del que había hablado Felip. Una y otra vez. Un pañuelo acusatorio que al parecer vinculaba las bombas encontradas con la actriz que había interpretado a Nora. Un pañuelo que quizá llevase bordada una inicial. La «N» de Nuria, el nombre de la hermana de Martí. Y la «N» de Nora, que implicaba injustamente a una actriz de una compañía sin dinero para bordar su vestuario con iniciales de ficción.

Ella y nadie más era la mujer a la que buscaba la policía. Ella era la culpable de que todos hubiesen acabado en presidio, acusados de un crimen no cometido. Y a ella debía hacerla confesar para exculpar a los suyos.

Dedujo que todo era un asunto de herencias. Nuria quería heredar la empresa familiar y Martí le sobraba. Por eso subvencionaba sus vicios decadentes, porque no le importaba que muriese, es

más, lo pretendía. Quizás, había querido acelerar esa muerte que la droga no acababa de provocar.

Intentó contactar con el espíritu de la madre de los Rifé una y cien veces. Preguntarle qué sabía de aquel asunto, cuál era la implicación de su hija, qué vinculación tenía con los explosivos encontrados en un callejón cercano a su casa y por qué los había abandonado allí. No hubo conexión ni respuesta ni más clarividencias. No era poco lo que sabía. Debía aprovecharlo aquella misma tarde y sacar el máximo provecho de su cita con la dama.

La tía Roser la acompañó a la pedrera de la Satalia a la hora acordada. Allí escondían la silla de ruedas, el vestido blanco y la peluca de tirabuzones en la que sustentaban la nueva identidad de la niña médium. Mandó de vuelta a casa a la tía, con Llibert, ya que no quería que supiese nada acerca de su engaño ni que nadie pudiese vincular a la familia Poch-Casas con la tal Clara, hija de una supuesta señora Castro, que ofrecía sesiones de espiritismo y que hacía ver que procedía de Sant Andreu del Palomar, en lugar del Poble Sec. Debía alejarlos a todos de aquel peligro, un delito certero que podía llevarlos también a ellos a prisión, destrozando aún más aquel extraño núcleo familiar.

La gallega la ayudó a vestirse y a transformarse en la inocente Clara. La niña que había dejado boquiabiertas a las damas y en quien Nuria Rifé había depositado sus esperanzas. A saber por qué. También fue la gallega quien planteó una duda básica en la que ella no había pensado.

—¿Y si está el joven Martí en la casa y nos reconoce?

Angélica estaba tan ansiosa por descubrir la verdad que no había pensado en su propia mentira. Martí Rifé podía reconocerla y desmontar su farsa, anunciar lo que él creía saber de ella, que era la hermana pequeña de Pep Poch y que no era la primera vez que visitaba aquella casa; denunciar el engaño de la falsa niña médium supuestamente llamada Clara, camuflada tan sólo bajo una peluca de tirabuzones.

—No estará, ya lo verás —afirmó, haciendo valer su intuición—. Si nos ha convocado en la casa hoy, a estas horas, es porque sabe que su hermano no estará allí. A ella tampoco le interesa su presencia.

La gallega asintió con la cabeza, sin rechistar, aunque guardando en su interior mil recelos que la asediaban.

—En todo caso, si estuviese, si hubiese alguien más aparte de Nuria Rifé en la casa, diremos que ése no era el trato y nos marcharemos antes de entrar, ¿de acuerdo?

De acuerdo. No había más elección. No llevaron la estructura que permitía levitar porque no era necesaria y, en cambio, resultaba excesivamente pesada y difícil de manejar en una casa con tantas escaleras. Pero lo que sí tenían que hacer era fingir que la niña era inválida para ser coherentes con la sesión anterior.

Su intuición, una vez más, fue certera. Al llegar a la plaza de San Justo, la señorita Rifé las esperaba en la puerta de la iglesia, nerviosa por el ligero retraso que provocó la preparación del momento.

Al ver llegar la carreta, con las que creía que eran madre e hija al frente y la silla de ruedas cargada, las saludó con disimulo, abrió el portalón del patio de la casa y las hizo pasar al interior,

sin apenas hablar. Según informó una vez dentro, y a puerta cerrada, aquella vieja casa estaba medio abandonada desde que su familia se había mudado a un nuevo edificio en el barrio del Eixample y tan sólo la habitaban los espíritus de antiguos ancestros. De su hermano Martí no dijo palabra.

Angélica aprovechó sus propios miedos para fingir un ligero trance que la sacó de dudas.

—Noto una presencia masculina, la de un hombre joven, vivo, un ser muy frágil...

—¡Ah! Debe de ser mi hermano —respondió la dama—. A menudo utiliza esta casa como residencia de soltero, pero ahora no está. Se encuentra internado, en un hospital. Enfermo.

Martí no estaba; tampoco su madre. Ni rastro de aquel espíritu gritón, al que Angélica intentó invocar una y cien veces sin más resultado que el de su propia falsa voz retumbando en su cabeza con las palabras de siempre, ya conocidas. No era ninguna aparición, sólo un vago recuerdo.

La anfitriona las invitó a subir al salón. La gallega alzó en brazos a la niña, dejó la silla ligada a la carreta, en el patio, y la subió a peso por las escaleras. Un peso de poco más de treinta kilos que, sin la estructura de hierro y sin la pesada silla, resultaba realmente ligero. La acomodó en un butacón, bajo un gran cuadro de una dama. La madre de Nuria y Martí Rifé, el espíritu al que Angélica no conseguía atraer nuevamente por mucho que lo intentase.

Nuria se mostraba nerviosa.

—Están aquí, ¿no los oyes?

Angélica se incomodó. No, no oía nada. Ni tampoco veía más allá de sus propios ojos. Hubiese querido mirar a aquella dama, ver la cara que ponía mientras hablaba, el miedo que debía de dibujarse en su rostro, la inquietud de sentirse invadida por presencias inmateriales.

—Son los espíritus de mi abuelo, mi bisabuelo y mi tío abuelo. Los tres hombres que discuten entre ellos, ¿no los oyes?

No los oía, imposible oír a los fantasmas de otros. Sin embargo, sabía exactamente la sensación que sentía Nuria, la congoja de su alma, el miedo, a los espíritus y a la locura, a su propia mentira. Supo actuar.

—Sí, oigo que están ahí y visualizo sus siluetas. Pero ante mí aún no quieren mostrarse. No me esperaban y desconfían. Ante mi presencia siguen envueltos en una capa gelatinosa que impermeabiliza sus voces. Tendrás que descifrarne lo que dicen.

—Siempre hablan de lo mismo. De la herencia de la hija de los Dalmau, la herencia que se apropió mi padre, Martí Rifé, cuando mi madre, Rosina Dalmau, murió. La herencia que transformó el imperio Dalmau en el imperio Rifé e hijos, el imperio perdido.

Angélica lo entendió todo de golpe. No era ella quien quería acabar con la vida de su hermano. O, al menos, Nuria se creía inocente, empujada por seres del más allá para hacer lo que estaba haciendo, para jugar con la vida y la muerte; la muerte de su hermano Martí.

—Sí, ahora los oigo mejor... —Angélica fingió de nuevo un trance—. Me dicen que tu padre está enfermo, a punto de morir...

Utilizó la información que ya conocía. La que le había transmitido el propio Martí en las dos ocasiones que lo había visto.

—Y que tu hermano, también enfermo, no es el heredero que ellos esperan.

—¡Eso es! ¡Me mortifican con eso! Dicen que Martí no merece lo que tiene...

La joven Nuria rompió en llanto, aunque era un llanto fingido como el trance de Angélica, falto de la naturalidad propia de quien se siente dolido por una desgracia.

—¡Él está llevando a la ruina la empresa familiar!

—Tu madre, en cambio, no opina lo mismo...

—¿Mi madre? ¡Qué sabrá ella! Nunca se interesó lo más mínimo por sus negocios, los dejó todos en manos de mi padre y eso también ofende a mi abuelo, ¿no lo oyes decirlo?

—Sí, lo oigo. También la oigo a ella enfrentarse a su padre en defensa de su hijo...

—¡Mi hermano no tiene defensa posible!

No hizo falta invocar más espíritus. La joven Nuria expuso sin remilgos sus puntos de vista al respecto. Su padre seguía enfermo, con la mente senil perdida en cacerías de juventud y apagándose día a día. Ella sola no conseguía poner buen cauce a la empresa familiar, que se descontrolaba sin ninguna voz contundente que la dirigiese. En las fábricas habían tenido motines huelguistas y el personal estaba revolucionado, y los directores de planta y el resto de los empleados sólo cumplían las órdenes dictadas por Martí, el hombre joven de la familia, el heredero de mierda que cuando no estaba en París estaba drogado. Habían tenido que vender propiedades para pagar deudas y seguir adelante con el ritmo de vida que llevaban; estaban a punto de malvender una de las fábricas. Y ella quería casarse, pero con la herencia sujeta a su persona y no a la del marido. Ni tampoco al hermano. Él era el problema y los espíritus masculinos de los Dalmau se lo recordaban insistentemente.

—Yo los oigo darme órdenes, una tras otra, pero ellos a mí no me escuchan, no me hacen ni caso, ¡y me están volviendo loca! Necesito que los hagas callar, que les digas que aunque su plan no salió bien, yo sigo adelante.

—Ellos te han pedido que lo mates, ¿no es así?

Nuria asintió ante la mirada horrorizada de la gallega y la impasibilidad de Angélica, que continuó con sus falsas visiones, exponiendo un diálogo inexistente con el más allá.

—Lo intentaste y no te salió bien... Y ellos quieren que vuelvas a intentarlo.

—Exacto.

—Dicen que los hombres de Freixa no cumplieron su cometido, el día del Corpus, aunque no logro entender a quién se refieren...

Fue la manera de tirarle de la lengua. Ella sola, envuelta en lágrimas, explicó todo lo que Angélica quería saber. Un conocido le había hablado de unos investigadores privados capaces de resolver los asuntos más turbios a cambio de una buena recompensa. Trabajaban en un despacho serio, dirigido por un inspector de la policía, el tal Freixa. Él los cubría siempre buscándoles coartadas a medida y ellos se dedicaban a cometer las fechorías que les pidiesen los clientes. Justo lo que Nuria y sus ancestros necesitaban. Había pactado con tres de los hombres de Freixa un falso atentado, que no sólo llevarían a cabo sino que, además, ellos mismos investigarían, con lo que le proporcionarían todas las pruebas a la policía para demostrar que los culpables eran anarquistas de la fábrica de los Rifé. Así podrían despedir trabajadores a mansalva. Ésa era la solución para remontar los asuntos económicos de la empresa. Una solución que, de paso, les permitía quitar de en medio a su hermano, el heredero que impedía a Nuria acceder con pleno derecho al imperio que hasta el momento no podía dirigir con libertad.

Aquel jueves, día del Corpus, los dos hermanos debían ir juntos por la tarde a la catedral, con otros familiares, a una misa que celebraban anualmente en la capilla de Santa Lucía. Desde allí él regresaría a casa a pie, como se movía siempre. El plan era esperarlo en la plaza de San Justo y atentar contra él cuando abriese la cancela del portalón.

No salió bien. Martí estaba tan drogado que Nuria fue incapaz de moverlo para llevarlo a la misa. Imposible, ni aun cogiéndolo por los brazos entre ella y el cochero.

No pudo ponerse en contacto con los hombres a los que había contratado para cometer aquel crimen, no sabía dónde buscarlos. El único lugar en el que podía encontrarlos, en el que los encontró, fue en la propia plaza, a la hora pactada para cometer el crimen.

—Me pregunta tu abuelo qué hiciste con las bombas...

—¿Las bombas? Pues deshacerme de ellas, ¿qué iba a hacer si no? Me sentía arrepentida, como una asesina pillada in fraganti. Yo no soy así, todo era culpa de mis ancestros... Les pedí a aquellos hombres que me las entregaran. Yo las había pagado, de antemano y a un precio bien caro; y no me fiaba de ellos, con los artefactos encima y al lado de nuestra casa. Tenía miedo de que intentaran llevar a cabo el atentado igualmente, en el interior, y lo destrozaran todo. No quería daños materiales, no en esta casa, el símbolo de la riqueza de los Dalmau...

—Y los hombres aceptaron, claro.

—No del todo... No estaban conformes. Querían quedárselas ellos, probar suerte de nuevo más tarde u otro día, para ganar el dinero pactado si conseguían perpetrar el acto. Pero yo me negué y les pagué de todas maneras. Les exigí que me dieran las bombas y me las dieron, con muchas reticencias. Simulé que entraba en la casa, aunque me quedé en el patio, espiándolos a través de las rendijas del portalón, con el cesto y las tres bombas colgando del brazo. Asustada. Ellos no se movieron de la plaza. Y entonces aparecieron aquellas visitas inesperadas...

— Un carro con un hombre joven, amigo de tu hermano.

—Sí. Iba con una niña. Yo no los conocía de nada pero ellos entraron en mi casa como si lo hicieran todos los días. Y me escondí. Me escondí como una fugitiva, como una delincuente que acaba de cometer una fechoría. Venían a ver a Martí y subieron. Esperé hasta que estuvieron arriba. Entonces salí y corrí; corrí por las callejuelas oscuras, sola. Y abandoné las bombas en el primer callejón escondido que encontré. Las puse encima de un pañuelo blanco, para que las descubriese el vigilante nocturno y no causaran daño a nadie. ¡Quise hacerlo bien!

—Pero los hombres de Freixa te siguieron.

—Sí, lo hicieron e intentaron amenazarme... Tuve que pagarles más dinero del acordado para hacerlos callar.

—¿Sabes que por tu culpa el amigo de tu hermano ha ido a la cárcel? Lo acusan a él de haber abandonado las bombas.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Hay un hombre y dos mujeres encerrados en presidio por tu culpa. Tu madre dice que deberías reconocerlo ante la policía, explicar la verdad para poder recuperar la tranquilidad de tu alma.

—¿Qué verdad? ¿La que me inculpe como presunta asesina? No lo soy, el atentado nunca se cometió.

—A ellos los han acusado. ¡Y son inocentes!

—Yo no los conozco de nada. No lo haré.

La voz de Nuria dejó de ser insegura para tornarse desconfiada. Y la mirada que clavó en Angélica denotó una maldad hasta entonces escondida.

—Si alguien se ha metido en algún lío será porque se lo merece, no por mi culpa. Mi abuelo me dijo que hice bien...

—No conseguiste perpetrar tu plan y está enfadado por ello.

—¡No es cierto! ¡Mi abuelo sabe que Martí morirá igual! Sea a causa de las bombas o de las drogas, tiene los días contados.

Una aparición inesperada puso fin a la extraña velada. La puerta del patio se abrió, con un golpe seco. Unos pasos viriles subieron las escaleras a buen paso y un vozarrón masculino saludó a la dama con una familiaridad sorprendente. Era el médico que había visitado hacía unos días a Martí Rifé. El prometido de Nuria.

Fue un desastre. El hombre reconoció a Angélica nada más verla.

—¿Qué hace ella aquí? Es la niña rara que estaba el otro día con tu hermano, la que me dijo que la cocaína no era buena solución —le susurró al oído a la dama, creyendo imposible que nadie más escuchase sus palabras.

—¿Cómo?

Nuria Rifé sólo tardó unos segundos en reaccionar, y lo hizo de la peor manera para Angélica.

—¿No serías tú la niña que estaba con el amigo de mi hermano el día del Corpus?

—Yo... ¡Te equivocas!

—Sí, lo eres. Y la vieja debe de ser una de las actrices que actúa con él... ¡Sois unas farsantes! Querías engañarme, ¿es eso? Hacerme declarar algo que no he hecho, convertirme en culpable de un falso delito. ¡Fuera de esta casa!

—Nuria, tú, tu madre y tus ancestros masculinos sabéis que lo que acabamos de hablar aquí es cierto. No hay más culpable que tú y deberías reconocerlo ante la policía si no quieres tener problemas.

—La que debe cerrar la boca si no quiere tener problemas eres tú. Puedo denunciarte a la policía, ¿lo sabes? A quién te crees que van a creer antes, ¿a una falsa médium o a una rica heredera? Lo habéis organizado todo para ponerme una trampa, ¿verdad? ¡Pues os ha salido mal! Pienso perseguiros hasta la tumba, si es necesario. Largo de aquí si no queréis que llame ahora mismo a la policía. Y espero no volver a veros nunca más, ni en mi casa ni en la casa de ninguna de mis amigas. ¡Sois unas farsantes!

No hubo discusión posible ni disculpas ni explicaciones. Cada uno de ellos, con su falsa verdad a cuestas, era culpable del delito del que se le acusaba. Angélica también. Nuria Rifé la había descubierto y debía marcharse de allí antes de que todo fuese aún peor.

Gracias al estudiante Cárdenas, a los duros que repartía aquí y allá entre monjas, médicos titulares, soldados de guardia y cabos de vigilancia, y a la medicación que le proporcionaba, Pep recuperaba la salud a buen ritmo. Sabía por el joven médico en prácticas que aquel dinero se lo facilitaba Angélica, a quien consideraba su hermana pequeña, la excusa que siempre daban en la familia para no despertar sospechas cuando un desconocido preguntaba por la procedencia de la niña. Según le había explicado Cárdenas, era ella la que escribía compulsivamente a sindicatos y conocidos para recaudar todo el dinero posible a favor de Pep, y hacerlo entrar en prisión a través de Cárdenas. Y estaba consiguiéndolo. Había recaudado lo suficiente para mantenerlo a salvo durante un mes, el tiempo necesario para que recuperase la movilidad de los brazos y de la cabeza. El torso y las piernas seguirían inservibles al menos dos o tres meses más, en función de la fuerza del enfermo. Y el proceso no garantizaba la recuperación total. Era más que probable que quedase cojo o incluso inválido.

Ante las malas noticias acerca de su salud, y consciente de la suerte que le otorgaba su condición de protegido de Cárdenas, con la ayuda del dinero de Angélica, Pep se esforzaba en lo posible para mejorar. Procuraba hacer ejercicios oculares, tal como le había indicado el joven médico, abriendo y cerrando los ojos en secuencias de ritmo pautado para hacerlos lagrimar. Moviendo los dedos de las manos y de los pies, arriba y abajo y de forma circular, en tandas de al menos veinte ejercicios. Controlando la respiración, aspirando el aire por la nariz, con la boca cerrada y el cuerpo contraído, inflando el abdomen y desinflándolo en el momento de expulsar el aire por la boca, estirando la musculatura dolorida. Liberar el dolor facilitaba el alivio, a pasos cortos, lentos.

Otros pasos, mucho más rápidos y ágiles, acercaron un escuadrón encabezado por la voz del teniente que dirigía los interrogatorios, la voz del miedo a la que por primera vez Pep puso cara. Sus ojos ya abiertos le permitieron ver entre el parpadeo constante un rostro con bigote y gesto pérfido que se acercaba a su cara hasta quedar sólo separado por un dedo. Un dedo que él todavía no podía levantar libremente.

—¿Reconocéis a este detenido? —preguntó el teniente a sus acompañantes, con un largo silencio como única respuesta—. Es Josep Poch. No me extraña que no lo reconozcáis, no lo reconocería ni su madre. Como veis, lo dejasteis fino.

Nadie contestó a su comentario, lanzado malintencionadamente para buscar la aceptación de una culpa que no se expresó. El teniente continuó hablando a los hombres que lo acompañaban sin prestar apenas atención al enfermo, que intentaba fijar la vista en los tipos que lo rodeaban.

—Vuestra declaración ante el gobernador el sábado por la tarde, alegando que habíais visto a este hombre el jueves anterior por la noche en la plaza de San Justo, con una actitud propia de quien es portador de bombas, nos hizo creer a todos que él era el principal sospechoso del atentado del domingo en la calle Cambios Nuevos. Sin embargo, nos equivocamos y vosotros

sabíais que estábamos en un error. De hecho, ya le habíais dado caza cuando sucedió el drama. Lo detuvisteis el domingo por la mañana y lo trajisteis aquí medio muerto. ¿Por qué no avisasteis inmediatamente? —De nuevo el silencio fue la única respuesta, algo que enfureció al teniente, harto de monologar—. ¿Por qué no respondéis, eh?

Uno de aquellos hombres alzó tímidamente su voz, erigiéndose como portavoz.

—Esto..., señor, nosotros estábamos fuera de servicio y temíamos represalias...

—¿Fuera de servicio? ¿De qué servicio? ¿Acaso sois policías?

—No, no exactamente, señor. Nosotros trabajamos para el inspector Freixa.

—¿En la Policía?

—Trabajamos para él en su despacho, en otros negocios que tiene de investigación. Y cuando la ciudad lo necesita, nos contrata también para hacer vigilancia, como policías a sueldo de la municipalidad.

—Ya, la municipalidad... —La réplica del teniente introducía una sorna que denotaba insatisfacción. No parecía estar nada contento con la respuesta de aquel hombre—. ¿Fue él quien os dijo que lo detuviérais?

—Sí, señor. Él nos pidió que diéramos caza a este peligroso anarquista y así lo hicimos. Fuimos a buscarlo al Poble Sec, lo esperamos en la puerta de la taberna del tal Bisbal, donde se trafica con armamento, como ya habíamos explicado, y apareció. Ya sabe usted que los criminales siempre regresan a la escena del crimen...

Pep abrió unos ojos horrorizados que pusieron cara a aquella voz. Era uno de los tres hombres que lo habían apaleado. Un matón vulgar movido por un asunto de drogas, que defendía a pies juntillas una falsa mentira.

—¡Mienten! —gritó con esfuerzo. Aún le costaba hablar.

El teniente lo mandó callar con una orden contundente.

—¡Tú mantente en silencio! —le espetó—. Todavía nadie te ha dado vela en este entierro.

—¡Eso! —escupió uno de aquellos matones.

El teniente caminó alrededor de la camilla y de los hombres tocándose el bigote. No tardó en volver a hablar, reflexionando en voz alta.

—Vosotros estabais seguros de su culpabilidad, por eso fuisteis a buscarlo el domingo, aun habiendo sido relegados del caso por orden expresa del gobernador. El inspector Freixa os avala y protege, reconoce que fue él mismo quien os lo pidió...

—Sí, señor, así es.

—Decís que lo visteis en la plaza de San Justo el jueves anterior hacia las once y pico. ¿Qué hacías vosotros en aquel lugar?

—¿Nosotros? —El portavoz balbuceó—: Esto... Pasábamos por allí, fue casualidad. Como ya dijimos, lo habíamos visto aquella misma tarde salir de la taberna de Bisbal y su actitud nos resultó extraña. Cuando el gobernador nos llamó para preguntarnos por el caso, lo expusimos. Eso es todo.

—Pues a mí me resulta extraño que anduvierais los tres juntos a esas horas de la noche, como si estuviérais en pleno trabajo, aun sin estarlo...

—Señor, ¡somos amigos!

—Ya. Es que veréis... —El teniente saboreó sus palabras, haciéndolas esperar—. He recibido una carta anónima que os acusa directamente de otra cosa.

—¿A nosotros? —El hombre hablaba desafiante—. ¿De qué?

—Pues puede parecer extraño, pero en dicha carta se afirma que una dama, cuyo nombre no desvelaré ahora, contrató vuestros servicios para causar un falso atentado contra un heredero de una familia burguesa. ¿Sabéis algo al respecto?

Los hombres de Freixa se mostraron desconcertados por unos instantes, aunque el cabecilla, erigido como portavoz, lo negó rotundamente.

—No, señor, eso es falso.

—¿Seguro? Según la carta, os encontrabais en la plaza para perpetrar un asesinato que debía pasar por atentado anarquista. Pero os salió mal...

—¡Es una infamia! —aseguró el hombre, con voz temblorosa.

El teniente revisó de arriba abajo a sus acompañantes. Aquellos tres hombres, falsos policías que actuaban como si lo fuesen verdaderamente, parecían mucho más culpables que el acusado que permanecía inerte y asustado en la camilla de la enfermería. Aun así, no le dio importancia.

—En todo caso —prosiguió el teniente— ya no importa. El informe técnico del equipo de artillería de la policía ha demostrado que la bomba utilizada en el atentado de la procesión del Corpus no es una Orsini. No tiene ninguna relación con las encontradas el jueves anterior en un callejón. La pista que seguíamos es falsa. Y si alguna vez existió una tercera bomba, como nos indicó el confidente, no fue la que causó la tragedia.

—¡Ah!, me alegro de saberlo.

El hombre pareció aliviado de verdad, descansado ante la noticia, liberado de un peso con el que cargaba sin remedio desde hacía días. A tal punto llegó su distensión que se atrevió a preguntar con un nuevo tono.

—Señor, entonces ¿qué tipo de bomba fue la causante del crimen?

—Una que no se accionaba mediante el choque, sino con mecha, y repleta de dinamita explosiva.

—¡Ah! Y entonces, señor, ¿qué pintamos nosotros aquí?

—Forma parte del protocolo, de la rueda de reconocimiento. Vosotros habéis dicho la vuestra y ahora le toca a este anarquista explicarse.

El teniente zarandeó las piernas paralizadas de Pep.

—Ahora es tu turno. ¿Viste a estos hombres el jueves por la noche?

—No —respondió con esfuerzo—. No los había visto nunca antes de que me apalearan.

—¿Que te apalearan? Ellos afirman que te diste a la fuga y te tiraste a las vías del tren...

—Es falso, señor, y usted lo sabe.

—¡No mientas! —gritó el portavoz—. Huiste de nosotros como un delincuente.

—No, no lo crea, digo la verdad, ¡lo juro!

Pep tosió con una fuerte convulsión y el teniente le dio un par de cachetes amistosos en las mejillas.

—Está bien, está bien, hombre, no te esfuerces más. Sea como fuere, perdiste la salud aquel día...

—Se tiró a las vías del tren, se lo aseguro, y tuvo suerte de que nosotros lo rescatásemos y lo trajésemos aquí.

—¿Seguro? ¿No será que necesitabais una cabeza de turco y la tomasteis con él? ¿Un panoli al que poder cargar con el peso de vuestros propios errores?

—¿No sé de qué me habla, señor!

—Es que el contenido de la carta anónima da mucho que pensar... ¿No os parece?

—Es todo falso, señor, ya se lo he dicho.

—Está bien, está bien. Volveremos a hablar del tema otro día, cuando lo haya analizado debidamente con el juez. Ahora podéis marcharos. No estáis acusados de ningún delito, no como este pobre anarquista...

Una nueva puñalada trapera. Aquellos malnacidos se la habían vuelto a jugar y habían ganado de nuevo con malas artimañas. Ellos quedaban libres de culpas mientras él agonizaba con sus males.

Los oyó salir de allí dentro sin que nadie los retuviese, gozando de una libertad que no merecían. Ellos eran culpables, sí, de haberle dado una paliza a un hombre innecesariamente, pero no le importaba a nadie. La inocencia demostrada de Pep poco importaba. Quedaba probado que no era culpable del atentado durante la procesión de Corpus del domingo por la noche, tampoco estaba implicado en el caso de las bombas encontradas el jueves anterior y, aunque lo hubiese estado, aquellas bombas no habían causado mal a nadie, pero todo eso era igual. Los matones contaban con la protección del tal inspector Freixa y con la benevolencia del teniente, y él, un hombre vulgar tachado injustamente de peligroso anarquista, merecía haber muerto en sus manos.

Oyó que el teniente daba nuevas órdenes, instrucciones que movilizaron al personal entero de aquella enfermería. Acondicionar un habitáculo aislado del resto de presos y trasladarlo allí. A él, sí, a Josep Poch, su propio nombre que sonaba en boca de aquel oficial como si siguiese siendo el principal sospechoso de todos los crímenes del mundo.

Transportaron la camilla en la que yacía medio muerto entre seis hombres, con gran esfuerzo. Los yesos y las vendas que lo cubrían casi por completo multiplicaban su peso superando con creces el de cualquier muerto. El balanceo le provocó vértigo y un vómito inesperado, un vómito líquido que nadie limpió y que le recorrió la mandíbula y el cuello impregnándolo de su olor nauseabundo. Muerto en vida.

Cerró los ojos intentando no sentir la realidad que lo envolvía. Quiso soñar que su muerte era por fin real, que aquel camino tenía como destino un cementerio donde yacer en reposo para siempre jamás, lejos de las mentiras humanas. Y se durmió. Durmió horas, quizá días, semanas, o quizá sólo durante unos breves minutos. El tiempo no se mide igual cuando la vida y la muerte se confunden.

Despertó en un cubículo de techo blanco y luminoso, y creyó estar por fin en el más allá. No lo estaba. Era solamente un nicho en el que reposar su agonía antes de morir definitivamente y que lo enterrarán en una fosa común. Un nicho en el que no estaba solo.

Una respiración entrecortada lo despertó de su pesadilla. Había alguien más allí dentro. Apenas podía girar la cabeza para mirar a su alrededor, pero no cabía duda. Otro muerto en vida reposaba a su lado. Quiso emitir alguna palabra para llamar su atención, aunque el vómito seco en su garganta anegó su voz y no pudo más que toser. Toser una y otra vez hasta volver a vomitar.

—Pep, Pep, ¿estás bien?

No era ningún muerto quien le hablaba. Reconoció su voz, su acento francés, su intención amistosa, familiar. Era Toni, de nuevo a su lado.

—¿Qué haces tú aquí? —logró decir.

Tardó en obtener respuesta. Pudo entender que había un vigilante en la puerta, escuchando las palabras que se emitían en aquel cubículo aislado. Falsamente aislado. ¿Por qué, si querían alejarlo del resto de los presos, le habían puesto como compañero precisamente a Toni?

Sus explicaciones llegaron entrecortadas, en susurros lanzados de manera intermitente, cuando los pasos del vigilante de ronda se alejaban prudencialmente. Al parecer, había caído en una celda infesta con otros presos que le hicieron la vida imposible. Tenía la cadera rota, lo que le impedía moverse. El calor y la propia situación le provocaron una indigestión que comportó diarrea. Se cagó encima, motivo suficiente para merecer una paliza cruel. Ahora no sólo tenía la cadera rota sino también un pie y un brazo en cabestrillo que auguraban que estaría postrado en la cama durante bastante tiempo.

Cárdenas había sido también para él un ángel protector, el único que le ofreció los cuidados necesarios en su estado. Y él era también el cómplice que actuó a favor de su traslado al mismo habitáculo que Pep.

La explicación rompió la desconfianza inicial e insufló nuevos ánimos en su cuerpo inerte. Quizá sí pudiese haber una existencia que mereciese la pena vivir allí dentro, junto a voces amigas y bajo los cuidados de aquel joven médico que aprovechaba la mínima oportunidad para visitarlo y facilitarle los calmantes que apaciguaban su cuerpo y su alma.

De noche, mientras la oscuridad y el silencio invadían el ambiente y los vigilantes cedían sus puestos a la confianza, Toni encontró la paz necesaria para expresarse sin miedo. Nadaba en un mar de preguntas desde que el teniente le había avanzado aquella noticia a la que él no había dado crédito. ¿Era cierto que Magda tenía un hijo? ¿Un hijo suyo? ¿Era cierto que era padre sin saberlo? Todo él eran preguntas. «¿Cómo se llama? ¿Cuándo nació? ¿Cuántos años tiene? ¿Es simpático? ¿Cómo es? ¿Se parece a la madre o al padre?»

—Es clavadito a ti.

Saber que tenía un hijo fue para él una emoción mayor que el anuncio de una libertad deseada y no conseguida. La confirmación de la noticia por un familiar cercano le causó una gran impresión, una ilusión regenerada y unas ganas de vivir una paternidad en la que nunca había pensado.

Se había alejado de Magda, tres años atrás, porque era consciente de que la había utilizado y humillado. Cualquiera que viese un ejemplar de la publicación pornográfica que él mismo había realizado podía reconocerla. Y Pep, su hermano, fue uno de los primeros en contemplarla. Toni sabía que tenía la familia y el barrio entero en contra, incluido su propio padre, August, en cuya casa también se encontraron ejemplares de la misma revista. El padre le hizo ver la humillación a la que estaba sometiendo a la joven, quiso que no distribuyera nunca aquel panfleto, quiso quemarlo pero no lo hizo, no lo hizo porque Toni lo convenció de que todos ganarían mucho dinero, y lo detuvieron a él, un pobre sombrerero inocente, por no haberlo hecho. Pensó que Pep no se lo perdonaría nunca y que su única opción era huir, y lo hizo porque nunca supo que esperaban un hijo. Nunca supo que Magda ansiaba su regreso con un motivo tan evidente...

A Toni, entonces, no lo pillaron. Consiguió huir. No le costó cruzar la frontera a Francia y fue a París, donde hacía años que quería ir. En la capital francesa, en unas calles que no conocía, no

podía ejercer de cochero, su oficio en Barcelona. Fue a le Chat Noir, el cabaret del que tanto le habían hablado sus amigos artistas, y pidió trabajo de portero. No tenía experiencia, pero la aparentó y obtuvo el puesto en pocas semanas. Allí se codeó con la bohemia parisina, sin perder la oportunidad de introducirse en los círculos más diversos.

Pep escuchaba a Toni hablar y hablar, sin que nadie lo interrumpiese. Sólo se ponía freno él mismo, cuando oía que se acercaba personal del presidio. El soldado que vigilaba la puerta, supuestamente en guardia, nunca rechistaba. Probablemente lo había sobornado Cárdenas con un par de duros y Toni lo sabía.

Lo dejaba hablar y hablar en sus monólogos continuos. A menudo desconectaba de la conversación y formulaba sus propios monólogos, nacidos a cuento de respuesta no verbalizada aunque profundamente elaborada en su voz interior.

No sabía si confiar o desconfiar de Toni, que estaba emocionado de ser padre de Llibert, al que él mismo había descrito como un niño ideal, espabilado, simpático, alegre, vital... Le encantaba el nombre de su hijo, saber que se parecía a él, lo imaginaba en múltiples juegos y preguntaba una y otra vez por sus gracias. Pep guardaba sus fuerzas y contenía las respuestas. Toni le daba miedo. Aparentaba que no podía hablar, que la mandíbula rota se lo impedía, y evitaba emitir ningún sonido más allá de un sí o un no y alguna frase suelta en el momento oportuno, poco más.

Toni no sólo preguntaba por Llibert, también por Magda. Que cómo estaba físicamente, si la maternidad había modificado su espectacular belleza, si había vuelto a tener novio desde que él se fue... Todo indicaba que él seguía amándola, aunque Pep también desconfiaba de eso.

Toni la recordaba a menudo como la mejor mujer con la que había estado nunca, la más guapa, la más exuberante en su desnudez, la más liberada a la hora de practicar sexo, en posturas imposibles que Pep creía irrealizables más allá de la cabeza de aquel perverso que le hablaba. Toni apenas callaba. Hablaba con él en catalán, en castellano con el joven Cárdenas y en francés con los soldados y el resto del personal, ante los que seguía fingiendo que no entendía apenas nada. Aun así, cualquiera podía oírlo hablando en todos los idiomas y Pep desconfiaba cada vez más.

Respondía lo justo, tratando de no exasperarse ante las revelaciones que escuchaba, intentando no hacer de aquel hombre el causante de todos sus problemas, aunque no podía evitarlo. Si Toni nunca se hubiese fijado en Magda, en Sitges no habrían evocado al espíritu de aquel Orsini maléfico y aterrador; y Pep no hubiera acabado nunca en la cárcel por culpa de aquella maldita publicación.

Pero Toni seguía recordando, a su antojo, recuerdos de cama con aquella novia que excitaba su cuerpo como ninguna otra, un cuerpo medido en cien mil pinceladas y en un sinfín de posturas, un cuerpo palpado en cada una de sus formas, sin recordar que el interlocutor al que hablaba era el hermano de aquella mujer. Magda.

Pep intentó no desconfiar más, quiso creer en él, entender sus motivos, aunque sin compartirlos, valorar su interés, su arrepentimiento... Hasta que le preguntó por algo que despertó de nuevo sus recelos, con mayor intensidad.

—Y tú, ¿también te has enamorado? Me han dicho que andabas con una chica de familia bien,

una tal Nuria o algo así. ¿Es cierto?

No, no lo era. La única certeza que introducía aquella pregunta era la de una nueva traición. Nadie en su círculo cercano podía haberle explicado a Toni nada acerca de ninguna relación con una mujer, y mucho menos con una de familia bien. Ni siquiera don Ramón ni don Santiago, que en cambio sí que podrían haber insinuado una relación con Martí, cuya hermana se llamaba Nuria... ¿Qué relación guardaba todo aquello? Una insinuación semejante sólo podía ser fruto de una mente policiaca, la del teniente que había recibido una carta incriminatoria en la que implicaban a una dama en el caso de las bombas encontradas el jueves de Corpus.

—No sé de qué me hablas.

—De la chica con la que te ves a escondidas, ¿no es así?

—No, te equivocas. Tina es la única mujer de mi vida —mintió.

—¿Tina? ¿Estás seguro?

—Sí —sostuvo—. Aunque mis verdaderos amores son mi hermana Magda y su hijo, tu hijo, Llibert. Si algún motivo me impulsa a vivir son ellos. Ellos son la familia que nunca tuve.

Su respuesta despertó en Toni un ligero hipo, una especie de llanto inesperado.

—Te han obligado a sonsacarme información, es eso, ¿no? Quieren que confiese una nueva mentira... ¿Por qué los ayudas?

Toni se derrumbó, cazado en su propia falta y sintiéndose culpable de un sinfín de delitos.

—Lo siento amigo... Me han prometido que liberarían a mi padre si te hacía hablar, no sé de qué va todo esto, no quiero hacerte más daño...

El daño ya estaba hecho. Un daño antiguo perpetrado tiempo atrás que seguía extendiéndose más y más como un virus altamente contagioso. El virus de una traición sin fin.

LA CONDENA

La ayuda que prometía el sindicato de carboneros se hacía esperar. A August, el sombrerero, también lo habían encarcelado y le habían cerrado el negocio, con lo que Roser se había quedado sin trabajo, y ella y el tío Pere sufrían, temiendo no poder pagar ni el alquiler ni los medicamentos. Angélica los tranquilizaba haciéndoles creer que eran los trabajadores del Español y el bueno del jefe de sala quienes le facilitaban el dinero que ella aportaba.

Sus miedos eran bien fundados. El casero de aquel edificio se personó en la casa en cuanto supo de las detenciones y exigió como nunca había hecho antes el pago por adelantado de los meses siguientes, tanto del piso como del cuartucho del terrado. Quedó gratamente sorprendido cuando la niña albina, a la que apenas había visto anteriormente, sacó de su bolsillo un billete de cien pesetas, probablemente el primero que el casero había poseído en su vida, y le pagó con creces el adelanto solicitado.

—Está visto que, en esta casa, siempre han sido las mujeres las que llevan los pantalones — añadió, antes de marcharse.

Su malintencionado comentario tenía la única voluntad de hundir, aún más, al arrendatario, el pobre Pere, enfermo e impotente ante las desgracias familiares. Ofendido, quiso levantarse de su camastro y salir a buscar trabajo, aunque cayó rodando por el suelo, entre toses, bilis y lágrimas de rabia.

—¡Ojalá me muriese ahora mismo! ¡Mi pobre hija encerrada en prisión y yo no sirvo ni para reclamar noticias tuyas!

Aquello era probablemente lo peor de la situación, no el dinero ni la humillación de un casero arrogante y maleducado, sino la imposibilidad de exigir noticias certeras y reclamar justicia. La única que cumplía con tal cometido era la tía Roser, aunque las autoridades no tomaban en serio a las mujeres que buscaban la libertad de sus familiares encerrados en presidio y tampoco les proporcionaban la información solicitada. Todo quedaba silenciado bajo el secreto de sumario que imponía la jurisdicción militar.

Con la ayuda de Benjamín, Angélica seguía buscando un abogado que mediara en lo posible entre la familia y la justicia militar, a pesar de saber que a los presos se les negaba el derecho de una defensa civil. Incluso aumentando la cifra de sus honorarios, no había picapleitos en la ciudad dispuesto a otorgar su ayuda a una pobre familia como aquélla. Los más reputados se negaban a vincularse en ningún sentido con los acusados de anarquistas o terroristas, ya que temían perder su reputación ante una sociedad indignada por los sangrientos atentados. Los más jóvenes y progresistas, republicanos o socialistas en su mayoría, estaban saturados de casos y prometían una visita inmediata que nunca llegaba.

Un mes y medio después del atentado del Corpus ya eran más de doscientos los detenidos por dicha causa, varios de ellos conocidos, amigos del grupo de teatro, entre los cuales Teresa de Claramunt y su compañero, Antonio Gurri, a los que la policía había ido a buscar al pueblo de las

montañas en que residían, y Joan Montseny, un profesor de Reus, al que habían llevado a Barcelona en conducción ordinaria, andando y esposado. El pobre Felip Cortiella, que era abogado y había prometido ayudar a Pep y a Tina, no daba abasto para recaudar dinero para todos ni encontraba la ayuda legal que requerían.

Ante tal situación, la propia Angélica se erigió como abogada del diablo mediante lo único que dominaba a la perfección: la palabra. Escribió cartas en las que denunciaba la injusticia cometida y relataba con todo detalle la verdad de lo sucedido, desvelada por Nuria Rifé. Las envió al juez, al teniente que dirigía la investigación, al nuevo gobernador, al antiguo... y también a periódicos nacionales y extranjeros, en todas las lenguas que dominaba por escrito, que eran varias. Pero aunque los días pasaban y las entregas de las misivas debían haberse hecho efectivas, nadie se hacía eco de su información, ni destapaba la mentira en la que se basaban las detenciones ni se erigía en defensa de los pobres presos inocentes que ya deberían haber sido liberados y en cambio seguían encerrados.

Pep y el tío Joan permanecían en la prisión de Amalia, uno en la enfermería y el otro en una celda que compartía con otros presos encerrados por la misma causa. A ambos les hacía llegar dinero a través del bueno de Cárdenas, que a su vez le facilitaba la información que de ellos tenían. De Magda y Tina recibía noticias a través del joven soldado sobornado por Benjamín, aisladas en las mazmorras del castillo como si fuesen las peores delincuentes del mundo. La injusticia de aquel caso no tenía límites.

Por suerte, no le faltaban las oportunidades de ganar dinero. Con sus poderes avalados por la dama escéptica en la sesión de la casa de veraneo de la señorita Gil, y gracias a los contactos de Benjamín, a la falsa niña Clara enseguida la solicitaron en los salones de diferentes familias de la ciudad.

Al principio Angélica acometió su papel con reticencia, ya que temía las represalias prometidas por la dama Rifé, aunque pronto olvidó sus amenazas y se dejó llevar vestida con los hierros en la carreta, de aquí allá, para levitar y maravillar a los espectadores adinerados que tenían el privilegio de gozar de sus capacidades.

Exigía siempre un público reducido, no más de una decena de personas, como mucho una docena, para poder acotar historias, manejar fantasmas y deslumbrar con realidades desveladas, la mayoría de ellas evidentes. En la ciudad, las familias adineradas tenían apellidos conocidos, nombres que lucían con letras grandes en los panteones del cementerio viejo de Poblenou y del nuevo de Montjuïc, elegido por los burgueses como lugar de reposo para la eternidad y donde crecían construcciones góticas, neoclásicas, barrocas y modernistas que parecían réplicas de las propias casas en el barrio del Eixample y reflejaban el gusto de cada clan.

Acudía allí a menudo, del brazo de la tía Roser y con el pequeño Llibert en brazos o correteando junto a ellas, inocente como la criatura que era. Para llegar, rodeaban el maldito castillo, en el que permanecía injustamente encerrada la madre de aquel niño que tanto sentía su ausencia. Tan cerca y tan lejos, barrada por el recinto fortificado y por un sinfín de vigías que negaban el paso a las visitas. Enterrada en vida.

Paseaban por esos y otros cementerios de las poblaciones vecinas, fingiendo que visitaban antepasados cuando encontraban a algún conocido por el camino, o que recogían unas flores

caídas cuando algún vigilante se sorprendía al verlas entre las tumbas más nobles. Roser leía nombres de difuntos y epitafios y ella memorizaba todas y cada una de aquellas palabras para utilizarlas cuando fuese necesario. Siempre, en todas las sesiones que realizaba, encontraba algún descendiente en vida de aquellos muertos. A algunos de ellos, incluso, los sorprendió recordando la fecha exacta en que sus espíritus alcanzaron el más allá. Trucos y nuevos trucos que facilitaban la credibilidad y aumentaban su fama.

Pasearon hasta que Roser volvió a coser día y noche, y ya no le quedó tiempo para acompañarla. August había sido liberado de la prisión, sin interrogatorios ni cargos, había abierto de nuevo el negocio y necesitaba recuperar las pérdidas vendiendo más sombreros que nunca.

La gallega, que la acompañaba a cada una de las sesiones fingiendo su papel de madre protectora, pensaba que Angélica era una mina de oro. Una mina que ella también quería explotar. Aunque habían estipulado una pequeña comisión para que no se sintiera utilizada, y aun a sabiendas de que todo lo recaudado se destinaba a la ayuda y mejora de los presos, y a mantener a los familiares privados de ingresos, la mujer parecía querer más. Angélica lo intuyó pronto y lo comprobó un buen día, al regresar de una casa en la que habían recaudado más de cincuenta pesetas. Con su oído fino, oyó caer en el bolsillo del delantal de la mujer varias monedas gordas, cuatro o cinco duros que ella negó haber guardado. Quiso reprochárselo, exigirle que se los devolviese, pero una voz más lúcida que la suya propia le frenó el impulso. El dinero, el maldito dinero, despertaba siempre la codicia de cualquiera, por buena persona que fuera, y fomentaba las enemistades.

No. No le interesaba enemistarse con la gallega, aunque robase a escondidas el dinero ganado. No era aquélla la estrategia que tenía que seguir. Buscó la oportunidad para contarle lo sucedido a Benjamín, que fue quien encontró el remedio al problema. Él se erigiría como representante de la joven médium y sería también él el encargado de llevar a cabo la recaudación y el reparto, sin despertar ya las sospechas de nadie. Era lógico que un hombre de teatro quisiese sacar beneficio de su propio descubrimiento e hiciese ver a quien reclamase explicaciones que su negocio era lícito.

La primera sesión que organizaron bajo ese nuevo pacto fue, precisamente, en la residencia barcelonesa de los Gil. Angélica recordó las palabras de Nuria Rifé y quiso negarse a realizarla, pero Benjamín insistió. Era una cita demasiado importante, pues no era la señorita de la casa quien solicitaba los servicios sino su padre, un rico industrial. Estaría rodeado de algunos de los empresarios más destacados de la ciudad, entre ellos el propietario del teatro Español, que quería valorar las capacidades de espectáculo de la niña médium antes de aceptar programarla en su escenario. Era una ocasión demasiado importante como para dejarla pasar.

Tratar con ellos era un asunto bien serio, y el propio Benjamín actuó de espía para informar a Angélica de los temas que podían preocupar a aquel anfitrión. Consiguió saber que recientemente había perdido a un tío octogenario en París. Un rico banquero que le dejó en herencia una enorme fortuna a la familia y que había legado la mitad de sus riquezas a la construcción de un hospital civil en Barcelona dedicado a san Pablo. Quizá quisiese establecer contacto con él...

Entre los dos repasaron noticias e indagaron vínculos, y Angélica se presentó en la casa del paseo de Gracia con mil nombres en la cabeza y la lección aprendida. Ni ella ni la gallega habían pisado en su vida una mansión tan majestuosa como aquella, e incluso sintieron vergüenza al adentrarse en las cocheras repletas de carrozas sublimes y elegantes caballos con su humilde carreta tirada por dos mulas.

Acceder al salón de la primera planta fue mucho más fácil de lo pensado, pues la casa contaba incluso con un montacargas accionado por poleas que permitió subir la silla sin ningún esfuerzo. Dentro había menos gente de la esperada, tan sólo siete personas que apenas querían saber nada de ellos mismos ni de antepasados propios, y que hablaban sin descanso de la situación política de España y de Cataluña.

Saludaron cordialmente a la niña médium y a su supuesta madre, sin prestarle la atención que normalmente recibía y sin apenas sorprenderse ante los primeros trucos que llevó a cabo para despertar su interés. La levitación de un sombrero estratégicamente colocado en una silla por su cómplice, el movimiento inesperado de las cortinas corriéndose y descorriéndose, el eco agonizante de una voz de ultratumba sonando en la lejanía... Aquél no era un público fácil y comprobarlo le provocó un nerviosismo incontrolado y una temblequera que, entonces sí, llamó la atención del anfitrión.

—¿Estás nerviosa, pequeña? —le preguntó—. Quieres acabar cuanto antes, ¿es eso, no? Pues venga, empecemos.

No le pidieron establecer contacto con ningún espíritu en concreto, ni tíos muertos en París ni familiares lejanos. Les era igual quién apareciese en la sesión, mientras les dieran respuestas al único asunto que parecía preocuparles: ¿acabaría rápido la guerra en ultramar?

El tema la sorprendió. Estaba tan obcecada en su propia lucha que apenas recordaba que el país mantenía una guerra en Cuba. Angélica fingió un trance profundo mientras recapacitaba sobre la cuestión. La guerra, iniciada el año anterior para acallar a los insurgentes que reclamaban la independencia de la isla caribeña de la patria colonial europea, despertaba reacciones enfrentadas entre unos y otros. La opinión pública, expresada por partidos políticos y prensa nacional, defendía la soberanía española sobre Cuba, alegando la supuesta legalidad constitucional española, aunque a Angélica aquella tesis la sulfuraba. Y a su público, catalanes que podían tener inversiones en las colonias, lo único que podía interesarles del tema era saber cuándo llegaría el fin de la contienda y el bando ganador. Hacia ahí debían ir sus argumentos. Alzó la voz y dejó que un supuesto espíritu masculino, hablando en catalán con acento caribeño, tomara la palabra.

—Si se hubiese aprobado el estatuto de autonomía que reclamaban los cubanos, se podría haber evitado esta situación...

—Ya, ya, eso ya lo sabemos —alegó sin la más mínima sorpresa uno de aquellos hombres—. ¡Cuéntanos algo que no sepamos!

Angélica hizo ver que no se inmutaba, aunque exprimió su cerebro para exponer un argumento contundente y creíble que dejara boquiabierto a aquel nuevo escéptico.

—Negar el estatuto en Cuba ha supuesto el inicio del fin, pero no el fin de la guerra si no del imperio colonial. Este litigio no sólo favorece los intereses de los Estados Unidos, sino que, además, les da pie para que entren en la contienda cuando les parezca conveniente...

—¿Estados Unidos? ¡Imposible! A los yanquis no les interesa una guerra con España, ¡ni hablar!

—¡Dios te oiga! —añadió otro de aquellos hombres—. Como esta médium tenga razón, los españoles ya pueden salir corriendo.

—¡Señores, por favor! —Benjamín intentó poner orden—. No pueden interrumpir el trance, ya comentarán después.

Angélica fingió que perdía el contacto establecido con aquella presencia y que lo retomaba retorciéndose en contorsiones corporales y poniendo los ojos en blanco, todo para elevar la tensión del espectáculo. Funcionó. Todos guardaron silencio y ella pudo continuar hablando, con voz masculina.

—España perderá la guerra, pueden estar seguros. La contienda será larga y morirán muchos soldados inocentes, en batalla o asediados por enfermedades que ni imaginan, y perderán mucho dinero y esfuerzos por el camino...

—Pero ¿quién habla que sabe tanto? —volvió a interrumpir el hombre escéptico.

—Mi nombre es José Martí. Nací en La Habana, pero soy hijo de un valenciano, Marià Martí. Yo fui el fundador del partido revolucionario cubano, el iniciador del alzamiento en la isla, y aunque me dieron muerte al poco de iniciar el enfrentamiento, mis hombres y todo mi país sigue luchando en mi lugar.

Hubo una ovación y un sentimiento de espanto generalizado. El espíritu al que acercó la niña era conocido por todos y, aunque no era santo de devoción de ninguno de ellos, sus palabras auguraban los peores miedos de cualquier empresario.

—Si estaban pensando en realizar inversiones en Cuba o en Puerto Rico ya pueden olvidarse. Y si tienen intereses allí, liquídenlos. Estados Unidos no dejará pasar esta oportunidad. Los españoles tienen los días contados en la isla caribeña.

No tenía nada más que aportar y simuló que perdía definitivamente el contacto. Su respuesta ya había sido demasiado arriesgada. Si hubiera sido por ella, hubiese puesto el punto final a la sesión en aquel mismo momento, pero el anfitrión no lo permitió.

—Necesito un consejo con visión de pasado y de futuro. Mi grupo de amigos me pide que me sume a un nuevo partido político, Unió Catalanista, y no sé si la adhesión sería buena o no para mi familia y nuestros negocios. ¿Crees que tus espíritus me podrían asesorar al respecto?

La pregunta despertó en su cabeza incontables voces, que aportaban alegatos propios, todos a favor, probablemente oídos en discusiones familiares. El tema le resultaba conocido pues, en casa, el tío Pere seguía a través de la prensa los avances de los republicanos catalanistas, que tanto él como su hermano Joan admiraban. Sin embargo, no recordaba el nombre de ningún político muerto favorable a dicho movimiento y optó por dar paso a una voz anónima, masculina, fingiendo el consabido trance.

—La unión hace la fuerza —alegó, sin controlar muy bien lo que decía—. España es la nación y Cataluña es la patria, una patria a la que se le niegan sus fueros históricos. Los pocos derechos recuperados con tanto esfuerzo se perderán una y otra vez. Hoy, como ayer, se reclama desde aquí la devolución de las constituciones catalanas y mañana se seguirá reclamando lo mismo, con poco éxito. Pero Cataluña no es Cuba, no señor, y los intereses económicos pesan más que los ideales patrióticos. Usted duda porque teme perder su fortuna, que crece mejor al amparo de España, como la de tantos ricos catalanes. Algo que sabe aprovechar el Gobierno central. Por mucho que se una con el corazón a la patria, su cartera seguirá los dictámenes marcados por el poder de la nación. Y la represión será cada vez más dura. Hoy han prohibido que se hable por teléfono en

catalán y mañana, y de nuevo pasado mañana, prohibirán también que se escriba en dicha lengua en los medios de información...

Su respuesta no gustó y desató la ira de la mayoría de los presentes, lo que ayudó a poner punto final a una conexión que a la propia Angélica le disgustaba. Ella hubiese preferido expresarse en otros términos, aportar una valoración positiva y alegre, favorable al anfitrión, pero las voces incontroladas en su cabeza no se lo permitieron y la jaqueca explotó, obnubilando cualquier intento de lucidez o raciocinio. Un llanto descontrolado rompió su trance y la capacidad de seguir generando espectáculo. No podía continuar, imposible, era incapaz de seguir fingiendo, si es que fingía realmente, ni de practicar el complicado número de levitación con el que cerraban habitualmente las sesiones. Intentarlo hubiese comportado un fracaso estrepitoso.

Benjamín lo entendió y medió a su favor. Le aclaró al anfitrión y a sus invitados que las respuestas no eran responsabilidad de la médium, sino de los espíritus invocados por ellos mismos, y los alertó del tremendo desgaste que su aparición había provocado en una niña como ella.

Aquel final inesperado comportó que la recaudación fuera muy inferior a lo acordado. Con el anfitrión de mal humor, el grupo crispado y sin la levitación prometida, el mayordomo saldó cuentas con una cantidad ridícula, veinte miserables pesetas, que, según él, cubrían con creces el desplazamiento y la incompleta sesión.

Un fuerte sentimiento de fracaso los acompañó en su salida de aquella mansión, con la cabeza gacha y el ánimo caído. Nada había ido como ellos esperaban, pero aún no habían visto lo peor.

En la calle, esperando en guardia en una esquina del paseo de Gracia, tres hombres armados barraron el paso de la carreta, asustando a las mulas.

—¿Qué pretenden de nosotras? —gritó atemorizada la gallega.

—¡Quedan detenidas! —espetó uno de aquellos hombres, apuntándolas con una pistola de cañón corto.

—¿Nosotras? Pero ¿qué hemos hecho?

La gallega no entendía el motivo de aquella emboscada incomprensible, pensaba que todo era a causa del fracaso de la sesión de espiritismo acabada de realizar. Sin embargo, Angélica entendió rápidamente el sentido de la situación. Aquellos tres hombres sólo podían ser los matones a sueldo del tal inspector Freixa, alertados de su presencia en la residencia de los Gil por la dama Rifé.

Benjamín, que se había retrasado en su salida de la casa para despedirse cortésmente, no tardó en acudir en su ayuda, aunque de poco sirvió.

—¿Qué pasa, señores? ¿Qué quieren de estas mujeres? —preguntó.

—Usted no se meta en este asunto —le soltó uno de ellos—. ¡No le concierne!

—Por supuesto que me concierne —afirmó, valiente—. Ellas son mis protegidas.

—Entonces usted también queda detenido —respondió el hombre sin dejar de apuntar con su pistola—. Ahora mismo nos van a acompañar todos a comisaría.

—¿Cuál es la acusación, si se puede saber?

—Esa niña, la falsa médium, está implicada en el abandono de dos bombas la noche del jueves de Corpus. Nosotros mismos la vimos con otro anarquista.

—¡Eso es falso! —se defendió Angélica—. Lo único que pretendéis acusándome a mí es salvar vuestro propio pellejo.

—¡Será tu palabra contra la nuestra!

—¡Señores, señores, haya paz! —intervino de nuevo Benjamín—. ¿Pueden enseñarme la orden de detención?

—¡No la necesitamos!

—No pueden detener a nadie sin una orden del juez.

—¿Quién se cree usted que es?, ¿eh? ¿Un abogado justiciero?

—No —respondió Benjamín—. No soy abogado, pero si es lo que buscan, puedo hacer venir a uno de los más prestigiosos de la ciudad. Se encuentra en esta misma casa...

—¡Ya le he dicho que no se meta en esto, no va con usted! ¡Sólo queremos llevarnos a la niña y a su madre!

—Pues no pienso permitirlo.

Angélica aprovechó el momento para fingir un aparatoso trance, acompañado de convulsiones y de una voz como salida de ultratumba que fingía ser la del abuelo Rifé, un abuelo enfadadísimo.

—¡Sois unos timadores! —vociferó—. ¡No habéis sabido cumplir con la misión de matar al heredero Rifé, pagada con creces, y ahora acusáis a los inocentes de vuestras propias culpas!

Su falso gesto halló rápido la respuesta buscada. Uno de aquellos hombres se deshizo en nervios y explotó en balbuceos de congoja, aportando nuevas explicaciones.

—¡No pudimos! ¡La dama no nos lo permitió!

—¿La dama? —continuó Angélica, fingiendo ser el espíritu conocido y temido por los hombres—. Ella sí que es inocente. ¡Vosotros os quedasteis la tercera bomba y la utilizasteis para hacer el mal! ¡Y a vosotros os vamos a denunciar!

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Ella se la quedó! Ella y sólo ella es la culpable...

—¡Calla de una vez! —El portavoz del trío silenció a su compañero con una sonora bofetada—. ¿Estás loco o qué?

Enfrentarlos era la única solución posible para salvarse. Angélica azuzó aún más la contienda, con nuevos argumentos para conseguir que el arrepentido se revelase ante su compañero.

—¡Fuiste tú! ¡Tú robaste la tercera bomba!

—¡No! —gritó él desde el suelo—. La dama quería la bomba para tirarla ella misma en el interior de su casa y acabar así no solamente con la vida de su hermano sino también con usted y el resto de espíritus que la atormentan. ¡Ella es la única culpable!

Ahí estaba la respuesta buscada desde hacía tantas semanas. La única culpable de que Magda, Tina, Pep y el tío Joan hubiesen acabado en la cárcel era una dama rica con el dinero suficiente para comprar incluso a las fuerzas del orden.

Benjamín aprovechó el momento para sacar las veinte pesetas que llevaba en el bolsillo y entregárselas al cabecilla.

—Tenga —le dijo—. Coja este dinero y no hablemos más del tema. Váyanse de aquí y déjenos tranquilos.

—¿Cree que con esta miseria se va acabar todo? La médium miente y nadie la creerá. Si intentase inculparnos, nosotros personalmente nos ocuparíamos de silenciar su voz para siempre.

La puerta de la mansión se abrió y unos pasos se acercaron hasta ellos. Era el empresario del teatro Español, que había escuchado los gritos y había acudido inminentemente en ayuda de su hombre de confianza.

—¿Cuál es el problema? —preguntó a Benjamín.

—Estos hombres pretenden detenernos y chantajearnos.

Apenas habló. Sacó un fajo de billetes de su chaleco y le tendió un par a cada uno de los falsos policías.

—Váyanse de aquí ahora mismo y no vuelvan a aparecer ante nosotros. ¿Entendido?

El cabecilla aceptó el dinero, pero no arredró su intención. Envalentonándose aún con la niña, lanzó su última amenaza.

—Cerraremos la boca, por ahora, y no detendremos a esta farsante. Pero ella también debe mantener el pico cerrado y largarse de aquí. Si vuelve a aparecer en cualquier casa o lugar público de esta ciudad la detendremos *ipso facto*. Y, quizás, haremos que tenga un accidente antes de llegar a comisaría.

La amenaza era demasiado seria como para obviarla. El empresario lo entendió antes que nadie, y se lo hizo ver a su buen amigo. El espectáculo de la niña médium nunca pisaría el escenario del Español, no era conveniente. Ni tampoco lo era que siguiera ejerciendo de espiritista en los salones privados de aquella ciudad, no si tenía problemas con la justicia y mucho menos si de su boca salían tan sólo predicciones agoreras que acababan con los ánimos de los asistentes. Barcelona no era su lugar.

Nunca un susurro ajeno le había dolido tanto. La explicación de aquel hombre era mucho más implacable que cualquier revelación visionaria de los espíritus del más allá. Su vida en aquella ciudad había tocado fin.

Otro susurro, esta vez al oído, hizo leña el árbol caído:

—Yo tampoco quiero implicarme en nada de esto nunca más —le dijo la gallega, asustada—. Creo que no deberías volver conmigo al Poble Sec. Pones en peligro a Roser y a los demás.

Sin ellos, Angélica no era nadie. Sólo Benjamín reavivó un ánimo que parecía muerto.

—No te preocupes —murmuró—; yo nunca te abandonaré.

Aquel día no amaneció. Las nubes estaban tan bajas que parecían entrar por el ventanuco de la mazmorra envolviéndolo todo en una niebla oscura y temerosa. La sensación de bochorno húmedo arrastrada desde hacía semanas, en pleno verano caluroso, se convirtió de pronto en un manto gélido azuzado por el frío viento.

Magda se cubrió los hombros con la toquilla, deshizo el hatillo, escondió sus pertenencias bajo el jergón y se envolvió con el paño a modo de manta. Ya había engullido el desayuno y paseaba por la mazmorra como el animal enjaulado que era desde hacía más de cuarenta días. Miraba el resquicio de cielo que atisbaba a través del ventanuco sin encontrar ni rastro del alivio que buscaba en el exterior. Los relámpagos rompían cada vez con más frecuencia la oscuridad grisácea y los truenos se acercaban a buen ritmo. La anunciada tormenta dejó caer en tromba todo el agua que había reprimido desde hacía horas. Goterones acompañados de grandes bolas de granizo que el viento empujaba al interior de la mazmorra a través de las rejas.

Llovía con tal fuerza que el ventanuco se convirtió pronto en un torrente por el que corrían las aguas rampa abajo. En el suelo se formó un charco que creció a gran velocidad y que se extendió hasta empapar el jergón. Sacó apresuradamente la Biblia y sus cuatro pertenencias del escondite que había creído seguro, formó un hatillo con el paño que le había cubierto la espalda y lo envolvió todo. Se descalzó, metió dentro también los botines para mantenerlos a salvo y colgó el fardo en una de las argollas que pendían del muro con un fuerte nudo. Levantó el jergón del suelo, lo inclinó contra la pared y lo sujetó con el peso del hatillo para que mantuviese la verticalidad sin necesidad de ayuda.

Sin paño a modo de abrigo en los hombros y descalza, el frío penetraba en su cuerpo con intensidad a través de sus pies mojados y no encontraba la manera de protegerse. Hizo un nudo en las faldas para que quedarán acortadas por encima de las rodillas y así evitar que se empaparan, y buscó a su alrededor algún resquicio de suelo aún seco. No había ninguno. El agua inundó la estancia por completo. No sólo se colaba por el ventanuco sino también por el único desagüe de la mazmorra, por el que a menudo entraban y salían ratas y que ahora regurgitaba aguas podridas. El cubo metálico que le habían dado para el aseo era el único mobiliario que tenía allí dentro y lo utilizó como mejor pudo. Lo puso boca abajo y se subió en él como si fuera un banquillo, recostándose contra el jergón húmedo en su equilibrio vertical.

Pensó en su hijo, su pequeño Llibert al que tanto echaba de menos. Esperó, deseó, que estuviese a buen resguardo en el piso, con la tía Roser cuidando de él como una buena abuela. Sabía que en el Poble Sec, cuando caía un diluvio semejante, las calles empinadas se convertían en torrentes por los que el agua circulaba con gran fuerza arrasando con todo a su paso. No había carreta ni mula ni persona ni criatura que resistiese la embestida del agua.

Aquel barrio empinado en la montaña, del que siempre había querido huir y al que ahora deseaba regresar con todas sus fuerzas, no era ni mucho menos el mejor lugar para criar a un niño,

especialmente en la ausencia de padre y madre. Su pobre Llibert no merecía el destino que le había tocado, tan injusto desde el momento de su misma concepción. Pensar en él le provocó tal congoja que inundó sus ojos de lagrimones, tan grandes como las gotas que caían del cielo y encharcaban aquella mazmorra.

Permaneció así un buen rato, más de una hora, encaramada en el cubo y llorando por su hijo y por su propia suerte mientras el agua crecía y formaba una balsa a sus pies. La lluvia torrencial y los rugidos de un mar enfurecido, al fondo, era lo único que oía en el exterior. Ni voces de guardianes ni celadores, ni toques de corneta, ni avisos alertando del desastre ni nada que pudiese indicar que su problema le importaba a nadie.

Oyó un fuerte estornudo. Era de Tina, al otro lado del grueso muro que las separaba. Al primero le siguió un segundo, un tercero, un cuarto y así hasta estornudar por lo menos quince veces. Su mazmorra también debía de estar inundada con más de un palmo de agua, sin lugar a dudas, y ella sufriría el repentino frío con la misma desazón.

Cerró los ojos. Deseaba estar en otro lugar y acabar con la pesadilla, y gritó en su fuero interno pidiendo, suplicándole a Angélica y a todos los espíritus que la niña invocaba, que las ayudaran a salir de allí dentro.

Cuando la lluvia empezó a amainar se reavivó la vida en el exterior. El agua se había filtrado por todos los rincones de aquel castillo y los soldados debían achicarla siguiendo órdenes estrictas. Un par de ellos penetraron en el túnel de la risa, tan inundado como las mismas mazmorras, y sus voces llenaron el vacío. Ninguno de los dos quería estar allí dentro, haciendo lo que les habían mandado, y despotricaban contra los oficiales de la Guardia Civil, que eran los encargados de la vigilancia de la zona y que habían salido corriendo con la primera gotera y habían dejado el trabajo sucio en manos de los jóvenes militares.

Magda sintió una gran alegría cuando oyó que a las dos voces primeras se les unía una tercera: la de su soldado querido, el joven que la había visitado en cada una de sus rondas nocturnas desde aquel primer fin de semana de junio, hacía más de un mes, y que le llevaba a través del ventanuco elevado noticias frescas del exterior y el consuelo que nadie más le ofrecía allí dentro. Víctor, se llamaba. Se ofreció como voluntario para ayudar a sus compañeros, que agradecieron su colaboración desinteresada, aunque ella sabía que él lo hacía para verla. No tardó en acudir en su socorro y en abrir el portalón de su mazmorra. Un mozarrón muy alto y corpulento. Era la primera vez que se encontraban frente a frente.

Calzaba unas botas altas que lo protegían del agua y, al verla encaramada en el cubo, tiritando nerviosa como una niña asustada, no pudo evitar sonreír. Una sonrisa emocionada que por un momento le hizo olvidar a Magda el calvario de su aislamiento. Él achicó el agua del suelo a su paso y se acercó hasta ella, encorvado, mirándola, esta vez, desde abajo y conteniendo las ganas de rescatarla como si fuese el galán de uno de aquellos sainetes románticos que ofrecían en el teatro Español.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Sólo dos palabras que la calmaron más que cualquier medicación que hubiese podido recetarle un médico. Sí, estaba bien, sana y de nuevo entusiasmada, sonriente ante un hombre que la hacía sentir viva.

Ella lo besó, en la mejilla, en cuanto él alcanzó su altura y le tendió el brazo para ayudarla a bajar de aquel podio improvisado en el que seguía encaramada. Un beso suave al que él respondió con otro rápido, en los labios, intenso y nervioso. Un beso que deseaba convertirse en otro y en otro y en otro, reprimido por la voz recién llegada al túnel, la de Manrique, el cabo de la Guardia Civil.

Los dos se asustaron, separaron sus cuerpos sin consumir la intención del acercamiento y disimularon sin mirarse. Víctor se agachó para retomar el empuje del agua con el cubo y Magda permaneció en su podio mirando la mazmorra desde las alturas. Era lógico y de esperar que acudieran por fin sus carceleros desaparecidos. Oyó los pasos firmes del cabo, vio su figura pasar de largo la puerta de su mazmorra, intuyó que se detenía ante la siguiente, donde estaba Tina, y oyó abrirse los candados.

Miró a Víctor señalando la pared que la separaba de su amiga y aprovechó unas toses para preguntarle por ella con un susurro.

—¿Está muy mojada? No para de estornudar...

—No, qué va —respondió él—. Tiene por cama un banco de piedra, el agua no la tocó. Pero está medio enferma y con esta tormenta ha cogido un gripazo.

No pudieron hablar más, la aparición de sus compañeros lo impidió. Él continuó achicando agua en silencio, junto a los otros dos soldados, saliendo y entrando de la mazmorra cargado con cubos llenos o vacíos y trapos secos o empapados. Ella permaneció encaramada y recostada en un jergón dispuesto en vertical, intentando descifrar lo que ocurría al otro lado de la pared. Oía al cabo Manrique hacerle mil preguntas a Tina, aunque hablaba flojo y no lograba entender ni una palabra. La interrogaba a menudo, le preguntaba por Pep y por otros actores, siempre en susurros y probablemente torturándola. Y ahora estaba interrogándola de nuevo y debía de hacerle daño, porque ella gemía como un animal herido.

Pensó en los tormentos de los que había oído hablar cuando sucedió el caso del Liceo. Se decía que, a una de las detenidas durante el proceso, la habían torturado para extraerle información estirándole los pezones con hierros candentes y causándole el dolor más intenso que una mujer puede sufrir. Quiso descartar rápido que fuera eso lo que le sucedía a Tina. Nunca la había oído gritar de dolor ni de furia ni de rabia, sólo quejarse con sollozos y gemidos, toses y estornudos. ¿Qué le haría?

Cosquillas, en los pies. Eso pensaba Magda, cada vez con más certeza. Aquella era la tortura que daba nombre al túnel de la risa, el método para sonsacar a los delincuentes la información que buscaban. Cosquillas que no provocaban risas.

Aprovechó la primera oportunidad que tuvo para preguntarle de nuevo a Víctor.

—¿Está atada?

—No, no siempre. Sólo a veces.

A veces. Estaba claro. Cada vez que la visitaba el cabo Manrique. La ataba de brazos y piernas a las argollas fijadas al banco de piedra y le hacía cosquillas en los pies mientras la interrogaba. Tina apenas respondía. Guardaba como una valiente sus secretos, sin hacer confesión ninguna. ¿Qué le preguntarían? ¿En qué delito más la implicarían? Magda apenas descifraba palabras o expresiones sueltas. Chinche de fábrica, el término despectivo con el que el cabo se dirigía a su amiga. Algunos nombres que destacaban entre las preguntas del inquiridor, especialmente Nora, que Manrique repetía a menudo con ardor enfurecido, como si hubiese visto

la obra y la odiase profundamente. Y Pep, también mencionaba a menudo su nombre. Poco más. Sufría al oírla toser y estornudar, una y otra vez, entre un gemido, un quejido y un grito ahogado.

La puerta de su mazmorra estaba abierta, apenas quedaba un charco en el suelo, los soldados andaban más allá de la reja, trajinando cubos, y ella aprovechó la ocasión sin reflexionar. Quería salir al túnel para intentar ver con sus propios ojos lo que le hacían a Tina en la mazmorra contigua.

Saltó al suelo descalza e hizo que se cayera el cubo estrepitosamente. Sus rodillas entumecidas se doblaron mal, sus pies temblorosos resbalaron en el suelo mojado y toda ella se dio de bruces sobre la piedra. Tuvo el reflejo de contener la caída con las manos y los brazos, y así evitó el golpe seco en la cara. El jergón se le cayó encima y amortiguó el grito de dolor; lo ahogó.

Víctor acudió en su ayuda y la liberó del colchón que la oprimía. Cuando intentó levantarse, ya tenía a su lado a otro de los soldados y a un guardia civil, Flores. Los tres la miraron con candor y la ayudaron. La alzaron en volandas y Víctor se ocupó de sujetarla por la cintura para evitar que se desplomara.

El cabo Manrique, preguntando a gritos por la causa del estrépito, abandonó la mazmorra de Tina para acudir a la de Magda. Sonrió al entender lo que había sucedido y la miró desde el umbral con un gesto sarcástico, ajustándose el pantalón.

—¿Tienes zapatos? —le preguntó.

Magda tardó en contestar. Tenía los botines en el hatillo colgado de los grilletes de la pared, con los tesoros de una Biblia perforada con cajones y compartimentos interiores esparcidos en desorden fuera de su escondite secreto. Miró a aquel hombre sorprendida, inclinando la cabeza con un gesto afirmativo. Era obvio que tenía zapatos, los llevaba puestos cuando la metieron allí dentro.

—Pues pónelos —ordenó él—. Te vienes con nosotros, tienes visita.

La sorpresa la dejó sin respiración unos segundos. ¿Visita? Angélica habría obrado el milagro. Dio un salto, descolgó el hatillo al vuelo y lo abrió por un extremo. Sacó primero un botín y luego otro, y se calzó, sin remilgos en un santiamén, sin hacer caso de que los pies estuvieran mojados.

Todavía se filtraban gotas por el ventanuco y colgó de nuevo el fardo con el resto de sus pertenencias donde había estado, para mantenerlo seco. Mientras ajustaba el nudo, de puntillas, notó las miradas de sus carceleros recorriendo sus piernas, a medio cubrir, y pensó en deshacer inmediatamente el apaño que le sostenía las faldas mojadas y remangadas. Ese pensamiento la impulsó a desajustar lo ajustado. El hatillo se le cayó encima y estuvo a punto de caer. Víctor, que continuaba a su lado, custodiándola, la retuvo, a ella y al bulto, antes de que tocasen suelo. No pudo evitar levantarle las faldas al sostenerla, dejando por completo sus piernas y su trasero al aire. La visión provocó una risa tímida y sostenida en el otro soldado, que contagió al guardia civil, lo cual aumentó la risa, que ambos disimularon mirando al suelo; y salieron de la mazmorra intentando reprimir una carcajada.

Un gesto serio y rápido en los ojos de Víctor la impulsó a recuperar el hatillo, colgárselo disimuladamente bajo el brazo, dejar caer las faldas con recato y mantener la compostura. Llevaba toda la ropa puesta y el único bulto pronunciado era el del gran libro sagrado, que se ajustó a la espalda.

El cabo no contempló aquella situación porque no esperó en la puerta mientras ella se

preparaba. Regresó a la mazmorra de Tina y permaneció allí. Lo oyó susurrar algunas palabras que Magda, nerviosa perdida por salir, no logró entender. Era una despedida que no obtuvo respuesta. Cerró los cerrojos que encarcelaban a su amiga en la mazmorra contigua y regresó hasta su umbral. Lo hizo llamando a los soldados a gritos y dando órdenes para proceder con el traslado de la presa, Magdalena Poch. La otra no tenía visita ni derecho a salir.

Vio perfectamente a Víctor pasarle varias monedas bajo mano. Manrique las aceptó asintiendo con la cabeza y se las guardó en la faja, bajo el cinturón que sostenía sus armas; una faja y un cinturón que antes no llevaba. En lugar de agradecer el soborno, con un gesto el cabo le ordenó al joven soldado que engordara también los bolsillos del otro guardia civil. Su amado galán obedeció sonriente y depositó más monedas en la mano de Flores, que se extendía ante él pidiendo su parte de recompensa. Gracias al soborno y a que conocía bien la fortificación logró ser el encargado de guiar a la pareja en el traslado de la presa, si bien el cabo no le permitió sujetarla del brazo, como él pretendía. Esa misión le correspondía a la Guardia Civil y no a un soldado militar. Aun así, Víctor pudo asistirle en el pasillo y en las escaleras, y tomarla de la mano en diversas ocasiones durante el recorrido desde las dependencias más profundas de aquel castillo.

Al salir del hoyo y acceder a la superficie buscó el sol, pero no lo encontró. A través de las verjas que la separaban del patio de armas sólo se atisbaba un cielo nublado que ennegrecía el entorno cerrado y lo hacía aún más opresivo. La oscuridad la inquietó. Víctor le tendió la mano y Flores, que la asía del otro brazo, les permitió que caminaran sin soltarse un buen trecho de pasillo abovedado. Magda agradeció el afecto, el calor del contacto, la suavidad del tacto de la piel ajena, la posibilidad de ofrecer y recibir amor en un pequeño gesto. No pudieron cruzar palabra. La condujeron hasta una puerta que él abrió invitándola a pasar. Era la cantina.

Lo que le aguardaba en el interior le causó una enorme sorpresa realmente inesperada. Un guiso de arroz con conejo y pimientos verdes y rojos que le hizo salivar, un bollito de pan e, incluso, un vaso de vino, bien dispuestos junto a una cuchara y una servilleta limpia sobre una mesa. Todo para ella.

Flores la soltó y le permitió sentarse. Él también salivaba.

—Come rápido, anda —la apremió—, que te esperan en las oficinas.

Bebió un sorbo de vino, que le supo a fuego y encendió una chispa en sus mejillas, y saboreó con delicadeza aquel arroz succulento, un verdadero manjar después de tantos días a base de cocido aguado y duros mendrugos. El bollo de pan tierno se lo guardó en el bolsillo de la falda, para después. Cuando acabó, se limpió suavemente los labios con la servilleta, como si estuviera en un restaurante, y se levantó reconfortada. Quería preguntar por la identidad de su visita, aunque no se atrevió. Temió que fuera el teniente, al que hacía demasiados días que no veía. O el juez, a quien no había vuelto a ver desde el careo con el preso italiano. En cualquier caso, la presencia de Víctor a su lado la tranquilizaba y la llevaba a descartar aquellas opciones. Con él y el cabo abriendo paso, y Flores sujetándola por el brazo, Magda recorrió de nuevo pasillos y dependencias hasta llegar a un gran despacho con los portales abiertos.

No le sorprendió descubrir en el interior a Benjamín, el jefe de sala del Español, hablando con el gobernador del castillo. A quien le chocó encontrar allí fue al pintor don Ramón, en una amena conversación con el teniente de la Guardia Civil, el mismo que la había humillado obligándola a desnudarse para recrear las escenas captadas por su pincel.

El cabo se adelantó al resto del grupo, se cuadró ante su superior y saludó a los demás

presentes.

—Aquí tienen a Magdalena Poch —informó, señalando la puerta.

—Hágala pasar —ordenó el gobernador.

El guardia que la escoltaba la condujo hasta la butaca indicada por el anfitrión de aquel castillo, en el centro de la sala, dispuesta frente a las que ocupaban él y Benjamín. Don Ramón y el teniente permanecieron en pie, junto a la ventana del fondo, sin interrumpir su diálogo y, aparentemente, sin prestar atención a la llegada de Magda.

Ella buscó en los ojos de Benjamín una explicación a aquella insólita situación, aunque fue el gobernador, de nuevo, quien tomó la palabra.

—¿Cómo está, muchacha? ¿La tratan bien en estas dependencias? —le preguntó, invitándola a sentarse.

Apenas respondió. Asintió con un ligero movimiento de cabeza, se sacudió la falda aún húmeda y obedeció la orden, dejando caer su cuerpo fatigado y dolorido en el mullido asiento que le ofrecían.

—Estos dos señores, ilustres ciudadanos que usted tiene el gusto de conocer, están preocupados por su bienestar y se han personado en el castillo solicitando verla —la informó el anfitrión—. ¿Está usted conforme?

—Sí, sí, por supuesto —susurró ella, intimidada.

—Dada la anómala situación, me he puesto en contacto telefónico con el juez, que ha dictado que dispongan de quince minutos...

Entonces el teniente, cortando el hilo de su conversación con don Ramón, alzó la voz interrumpiendo al gobernador.

—Siempre y cuando esté presente una autoridad de la Guardia Civil —profirió—; yo mismo.

—Por supuesto, por supuesto —afirmó el gobernador—. Eso era justo lo que iba a añadir. En todo caso, yo me retiro. Señores, les cedo mi espacio para que estén ustedes cómodos.

El gobernador se levantó de su asiento y salió del despacho. Al pasar junto a ellos, les ordenó a Víctor, al cabo y a Flores que salieran. Mientras el teniente cerraba las puertas, Benjamín le tendió la mano a Magda en un saludo rápido. Ella la encajó con afecto y una sonrisa agradecida, aunque notó un pinchazo en el brazo que la alertó del peligro. Su jefe, con un gesto certero, le había introducido un pergamino rígido en la manga y el teniente no debía percatarse de que aquello había sucedido.

Don Ramón tomó asiento frente a ella con una mirada cómplice. Él sí que se había percatado. Distrajo el momento con un saludo cortés y hablando con su voz grave.

—¿Cómo estás, Magda? —le preguntó.

—Lamento verlo aquí, don Ramón, después de tanto tiempo —balbuceó ella, a modo de respuesta.

El teniente, al oírla hablar, ladeó el bigote, se acercó hasta su butaca, en silencio, y clavó su mirada despectiva en ella. Las mejillas de Magda se incendiaron y el miedo le recorrió el cuerpo.

—Yo también lo lamento —prosiguió don Ramón, distendiendo la tensión—. Fui ayer al Español y en cuanto Benjamín me informó de tu detención decidimos personarnos aquí para saber de ti.

—Ya... —Ella bajó la cabeza, procurando olvidar la presencia del teniente, firme a su lado y sin quitarle el ojo de encima—. Me ha extrañado verlos a los dos juntos...

—La unión hace la fuerza —soltó jocoso don Ramón—. Estamos aquí para intentar ayudarte.

—¿Van a dejarme en libertad? —murmuró nerviosa.

—Tanto tu jefe como yo les hemos comunicado a las autoridades que creemos firmemente en tu inocencia. —El pintor recuperó la seriedad en la voz y la miró con ojos benevolentes—. Unos asuntos en secreto de sumario, que no nos han podido revelar, impiden aún tu puesta en libertad. Según la justicia, debes seguir encerrada porque al parecer, ahora mismo, tú sabes demasiado del caso y no les conviene que se filtre información al exterior. En prisión preventiva y en aislamiento. Pero queremos que sepas que nosotros declararemos a tu favor y haremos todo lo posible para agilizar el proceso. Esperamos que tu libertad llegue en breve, y así se lo comunicaremos a la reina, si hace falta.

—Gracias don Ramón, se lo agradezco mucho. Y a usted también, don Benjamín. —Sollozó extendiendo los brazos hacia los dos, sin poder siquiera rozarlos.

Cruzaron algunas preguntas más y sus escuetas respuestas. Llibert estaba bien, cuidado por la tía, y sus compañeros del teatro habían hecho una colecta para que no les faltase de nada. Por lo demás, pocas alegrías. No había libertad para ella, al menos por el momento. Debía esperar allí como mínimo un par de semanas más, toda una eternidad.

—Señores, su tiempo se está acabando —interrumpió el teniente, con su afán de estropear el encuentro.

No habían pasado los quince minutos acordados y sus visitantes discutieron por ello con la voz de la autoridad que se imponía. Aunque Magda entendió que, ante la presencia del teniente, la conversación no evolucionaría mucho más allá y que todas las respuestas que aquellos dos hombres podían darle se hallaban en su propia manga. En el pergamino introducido allí por su jefe con un gesto brusco y seco, en estocada, como si del as de un truco de magia con cartas se tratara.

Antes de despedirse, don Ramón la informó de que marchaba de viaje a los pocos días, a finales de mes, y dejaría su caso en manos de confianza. Benjamín también se despidió como si lo hiciera para siempre, aunque no lo dijo. Apenas pronunció ninguna palabra. La miró de arriba abajo resiguiendo su contorno, como si en lugar de mirarla a ella contemplase su aura, y le lanzó una tierna sonrisa acompañada de una inclinación de cabeza.

La puerta se abrió y entró el gobernador, que se ofreció a acompañar a las visitas hasta la salida del castillo. Ellos, ya en pie, don Ramón con su sombrero de ala ancha en una mano y la pipa apagada en la otra, y Benjamín, con su chistera y el bastón entre las dos, aceptaron el ofrecimiento y desaparecieron para no volver. Libres.

Magda permaneció en su butaca unos instantes, junto al teniente, que, en pie, contempló como ella la fría partida. Apenas la miró, pero sí la interrogó.

—¿Te ha gustado tener visita? —Ella no contestó.

El pergamino en la manga, el hatillo con la Biblia en la espalda y los tesoros bajo el brazo la perturbaban.

—Has tenido suerte de ser guapa y de estar bien considerada en tu trabajo...

No finalizó la frase. El cabo y Flores, con Víctor, que caminaba tras ellos, se personaron en la sala y truncaron el discurso. Para efectuar el traslado de la presa, de nuevo, según dijo el portavoz. Por un momento el teniente actuó como si fuera a gritarles con desprecio y a echarlos de allí de malos modos, aunque recondujo su conducta con esfuerzo y sin disimulo, y cambió el tono de voz.

—Llévenla adonde se ha acordado —ordenó.

—Sí, mi teniente —aceptó el cabo, cuadrándose ante él.

El otro guardia civil y el joven soldado también se cuadraron, firmes, mientras el teniente salía de allí dentro sin mirar atrás.

Magda no estaba libre, no lo estaría aún por un tiempo, debía permanecer encerrada y aislada para no filtrar información al exterior. Como si fuese una terrorista, aunque sin serlo.

El camino de regreso la asustó. Al pasar por el claustro que rodeaba el patio de armas, el agua que surcaba el suelo en regueros empapó sus botines a los pocos pasos. Llovía de nuevo, con furia, y a través de los barrotes se atisbaba en el cielo un torbellino iluminado por una tormenta de rayos.

Caminó los largos pasillos enrejados sujeta entre los dos guardias civiles, que la utilizaban de contrapeso para no caer ellos también, arrollados por el agua. Le dañaban los brazos cada vez que salvaban un obstáculo.

Pasaron de largo la puerta que accedía a las mazmorras y Magda se inquietó al recordar lo que había dicho: «adonde se ha acordado». El pasillo por el que caminaban desembocaba en un túnel sin salida. Un túnel con una reja abierta y una ventana al fondo, probablemente situado justo encima del odiado túnel de la risa. Allí también había celdas, una de ellas acondicionada para recibirla. Su nuevo calabozo.

El cabo Manrique ordenó que esperaran en la puerta y se marchó a saber dónde. Víctor aprovechó el momento para acercarse a ella y susurrarle al oído:

—No tengas miedo, aquí estarás bien y yo podré visitarte con mayor facilidad.

Todo un regalo. El aliento rozando su mejilla le erizó la piel y cerró los ojos. Deseando un beso.

La voz del cabo, ya de regreso, la sacó de su ensimismamiento. Le entregó un cazo, una jarra y una cuchara y sacó un gran manojo de llaves con el que abrió la puerta. Un celador le dejó caer encima un jergón y una manta, que Magda no supo cómo sujetar. Víctor la ayudó, de nuevo, una vez más a sostener todo lo que a ella se le resbalaba de las manos y a aguantarla cuando tropezaba. Entrar el jergón en la celda le permitió bloquear la vista a su espalda y acorralar a la presa para darle un beso. El que ella esperaba desde hacía rato, más breve y contenido de lo que hubiese deseado. Un beso cauto del que sólo ellos dos tuvieron constancia.

El cabo, desde el exterior, le ordenó al soldado que saliera y él obedeció, dejándola más sola que nunca en el interior. En una celda mucho más amplia que su antigua mazmorra, que se extendía entre dos paredes con algunas aberturas a lado y lado. Armarios empotrados, con baldas unos, con una escoba y un cubo con agua otro, con una letrina el del fondo. Y con una ventana enrejada, no demasiado alta, desde la que se contemplaba el cielo apaciguándose. El sol comenzaba a dejarse ver y teñía con sus tonos rojizos el azul ennegrecido de la tormenta, de manera que transformaba el espacio en un lienzo por el que los colores se desplazaban al ritmo del viento.

Buscó el lugar más adecuado para instalar su jergón. Un banco de obra ubicado entre dos armarios, cerca de la letrina y no demasiado lejos de la ventana, para poder contemplar bien el exterior. Apenas había luz y no se atrevió a deshacer el hatillo. Sacó el pergamino de la manga, con mucho cuidado, lo desenvolvió y lo miró. Dos cuartillas completamente escritas por ambas caras con la caligrafía nerviosa y difícil de Angélica, que firmaba al final con su inicial. Había una cerilla encolada junto a la firma.

Intentó descifrar alguna palabra aunque no entendió ninguna. Lo enrolló de nuevo furiosa y lo guardó en el mismo escondite de la manga. Estaba impaciente por saber qué decía, qué noticias nuevas aportaba, pero no podía leerlo, con su poca destreza, sin luz y sin fuerzas, por mucho empeño que pusiese.

Estiró el cuerpo sobre el jergón, faltar de relleno, clavándose en los huesos la dura piedra, y pensó en su Llibert, sano y salvo, con las necesidades cubiertas gracias al dinero facilitado por sus compañeros y a los cuidados de la tía. También pensó en Víctor, y en lo buen padre que podría ser. Él había sido el único aliciente de vida en aquel encierro de muerte. Él le había llevado noticias del niño durante el largo cautiverio, noticias que recibía puntualmente de Benjamín, que también le facilitaba las monedas con las que el joven soldado había sobornado a medio castillo. Era un buen chico, una gran persona, y arriesgaba su puesto de trabajo y su propia libertad por ayudarla. Su hijo necesitaba un buen padre como él.

Se dejó llevar por pensamientos felices y soñó con un futuro mejor compartido con una nueva familia. La que formaba con Víctor, convertido en su marido, Llibert y varios niños más pequeños, fruto de su nuevo amor, que correteaban en una cocina grande jugando enredados en su falda mientras ella cocinaba un exquisito guiso de arroz con conejo. Podía oler incluso el aroma que desprendía la cazuela. Andaba añadiendo guisantes y especias a la preparación cuando los ruidos de los candados abriéndose la despertaron. Tardó un momento en entender dónde estaba, tomar consciencia y orientarse en la disposición de aquella nueva celda. Un portazo le indicó el lugar exacto al que debía mirar y se frotó los ojos para adaptarlos a la poca luz. No creía lo que veía. Plantada junto a la puerta, en pronunciado desequilibrio, la silueta de una mujer se balanceaba en silencio, con un hatillo colgado al hombro, un plato en una mano, el resto de enseres del preso en la otra y sosteniendo con la espalda el jergón y la manta.

—¡Tina! —gritó—. ¡Estás bien!

Corrió hacia ella, ansiosa de abrazarla, aunque tuvo que sujetarla, quitarle los trastos de encima y ayudarla a sentarse en el suelo para que no se derrumbara. Parecía ida, perdida en algún lugar interior, ajena al encuentro con Magda y sin compartir con ella la emoción de estar por fin juntas.

La zarandeó varias veces, le habló en voz alta, le golpeó las mejillas, le susurró secretos al oído... Ella apenas reaccionó, sólo tosía, sin expresar ningún otro síntoma de vida.

Le examinó la cara, sin morados ni magulladuras visibles, las muñecas, con las heridas de las esposas aún abiertas, los tobillos, con marcas de ataduras, y las plantas de los pies, secas y con la piel agrietada pero sin marcas de lesiones. Lo que más le sorprendió fue su olor, a sucio, a sexo. Le levantó la falda y descubrió un reguero de un líquido blanco seco y adherido a la pantorrilla. Entonces entendió. El cabo Manrique no interrogaba a Tina ni la torturaba, no con el tipo de violencia que ella pensaba. La violaba, atada de pies manos y con la violencia de quien se siente superior y en pleno derecho.

—¿Qué te ha hecho? —clamó, abrazándola.

Tina no contestó, ni movió los brazos para devolverle el gesto ni respondió al afecto, sólo tosió.

Le preparó ella misma el espacio, cerca del suyo, con el jergón en otro de aquellos bancos de

piedra pensados para ser usados a modo de cama. En total, en la celda, había seis. Y únicamente dos personas por el momento, Magda y Tina, por fin juntas y aún sin poder comunicarse.

Le dio a beber agua fresca que le facilitaron los carceleros en cuanto la pidió, sin necesidad de gritos ni quejas. La ayudó a comer el bollo de pan tierno que guardaba del medio día, un poco mojado para que no se ahogase. La lavó con un paño enjabonado, le peinó el pelo, que había dejado de ser corto para transformarse en una melena enmarañada, la ayudó a estirarse en la cama y la arropó con el paño del hatillo. Ella mantenía los ojos abiertos, aunque no la miraba. La dejaba hacer sin decirle nada, moviéndose con gran dificultad como si llevara mucho tiempo inmovilizada. Más de cuarenta días sometida a los abusos vejatorios del cabo Manrique.

No la fusilaron. Había vivido tantos días deseando que la fusilaran, construyendo mil y un guiones de su traslado al patíbulo, que Tina negó la posibilidad de cualquier vida fuera de su pesadilla. Tardó en darse cuenta de que había salido de las mazmorras, en percibir como real el nuevo sueño en el que se hallaba inmersa.

Magda hablaba y hablaba diciendo esto y aquello. Al principio ni siquiera oía sus palabras y apenas la veía. Tenía la sensación de que todo lo que sucedía pasaba en dos escenarios distintos, su pesadilla en el propio y la figura de Magda monologando en otro cercano. Dos escenarios y dos historias distintas que no convergían. Luego empezó a entender algunas de las cosas que decía Magda, a interesarse por su discurso y a notar sus caricias en la frente. Los cuidados de Magda eran reales, y le hicieron recuperar fuerzas y asimilar que la habían trasladado a una celda más amplia y confortable. Sin grilletes y vigilada por soldados militares en lugar de los oficiales de la Guardia Civil. Lejos del cabo temido.

Quizá no fuera necesario que la fusilaran. Quizás existiera una alternativa, un resquicio de esperanza. Quizás incluso la libertad fuera posible.

La luz cálida de un nuevo amanecer la despertó con las energías renovadas. Se sentía fresca, despejada, incluso alegre. Magda dormía en su camastro frente a ella, plácidamente. La había oído trajinar durante la noche, a deshoras, acercándose a la puerta una y otra vez para murmurar y reír con uno de los soldados a través del ventanuco enrejado de la cancela. La miró por primera vez desde su reencuentro. Había adelgazado un poco, no demasiado, y seguía tan bella como siempre.

No se atrevió a despertarla, aunque estaba impaciente por hacerlo. Recordaba ligeramente que Magda le había hablado de una carta, escrita por Angélica, le había enseñado incluso el pergamino, aunque ella no le había prestado apenas atención, perdida en sus divagaciones. Ahora, por fin despierta, estaba ansiosa por leerla, por descifrar aquellas letras que su amiga no conseguía reconocer y que podían augurar buenas noticias.

Abrió su hatillo y rebuscó en el escondrijo de la Biblia la foto en la que aparecía Magda con Llibert. Se la acercó a su amiga y se la depositó en las manos, con suavidad, procurando no molestarla. Ella se incorporó de un brinco. Estar allí dentro ponía a cualquiera en estado de alarma continuo.

En cuanto vio la imagen del niño destacando en el papel, lloró, con una emoción que pronto se transformó en congoja. Tina la abrazó, tan fuerte como Magda la había abrazado a ella el día anterior, intentando consolarla. Tantos días separada de Llibert le causaba dolor incluso a ella, que no era la madre.

—Quizás en la carta de Angélica hable de tu hijo, si me la das, la leo... —murmuró.

Magda la sacó de la manga, como si fuera un pañuelo para enjuagarse las lágrimas, con el

mismo gesto que hubiera hecho una dama delicada. Tina fijó la vista en su piel, aún suave, en su escote, brillando como si le diera el sol, en sus mejillas, sonrosadas, y la envidió una vez más.

Tomó el pergamino entre las manos, extendió las cuartillas y las miró por ambas caras. Le sorprendió ver una cerilla encolada junto a la firma. Estaba impaciente por leer y lo hizo en voz no muy alta, aclarándose la garganta con un poco de agua e intentando ajustar la entonación.

Estimadas Magda y Tina,

Cuando leáis esta carta espero que estéis por fin las dos juntas, fuera de las mazmorras donde os han dado tan mala vida. Gracias a mis comunicaciones espirituales he podido tener noticias vuestras y sé que Tina no anda bien de salud. Debe mantener los pies siempre calientes y protegidos del frío suelo, para mejorar su dolor de garganta.

No debéis pensar que estáis solas. Somos muchos los que velamos aquí fuera por vuestro bien y nos ocupamos de todos aquellos asuntos que no podéis resolver por vosotras mismas. Pere tiene sus medicinas, Llibert su leche y su bizcocho, y la tía Roser cose sombreros, prepara pucheros y cuida de la familia como ha hecho siempre, con buen estado de salud. Su marido, Joan, sigue detenido en prisión preventiva, sin fecha de juicio por ahora, aunque los del sindicato de carboneros están ayudando para aligerar su salida. Pep también está encerrado, en la enfermería de la prisión de Amalia, lesionado, aunque no debéis preocuparos ni temer por su vida: se recuperará, he contactado con buenos espíritus que velan por él.

El sindicato de la fábrica textil ha recaudado fondos para Tina, y los compañeros del Español han hecho lo propio pensando en Magda y en el pequeño Llibert. No debéis preocuparos por el dinero, mis espíritus ayudan a que engorde y se multiplique.

Vuestra liberación, como supongo que os habrán informado, todavía no será inmediata. El asunto en el que se os ha implicado es muy grave, y aunque las autoridades y todo el mundo sabe que vosotras no sois las culpables, habéis rozado todos los escenarios del crimen, se os ha tenido que interrogar y ahora parece ser que tenéis tanta información del caso como ellos mismos.

Hemos tenido la suerte de que se implicara en vuestro auxilio el bueno del pintor don R., que ha mediado entre sus contactos personales para conseguirnos audiencia allí donde no la hubiéramos tenido por cuenta propia. La implicación de don B., a quien debo confesaros que conocía de antaño, ha sido aún mayor. Él no sólo ha ofrecido dinero de su propio bolsillo, sino que además se ha alzado como portavoz de la familia en vuestro caso y gracias a su mediación esperamos que tengáis nuevos privilegios. Una mejor alimentación y una estancia más cómoda, como mínimo.

Estamos mirando la manera de haceros llegar provisiones, peúcos, ropa limpia y alguna lectura, aunque por ahora parece imposible.

Debo pedir os perdón y haceros una nueva confesión. Yo no soy quien vosotras creéis y mi pasado es mucho más largo de lo que os podéis imaginar. Cuando salgáis de ahí dentro, la gallega os pondrá en antecedentes, ella lo sabe todo.

Igual que a vosotras os han detenido, también me buscan a mí, sin saber todavía dónde encontrarme ni entender muy bien cómo encajo en toda esta historia. Debo huir de Barcelona. Cuando leáis estas líneas, probablemente ya lo habré hecho. Me voy con B., huimos juntos, para iniciar una nueva vida. No os preocupéis por mí, os mantendré informadas de mi

paradero y os haré llegar dinero y toda la ayuda que me sea posible.

Convoco a diario a los espíritus del bien, en la Tierra y en el cielo, y les pido que intercedan por vosotras. Clamo por vuestra libertad en cada una de mis acciones y aunque deba partir seguiré haciéndolo. Os deseo la mejor suerte, mis queridas amigas, mis hermanas.

A.

P.D.: Es importante que destruyáis esta carta en cuanto la hayáis leído. Nadie debe encontrarla. Os adjunto una cerilla para que procedáis con tal misión de manera efectiva.

Aquella carta confirmaba sus peores sospechas. Angélica era una farsante, la mujer a la que buscaba la policía, sin saber aún quién era ni de dónde salía, la que se había ido con Pep la noche del jueves, después de la función, sin explicarle nada a nadie, la que a saber qué se traía entre manos para que los enviasen a todos a presidio por su culpa. Tina dejó caer la carta, enfurecida.

—¡Lo único que quiere Angélica es que la encubramos! Simula que nos ayuda para que no la delatemos, para que no hablemos de ella cuando nos interroguen y quedar indemne. Huye como una cobarde, sin presentarse ante las autoridades sabiendo que la buscan, huye porque es culpable.

—¿Cómo puedes decir eso? —Magda la miró pasmada.

—Es lo que pienso. Nada más acabar la función ella se fue con Pep a saber dónde. Ella, la que hablaba en italiano o en francés de bombas Orsini cuando nadie aún había oído aquel nombre. Ella, la que se expresa en boca de espíritus anarquistas. ¿No lo ves extraño? ¿No crees que era ella quien tramaba algo?

—Pues claro que no, ¿cómo se te ocurre? —le reprochó Magda, incrédula—. Yo lo que veo es que gracias a ella don Ramón nos ha ayudado. ¿Quién te crees sino que le ha escrito, pidiendo ayuda? ¡Ella, está claro! Ha escrito a medio mundo explicando nuestro caso, a la prensa y a algunos políticos...

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho Víctor, mi soldado.

—¿Tu soldado conoce a Angélica?

—No, él habla con Benjamín. Pero me transmite los mensajes que ella me envía a través de él. Cree que es mi hermana, es todo lo que sabe de ella.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Pues, por ejemplo, me dice que Llibert está bien, que ya le han salido todos los dientes, que la tía lo cuida mucho y que mi madre quiere hacerme saber que se ha quedado con ellos, para vigilar y hacer que todo les vaya bien. Cosas así, en las que mezcla información de los vivos con la de los muertos, como si fueran códigos cifrados. Ya sabes, la manera que tiene siempre de hablar Angélica.

—¿A él lo sobornan para que te ayude?

—Sí, Benjamín le da dinero, pero Víctor lo haría igualmente. El dinero no le dura entre las manos porque se lo da a sus compañeros para cambiarse los turnos y poder verme más. Entre él y Benjamín han sobornado a medio castillo. Y Angélica está detrás de todo, no sé cómo se te puede ocurrir que ella sea una traidora.

—¡Nos ha engañado, ella misma lo dice en su carta! ¡Y además ha huido de la ciudad!

—No dice que nos haya engañado, sino que no es la persona que nosotras creíamos. Es

diferente. Yo siempre he sabido que nos ocultaba muchas cosas, ¿acaso tú no? Pero nunca le he preguntado por su pasado porque no lo consideré necesario. Su bondad y su sabiduría espiritual me compensaban cualquier duda, me siguen compensando. Ella está ayudándonos, como nos ha ayudado siempre, como ayudó a Pep cuando lo del Liceo, ¿recuerdas? Es una buena amiga.

Tina se quedó pensativa un rato. Magda tenía razón, la niña podía ser muchas cosas pero no era una traidora. Si había huido era porque no tenía otra alternativa.

—¿Tu soldado te habla de política?

—¡Pues claro que no! ¿Crees que estamos para perder el tiempo? Sólo podemos cruzarnos un par de palabras cada vez que pasa ante la puerta haciendo la ronda. Una noche da para muy poco, apenas para un beso...

La respuesta inquietó a Tina.

—¿Tanta confianza tenéis?

—No sé, creo que me estoy enamorando.

Magda soltó una risa tonta, una risa que ofendió a Tina. Se sintió de nuevo fea, la persona más fea del mundo, un ser odioso que merecía que lo fusilaran. Quiso pensar que así sería, al día siguiente a no más tardar, y se sentó en el camastro, con la carta en la mano, sin decir palabra. No quemaría la carta, como pedía su autora. Necesitaba releerla, una y otra vez, hasta memorizarla punto por punto. Pero eso sería en otro momento, no ahora. Ahora tenía que dejarse llevar al patíbulo, al menos durante un rato. Y hacer que mataran por fin al monstruo que la corroía.

Tardó casi dos días en liberarse de aquella obsesión enfermiza que la empujaba a abstraerse en una pesadilla y recorrer caminos falsamente dolorosos. El agua que le obligaba a beber Magda, la buena alimentación y el reposo facilitó la mejora de su estado de salud física y mental. También ayudaron los peúcos que hizo llegar Angélica al calabozo a través del joven soldado pretendiente de Magda, que le devolvieron el calor del hogar perdido tanto tiempo atrás. Y un libro, que también le envió la niña. *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, un título y un autor que Tina no había oído antes y que auguraba poca aventura.

Entre las páginas había encontrado una nota de Angélica: «Lucha en vida como lo hacen ellos, porque el destino siempre será la muerte», rezaba. Decidió otorgarle un voto de confianza, puesto que lo había elegido especialmente, y empezó a leer. No trataba de la vida de ninguna virgen ni era un libro religioso, como había creído, sino una novela. La lectura la cautivó en la primera línea y la transportó fuera de la prisión, a otro escenario nuevo, a una plaza de París, un 6 de enero de 1482, en la que se celebraba una doble fiesta: la dedicada a los Reyes Magos, que coincidía con la celebración del día de los locos.

Locos. Ella se sentía una más. Deseaba vivir, no quería que la fusilasen por mucho que lo soñara continuamente y se dejara arrastrar por el sueño, ensimismada para vivirlo en su cabeza como si fuese real. No lo haría más, sería valiente y lucharía. Sin dormir, sin soñar, sin transformarse en otra a la que la vida le iba aún peor que a ella. Sin dejarse llevar por la locura. Leería aquel libro hasta el final, lo haría una y otra vez si era necesario, para que los sueños de aquel tal Víctor Hugo la hiciesen olvidar las pesadillas propias.

La lectura y el paso de los días, sin visitas del cabo ni humillaciones, obró el milagro. Volvía a ser ella misma, más insegura que antes, menos decidida, mucho más callada, más arisca, pero la de siempre. Magda era una buena compañera y se ocupó de convertir el calabozo en el hogar de ambas. Habilitó uno de los bancos de piedra como mesa y consiguió que le proporcionaran dos sillas para sentarse. Y allí, bajo la ventana de día y a la luz de un farolillo de aceite por las noches, pasaba Tina las horas leyendo. La historia de la gitana Esmeralda y el pobre Cuasimodo. También dormía, aunque pocas veces lo hacía tumbada en el camastro de piedra. Dormía en la silla, recostada entre la pared y el banco, o en el suelo en un rincón, acurrucada encima del jergón sin apenas relleno. No se tumbaba nunca, porque al hacerlo volvía a sentir las extremidades inmovilizadas y el embate animal que la impulsaba a pensar en el patíbulo.

La vida en aquel calabozo no era demasiado mala. Les daban comida tres veces al día, un cubo de agua por la mañana para la limpieza de la celda y otro por la noche, para el aseo personal. Algunas veces, incluso, dejaban salir a una de ellas en busca del agua, para que estirase un poco las piernas. Eso sucedía especialmente al atardecer, cuando la plaza de armas quedaba despejada y los soldados cenaban en la cantina.

Solía ser Magda quien disfrutaba del paseo hasta el pozo y así aprovechaba para hablar con Víctor si estaba en el turno de guardia. Cuando eso sucedía, el joven soldado le daba dinero bajo mano a sus compañeros de vigilancia para que hicieran la vista gorda y poder acercarse a la presa tranquilamente durante un momento.

Así supieron que el día de la onomástica de la reina Cristina habían liberado a varios de los detenidos en prisión preventiva por el caso del atentado durante la procesión del Corpus en la calle Cambios Nuevos. El abogado contratado por Benjamín para ayudarlas no pudo conseguir incluirlas en el grupo de indultados, aunque al parecer había logrado que la reina se interesase por su caso. Iban a revisarlo, en breve. Aquello eran buenas noticias, de las mejores que se podía tener allí dentro, esperando una libertad que no llegaba nunca. Al menos, en la ausencia de Angélica, de Benjamín y de don Ramón, había un abogado que mediaba a su favor y que incluso había intercedido por ellas ante la reina.

No todas las noticias que aportaba el joven soldado en sus paseos arriba y abajo eran buenas. También se habían producido nuevas detenciones, en masa. El presidio nacional de la calle Amalia y las prisiones militares de las casernas de Atarazanas y Docks estaban a rebosar. El castillo, donde hasta entonces sólo había un puñado de presos en aislamiento, entre los cuales estaban ellas, había habilitado nuevos espacios para acoger más reos y se estaban preparando los traslados. Los días siguientes se preveían movidos y él temía no poder visitar a Magda. Se despidieron como si no se fuesen a volver a ver en una larga temporada; e hicieron bien.

Tina sintió envidia del beso, aunque no le dolió. Esta vez se dejó llevar por un buen sueño, el que auguraba un romance feliz, con Pep. Imaginó que entraba por la puerta de aquel castillo para liberarla, sin que nadie se interpusiera en su camino, que la sacaba en volandas de la celda y se la llevaba de allí para convertirla en su compañera hasta el fin de los días. La besaba con la misma pasión que Magda besaba al soldado, igual de bello, igual de enamorado.

Recuperar a Pep sin la presencia de Manrique le hizo bien. Las últimas veces que había evocado su imagen era para recrear las escenas sucias que le sugería el perverso que la violaba. El cabo utilizaba la información que le habían sonsacado en los interrogatorios para coaccionarla, le hablaba de Pep, le decía que imaginase que era él quien la penetraba, le proponía que se dejase

llevar por el placer y disfrutase del sexo. Aquel cabrón. En varias ocasiones había conseguido salirse con la suya. Cerraba los ojos y pensaba que era Pep quien sacudía su cuerpo. Fue el detonante para desear que la llevaran al patíbulo. Odió a Pep tanto como al cabo, incluso intuyendo que el pobre estaba postrado en una cama en la enfermería del presidio. Ahora tenía información nueva y había recuperado la cordura. Y el cabo Manrique ya no la atormentaba.

Los cambios se presentaron inesperadamente, un atardecer de principios de agosto. Aquel día no estaba Víctor entre los vigilantes del pasillo y Magda no quería salir de la celda. Tina pidió permiso para ir a la fuente a por agua limpia. Se lo dieron, como era habitual, pero nada más acceder al túnel, un oficial alzó la voz desde el patio de armas y ordenó que la devolviesen a la celda, inmediatamente. Tina tuvo tiempo de ver, a través de la reja cerrada, una imagen horrible que la torturó. Era Teresa de Claramunt, detenida, esposada, custodiada por dos guardias civiles caminando por los pasillos abovedados hacia la puerta que accedía a las mazmorras.

Estuvo a punto de dejarse llevar de nuevo por la locura, de caer otra vez en el horroroso deseo de acabar en el patíbulo. Se lo merecía. Ella había denunciado a Teresa, había dado incluso la dirección donde encontrarla y allí estaba, presa por su culpa.

Magda la ayudó a recuperar la cordura y le recordó las mismas palabras que ella le dijo en las mazmorras.

—Tú no la has delatado, no digas eso. Teresa siempre ha estado en el punto de mira policial. Te han preguntado por ella y dijiste lo poco que sabías, eso es todo. La presión es insoportable para cualquiera...

Tuviera o no razón, lo cierto era que el mal ya estaba hecho. Las tres se hallaban en la cárcel señaladas por el dedo de la justicia como viles terroristas sólo por pensar diferente, por salirse de la norma.

Le pidió a Magda que le preguntase por ella a su soldado, aunque Víctor tardó varios días en volver a tener guardia en aquella zona, un caluroso atardecer. El deseo, la imprudencia o la suma de ambas cosas desencadenó la catástrofe. Le abrió la puerta del calabozo para dejarla salir a la fuente y se besaron apasionadamente en el umbral, sin percatarse de la presencia del teniente de la Guardia Civil, que los miraba desde el pasillo. No hubo represalias en aquel momento. El teniente evidenció su presencia con un chasquido de la lengua, ordenó con una mirada severa la devolución de la presa a la celda y se marchó con un desdén que amenazaba venganza.

Lo hizo a la mañana siguiente, acompañado del cabo Manrique y de dos parejas de guardias civiles. Cuando Tina los vio a todos en la puerta y descubrió entre ellos a su violador estuvo a punto de desmayarse. Magda la sujetó.

El teniente, con su bigote ladeado, tomó la palabra, mirándolas con desprecio.

—Cumpliendo los deseos de vuestros importantes amigos, y del gobernador de este castillo, se os ha tratado como si en lugar de presas fueseis confidentes que había que proteger. Demasiados privilegios. Ahora ya no es necesario manteneros aquí.

Mientras hablaba, con un tono de voz no demasiado alto aunque sin disimular la furia contenida, el teniente fusiló a Magda con la mirada. Entonces fue ella la que estuvo a punto de

desmayarse y Tina quien la sujetó.

—Tú —le increpó el teniente, señalándola—. Nos has puesto en bandeja a la Claramunt. Ella, Coromines, Montseny y otros de tus amiguitos ya están entre rejas. Ellos son los ideólogos, los pensadores; los actorzuelos como tú sólo sois sus marionetas. Ya has denunciado a todos los que nos interesaban y ahora no nos sirves de nada. Y tú —dijo dirigiéndose a Magda con un odio visceral—, tienes demasiados protectores como para servirme de nada. Pero no les voy a dar la satisfacción que esperan, no por ahora. Ni a tus protectores ni a ti os va a salir gratis todo este asunto. Las dos estáis bajo mi custodia y soy yo quien decide vuestros destinos. Ya podéis convertirlos en lo que sois, dos presas vulgares, una chinche de fábrica revolucionaria y una madre soltera que se va con el primero que se cruza ante sus faldas. Pero eso se va a acabar, os lo aseguro. Os quiero preparadas en cinco minutos, con todo. Salís de aquí, en el castillo ya no pintáis nada.

Víctor, que apareció en el umbral, intentó interceder.

—Señor, no entiendo.

—Soldado, usted no se meta en esto. ¡Calle y vuelva a su puesto!

La orden fue tan contundente que nadie se atrevió a alzar la cabeza. No hubo miradas de despedida. Víctor desapareció, quien sabe si también detenido por su delito. Fue Manrique quien rompió el silencio.

—Mi teniente —interpeló, señalando a Tina—. Yo creo que a ésta aún no le hemos sacado todo lo que sabe. Debería regresar a las mazmorras.

—¿Acaso no me ha entendido, cabo? Estas dos mujeres salen de aquí. El que debe regresar a las mazmorras es usted, no olvide que está a cargo del turno.

Tina notó romperse unos grilletes en sus muñecas, los que la alejaban por fin de aquel ser temido.

Los guardias las apremiaron para que recogieran sus cosas, vigilando sus pasos de cerca.

Cada una extendió su paño sobre el camastro e introdujo dentro su poca ropa y la Biblia, con los tesoros cuidadosamente ordenados en el interior por si la libertad las sorprendía. Tina añadió en el suyo la novela de Víctor Hugo y, al hacerlo, del interior cayeron las cuartillas escritas con el puño de Angélica, con la cerilla aún encolada. Las arrugó nerviosa, las apretó con la mano, cogió con la otra el fardo, para disimular, y guardó en el bolsillo el bulto delator. No la vieron, al menos no le dijeron nada. Hizo un nudo apresurado en el hatillo y lo apretó contra la falda con todas sus fuerzas, conteniendo los nervios, la temblequera y la tos. Magda también temblaba, con el hatillo en una mano y la foto de su hijo en la otra. Preparadas para un nuevo destino.

Las esposaron, la una a la otra, y las hicieron salir. Dejaron atrás la celda, los pasillos abovedados y el patio de armas. Y a Teresa de Claramunt, para tormento de Tina, y a Víctor para desconsuelo de Magda. Un gran túnel las condujo al aire libre y caminaron por un suelo adoquinado hacia uno de los baluartes. Las montañas de la cordillera litoral fundiéndose con el mar azul cerraban el horizonte, creando un telón de fondo ante el cual el paisaje se desplegaba delante en cada paso. La llanura del río Besós, la Torre del Barón, coronando el nacimiento de la sierra de Collserola, las masías de Vilapicina y Torre Llobeta, la población de Sant Andreu del Palomar, el Poblenou con las infinitas chimeneas de sus fábricas siempre humeantes, a orillas del mar, los tres cerros, en el lado opuesto, con la villa de Gracia desplegándose a sus pies, y Barcelona al completo, con el entramado cuadrulado del nuevo barrio del Eixample

descendiendo hasta la ciudad antigua, que, sin estar amurallada, aún parecía conservar los viejos y opresores muros de antaño. El Poble Sec no se veía, la vertiente de la montaña y dos enormes cañones lo ocultaban.

Las hicieron detenerse y esperar. Allí, frente al tristemente famoso baluarte de Santa Amalia. El lugar desde el que Espartero, regente de España, recién llegado a Barcelona para aplacar una insurrección popular, ordenó a las tropas militares el bombardeo de la ciudad. De aquello hacía más de cincuenta años, y aún se percibían los daños en el paisaje y se podía sentir el terror y el dolor de la población atacada por el fuego de los inmensos cañones.

Recordó la canción popular que conmemoraba el fatídico momento y recitó mentalmente la letra. No la acompañó del sonido de la música, ni siquiera en su cabeza, no quiso. Dejó que las palabras cayeran con todo su peso ensordeciendo el mundo: «Montjuïc, por tu elevación y tus bocas de metal, causaste la perdición del que sin hacerte mal llora tal devastación. De diciembre el tercer día, mil ochocientos cuarenta y dos del año que había de concluir, fue la cruenta acción de bombardearía.»

Las empujaron a subir a un carruaje cerrado. El paisaje se redujo a un compartimento oscuro, con un banco en el que las hicieron sentar a ellas y otro enfrente en el que se sentó una pareja de la Guardia Civil, y con un ventanuco por el que se atisbaba el exterior.

El carro emprendió la marcha y descendió a trompicones por la rampa que daba acceso al túnel de salida. Los guardias, que pretendían mantenerse firmes, resbalaron y cayeron sobre ellas clavándoles las rodillas en las propias. Se detuvieron antes de la garita de salida, ellas recostadas contra la pared del carruaje y ellos manteniendo el equilibrio en el banco de enfrente. Afuera, una tenue luz reflejada en el muro gris del túnel.

Tina oyó unas voces que salían de alguna de las salas cercanas. Parecían hombres cantando, en catalán, una conocida canción de Josep Anselm Clavé, el músico barcelonés que había impulsado las sociedades corales entre la población obrera catalana. Recitó el texto con ellos, mentalmente, sin corear la música.

Prop del riu hi ha una verneda, i un saló en mig sa espessura amb catifes de verdures i amb sofàs de troncs de faig. Lloc agrest a on van les nines i on besant sa cara hermosa les confon l'aura amorosa amb les flors del gentil maig...

(Junto al río hay un alisal, y un salón en medio de su espesura con alfombras de verdura y con sofás de troncos de haya. Lugar agreste adonde van las muñecas y donde vertiendo su cara hermosa las confunde la brisa amorosa con las flores del gentil mayo...)

El carro arrancó de nuevo, dejó atrás las voces y cruzó el puente sobre el foso. Pasaron otro control, el último antes de la salida definitiva del recinto. Desde allí, Tina vio a través del ventanuco, al otro lado del foso, unos ojos conocidos asomados a las rejas de una de las ventanas abiertas en la cortina de la fachada de la fortaleza. Entendió que los hombres que cantaban no eran soldados, sino otros presos políticos encerrados injustamente en las dependencias del castillo, que intentaban mantener animado el espíritu. Y reconoció en aquellos ojos a Pere Coromines, otro inocente encerrado allí por su culpa.

En el trayecto de descenso por la montaña el carro hizo otro alto y se apartó del camino. Dejó

paso a un escuadrón de la Guardia Civil que guiaba una cuerda de presos camino al castillo. Los vio pasar a todos, uno por uno, dieciséis en total, entre ellos Joan Montseny. Quiso morir. Se perdió por los malos caminos que tejía su mente, descartó el patíbulo y optó por buscar una daga, la de uno de aquellos guardias; la tomó entre sus manos y se la clavó en el corazón sin pensarlo. No sintió dolor, pero vio la sangre extenderse por la falda. Un reguero que se ampliaba poco a poco.

Una Magda encogida la sacó de su pesadilla a fuerza de tirón de muñeca. Era ella quien sangraba, le había venido la regla. La regla. En los dos meses que había pasado en el castillo, Tina nunca la había tenido.

El carruaje tomó velocidad y la hemorragia aumentó. Los guardias civiles miraron primero con cara de susto las ropas ensangrentadas de Magda; luego, al entender el motivo, disimularon haciendo como que no habían visto nada, como si todo cuanto sucedía no se saliese de la normalidad.

Hablaban entre ellos, comentando los entresijos de su trabajo sin importarles la presencia de las reas. Habían tenido suerte, afirmaban. El traslado que les había tocado debía ser ordinario: conducir a las dos mujeres a pie montaña abajo. La coincidencia de horario con la llegada de la cuerda de anarquistas al castillo era la feliz incidencia que les había permitido librarse del largo paseo y había hecho que cumplieran la misión sobre ruedas. No era conveniente que los prisioneros vieran a las detenidas y la única manera de ocultarlas campo a través era encerrarlas en un carruaje blindado.

Magda los escuchaba en silencio, intentando no ponerse más nerviosa de lo que ya estaba. Notaba a Tina desfallecer a su lado, con el cuerpo balanceándose al ritmo del vaivén del carro, golpeándose aquí y allá y magullándola a ella también. Intentó evadirse, mirar por la ventana y olvidar, sin conseguirlo. Dejaba atrás el castillo sin poder salir de él, con Víctor dentro, descubierto en su delito, probablemente encerrado él también en un calabozo y con un proceso de guerra abierto. Lo echaría de menos y no lo olvidaría nunca, allá donde la llevaran.

Reconoció el Paralelo de lejos, por el humo de las chimeneas y por el sonido de caballos, carros y tranvías recorriendo la gran avenida a medio asfaltar y siempre en obras. También por los charlatanes de feria, que proclamaban lo cómica, misteriosa o innovadora que era su carpa. Oyó el latido de las calles conocidas, las travesías que desembocaban en aquella gran avenida, por la izquierda, las del Poble Sec, por la derecha, las del Raval, que se perdían en su laberinto de callejuelas y cruzado por la calle Conde del Asalto que extendía sus bares y cafés desde el Paralelo hasta la Rambla.

Pasaron ante la puerta del teatro Español. Debía de haber *cock-pit*, porque se oía animación a aquellas horas tardías de la mañana. Se desviaron a la derecha, cerca de la iglesia de Sant Pau del Camp y entonces reconoció el olor nauseabundo de su destino.

Accedieron al patio de Cordeleros poco después, se detuvieron primero ante una garita de vigilancia y pasaron después un control a cargo de un oficial, luego otro, otro y otro hasta que las hicieron bajar del carro. Llevaba la falda llena de sangre y la pérdida no había cesado. Al saltar el escalón, notó el líquido caliente surcándole las pantorrillas. Intentó secarse el reguero, no pudo. Tina se mareó al poner los pies en el suelo y estuvo a punto de desplomarse. Magda la sujetó con poca maña, despellejándose la mano esposada a la muñeca de su amiga. Uno de los guardias la agarró también, por el brazo suelto, y emprendieron camino sin esperar a que se recompusiera. Presidio adentro.

Les abrieron la barrera de acceso sin pedir ninguna documentación y entraron en el recinto. La

prisión de Amalia le resultó familiar, con sus portales enrejados cada cinco metros, al abrirse ante ella y cerrarse detrás con su estruendo metálico, y con el patio hacinado de hombres y niños. Las hicieron subir por unas escaleras a la planta superior, donde encerraban a las mujeres. Conocía el lugar, había visitado allí a su hermana, cuatro años atrás, cuando era libre. Sin embargo, tenía la sensación de haber vivido antes aquella situación, de haber pasado ya, en otra ocasión, por aquel calvario, esposada y sin saber qué le depararía el destino.

Los guardias civiles debían transferir su tutela a las Hijas de la Caridad, las monjas que se ocupaban del régimen interno del recinto de mujeres. Se encargaban de la admisión, administración y gestión de la vida cotidiana de las reclusas, e incluso compartían vigilancia con los soldados en los distintos turnos. Las recibieron cuatro hermanitas, que abrieron la reja para dejar paso sólo a las mujeres. Los guardias civiles les soltaron las esposas, entregaron la custodia de las presas a la madre superiora, la más anciana de las cuatro, se despidieron con un saludo formal y se retiraron. Aquél ya no era su territorio.

Magda los contempló marcharse, pensando que lo peor ya había quedado atrás y se alejaba con ellos. El aislamiento, los interrogatorios, las torturas... y una luz protectora en la oscuridad, una sonrisa en el encierro, la de su amado Víctor, que le recordaba que la vida es una senda contradictoria y que incluso los peores tramos tienen algo de bueno.

Las hicieron entrar en una sala poco amueblada, sólo un par de estanterías con enseres de limpieza, un par de mesas y dos banquetas.

—Depositen sus cosas en las mesas —ordenó la madre superiora.

Les costó reaccionar, a las dos. Una de las monjas, la más rechoncha, le dio un empujón a cada una para instarlas a obedecer.

—¿No habéis oído a sor Juana? —preguntó con crueldad—. ¡Reaccionad!

Temblando de miedo, las dos dejaron el hatillo en una mesa. La monja más joven desató enseguida el de Magda, extendió el paño, desdobló una por una las piezas de ropa, sacudiéndolas y apilándolas en un lateral, y dejó al descubierto la gran Biblia. Sorprendida, la abrió y revisó las páginas.

—¿Qué es esto? —preguntó escandalizada—. ¡Es un sacrilegio!

La madre superiora, al ver la Biblia abierta y perforada, le propinó una sonora bofetada a Magda que ella encajó sin rechistar.

—Estamos aquí para redimir a las pecadoras como vosotras —dictaminó, señalándolas a las dos con el dedo—. Vuestra osadía será castigada por Dios con la misma humillación que habéis causado a nuestro libro sagrado. ¡Desnudaos!

La gorda volvió a empujarlas, con más fuerza. Repetía la pregunta una y otra vez: «¿No habéis oído a sor Juana?», «¿no habéis oído a sor Juana?» Mientras tanto, la monja joven y la cuarta, una alta, corpulenta y desaliñada, desmontaban por completo las Biblias de ambos hatillos y esparcían todos sus tesoros sobre las mesas.

No tenían otra opción. Magda dejó caer su falda sucia, se quitó la blusa con recato, acentuando su sentimiento de vergüenza, y se quedó en camisa.

—¡Del todo! —ordenó la gorda.

Ligada a las cintas de la pechera de la camisa llevaba la malla con el dinero de su última

semanada. Pensó que podía sacarla de algún apuro. No quiso mostrársela a las monjas, ya que temía que se la requisasen, y la escondió con disimulo entre las ropas, con las monedas debajo procurando que no hiciesen ruido al dejarlo todo sobre la mesa.

Tina, a su lado, se desabotonaba la bata, balanceándose como si estuviese borracha. Cuando se la quitó, intentó depositarla sobre la mesa que le tocaba, pero tropezó y se cayó sobre las ropas de Magda. Vomitó y lo cubrió todo como una lluvia de lodo. Salpicó a la monja más joven, cuya mano quedó impregnada cuando pretendía coger las ropas de Magda para sacudirlas.

—¡Aj, qué asco! —exclamó.

—¡Contén la lengua! —la amonestó sor Juana.

—¡Contén la lengua! —repitió la gorda.

Ninguna de ellas se ocupó de Tina, ni de sus náuseas repetidas ni de su vértigo ni del tambaleo que acabó con ella en el suelo, de un golpe seco. Magda, desnuda y con las piernas ensangrentadas, le tendió el brazo para ayudarla a levantarse, aunque la monja alta y corpulenta se lo impidió.

—¡Que se levante ella sola! —impuso.

Tina obedeció. Se sujetó a la mesa y se puso en pie, vestida tan sólo con la camisa interior, hasta situarse frente a frente con la monja corpulenta. Tan alta como ella, pero ni un tercio de ancha. Parecía un espíritu de lo flaca que estaba.

Las obligaron a sentarse en las banquetas de cara a la pared. Magda vio a la gorda coger varios objetos de las estanterías y repartirlos con la más joven. Tijeras y maquinillas de afeitar, tanto o más temibles que cualquier arma. Notó el filo enemigo asestando su melena y cortando a su paso enfurecido una buena coleta. Primera estocada. La segunda se le clavó en el alma. Lloró desconsolada, como una niña indefensa a la que le roban el abrigo en una noche nevada, despojada de sí misma. Siguió llorando a la tercera estocada, a la cuarta y la quinta atendiendo la caída de cada mechón en el suelo y sintiéndose un pajarillo desplumado en vida.

Durante aquellos dos meses de encierro, en pésimas condiciones, había logrado cuidarse el cabello con un peine minúsculo y mucha paciencia. Y ahora caía, mechón a mechón, teñía de castaño rojizo el suelo y se fundía con la mancha de sangre.

Un nuevo vómito de Tina cubrió la alfombra de pelo de líquido viscoso. La monja joven, que le pasaba la cuchilla, se cortó en un dedo y aún brotó más sangre, mezclando fluidos.

—¡Mierda! ¡Mierda! —bramó.

—¡Contén la lengua! —le ordenó sor Juana—. No quiero volver a repetirlo.

—¡Contén la lengua! —repitió la gorda, como un eco.

La corpulenta, sin atender a las otras y sin perder tiempo, le lanzó a Magda por la cabeza pelona y el resto en las piernas medio cubo de agua, que arrastró la sangre con su fuerza.

—Ten, límpiate —le dijo, tirándole un paño limpio en el regazo mojado.

A Tina, también pelona, en los huesos y sin poder contener las arcadas, le tiró otro cubo de agua por encima, que la hizo balancearse aún más y apenas arrastró las secreciones que seguía escupiendo por la boca.

Las monjas obligaron a las presas, desnudas como estaban, a limpiar ellas mismas la suciedad causada en la sala, el vómito esparcido sobre ropas y mesas, el pelo impregnado de fluidos del suelo, el banco empapado...

Mientras ellas limpiaban, sor Juana examinó uno por uno los tesoros que contenían las dos

Biblias, espejitos, cortaúñas, una pluma y un tintero, algunas cuartillas en blanco, otras con palabras mal escritas, incomprensibles, el carboncillo, un peine y un pequeño cepillo, salido de la Biblia de Tina, que Magda no había descubierto hasta entonces y que ya nunca cumpliría el propósito de peinar su melena. Miró también el libro que contenía el segundo hatillo, una edición de bolsillo, no demasiado grande, y leyó el título en voz alta.

—*Nuestra Señora de París...*

Tina, que limpiaba el suelo de rodillas, con gran esfuerzo, alzó la cabeza y la miró asustada. Magda también miró a la madre superiora, expectante.

Hojeó las páginas, descubrió la nota de Angélica y la leyó también, para sus adentros.

—El destino siempre será la muerte, gran razón —sentenció—. Sin embargo, queridas pecadoras, el camino para llegar a las puertas del cielo nunca es la lucha sino el arrepentimiento, la resignación y la redención. Yo misma, en esta santa institución, me encargaré de que lo entendáis.

Lo requisó todo, la nota, la novela, las Biblias y sus tesoros. Sólo les dejó las ropas, permitiendo a las reas que se vistiesen por fin, y salió de la sala acompañada de la monja joven, que cargaba los bultos.

Magda se enfundó la camisa con la malla a salvo y se vistió rápidamente con la muda de recambio. Tina se puso la misma bata, que aún mostraba salpicaduras de vómito y procuró esconder con la mano el bulto que se pronunciaba en el bolsillo. La carta arrugada de Angélica.

Escoltadas por la monja gorda y por la corpulenta, salieron de la sala y recorrieron un largo pasillo en el que se sucedían una tras otra y a cada lado las puertas enrejadas de las celdas del presidio. Dentro, decenas, centenares de reclusas hacinadas, gritaban a su paso y hacían un ruido infernal golpeando los barrotes con los objetos que tenían a mano. No insultaban a las monjas, como creyeron al principio, sino a sus nuevas compañeras, a Tina y a Magda, a las que llamaron de todo, putas, malparidas, alimañas, matarifes, sinvergüenzas...

Ellas se encogieron y miraron al suelo, intimidadas, preguntándose a qué se debía aquel recibimiento tan ingrato, aquel odio.

—Con la tragedia que vuestros amiguitos han causado en la ciudad, atentando contra el pueblo llano en plena celebración cristiana, las anarquistas no sois bien recibidas por las presas —informó la gorda, con crueldad acentuada—. Os reconocen por el pelo rapado.

El dedo en la llaga. Magda recordó su melena tapizando el suelo como una mancha de sangre y lloró otra vez, desconsolada. La gorda le dio un empujón para que no sollozara.

Dejaron atrás el largo pasillo y se adentraron por otro lateral, que daba acceso a un vestíbulo con varias puertas. Una de ellas era la de una celda con una decena de presas dentro. Todas rapadas.

Ellas les lanzaron el peor insulto. Traidoras. Todas y cada una, repitiendo la palabra en letanía. Las monjas abrieron las rejas y las empujaron dentro, como quien empuja a dos pollos a la arena de un *cock-pit* repleto de gallos de pelea. Sus compañeras de celda las abuchearon, las insultaron, gritaron hasta desgañitarse y las acorralaron en un rincón de la celda, con actitud amenazadora. Luego les hicieron el vacío y todas les dieron la espalda.

Tina reconoció entre ellas a una vecina, una viuda que tenía un colmado en la calle Roser.

—Ángela, Ángela Vallés —la llamó.

La mujer la miró un momento y le volvió la cara con un gesto de desprecio. Magda también reconoció a otra de las presas. A una joven medio enferma que cuidaba en un jergón en el suelo de un bebé que también parecía enfermo. El que ella había alimentado el día de su detención. Ahora ya no tenía leche y el único líquido que fluía de su cuerpo era la sangre que se escurría entre sus piernas.

Miró al bebé con tristeza. Apenas había crecido unos cuantos centímetros en aquellos dos meses. La muchacha lo tomó en brazos y, dándole la espalda en todo momento, lo alejó de su vista. Otra de las presas, que también tenía un bebé de no más de cuatro meses tumbado en un jergón, la imitó, se llevó su crío al pecho y lo ocultó bajo la ropa. Dos bebés en la celda y tanta furia contenida.

El ambiente encrespado tardó un buen rato en apaciguarse. Magda y Tina se sentaron en un rincón, en el suelo, abrazadas la una a la otra y sin saber cuál era su lugar en aquella celda ni qué pensar ni qué decir. No había jergón para ellas ni apenas sitio para acoger a las presas nuevas, y no se movieron hasta que no regresaron las monjas y se lo ordenaron.

La gorda abrió la celda y la corpulenta introdujo un jergón ancho que ellas recogieron, obedeciendo. Podían ponerlo en el mismo rincón en el que estaban sentadas y tenían que compartirlo. También les dieron un cazo, un plato y una cuchara a cada una, vacíos, y una repisa para mantenerlos siempre ordenados. Así lo hicieron, organizando en silencio su espacio bajo las miradas fulminadoras de sus compañeras.

—¿Qué os hemos hecho? —preguntó de pronto Tina, estirando su cuerpo alargado para mirarlas con furia a todas.

—¡El teniente nos ha informado de vuestra traición! —escupió la viuda—. Vino a vernos, sí. Para decirnos que os traían a esta celda. Habéis tenido suerte, porque si no os hubiésemos dado la paliza de vuestra vida. Nos amenazó asegurando que nos llevaría de cabeza al patíbulo si os tocábamos un pelo.

Magda se llevó las manos al cuero cabelludo rasposo y las miró horrorizadas.

—¿De qué mentira habláis? ¿Qué os ha contado ese malnacido? ¡Él y sus hombres nos han torturado!

Las reclusas la miraron incrédulas. La joven del bebé, a la que llamaban Salut, habló:

—Dicen que sois confidentes de la policía. Que habéis estado en el castillo hasta ahora recibiendo un trato privilegiado, como dos reinas. Y que os traen aquí brevemente para que las monjas formalicen vuestra excarcelación siguiendo el procedimiento habitual.

Tina se desvaneció y su largo cuerpo cayó sobre Magda, haciéndola caer también. La viuda y un par más, acortando las distancias mantenidas hasta el momento, las ayudaron a levantarse del suelo.

—¿Qué te han hecho, niña? —gritó espantada la viuda, al observar de cerca las heridas aún abiertas en las muñecas de Tina y su cara extremadamente pálida.

Ella reaccionó, se recuperó con esfuerzo y miró a su interlocutora sin resentimiento.

—Me encerraron en el mismo hoyo que a tu compañero. Dormía bajo su firma, Paulí Pallàs...

La mujer se hundió y cayó de rodillas. Era la viuda del anarquista que había lanzado la bomba en la Gran Vía contra el capitán general Martínez Campos tres años atrás, condenado a pena de muerte y ejecutado en el castillo. Ella sabía que había estado en las mazmorras y que lo habían

torturado...

—¡Perdóname, perdónanos a todas, no sé cómo hemos podido dar crédito a su palabra! —añadió turbada.

«Perdón, perdón, perdón», una letanía rota que se esparcía con retraso entre un sinfín de murmullos. Aquellas reclusas no sólo habían sido engañadas por el teniente, sino también por las monjas, en un plan trazado desde el principio de su reclusión.

La viuda no volvió a abrir la boca, buscó cobijo en su jergón e inició un llanto largo y desconsolado. Otra reclusa, una cuarentona llamada Elisa, tomó la palabra. Les explicó que nada más empezar las detenciones, después del atentado del Corpus, en la cárcel se supo que habían llevado a dos mujeres al castillo de Montjuïc. Sabían que eran la cigarrera del Español y la actriz de la compañía de teatro del Poble Sec, novia de Pep, el actor guapo. Eso sabían de ellas al principio, poco más. Sus nombres, en cambio, no aparecieron en la prensa, entre el listado de detenidos. A todo el mundo le resultaba extraño que las hubieran llevado al castillo, cuando a las demás detenidas las encerraban en las prisiones de la ciudad, especialmente con las monjas, que siempre se ocupaban de las pecadoras ellas mismas. Ellas eran las más interesadas en el caso de las presas de Montjuïc y siempre que aparecía algún guardia civil, el juez o quien fuese, pedían noticias. Las autoridades militares ni siquiera afirmaban que estuviesen en prisión preventiva. Empezó a correr la voz de que eran testigos a las que debían proteger, confidentes de la policía que habían dado la información para que detuvieran por su implicación política a un sinfín de inocentes. Se decía que cuando el castillo se hizo necesario para encerrar a los presos que consideraban más radicales, a ellas decidieron ponerlas en libertad, aunque no podían hacerlo directamente desde allí, porque el archivo carcelario femenino lo gestionaban las monjas. Por eso las habían metido con las pelonas, eso creían ellas, para simular que eran dos presas preventivas más antes de darles la libertad.

Tina vomitó de nuevo, las reclusas intentaron ayudarla. Magda lo impidió con contundencia y se hizo cargo ella de su amiga. Estaba muy débil y necesitaba tumbarse y descansar.

—Yo les dije que eras una buena persona —intervino Salut, con su criatura en brazos.

Magda no la miró. Acomodó en el jergón el cuerpo de Tina, que respiraba sofocada, le secó el sudor de la frente con el paño y le ajustó el hatillo bajo la cabeza a modo de cojín.

La otra presa que amamantaba a un niño de pecho, una tal Assumpta, le tendió un vaso y un jarro con agua que ella aceptó sin dar las gracias, ofendida. Hacía rato que deberían haberle ofrecido un vaso de agua a su amiga, en lugar de tantos insultos y tantas mentiras. Estaba deshidratada, con la piel seca, los labios cortados y la lengua y la garganta ardiendo, tan delgada como un espíritu, tosiendo continuamente y con la mirada perdida en un dolor interior que evidenciaba que no había sido tratada como a una princesa.

—Las monjas nos hicieron creer que el teniente les había exigido que os acogieran con un trato de favor. Sin afeitaros el pelo, como se hace con las presas tachadas de anarquistas —expuso Assumpta—. Cuando clamamos por la injusticia, sor Ana, la más gorda, nos dijo que no nos preocupáramos, que la madre superiora ya tenía pensado afeitaros, por lo menos a la más guapa de las dos, como castigo por ser madre soltera. Pensábamos que ésa había sido la única tortura...

—¿Qué os han hecho? —preguntó otra.

—Nos encerraron en las mazmorras... —murmuró Tina. Magda la interrumpió.

—¡No les cuenten nada! ¡Que nos dejen en paz!

Las mujeres se dispersaron, revolviendo a su paso el aire enrarecido de la pequeña celda, sin dejar de mirarlas ni por un segundo. Tina se incorporó, recuperó el aliento y una respiración acompañada, y su tos se hizo menos intensa. Metió la mano temblorosa en el bolsillo y le entregó los papeles estrujados a Magda.

—Quémala —le pidió con voz entrecortada—. Ahí, en la letrina, antes de que las monjas la descubran.

A Magda también le temblaba todo el cuerpo. Reconoció la carta de Angélica, con la cerilla aún encolada, y una fuerza interior la empujó a levantarse, aunque el miedo la atenazase. La letrina era un rincón medio escondido por un saliente de pared donde estaba el cubo metálico en el que las presas defecaban. No estaba demasiado sucio y apenas había líquido en el fondo. Se levantó la falda, abrió las piernas y orinó, un chorro que salpicó con fuerza el cubo, un chorro pesado como el de una vaca y mucho más largo de lo esperado, que llenó hasta más de la mitad el cubo de un líquido ensangrentado y viscoso. Cuando acabó, desplegó las dos cuartillas rápidamente, las miró por ambas caras, sin descifrar aún la caligrafía nerviosa, desencoló la cerilla situada junto a la «A» de la firma y la encendió en la pared rugosa.

Quemó primero las puntas, que se chamuscaban con dificultad. Al ver que la cerilla se consumía, la colocó en el centro del papel arrugado y esperó a que prendiera fuego. Una monja a sus espaldas impidió que ardiera.

—¿Qué estás haciendo? —gritó, dándole una bofetada y arrebatándole el papel de las manos antes de que cayera dentro del cubo lleno.

No había oído abrirse los candados de la reja ni las toses de Tina y el resto de las presas advirtiendo de la llegada de las religiosas que las convocaban para ir a misa a la capilla. Tampoco percibió los pasos de la monja corpulenta corriendo hacia la letrina al ver salir humo.

La sacó de allí a rastras y les mostró el papel a medio quemar a las otras monjas. La gorda, la tal sor Ana, ordenó a sus compañeras que dieran aviso a la madre superiora y que se llevaran a las otras presas a la capilla, para asistir a la misa de la tarde. A todas excepto a Magda y a Tina, que seguía postrada en el jergón, conteniendo el vómito.

En cuanto se quedaron solas, sor Ana le propinó a Magda en el brazo el primer pellizco cruel y retorcido de una buena tanda. Los siguientes, en la espalda, en la cintura, en las nalgas, en los pezones, se los dieron entre ella y la monja corpulenta, encargada de la vigilancia. «Por pecadora», decía una; «por libertina», añadía la otra; «por adúltera, por traer un hijo bastardo al mundo, por no bautizarlo, por no bautizarlo, por no bautizarlo».

Cuando apareció la madre superiora, Magda estaba en el suelo, encogida, formando un ovillo con el cuerpo.

—¿Qué la habéis hecho? —exigió saber—. ¡Está llena de sangre!

—No, sor Juana, no le hemos hecho nada, está menstruando —informó la gorda—. ¡Y la hemos encontrado quemando papeles en la letrina!

La madre superiora examinó el papel estrujado y chamuscado, y lo abrió cuidadosamente. Algunas partes de las cuartillas, las centrales, se deshicieron en ceniza y dejaron en su lugar agujerillos aquí y allá por los que pasaba la luz. El resto, encartonado y teñido de amarillo, mostraba palabras sueltas con una caligrafía incomprensible. Sor Juana intentó descifrar algunas frases sin gran acierto.

—¿De quién es? —interpeló a Magda, indicándole con la mano que se levantara del suelo.

—Mía —respondió ella, obedeciendo.

—¿La has escrito tú? —preguntó incrédula, mirándola a unos ojos humillados que acababan de alcanzar su altura.

—Sí —murmuró Magda, bajando la mirada.

—¿Y para quién era, si se puede saber? —preguntó con sorna.

—Para mi hermana... —respondió temblorosa, sin saber muy bien qué decir.

—Ya, claro. ¿No será que te escribes cartas a ti misma? ¡En el encabezado menciona tu nombre!

La mano abierta de sor Juana, con el anillo macizo que sellaba sus votos girado en el dedo anular, le impactó en la mejilla como si la hubieran golpeado con una viga de metal. Cayó al suelo mareada, desconcertada, con la cara incendiada, y sangrando por la nariz y la comisura de la boca.

—Llévenla a la enfermería y que le curen ese golpe que se ha dado con la puerta y le den gasas para su higiene —ordenó—. Y lleven también a la otra, que no para de vomitar. ¡Seguro que está preñada, la muy adúltera!

Un dolor nuevo para añadir al vía crucis. Tina estaba embarazada. De su violador. No había duda. Su tripa apenas había aumentado, todo lo contrario, estaba más flaca que nunca. Y, sin embargo, sus senos, antaño planos y apenas perceptibles, lucían redondos, abultados y con unos pezones firmes que apuntaban al cielo.

Las llevaron caminando por su propio pie y sujetándolas del brazo, a Tina, la corpulenta y a Magda, la gorda. Recorrieron el mismo camino que al entrar, a la inversa, pasando por el pasillo al que se abrían las celdas del resto de las presas, las que tenían derecho a conservar el pelo. Esa vez, a su paso, en lugar de oírse gritos se hizo el silencio. «Os deseo mucha suerte», murmuró una voz tímida. «Mucha suerte, suerte», coreó el viento.

Bajaron las escaleras hasta la planta inferior y, al acceder al vestíbulo que distribuía las puertas de la enfermería, un joven médico las retuvo y se acercó a Magda para examinarla.

—Tiene una herida fea —dijo, mirándola tan de cerca que la intimidó.

—Por eso la llevamos a la enfermería de mujeres —soltó sor Ana, sonriente y con voz dulce.

—¿Cómo se lo ha hecho? —preguntó el médico, observando el hematoma incipiente y la herida en la comisura de los labios.

—La pillamos quemando unos papeles y pretendió escapar. Arrancó a correr, tropezó y chocó contra las rejas de la puerta. Ya ve el corte que se ha hecho en la cara con el hierro, la muy bandida.

—Me encargaré de sus curas...

—No se preocupe por ella, doctor —intervino la corpulenta—. Nuestras hermanas enfermeras sabrán ocuparse como toca.

—Eso, eso —añadió la gorda, apartando a Magda de su lado—. Usted vuelva con los hombres que de las mujeres ya nos ocupamos nosotras.

Otras monjas, más amables, se hicieron cargo de su curación. A Magda le limpiaron la herida

y le untaron un unguento que le calmó el dolor y a Tina le dieron a beber una infusión de hierbas. También les dieron de comer, un buen tazón de caldo de primero, con pan tierno, un plato de cocido de segundo, con carne de pollo, y una manzana de postre, sin gusanos.

—Cortesía del joven doctor Cárdenas —le murmuró una de las enfermeras al oído a Magda—. Os ha visto afuera, se ha compadecido de vosotras y ha pagado de su bolsillo a la cocinera para que se os dé de comer como a las propias monjas. Habéis tenido suerte de topar con él, es muy buena persona.

La suerte aparecía allí donde uno menos lo esperaba, un resquicio de esperanza que auguraba que algo podía cambiar después de tantas estocadas.

Las devolvieron a la celda a medianoche, las monjas de la guardia nocturna, a las que no conocían de antes y con las que apenas hablaron por el camino. En el pasillo, a media luz, tan sólo se oían los ronquidos de las presas durmiendo. En su celda, a oscuras, el resto de las pelonas también parecía dormir, aunque al desaparecer las monjas, varias de ellas se levantaron del jergón para interesarse por el estado de salud de las recién llegadas.

Magda apenas tenía fuerzas para hablar, así que se tumbó y cerró los ojos. Le dolía la mejilla, la mandíbula entera, la cabeza, el alma. No quería hablar con nadie, necesitaba descansar.

Tina, en cambio, estaba recuperada, animada, hambrienta aún. Aceptó un mendrugo de pan que le ofreció Assumpta, una manzana que le dio una tal Adelina y comió como si no le hubieran dado de cenar en la enfermería. No contó casi nada de sí misma y esquivaba las preguntas que le hacían las presas; en cambio hablaba locuaz, les devolvía preguntas por respuestas y les sonsacaba a las otras los motivos que le preguntaban a ella.

—¿Por qué te encerraron? —quiso saber una, llamada Gaietana.

—Por actriz, creo... ¿Y a ti?

—¡A mí por tonta! —contestó con una risotada—. Cuando me enteré de que habían encerrado a Teresa de Claramunt, quise traerle comida, aquí a la cárcel. ¡Ya ves qué idea! Y me encerraron con ella, claro, sospechosa de ser cómplice de terroristas. Luego a ella se la llevaron, al castillo también, aislada, y allí sigue...

Tina suspiró con sorpresa, sin explicar que había visto a Teresa en el patio de armas, sin contarle a nadie que había sido ella quien la denunció, sin reconocer ante el resto de las mujeres su gran sentimiento de culpa.

—¿Cuándo te encerraron? —preguntó Adelina.

—El lunes, al día siguiente de la procesión del Corpus. ¿Y a ti?

—A mí el día anterior, un fatídico sábado maldecido por el número del diablo, el seis del seis de mil ochocientos noventa y seis, tres seis seguidos.

—¡Pero si aún no había ocurrido el atentado!

—Ya, ya ves. Nos detuvieron a mí y a mi compañero, así porque sí. Creían que estábamos implicados en el abandono de dos bombas Orsini el jueves anterior, y aunque juramos y perjuramos que no teníamos nada que ver, no nos creyeron. Y aquí seguimos, él a saber en qué celda y yo en el rincón de las pelonas.

—¿Te han interrogado? —inquirió Tina

—Sí, más de una vez, sobre todo al principio. Primero me interrogó el inspector Tressols, el

jefe de la policía, que ordenó mi detención. Y después, cuando el caso pasó a manos del consejo militar, el teniente Portas.

—¿El del bigote torcido?

—Ése, sí.

—¿Por qué sospechaba de vosotros?

—Vivimos cerca del callejón donde se encontraron las bombas. Al parecer, alguien denunció haber visto a un hombre y a una mujer merodeando por allí en una carreta. Nosotros aquella noche habíamos salido. Fuimos al Centro de Carreteros, a ver la obra que tú interpretabas.

—¿Nora? ¡Pero si no había ninguna mujer en la sala!

—Sí, estaba yo —afirmó—. No me gustó mucho la obra, debo decirte la verdad. Me levanté de la silla antes de que acabase la función y obligué a mi compañero a irnos. ¿Cómo pudiste abandonar a tus hijos?

—Yo no tengo hijos. Nora es sólo un personaje, no me lo he inventado yo.

—Ya. Bueno. El caso es que por mi culpa salimos antes de que se acabara la sesión teatral y volvimos a casa en la carreta. A la hora en la que se supone que se abandonaron las bombas. Y aquí seguimos por eso.

Los pasos de las monjas de vigilancia, que se acercaban en su ronda nocturna, acallaron las voces de las presas y dispersaron el grupo. Cada una volvió a su jergón. Hasta la mañana siguiente. Sin poder dormir y sabiendo que no eran las únicas detenidas por el mismo delito.

Las despertaron al alba, a toque de pito. Tenían sólo cinco minutos para adecentarse y prepararse para acudir a misa. La visita a la enfermería las había librado de rezar la noche anterior, pero a partir de entonces debían acudir a la capilla tres veces al día, como el resto de sus compañeras, guardar silencio durante el sermón y repetir las plegarias cuando el cura lo indicase.

Así pasaron más de una semana, una eternidad. Las monjas adoctrinaban a las reclusas en todos sus movimientos y las hacían trabajar sin descanso gran parte del día. Debían sacudir los jergones y barrer la celda tras la misa matutina, antes del desayuno. Después, limpiar el suelo de rodillas y adecentar la celda, y lavar la ropa y tenderla al mediodía, antes de comer, en uno de los patios, el más pequeño, habilitado sólo para ellas. Las anarquistas tenían prohibido el contacto con las presas comunes y las únicas palabras que cruzaban con ellas eran las lanzadas al aire a su paso por los pasillos, a través de las rejas. Por la tarde, después de la comida, las obligaban a coser durante horas, remiendos, vestidos o bordados, en función de la destreza de cada una y siempre bajo su estricta vigilancia. Sólo les daban respiro antes y después de la misa de la tarde, durante el tiempo de aseo personal y el de descanso. Aprovechaban esos momentos para hablar entre ellas y hacerse confidencias, para conocerse un poco más las unas a las otras.

La mayoría de las mujeres de la celda habían sido encerradas con sus compañeros, el mismo día o en fechas distintas. Recibían noticias de ellos y les devolvían saludos de amor a través de las presas comunes del pasillo, con las que se comunicaban con susurros y con diferentes códigos. Salut, Assumpta, María, Adelina y otra mujer, también llamada Teresa, que tenía cuatro hijos fuera, dos en la casa de Asilo, y sufría mucho por ellos. Los de la viuda de Pallàs, Ángela, también se habían quedado solos y desprotegidos, y las autoridades habían ingresado al mayor en la Casa de la Caridad y a los dos más pequeños en la de la Casa de la Maternidad y Expósitos;

como si fueran también delincuentes, como si ellos tuvieran la culpa de algo. Había otra viuda que las calmaba a todas, Elisa, que ya había estado encerrada tres años atrás, cuando lo del Liceo, junto a su compañero, un destacado dirigente internacionalista que había muerto en la cárcel. Se dijo que fue de un ataque de disnea, aunque ella estaba convencida de que lo habían envenenado.

Magda no siempre hacía caso a las conversaciones de las mujeres. Prefería acercarse a los bebés, intentar jugar con ellos, hacerlos sonreír, lograr que sus voces despertaran la alegría en aquel infierno. Palmir, el hijo de Assumpta, crecía gordito, rosado y risueño. En cambio el pequeño Lluís, la criatura de Salut, el niño al que Magda había dado de mamar, necesitaba mucho más alimento del que podía ofrecerle su madre. La pobre muchacha, menuda y mal alimentada, lo mantenía día y noche en el pecho, como las monjas le decían que hiciera para que le subiese la leche. Lloraban los dos sin apenas fuerzas, el niño agarrado a un pezón repleto de dolorosas grietas, y la madre sufriendo el escozor y el dolor de cada succión como un martirio.

La imagen la enfureció. Assumpta tenía leche de sobras para alimentar a los dos niños. Magda, en un par de ocasiones, le había sugerido que le diera de mamar y ella había negado con la cabeza y cambiado de tema, sin hacerle caso. Volvió a pedírselo otra vez, clamando su compasión a gritos. Ella la hizo callar con una bofetada.

—¿Crees que soy un monstruo? —le susurró ofendida—. Hago lo que puedo, a escondidas, cuando encuentro el momento más tranquilo. Pero las monjas ya me han pillado dos veces y me han castigado con más crueldad que nunca. Me lo tienen absolutamente prohibido.

Prohibido. Como si fuera algo malo, como si la leche de otras madres no sirviese para hacer crecer niños sanos, como si dar de mamar en lugar de ayudar ofendiese, como si al hacerlo se cometiese un delito o un grave pecado... Prohibido porque sí.

Una mañana calurosa, después del desayuno, las celadoras que repartían los cubos con agua enjabonada para fregar tardaron en llegar más de lo habitual. Cuando por fin se acercaron no lo hicieron solas, sino acompañadas del teniente Portas.

—Que salgan Magdalena Poch y Agustina Casas —ordenó—. Con todo.

Con todo. Dos palabras que podían significar la libertad aunque auguraban poca suerte. Obedecieron. Magda hizo un hatillo con su muda sucia, todo lo que le quedaba. Pidió permiso para ir a la letrina, se lo dieron y mientras orinaba desató la malla de la camisa interior y la envolvió con la mano. Al salir pidió permiso de nuevo, para despedirse de los bebés. «Se lo ruego por caridad», le suplicó a la madre superiora. Aceptó.

Acarició a Palmir, tumbado en el jergón. El pequeño Lluís estaba como siempre en el regazo de la madre. Lo cogió para darle un beso y le metió en el pañal la malla con el dinero. Al devolvérselo a Salut, le susurró unas palabras al oído. «Haz que las monjas te lleven ante el doctor Cárdenas», eso le dijo. Él era el único que podía ayudarla allí dentro.

No se despidió del resto de las compañeras, a las que apenas pudo mirar. Salió cabizbaja de la celda, seguida de Tina. El teniente las saludó ante el umbral con una sonrisa inquietante y las esposó personalmente, la una a la otra, evidenciando que la condena aún no había acabado.

Caminaron sin esperanzas, siguiendo los pasos del oficial al mando y escoltadas por sor Ana y la propia sor Juana, la única que podía firmar un traslado. Las condujeron de nuevo a la capilla de la prisión, en la primera planta, donde ya habían estado aquella mañana. El teniente tuvo la

cortesía de quitarles las esposas antes de entrar.

Se oía gente dentro y Magda oyó llorar a un niño. Era Llibert, su hijo, estaba segura. Cuando se abrieron las puertas y la hicieron entrar lo buscó y lo descubrió en brazos de dos de aquellas monjas carceleras, pataleando e intentando liberarse de ellas. En un banco cercano, la tía Roser le lanzaba carantoñas intentando calmarlo, acongojada porque una pareja de guardias civiles no la permitían acercarse al niño.

—¡Mi hijo, qué le hacen a mi hijo! —gritó Magda.

Al alzar la vista en busca de ayuda, la cara conocida que descubrió junto al altar la dejó estupefacta, boquiabierta, muda. Era Toni, esposado también, mal vestido con una camisa sucia y unos pantalones de saco, y tan guapo como siempre. ¿Qué hacía allí él?

Las sorpresas aún no habían acabado. Al otro lado del altar había un hombre tumbado en una camilla, con el cuerpo entero vendado y muy mal aspecto. Pep. Al reconocerlo rompió a llorar. Tina también.

¿Qué hacían ellos allí? ¿Qué sentido tenía aquella extraña reunión familiar? ¿Los iban a interrogar a todos juntos, cara a cara? ¿Con el niño presente?

El cura elevó su voz silenciando la sala y pronunció la respuesta.

—Queridos hermanos, hermanas, estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a dos hombres y a dos mujeres descarriados.

El corazón le dio un vuelco. No quería creer lo que estaba sucediendo. Oía al cura soltando su sermón sobre la mala vida que comportaba vivir en pecado, sobre la necesidad de seguir los santos sacramentos, bautizarse, hacer la comunión, casarse... La casaban; con Toni. Y a Tina con Pep.

El cura le pidió el consentimiento primero a él.

—Antoine Carteron, ¿aceptas a Magdalena Poch como legítima esposa?

—Sí, acepto —contestó Toni sin dudarlo.

Magda lo miró horrorizada. ¿Estaba loco? Había desaparecido de su vida y ahora se casaba con ella tan alegremente.

—Magdalena Poch, ¿aceptas a Antoine Carteron como legítimo esposo?

No, no quería aceptar. No lo haría. ¿Qué se creía aquel desgraciado, que podía llegar cuando le diera la gana y recuperar lo perdido?

—Sí, acepta.

La voz que se oyó a sus espaldas, y que dio el consentimiento en su nombre, era la del teniente.

—Doy mi bendición a vuestro matrimonio —prosiguió el cura—. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. El novio puede besar a la novia.

Toni la miró con ternura, los ojos llenos de lágrimas. Ella le devolvió un gesto de horror.

—Dame un beso, te lo suplico —susurró mientras le rozaba la mejilla.

No lo hizo. No quería besar a un hombre al que ya no amaba.

El cura prosiguió con la ceremonia. Le pidió el consentimiento a Pep, a quien apenas se veía, tumbado en la camilla. Él balbuceó un sonido, a saber si un sí o si otra cosa... Tina, de puntillas para intentar verlo, lloraba emocionada. Aceptó su matrimonio, con la voz rota y la cara llena de lágrimas, y cuando el cura les dio permiso para besarse, se acercó con suma suavidad a Pep, lo acarició delicadamente y le depositó un dulce beso en la frente.

Las obligaron a ellas y a Toni a firmar una serie de documentos que ratificaban el enlace. Un papel tras otro sin mirar siquiera lo que estaban firmando. Las firmas de Pep ya estaban trazadas en su lugar correspondiente.

—Ustedes tres pueden sentarse —les indicó el cura—. Procedamos con el bautizo.

El bautizo. Por eso estaba allí Llibert, no para asistir a la boda de sus padres sino para ser bautizado cristianamente respondiendo a los reproches de las monjas.

—Yo te bautizo José Alberto Carteron Poch...

¿Qué nombre era aquél? ¿Quién les había dado permiso para cambiarle el nombre a su hijo?

—¡Ése no es su nombre! —protestó.

La madre superiora le dio tal pellizco en la nalga que ahogó la voz. El cura ni se inmutó. Continuó con su sermón, rezó una plegaria que hizo corear a todos y despidió a los hombres.

—Marchad en paz, hermanos.

Toni rogó que le dejaran quedarse un momento con su mujer y su hijo, sin conseguirlo. Se lo llevaron entre dos guardias civiles, por la puerta lateral, de nuevo a su celda. A Pep también se lo llevaron, entre dos enfermeros que levantaron la camilla a pulso para sacarlo de la capilla. Privado de movimiento y de libertad.

—Vosotras, hermanas, también podéis marcharos —añadió el cura, señalándolas a ellas—. Sois libres.

¡Libres!

Magda se abalanzó sobre la monja que sujetaba a su hijo, deseando cogerlo en brazos. Llibert la miró aún asustado, ansioso, desconcertado, no había reconocido a su madre en aquella mujer sin pelo hasta ese momento.

La madre superiora la retuvo y la impidió abrazarlo, besarlo, consolarlo.

—¡Déjeme, soy libre! —clamó con un sollozo desgarrador.

—Todavía tenemos que formalizar algunas cuestiones —zanjó contundente sor Juana.

Las monjas le devolvieron el niño a la tía Roser, que se hizo cargo de él y lo sacó fuera de la capilla. Ellas permanecieron en el interior, junto a la madre superiora y el teniente, que miraba a Magda con su odio profundo. Era él quien todavía tenía algo que añadir.

Se tocó el bigote un rato y se encendió un puro de tres pesetas antes de hablar.

—Hermana, recuérdete a esta joven el deber de una buena mujer cristiana —pidió.

—Toda buena mujer debe saber que está sujeta al hombre —profirió la madre superiora—. Primero a su padre, como una buena hija, y a su hermano. Luego a su marido. Los hijos que concibe ella no son suyos, sino de él, y a él le corresponde su manutención y educación. Tú también debes supeditarte a tu marido, aunque esté en la cárcel.

Magda la miró sin entender muy bien el sentido de aquellas palabras. De nuevo, fue el teniente quien puso los puntos en su lugar.

—Si te descubro en adulterio, aunque sea tonteando con un hombre, te encierro para siempre y doy a tu hijo en adopción.

Tragó saliva y pensó en Víctor, en su amor ilícito, y en el beso fugaz que descubrió el teniente, condenado a ser el último.

—Tengo otra noticia para ti. También alegre —ironizó el teniente—. Tu hermana, la de la carta, ha pasado a mejor vida. Ya no se podrá ir más de la lengua, ni escribir a políticos ni a la prensa ni a nadie contando mentiras. La encontramos en un prostíbulo de tres al cuarto, consumida

en huesos. No me extraña que los hombres de Freixa pensasen que era una niña.

Temió por Angélica. El teniente podía haber dado con su paradero, ordenado su muerte y buscado la horrible coartada.

—¿Mi hermana? —murmuró.

—Sí, tu hermana mayor, Amparo Poch, la que firma con la «A» inicial, la otra perla de la familia. La teníamos bien fichada en esta santa casa. No me extraña que tu padre os largara a todos, ¡menuda desgracia ha tenido el pobre hombre con vosotros!

Había pasado de nuevo. Habían vuelto a confundir a una mujer de la familia con quien no era. La muerta era su verdadera hermana, la que desapareció el mismo día en que salió de la cárcel para volver con su chulo, olvidándose por completo de la familia que la había ayudado durante su reclusión. Empar, en catalán, y no Amparo, como había traducido el hombre al castellano. Esperaba que no la hubieran torturado a causa de la confusión, una confusión que había provocado la propia Magda al intentar salvar a Angélica, olvidando por completo la existencia de su verdadera hermana mayor.

Las habían liberado el 24 de agosto de aquel año 1896. Libres de ser procesadas, sin juicios, sin cargos, sin presuntas implicaciones. Magda recuperó a su hijito, su querido Llibert, y Tina se cogió del brazo que le ofreció la tía Roser para ayudarla a superar la debilidad causada por el encierro durante el nuevo camino. En su cabeza repicaba una y otra vez una canción popular, *Goigs i planys* (*Gozos y lamentos*), también de Anselm Clavé, esta vez con letra y música, una música delirante, que rallaba dolorosamente su razón. «*Tot riu, tot riu, tot riu a la vila, tot riu, tot riu, tot riu en el camp, i escampa amoretes les brises de mar...*» (Todo ríe, todo ríe, todo ríe en la ciudad, todo ríe, todo ríe, todo ríe en el campo, y esparce piropos la brisa del mar...)

Salieron de la prisión de Amalia a pie, dejaron atrás el recinto y cruzaron el Paralelo para subir de nuevo hacia la montaña de Montjuïc, en cuya falda se extendía el Poble Sec y en cuya cima se erigía el temido castillo. Tina necesitaba contener el vómito a cada paso. El barrio se le hizo empinado, empinadísimo. Deseaba llegar a casa de una vez, volver al terrado y darse un baño en aquel cuartucho donde había hecho el amor con Pep. Pep. Su marido.

Recibió su mayor decepción al llegar al piso del tercero. Pretendió seguir subiendo escalones, para culminar su noche de bodas soñando con su marido ausente. La tía lo impidió. La informó de que el cuartucho había sido alquilado por otras personas, porque ellos ya no lo podían pagar. Un vómito incontenible fue su única respuesta.

No dijo enseguida al resto de la familia que estaba embarazada. Tardó muchos días, casi tres meses, en reconocerlo. Hasta que la vuelta a casa, el abrazo y el consuelo de su padre, el descanso en una cama con colchón, las cazuelas de la tía y la seguridad del hogar no obraron su efecto. Se sentía muy débil, aún le duraba la temblequera, la tos, el dolor de huesos, y no le costó disimularlo. Su panza inflamada evidenció con el paso del tiempo lo que había dentro.

Magda, en cambio, recuperó pronto su energía y su trabajo en el Español. El empresario le devolvió su puesto, aún en ausencia de Benjamín, el jefe que la había protegido hasta su detención, siendo madre soltera. Benjamín la protegía incluso ahora, que era una excarcelada, y estando él en el exilio. Medió a su favor para conseguirle un ascenso, que le redujeran la jornada a la mitad y le doblaran el sueldo. Con el dinero que Magda ganaba, más la pequeña contribución del sindicato de carboneros y las cuatro pesetas que ganaba Roser cosiendo sombreros, vivían confortablemente en la casa y podían pagar el alquiler, las medicinas y la alimentación de todos. Y con el que Angélica enviaba cada semana, cubrían los cuidados y la manutención de los hombres de la familia aún encarcelados. Pep, el tío Joan y Toni, el marido del que Magda no quería oír ni hablar.

Tina sí que quería oír hablar de maridos, pensaba en el suyo como si la boda hubiese sido consensuada por ambos en sus plenas facultades mentales y físicas, con libertad absoluta para dar

el sí. Borró de su memoria prodigiosa, capaz de reproducir guiones palabra por palabra y las letras de las canciones más insospechadas, el recuerdo de Pep postrado en una camilla. Lo visualizaba de pie, vestido como Helmer, el esposo de Nora, con el traje con el que interpretaba aquel papel de abogado rico y completamente enamorado de su mujer. Y recordaba intensamente su beso, en los labios, cuando el cura lo permitió.

Así se lo describió a la gallega, cuando la visitó por primera vez al poco de salir de prisión. Y así lo mantuvo meses después, aun sabiendo que la suya era una mentira más gorda que la de Angélica.

La niña, que no era tal niña, vivía ahora en Marsella con su amor de toda la vida, que no era otro que Benjamín. Él había abandonado a su mujer e hijos para huir con ella. Ambos tenían más o menos la misma edad, unos cuarenta y cinco años, y un largo pasado en el mundo del circo. En Francia, se dedicaban a dar espectáculos de magia, en los que hacían un sinfín de trampas, y al parecer ganaban mucho dinero. Ni a Tina ni a Magda les extrañó descubrirlo, todo lo contrario. La noticia volvía el mundo más llano, más terrenal, y explicaba por qué ni Angélica ni sus espíritus los habían librado a todos de tantos martirios. Sus poderes sólo llegaban allí donde hubiese alguien sobornable y eso ya era algo que debían agradecerle para el resto de la vida.

Si Pep seguía vivo en la cárcel también era gracias a ella. Entre la gallega y la tía Roser les explicaron que Angélica había montado sesiones ilegales de espiritismo para conseguir el dinero para salvarlo, mucho dinero. El pobre Pep tenía muchos huesos rotos: en la cabeza, la columna vertebral, brazos y piernas... Ellas mismas lo habían visto cubierto de yesos y vendas, aunque Tina no asociase aquella escena con el día de su boda.

Desde que había salido de la cárcel, para ella la vida sucedía en dos escenarios distintos. Uno en el que todo parecía una gran mentira, con un mal guion, malos actores como compañeros y sin Pep en escena, al que le había tocado el papel de enfermo ausente. Y otro, el que sentía real, el que la llevaba a monologar sin descanso en su fuero interno, relatándose a sí misma las cosas de manera diferente.

Recordaba amargamente las horas que había pasado encerrada en la mazmorra, aunque había olvidado al cabo de cuajo. En su escenario interno, Pep también había estado encerrado en aquellas mazmorras y era él quien la visitaba a horas intempestivas, a través de un agujero excavado en la pared, para poseerla con deseo. Ése era su mayor secreto y no podía contárselo a nadie, ni siquiera a Magda; Pep no quería que su hermana supiese que él estaba allí. Se mostraba más violento de lo que nunca había sido porque lo torturaban y porque creía que iban a condenarlo a muerte. Por eso lo excusaba Tina... Un buen día se lo llevaron a otra celda, sin agujero por el que comunicarse. A ella también la trasladaron, primero a un lado y luego a otro, de mal en peor. Sin Pep. Se habían reencontrado en la prisión de Amalia y se miraron a los ojos a través de las rejas del patio inferior. Él le envió un beso dulce con la mano. Luego se volvieron a encontrar por sorpresa en la capilla. El día de su boda. Los guardias apenas los habían dejado mirarse frente a frente hasta el momento del beso, un beso sincero, emocionado. Al llevárselo, él se había negado a separarse de ella y por ese motivo le habían dado la paliza que aún lo mantenía postrado en la cama con un montón de huesos rotos. Ésa era la versión de su escenario ficticio.

Sabía, porque en casa hablaban a diario del asunto, que Pep estaba bien cuidado en la enfermería del presidio, gracias al dinero de Angélica y a la protección de un tal doctor Cárdenas. Un ángel al que Magda había conocido casualmente en su estancia en la prisión de Amalia, y al

que ahora veía semanalmente para entregarle ella misma el dinero con el que mantenían sus cuidados y darle también la correspondencia de la familia y los amigos.

Tina le escribía largas cartas contándole cómo iban las cosas fuera, cartas que le hacía llegar el doctor Cárdenas. Le hablaba de los demás, de Llibert, de Magda, de Roser, de lo poco que sabían del tío Joan, que también seguía encerrado, de los amigos de la compañía puestos en libertad y que habían ido a visitarla en un par de ocasiones, de la suerte que tenían todos de tener un ser espiritual que los cuidase, desde Marsella o desde el cielo, en todas partes. Y también le hablaba de ella misma, de lo enferma que se había puesto en la cárcel, de lo mal que la habían tratado las monjas, de lo débil que se sentía desde su libertad. Le explicó que entre los guardias y las monjas la habían hecho sentir la mujer más fea del mundo, que habían rapado al cero su ya escaso cabello, que la habían insultado por haberse dejado magrear por los hombres, tachándola de libertina y de mujerzuela de mala vida por hacer teatro. Fue introduciendo el tema de su embarazo poco a poco, diciéndole primero que una criatura crecía en su vientre; después le contó que ya notaba sus movimientos y más adelante le hizo saber que si era niña, la llamarían Nora. La pequeña Nora. Pese a la debilidad que le provocaba el embarazo, notar la criatura creciendo sana dentro le producía un agradable estado de bienestar. Nunca le hablaba de nada referente al castillo, ni del tiempo en el que había estado prisionera allí ni de lo que había sucedido dentro. Aquel secreto estaba encerrado bajo llave, en el túnel de la risa.

Sabía que la salud de su marido mejoraba día a día, que ya podía mover las piernas y los brazos, aunque no era capaz de sostener la espalda. Sabía también que él sí que había recuperado la cordura, y que le enviaba mensajes de consuelo, de cariño, de complicidad. Mensajes que pasaban por boca de otros y le decían que no se preocupara, que le daría un apellido a la criatura que llevaba en su vientre y que él nunca la obligaría a consumir su matrimonio.

No era aquello lo que quería oír y no lo oía. A cambio oía frases mucho más bonitas, piropos que ensalzaban sus cualidades, deseos de besos y abrazos, promesas de felicidad futura, de amor eterno.

También mantenía una extraña correspondencia con Angélica. Por un lado, se escribían cartas personales, en las que hablaban sobre todo de literatura y teatro: de qué le había parecido la novela que le envió a la cárcel, de los autores dramáticos que Angélica había descubierto en el extranjero, de los nuevos vientos escénicos que traía consigo el arte simbolista y de los textos que Tina podría representar con Pep cuando regresara a casa, lo cual le servía para fomentar sus sueños más felices. Por otro lado, le escribía notas breves que le dictaba Magda, en las que completaba alguna información que no le había podido transmitir por otras vías. Magda se comunicaba con ella a través de un abogado, cuyos honorarios pagaba Angélica, que a su vez mantenía contacto constante con su clienta, en Marsella, a través del telégrafo. Hablaba con él casi a diario, desde el teléfono recién instalado en el teatro Español. Estaba prohibido comunicarse en catalán por dicho aparato, a riesgo de que el operador cortase la llamada, y lo hacían en castellano, un idioma que el hombre hablaba con un vocabulario tan preciso que a Magda le costaba comprender y, a menudo, no estaba segura de haber entendido bien lo que le había dicho. Tampoco podía contarle a través de él todo lo que quería y le pedía a Tina que lo hiciese por ella. Sin embargo, la información que le daban era siempre sesgada, incompleta, parcial.

Las conversaciones que transcribía giraban casi siempre en torno a la salud de Pep, de los partes que les facilitaba el doctor Cárdenas a la tía Roser y a Magda; a la una en la iglesia de las monjitas vecinas, un par de días por semana, y a la otra en el Español, noche sí y noche no. El médico también las mantenía informadas acerca del estado de salud de Toni, que cada dos por tres se fracturaba un brazo o una pierna para estar en la enfermería unos días junto a Pep. Roser había podido visitar por fin al tío Joan en un par de ocasiones, encuentros quincenales muy breves a través de las rejas que le permitieron comprobar que su estado de salud era bueno, aunque el hombre se metió de nuevo en líos y le denegaron más permisos de visita. Gracias a Cárdenas sabían que permanecía en un pabellón alejado de la enfermería, incomunicado en una celda con otros presos anarquistas, poco más.

Las misivas que recibía de vuelta, también breves, solían dar respuesta y solución a problemas concretos. Así supieron que el abogado había sobornado a varios funcionarios para que permitiesen que le hicieran una revisión rutinaria de salud al tío Joan.

Cárdenas logró adjudicarse la misión y tomar contacto con el familiar. Según le contó el joven médico a la tía Roser, y según escribió Tina a Angélica como respuesta, el tío mantenía su buena salud y parecía resistir bien el encierro. Estaba bien acompañado y se había convertido en uno de los líderes de su celda. Un carbonero que entendía la farsa de aquel proceso judicial que mantenía entre rejas a los principales líderes de los sindicatos obreros junto a intelectuales, impresores, editores, dibujantes, abogados y maestros. El que mejor defendía que todo aquello sólo era una invención teatral para tapar que, en realidad, las autoridades no tenían ni idea de quién narices había lanzado la bomba que causó el desastre del Corpus. Consciente de la injusticia de aquel proceso y mucho más revolucionario que cuando había entrado.

El proceso. Una palabra que ni la familia ni los amigos pronunciaban apenas ante Tina. La habían mantenido alejada de la realidad exterior para facilitar su recuperación, para no añadir más problemas a los que ya tenía. Y ella, perdida en otro escenario en el que actuaba con Pep, tampoco preguntó.

No se recompuso hasta una mañana de principios de diciembre, cuando una carta de Angélica obró el milagro. La informaba de que el abogado había conseguido por fin algo por lo que habían luchado mucho los últimos meses: que a Pep le permitiesen la visita de su esposa una vez por semana.

Su esposa. La palabra la llenó de orgullo. Era ella, Tina, su esposa. La mujer que iba a tener el privilegio de ver por fin a su marido cara a cara. Al guapo de Pep.

La noticia le causó una gran alegría en un escenario; y un miedo tremendo en el otro. Tenía que enfrentarse a la realidad, encontrarse con Pep en una función cuyo guion no escribía ella, evidenciar ante él que el paso por la cárcel y su amor pasional la habían vuelto loca.

No lo iba a hacer. No se lo podía permitir a ella misma. Se levantó de la cama, en la que había pasado la mayor parte del tiempo en aquellos tres meses de libertad. Se quitó el camisón y se probó el vestido de domingo. Le iba demasiado pequeño, no podía ajustar la pechera ni abotonar la falda, con la barriga que tenía. Magda la sorprendió mirándose al espejo y descubriéndose aún calva, con su pobre pelo cortísimo que no cubría los vacíos de la calvicie. Se sentía fea, gorda, un desperdicio. Su abrazo no le transmitió demasiado consuelo, sus palabras sí.

—¡Ahora mismo te vienes conmigo a la calle! Te voy a llevar a los almacenes El Siglo y te voy a comprar un vestido y una peluca. ¡Estarás guapísima!

Guapísima. La ropa y las pelucas podían obrar milagros más allá de la ficción. Tenía que intentarlo, salir de su pozo mental, dejar de interpretar su vida, bajarse de los dos escenarios y empezar a vivir la realidad como si fuese una mujer normal. Una obrera preñada y con un marido al que visitar en la cárcel.

La tía Roser le prestó una falda ancha y una capa de lana marrón para abrigarse en la calle. Hacía ya días que apenas tosía y no quería que volviese a coger frío. Tina se la ajustó con la mano temblorosa. La tos había remitido, pero los temblores no.

El paseo con Magda por la ciudad le hizo bien. Descendieron del brazo y a paso tranquilo por las calles llenas de vida del Poble Sec a medida que comentaban las andanzas de cada vecino con el que se cruzaban, aunque sin detenerse a saludar a nadie. Abajo, abriendo paso a la llanura en la que se extendía la ciudad, el Paralelo parecía un anfiteatro romano con incontables carretas que competían en velocidad en ambos sentidos. Su temblor se disparó sin que ella pudiese controlarla. Magda la sujetó con fuerza. Estaba acostumbrada a cruzarlo y ayudó a la torpe de Tina a llegar al otro lado sin que las atropellaran a ninguna de las dos.

Subieron a un tranvía tirado a caballo que las condujo por la ronda de San Antonio hasta la plaza de la Universidad, en un trayecto que mostraba una ciudad trabajadora y alegre. Se apearon en la gran plaza de Cataluña, en la esquina con la Rambla, en cuyas terrazas había numerosos hombres que bebían, discutían o miraban a los transeúntes como si no tuvieran nada mejor que hacer. Magda atraía las miradas de casi todos ellos y Tina intentó ocultar su cabeza rapada bajo la capa, encogió el cuerpo y quiso desaparecer. Se sentía también observada, analizada, en el punto de mira, y era cierto que despertaba comentarios despectivos a su paso. «Loca», escupió una voz. «Anarquista», acusó otra. «Anarquista de mierda», corearon otras más.

Magda notó su malestar al andar, vio la fatiga en su cara, el miedo en sus ojos y la sujetó con fuerza para que no se dejara caer. No lo hizo. Caminó ante ellos hundida y sintiendo más que nunca la culpa de un delito que no había cometido.

La entrada a los grandes almacenes no fue mejor. El portero que abría las puertas a los clientes le barró el paso a Tina. Alegó que no podía entrar con aquel aspecto andrajoso. Magda tuvo que enseñarle el dinero que pretendía gastarse allí dentro en ropas con que vestirla para conseguir que la dejara entrar. El encargado de planta también se acercó a ellas de malas maneras, avisándolas de que no tocasen nada, pero Magda se encaró con él.

—Esta mujer ha sufrido mucho y quiero que la traten bien. Necesita de todo, ropa interior, un vestido nuevo, unos zapatos y una capa, y yo tengo dinero para pagarlo —expuso, mostrándolo de nuevo—. ¿Prefiere usted que nos vayamos a otro almacén?

—No era mi intención ofenderlas, señoras —se disculpó el encargado—. Dejen que llame a uno de nuestros dependientes para que las atienda.

—A una dependienta —matizó Magda.

No hubo ningún otro problema. Llamaron a una de las muchachas del departamento de sastrería femenina, que las acompañó hasta unos probadores y las trató con la misma cortesía con la que trataba al resto de las clientas burguesas de aquel local. Le tomó medidas a una Tina

avergonzada mientras Magda le pedía todo lo que necesitaba. Una camisa interior de hilo, unas enaguas de madapolán, un blusón de franela, un refajo de indiana con sobrefalda de volantes y una toquilla de lana. Todo a medida de su nueva talla, embarazada de seis meses, y con un poco de holgura para permitir que le sirviesen durante el resto del embarazo.

Las ropas que trajo la muchacha se ajustaron bien al cuerpo de Tina. Todas excepto la falda, que le quedaba corta. Entre las prendas confeccionadas no había ninguna más larga. No quisieron encargarla a medida y esperar una semana, como sugería la dependienta, y se quedaron lo que había. A cambio, Magda descartó los zapatos que había elegido y pidió un par de botas altas con cordones que le taparan los tobillos. Todo un lujo.

Lo único que no encontraron en los almacenes fue la peluca, que se realizaba también por encargo a medida de cada cliente y tardaba tres semanas o más en estar disponible. En su lugar, optaron por un sombrero floreado y tocado con plumas que encajaba perfectamente en su cabeza y que simulaba envolver un pelo recogido.

Tina se miró al espejo y tardó en reconocer su propia figura. No le disgustó demasiado lo que vio. La mujer que la miraba desde el otro lado ya no era tan fea, no parecía una loca ni una excarcelada, ni siquiera una obrera sin trabajo. Era una mujer embarazada a la que daba gusto mirar.

Magda pagó la factura, casi cincuenta pesetas que a saber de dónde habían salido. No preguntó. La dependienta le entregó un paquete con las ropas viejas, añadió unos polvos de color para las mejillas, cortesía de la casa, y las despidió como a dos señoras junto al encargado y el portero. Y Tina salió a la Rambla estrenando todo lo comprado y sintiéndose una nueva persona.

Los hombres de los bares las miraron, pero no para insultarlas sino para lanzarles piropos, a las dos. Y ella envalentonada, alzó la cabeza y caminó con orgullo luciendo por fin su embarazo.

Durante el camino de regreso, le pidió a Magda que le diese unos céntimos más, para comprar periódicos en un quiosco. Hacía demasiado tiempo que no leía la prensa y quería informarse de todo cuanto había sucedido en los últimos tres meses en el mundo, por si le preguntaba Pep. Sabía que él se interesaría por el estado de la situación política en la ciudad, por los amigos también detenidos, por los puestos en libertad...

Magda intentó convencerla para que lo dejara estar, para que olvidara todo aquel asunto del que ellas por fin se habían librado y se centrara en su propia vida, en Pep y en la recuperación de ambos. Ellos no podían solucionar los problemas del mundo y no servía de nada preocuparse aún más.

No le hizo caso. Abrió el diario en el tranvía de vuelta a casa, atrayendo las miradas del resto de los pasajeros, poco acostumbrados a ver una mujer leyendo. Se sintió orgullosa, por un breve momento. Si algo la había diferenciado siempre del resto de sus compañeras y la hacía destacar por encima de las más atractivas era su capacidad intelectual. Un intelecto que se había perdido en un viaje irracional durante demasiado tiempo.

Pronto la lectura la sacó del mundo exterior para despertar de nuevo sus peores miedos. Según rezaba el artículo del diario, estaba a punto de comenzar el Consejo de Guerra por el caso del atentado de Cambios Nuevos. De entre los más de quinientos detenidos, ochenta y siete iban a ser procesados entre el 11 y el 15 de diciembre en el castillo de Montjuïc. Los fiscales solicitaban veintiocho penas de muerte y cincuenta y siete cadenas perpetuas. El corazón le dio un vuelco. El diario llevaba una lista con los nombres, dispuesta en orden alfabético. Buscó primero los que

más le interesaban. Suspiró con alivio al comprobar que no aparecía ningún Josep Poch. Tampoco Joan Casas. Luego la repasó desde el principio. Entre los procesados estaba Bisbal, el cervecero del Poble Sec encerrado el día anterior al atentado. Y Teresa de Claramunt y Pere Coromines, a quienes ella había delatado.

Tosió y lloró. Cerró el diario y lo arrugó, estrujando la furia que se despertó en su mente. Se odiaba a sí misma y recordaba que era ella la que debía haber ido al patíbulo.

Magda intentó arrebatarle el diario arrugado pero no la dejó. La nueva falda no tenía bolsillos y lo guardó bajo la camisa de franela, junto a la barriga en la que crecía su hijo. El patíbulo se esfumó y la vida tomó un nuevo pulso de golpe. Debía ser fuerte. Agarró el brazo que le tendía Magda y le pidió bajar del tranvía antes de llegar al Paralelo. Necesitaba caminar.

Se aparearon en una avenida frente al enorme mercado de San Antonio y Magda propuso entrar a comprar algo de fruta y comerla junto a una fuente. A Tina se le despertó un hambre insospechada, la que no había tenido desde que la encerraron. Hambre y un imperioso deseo de comer fresas.

—No encontraremos fresas en diciembre —la avisó Magda frente al puesto de una payesa, ya dentro—. Es fruto de primavera.

Tina revisó los colores de la fruta expuesta. Junto a las naranjas, los pomelos y las mandarinas, el único fruto rojo que había era una granada. No era aquél el gusto que buscaba. Pidió una clementina para matar el gusanillo.

—Quizá Mari, la de la frutería del final del pasillo, tenga arándanos —le indicó la payesa—. A lo mejor te calman el antojo.

No era mala idea, los arándanos también le apetecían. Al dirigirse hacia el puesto de Mari, todas las fruterías le ofrecieron algo a cambio de las fresas.

—¡Niña! ¿No quieres unas uvas? ¡Son las últimas de este año y más dulces que los fresones! —soltaba una.

—¡Oye, la preñada! ¿No quieres caquis en lugar de fresas? ¡Los tengo muy baratos! —añadía otra.

Sí. Tina lo quería todo y lo fueron comprando y degustando por el camino. También los arándanos. Y seguía deseando comer fresas.

—Anda, mujer, vete a ver a Candi, la del colmado —le dijo al final otra de las fruterías—. Seguro que tiene confitura y se te pasa el antojo. ¡No vaya a ser que el niño te salga con una mancha!

Una mancha. No. La criatura que crecía en su vientre no nacería con ninguna mancha porque no sería un niño, sino una niña. Nora, un ser luchador y fuerte que había decidido quedarse con ella para cambiarle el futuro.

Comió entero el pote de confitura que encontraron donde Candi, con el dedo primero, con una cucharilla que le compró Magda, en la cacharrería, después. Devorándola. La fresa salvó todas las manchas, suplió carencias, permitió olvidar malestares y devolvió la energía allí donde más se consumía, en su cerebro.

Al llegar a casa siguió comiendo, el plato de garbanzos con espinacas y tocino que le sirvió la tía Roser y media barra de pan. Con hambre voraz. Después de la siesta, se sintió recuperada y con fuerzas para enfrentarse de nuevo al diario.

Retomó la lista desde el principio y leyó todos los apellidos. Abayà, Alsina, Andreu, Arolas, Ars y Solanellas, Artigas, Ascheri... Se detuvo en este último, Tomás Ascheri Fossati. No recordó al momento de qué conocía aquel nombre, aunque bailó en su cabeza un buen rato.

Revisó los demás, uno por uno, y reconoció bastantes. Antonio Gurri, el compañero de Teresa de Claramunt, detenido también por su culpa, ya que había dado su dirección. Josep Guillamot, el compañero de Assumpta, la pelona madre de Palmir con la que había compartido celda en la prisión de Amalia. Lluís Mas, el compañero de Salut, la pobrecilla que también tenía un niño de pecho entre rejas. Baldomero Oller, el de Adelina, otra de las pelonas. Ramón Pitxot, el de la otra Teresa encerrada en la prisión de Amalia... Las lágrimas le resbalaban por la cara sufriendo por todas.

La lista sólo incluía nombres, ninguna información sobre el delito de cada uno o de la condena que le exigía el fiscal. La encontró en otras páginas del periódico, en los artículos que analizaban lo que se sabía de los principales inculpados.

Y allí volvió a leer aquel nombre extranjero que le bailaba en la cabeza, Tomás Ascheri, de quien la prensa decía que era francés. El principal acusado de haber lanzado la bomba en la procesión del Corpus y de haber organizado el complot con un grupo de otros seis. Para todos ellos y para otros más, acusados de idear el atentado y de recaudar el dinero para comprar las bombas, el fiscal solicitaba la pena de muerte. Un total de veintiocho. Ascheri había confesado los hechos y la opinión pública conocía su identidad desde mediados de septiembre. La prensa obviaba muchos datos, dándolos por ya conocidos y remitiendo al lector a las noticias de los días anteriores, datos de los que Tina no tenía ni idea. En casa, desde que habían regresado ellas y en ausencia de Pep, del tío y de Angélica, ya nadie leía el periódico y no habían ejemplares atrasados.

Tina salió con su nuevo aspecto sabiendo a dónde ir a buscarlos, retomando por fin la vida en su propio barrio. A la taberna de la esquina de la plaza.

La recibieron con mucho cariño, los taberneros como a una querida cliente de toda la vida a la que hacía demasiado tiempo que no veían, y el resto de los vecinos y conocidos como a una verdadera estrella, como si fuese una actriz de teatro que llevase demasiado tiempo retirada de los escenarios y a quienes todos querían saludar y ofrecer sus mejores deseos de salud y bienestar. Entre besos y abrazos con unos y con otros, Tina se bebió dos cañas sin leer ni una palabra. No la dejaron pagar.

Cuando su cuerpo le dijo que ya no estaba para más alegrías, le pidió como favor al tabernero que le prestase los periódicos viejos, y el hombre hizo un gran fardo y envió a su hijo con ella para subirlo hasta el tercero. Fue el mejor recibimiento que le podían brindar los del barrio.

Provista de lectura y después de tantos meses sin noticias, se perdió durante un rato entre las páginas de los periódicos, en temas que nada tenían que ver con el proceso de Montjuïc. La guerra en Cuba era portada principal en muchas de las ediciones. Habían reclutado a un sinfín de hombres para la contienda, especialmente a los más jóvenes, chavales que apenas rondaban los dieciocho años y a los que enviaban sin ninguna experiencia a una guerra salvaje en un lugar remoto. En Barcelona, las madres se habían rebelado ante las autoridades intentando impedir la partida de sus hijos, sin conseguirlo. Habían zarpado barcos cargados de jóvenes destino a

ultramar, sin preparación ni posibilidad de defensa, como chivos expiatorios y dejando atrás familias rotas.

La prensa obrera explicaba que muchas de aquellas madres tenían el marido en la cárcel, acusados injustamente en el proceso de Montjuïc. Y que la partida de los hijos mayores imposibilitaba la subsistencia del resto de la familia. Ella entendió su pesar, notando en la panza el miedo que debía sentir una madre a la que le arrebataban el hijo para enviarlo de cabeza a la muerte.

Cuando recuperó de nuevo la información acerca de los inculcados en el atentado del Corpus, el nombre de Ascheri se impuso entre los demás. Leyó todo lo que se decía en la prensa generalista sobre él: era el principal implicado en la causa, se había declarado autor confeso del atentado que causó la matanza y el juez pedía para él pena de muerte. Según decía otro artículo, en la prensa obrera, lo habían obligado a declararse autor de los hechos bajo tormentos y torturas. Torturas propinadas con los instrumentos más aterradores que alguien se pudiese imaginar en la mazmorra cero, en los fondos más profundos del castillo de Montjuïc. Y al pasar una página, vio su foto reproducida en el diario, junto a la de otros acusados.

Tina reconoció al hombre al que la habían enfrentado en careo ante el juez. Un italiano y no un francés como decía la prensa. El obrero alto y encorvado que vestía una bata gris y al que encerraron tras la última puerta del túnel de la risa. El hombre al que habían apaleado y trasladado a la estancia cero. Lo había olvidado por completo, de cuajo, sepultado en un abismo en la memoria. Al recordarlo a él, también recuperó el recuerdo de las torturas que lo había oído sufrir. Torturas propiciadas por el mismo cabo malnacido que la había torturado a ella también, el cerdo que la había violado obligándola a pensar en Pep. El verdadero y único padre de la criatura que crecía en su vientre.

Recordó su rostro, babeando sobre ella mientras le perforaba el alma y la cordura para sembrar su semilla. Las palabras sucias en su boca, que la hacían sentir miserable y la obligaban a tejer historias en su mente más miserables aún. Recordó haberse dejado llevar por su culpa a un patíbulo de locura, haber inventado una historia en la que lo malo no había sido tan malo y en la que su hija era hija de Pep. No lo era. La criatura la había engendrado el cabo durante sus repetidas violaciones.

No quiso hundirse, no ahora que tendría por fin la oportunidad de encontrarse de nuevo con él. Pep, su Pep. Estaban casados oficialmente, por la Iglesia y bajo autoridad militar. Él le había hecho llegar por boca de Cárdenas, y vía Magda y Roser que reconocería a su hijo, naciese niña o niño, y que lo querría como si fuese suyo. Lo decía sólo para consolarla, para ayudarla en su recuperación desde su propio martirio, y eso era bueno, un síntoma de amor. Él se hacía el fuerte sólo para ella y ahora no podía fallarle.

Anhelaba su cariño, deseaba formar con él una familia y recibir con los brazos abiertos al nuevo miembro que estaba a punto de llegar, la pequeña Nora, la hija que los uniría para siempre.

Logró enfrentarse a sus peores miedos y dominarlos. Los sujetó con una larga cadena a sus muñecas, que los hacía estar más presentes o más alejados en cada uno de sus pensamientos en

función del momento, y llevó adelante la vida que le aconsejaba la familia.

Dejó de leer la prensa por prescripción estricta del doctor Cárdenas, que fue a visitarla una buena tarde para comprobar su estado de cordura antes de su visita en prisión. Por orden del juez.

A los pocos días, un lunes, recibió la carta del juzgado, con el permiso para visitar a su esposo todos los martes, a partir del siguiente. Debía presentarse a las cuatro de la tarde en la caserna de acceso al patio de Cordeleros, en las prisiones nacionales de la calle Reina Amalia, donde la atenderían para conducirla hasta la enfermería, en la que permanecía incapacitado su marido, Josep Poch. Dispondría de veinte minutos cada martes.

Martes, ni te cases ni te embarques. No tenía más opción que luchar contra la superstición, olvidar refranes, amagar miedos y aceptar. El futuro aún estaba por escribir.

Se presentó a la hora pactada y la hicieron bailar de una garita a otra durante un largo rato. El permiso de visita estaba en regla, los soldados en la puerta habían recibido la autorización de sus superiores para abrirle la barrera y, sin embargo, no la dejaban pasar porque aún no habían acudido en su búsqueda los cicerones que debían mostrarle el camino. Tardaron mucho en aparecer, mientras ella se congelaba en la calle bajo el frío sol de mediados de diciembre. Una pareja de la Guardia Civil.

Lo vio acercarse de lejos, y creyó que nuevamente sus pesadillas la atacaban y le jugaban una mala pasada. Con su bigote fino, la alopecia galopante bajo el tricornio, el cuerpo alto y corpulento enfundado en el uniforme y el sable colgando del cinturón. Cruzó su asquerosa mirada de vicio. Era él, sin duda. El cabo Manrique, cuyo nombre había querido olvidar y que asaltó traidor en su memoria delatando el apellido de la criatura que crecía en su vientre.

Él no la tocó, aunque Tina notó sus ojos clavarse en la barriga. La temblequera que había intentado contener en el camino se esparció por su cuerpo provocándole espasmos incontrolados que la obligaron a mirar al suelo.

Los zapatos de los uniformados le abrieron el paso por un recinto conocido, invitándola a adentrarse en la boca del lobo. Caminó intentando mantener la compostura, buscando la seguridad en sus botas nuevas, sin acabar de encontrarla, y evitando en todo momento volver a cruzarse con la temida mirada del cabo.

La condujeron hasta el vestíbulo de la enfermería y, de allí, a través de un acceso lateral, hasta la puerta del fondo de un pasillo no demasiado largo. Un pasillo que le recordó amargamente al túnel de la risa, en el que aquel hombre que le abría el paso la había despedazado como si fuera un trapo sucio para limpiar su sable, el juguete que le permitía tener el mando del juego y que siempre le hacía reír sólo a él cuando se sentía con ganas de empuñarlo para apuntarla a ella y herirla. El juguete que la había mantenido durante tantos días sometida a sus caprichos.

Tenía la sensación de volver a entrar allí, a la misma mazmorra del castillo, en donde había quedado esposada al cabo para siempre por una larga cadena. Esta vez no tocó su sable, como ella temía, ni siquiera cuando se abrió la puerta y la hicieron entrar tras sus pasos en una celda. Su sable y sus zapatos se apartaron de la vista de Tina y ella descubrió la camilla en la que Pep la esperaba.

Pep. El guapo de Pep. Ya no tenía el cráneo vendado, erguía la cabeza sobre un torso aún escayolado y la miraba con los ojos emocionados y repletos de lágrimas. La cara surcada por

varias cicatrices, el cuero cabelludo rapado y encendido en clapas que supuraban, la boca mellada.

Reprimió el miedo que le provocaba el cabo, el beso apasionado que ansiaba darle a Pep, las palabras de saludo que tanto había ensayado. No se atrevía a decir nada, con el cabo Manrique haciéndole sombra sólo a un par de zancadas.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Pep, en catalán, con una sinceridad aplastante.

A Tina se le encogió el corazón. Pep la seguía tratando como si fuera una hermana.

—¡Hablen en cristiano o se acaba la visita! —impuso el cabo.

No rechistaron. Estaban habituados a cambiar de idioma de comunicación, del catalán al castellano.

—Yo también me alegro... —balbuceó ella, intentando olvidar la presencia aterradora a sus espaldas.

—Estás muy guapa —añadió él, sonriente, desde su posición horizontal—. El embarazo te ha hecho subir los colores.

A saber a qué colores se refería, si al rosa pálido de sus sofocos, al rojo incendiado de sus pasiones, al amarillo intenso de sus miedos, al negro de su odio profundo o una mezcla a brochazos de todos juntos.

Él le preguntó por la familia. Ella respondió poco, cauta. La tía, el padre y la hermana estaban bien, y le mandaban abrazos y muchos ánimos, y su pequeño sobrino crecía fuerte y sano. No mencionó sus nombres, ni siquiera el de Llibert, no fuera que la censurasen por no admitir aquel Alberto con que lo había bautizado el cura. Sus respuestas tampoco eran necesarias, porque las cartas que le enviaba a escondidas le informaban de todo aquello con más detalles de los que ella pudiese exponer en su visita.

Se quedaron en silencio por un momento, sin saber qué decirse. Tina se volvió, de manera inconsciente, para comprobar que el sable de su enemigo seguía en su sitio y no la apuntaba. Estuvo a punto de gritar de miedo, un miedo nuevo. El cabo que la escoltaba no era Manrique, ni siquiera se le parecía, pero a medida que lo observaba la figura se transformaba tomando su forma. No era él, sí lo era. No, sí, no... Miró a Pep desquiciada, aún más loca de lo que estaba. Él no merecía descubrirla así.

—Recítame algo. Un monólogo, alguna escena...

La voz suave de Pep y sus ojos llorosos le infundieron fuerzas. Las paredes góticas de la catedral de Nuestra Señora de París se elevaron a su alrededor, la envolvieron a ella, junto a Pep, y dejaron fuera al carcelero que la atormentaba. Y relató la historia que empezaba un 6 de enero, el día de la elección del papa de los locos, sintiéndose coronada con ese mismo título de la mano de Cuasimodo.

Le contó su historia a lo largo de un sinfín de martes, unos días con la vergüenza del jorobado y otros con la osadía de Esmeralda. No faltó nunca a su cita. Se enfrentaba cada semana al encuentro con el cabo Manrique y se adentraba por el infierno de los recuerdos hasta hallar la luz junto a Pep. No llegó a contarle la tragedia final de la historia. A principios de primavera, el martes 7 de abril, rompió aguas.

Desde su excarcelación, Magda había recuperado su vida, aunque nada había vuelto a ser igual. Algunas cosas, aunque pareciese mentira, le iban incluso mejor que antes, especialmente en el trabajo.

La marcha de Benjamín provocó cambios en el Español que la favorecieron. El director de escena, Jesús, fue nombrado nuevo jefe de sala; el cajero de la taquilla, Julián, relevó al anterior; y la cajera del guardarropas, la Esme, pasó a la taquilla, con lo que la custodia de la caja había quedado en manos de poca confianza hasta la aparición de Magda. Las letras nunca se le habían dado bien, pero los números sí. Ella se convirtió en la nueva cajera y controlaba las ganancias generadas guardando abrigos, capas, sombreros y paraguas de un público multitudinario, y también les daba cambio a las cigarreras y liquidaba las ventas de tabaco. Con las mañanas libres, aunque con los cierres muy largos, hasta altas horas de la madrugada, junto al teléfono recién instalado detrás de su mostrador y con la posibilidad de comunicarse fluidamente con su guía espiritual a través del abogado.

Angélica, como siempre, fue su mayor consuelo, la persona que la dirigió en todos los pasos que debía dar para volver a poner orden en el caos que reinaba a su alrededor.

Todo lo demás parecía ir de mal en peor. Pep seguía vivo, sí, pero su recuperación era mucho más lenta de lo que se esperaba. La lesión en el cráneo le había afectado la movilidad de las extremidades y era probable que quedase inválido para siempre. El coste de sus cuidados y su manutención ascendía en la enfermería del presidio a más del triple de lo que hubiese costado en un hospital, y no había forma de hacerle entender al juez que él era inocente, por más que mediasen abogados y amigos influyentes. No lo procesaron porque no era apto para acudir al juicio, porque era mejor que nadie lo descubriese, apaleado, aunque las autoridades lo hubieran llevado de buena gana. Lo consideraban culpable y esperaban que muriese allí dentro en cualquier momento, sin saber que entre médicos, monjas de la enfermería, algunos soldados sobornados y un ángel que lo guiaba todo desde Marsella hacían lo impensable por mantenerlo con vida.

El bueno de Cárdenas, que se había convertido en cliente asiduo del Español y de su garita junto al guardarropa, la mantenía bien informada de cada uno de sus avances. Y aunque Magda se negase a escucharlo, también le hablaba siempre de Toni, de las ganas que tenía de verla, de la sorpresa que se había llevado al saber que tenían un hijo, de la emoción que le causaba ser padre, padre con ella... Toni, el marido que le había caído a Magda por condena.

El tío Joan, por su parte, se había metido en tantos líos dentro del presidio, liderando cantos a favor de la revolución social y en contra de las causas injustas, que ni la mediación de cien abogados ni todo el dinero del mundo repartido en sobornos hubieran logrado su puesta en libertad.

En casa, tampoco había consuelo. Tina no estaba recuperada, ni para volver a trabajar ni para tomar las riendas de su propia vida. Se mostraba ahora alegre, ahora llorosa, acongojada,

aterrorizada, luego estallaba en risas e inventaba historias falsas que ni siquiera ella misma creía, y lloraba otra vez, liberando retazos de recuerdos que la atormentaban y que la llevaban a golpearse una y otra vez con la frente en la pared y a arrancarse el pelo. Como una desquiciada.

Nadie sabía ya qué hacer con ella. Magda le había comprado ropa nueva, le había encargado una peluca, incluso le prestó la suya cuando a ella le creció el pelo y ya no la necesitó. La ayudaba a arreglarse para salir a la calle y la animaba a hacerlo, aunque Tina apenas le hacía caso. Sólo salía los martes, después de comer. La acompañaba a ella hasta la puerta del teatro y se iba sola, perdiéndose por las callejuelas que conducían hacia el presidio de Amalia. Se había inventado que tenía un permiso para ver a Pep, un permiso que el juez de aquel proceso no había concedido nunca. Verla en aquel estado desesperaba a Magda, le hacía sentir que seguían entre rejas, que la casa en la que compartían techo era su nueva prisión.

Y luego estaba Llibert, su pequeño Llibert, su hijito. Su desaparición inesperada y los meses de ausencia habían dejado una huella profunda en el crío, una horrible sensación de abandono que le reprochaba a Magda en cada mirada. Desde que había salido de la cárcel, Llibert no la había tratado nunca como a su verdadera madre. Si se despertaba a medianoche, llamaba a Roser. Si se caía y se lastimaba, los de Roser eran los únicos brazos que lograban su consuelo. Si se reía, por alguna gracia o monada, no era por las que le hacía Magda, para ganárselo. A ella la rehuía, esquivaba sus besos, se comportaba con timidez en su presencia, por mucho que ella intentase ganarse su confianza, recompensarlo con caricias, mimos y regalos. Lo abrazaba por las noches, mientras dormía, cuando conseguía retenerlo a su lado, porque caminaba sonámbulo y siempre acababa en el lecho de Roser. Le contaba historias dulces, le cantaba al oído, le proponía juegos... Qué difícil es recuperar la confianza perdida. Ya no sabía qué hacer para lograrlo, ni siquiera funcionaban los consejos que le hacía llegar Angélica.

El día en que se cumplían diez meses exactos después del atentado de Corpus, el 7 de abril de 1897, Tina se puso de parto. Rompió aguas después de comer, vestida con sus ropas nuevas, a la hora en que salía para su paseo semanal.

Vio el líquido escurrirse por la falda y quiso secarla, para no salir mojada a la calle. Era martes y no quería dejar de acudir a su cita con Pep, aunque supiese con claridad que tal cita sólo existía en su cabeza. Entre Magda y la tía tuvieron que explicarle lo que estaba a punto de suceder y la obligaron a quedarse en cama.

Un alarido desgarrador anunció la primera contracción. Un grito que sumió a Tina en una pena interior que la aisló del exterior. La tía puso agua a calentar y Magda preparó las toallas, nerviosa. Tenía que incorporarse en su puesto de trabajo enseguida, antes del inicio de la sesión de tarde.

Quince minutos después, otro grito, aún más fuerte y desgarrador, anunció que el parto sería largo.

—Llama a la vecina y tú vete a trabajar —le indicó la tía Roser—. Nosotras nos encargaremos de todo. Tú date prisa, no sea que te despidan por llegar con retraso.

Agradeció salir de allí. Tina apenas había gritado en las mazmorras, cuando la torturaban, cuando la violaban, cuando la dejaban preñada. Oírla ahora, rompiéndose la garganta en cada quejido, la devolvía al túnel de la risa. Al lugar donde Magda también había querido gritar así,

sobre el suelo frío y desnuda bajo la terrorífica mirada del teniente.

Nunca entendió por qué aquel hombre no la violó. Hubiese podido hacerlo sin ningún impedimento de la misma manera que el cabo Manrique había violado a Tina casi a diario. No lo hizo, aunque Magda sabía que siempre quiso hacerlo. Incluso el día en que le permitieron la visita de Benjamín y don Ramón, con él presente. La violaba con cada mirada. Y luego, cuando la descubrió besándose con Víctor, lo fulminó a él primero antes de violarla a ella con los ojos. Siempre quiso hacerlo y siempre se contuvo, a saber por qué, gracias a qué. Se vengó de ella haciéndola casar con Toni.

Regresó a casa en coche de plaza después de la función de tarde, en la hora escasa de tiempo libre de la que disponía antes de que empezara la función de noche. Le ordenó al cochero que esperara en la puerta, la hora entera, aunque el precio se multiplicase. Por el Poble Sec no circulaban ni coches de alquiler ni tranvías, por muchos que hubiese en el Paralelo, y debía asegurarse que podría volver a tiempo al Español.

Arriba, Tina aún gritaba, cada treinta segundos. Su dolor era ya mucho más contenido y su fuerza parecía otra. La de una madre ayudando a nacer a su hijo.

Magda llegó a tiempo para asistir al parto, sujetar la cabecilla y el cuerpo que se escurría entre líquidos y darle la palmada en aquel culillo arrugado. Era una niña. Nació con los ojos abiertos, larga, fina y con mucho pelo, y lloró lo justo para coger aire. Se la colocó en el pecho a Tina y la misma criatura buscó el pezón y succionó. Inteligente y luchadora como su madre. Tina sonrió al acariciarla. Liberarla a ella le permitió por fin liberarse a sí misma.

—¿Crees que se parecerá a su padre? —le preguntó con un susurro débil.

—No, claro que no. Esta niña es y será siempre igual que tú —respondió Magda para consolarla.

—Menuda desgracia tiene encima —razonó Tina, mirando con pena a la recién nacida—, con un padre que no lo es muriéndose en la cárcel y con una madre inútil que no encontrará trabajo jamás.

—¡Eso no es cierto! —replicó Magda.

—¡Shhh! —Tina mecía a su hija en brazos, lo que le hizo olvidar su pena y dibujar de nuevo en su rostro una sonrisa.

—En cuanto te recuperes del parto, puedes incorporarte a la plantilla del Español, como ayudante del guardarropa —afirmó Magda contundente—. Y con un buen sueldo, no te preocupes...

—¿Crees que me recuperaré algún día? ¿De veras lo crees?

La respuesta quedó en el aire, mecida por las nanas que Tina tarareó para su hija, bailando melodías dulces, entre penas y alegrías.

El coche que la esperaba con el cochero y el caballo la llevó al trabajo en un santiamén. Incluso así, en un coche de plaza por el que pagó un dineral, Magda llegó tarde. Su hora libre daba para muy poco. Entró en el vestíbulo ya abierto al público y con gente dentro. En el guardarropa había cola, una de las chicas cogía los abrigos, otra daba los números pero nadie cobraba. En la

caja se acumulaban los clientes indignados. Jesús, el jefe de sala que intentaba poner orden, la gritó en cuanto la vio.

—¿Dónde te habías metido? ¡Entra ahora mismo a la caja si no quieres que te mande de una patada a la calle!

No le dijo, ni a él ni a nadie, que venía de atender un parto. La situación no estaba para dar noticias, de ningún tipo. Hizo lo que el jefe le mandó y no levantó la vista de las monedas y del cambio durante un buen rato, hasta después de dar comienzo la primera función, cuando apenas quedaba gente en el vestíbulo.

Una tos reiterada, masculina y familiar, atrajo su atención al otro lado del mostrador. No daba crédito a lo que veía y las lágrimas que le brotaron de golpe tornaron borrosa la visión. Se frotó los ojos para comprobar que no era un espejismo. Allí estaba Víctor, vestido de paisano, el corte de pelo al uno de los soldados, con un ramillete de flores en la mano y los ojos tan llenos de lágrimas como los de ella.

Había pasado seis meses arrestado y luego lo habían privado de permiso durante seis semanas, eso le dijo... Magda no lo dejó hablar más, sacó medio cuerpo por encima del mostrador, se abrazó a su cuello y lo besó. El beso dulce del reencuentro con el que soñaba desde su salida de prisión, mucho más corto de lo que ansiaba.

Una de las cigarreras necesitaba cambio, la otra llevaba demasiado dinero encima y quería liquidar una parte de la recaudación, y Magda canjeó duros y pesetas por céntimos, contó monedas, rellenó recibos con números y cobró el servicio de guardarropa a los clientes rezagados que seguían llegando al teatro. Víctor, apartado en un lado del mostrador para no molestar, buscaba cohibido los momentos más oportunos para decirle algo, frases entrecortadas que no podía acabar y que a Magda le sonaban como música celestial: «te veo bien», «estás muy guapa», «las flores son para ti», «rosas para la más bella»..., piropos que sólo obtenían sonrisas por respuesta. Era difícil mantener una conversación entre tanto trajín, con la emoción contenida, el deseo hirviendo en el cuerpo y el miedo que sofocaba las pasiones.

Magda temía que el jefe de sala la descubriese de nuevo en falta y la despidiese, o le rebajase el sueldo o la castigase obligándola a trabajar por las mañanas, como la había amenazado en alguna ocasión. Jesús la tenía en el punto de mira; le recriminaba que recibiese llamadas de teléfono, que hablase tanto con Cárdenas y con otros amigos que la visitaban mientras trabajaba, que descuidase los libros de cuentas, y desconfiaba de ella por el trato de favor con que la beneficiaba el empresario, gracias a la mediación desde Francia de Benjamín. Magda sabía que si por él fuera, la despediría.

—Perdone, caballero, ¿le puedo ayudar en algo? —le preguntó Jesús a Víctor, cuando entendió que esperaba allí para hablar con Magda.

—¿Es usted el nuevo jefe de sala? —El soldado de paisano extendió la mano para saludarlo e intentar remediar la situación—. Disculpe las molestias que haya podido causar, soy amigo de Benjamín, su antecesor en el cargo, y quería preguntarle a esta chica por él. Nada más, señor.

—Pues yo mismo le informo, joven. Él se ha ido a Francia, porque le ha dado la gana y sin más motivo que ése, y ahora aquí mando yo y digo que las chicas tienen que trabajar y no pueden entretenerse hablando con los clientes. Especialmente la cajera, que no debe distraerse.

—De acuerdo, lo entiendo, no se preocupe —se disculpó Víctor—. La esperaré en la calle.

—La noche es larga —añadió Jesús—. Si usted quiere, puede esperar en la sala a que se

acabe la función. La Esme estará encantada de venderle una entrada.

El teléfono sonó en el preciso momento en que Jesús se giró para interpelar a Magda. Contuvo un grito al verla descolgar y llevárselo a la oreja.

—Teatro Español al aparato —contestó ella.

El operador la informó de la conexión de la llamada y la voz del abogado sonó al otro lado de la línea preguntando por Magda.

—No, la persona por la que usted pregunta no está en estos momentos —mintió—. Llame más tarde.

El jefe de sala entró a la garita saltando por encima del mostrador, pero no llegó a tiempo de arrebatarse el teléfono antes de que colgara. Le clavó una mirada inquisitorial.

—¿Para quién era, eh? Para ti, ¡para quién si no! ¿Te crees que me chupo el dedo? ¡Te pasas las tardes colgada al teléfono y por eso no te salen los números!

— Sí que me salen... —se defendió ella—. Sólo se me descuadraron un poco aquel día. Me equivoqué al apuntar, ya le pedí perdón. Puse cincuenta allí donde tendría que haber puesto cinco...

Aquel día. El día que había tomado prestadas de la caja cincuenta pesetas para pagar la ropa de Tina en los almacenes El Siglo. El día en que Jesús empezó a odiarla. Magda ya lo había hecho otras veces, para comprarle regalos a Llibert. Tomaba prestado un duro el jueves y lo devolvía el domingo o el lunes, después de recibir la paga. Entonces hacía cuadrar las cuentas en los libros. Las cincuenta pesetas también quería devolverlas, poco a poco, pero Jesús la descubrió antes de poder disimular la suma.

—No se pueden llevar bien las cuentas con tanto despiste —sentenció—. Hoy mismo se lo recordaré de nuevo al empresario, a ver si acabamos con tantas tonterías de una vez por todas en este teatro. Y ahora sal de aquí un momento, que tengo que hacer una llamada.

El jefe de sala bajó la persiana del mostrador, la sacó de su espacio de trabajo sin dejarla rechistar y cerró la portezuela trasera de la garita. Allí mandaba él, le había quedado claro.

A Víctor lo había visto comprar la entrada y lo suponía en la sala, sentado en alguna de las butacas de platea, o en el gallinero, a saber. No intentó burlar la suerte, aunque se le pasó la idea por la cabeza muchas veces, no lo buscó para darle ningún beso fugaz. Esperó en la portezuela de la garita, como una buena trabajadora, sin ir siquiera a la letrina a orinar.

No prestó atención a la voz de Jesús al teléfono, aunque le extrañó una frase captada al vuelo y con extraña intención. «Sí, estoy seguro.» Eso decía. ¿Seguro de que Magda era una ladrona? ¿Seguro de que tenían que despedirla? ¿Seguro de qué? El jefe abrió la garita y la hizo pasar de nuevo dentro. Sin despedirla, sin amonestarla más, sin apenas mirarla.

La noche se le hizo larguísima. El abogado volvió a llamar y lo informó rápidamente del nacimiento de Nora, la hija de Tina, poco más. No se atrevió a darle detalles ni colgarse del teléfono, como le había recriminado el jefe, y repasó números hasta la salida final, el momento de mayor trabajo de la noche. La media hora que tardaba en vaciarse el vestíbulo desde el fin del espectáculo hasta el cierre al público era un no parar. Los clientes pedían cambio para el coche de plaza, las cigarreras agotaban sus existencias y ella debía ajustar los números del cierre diario del guardarropa.

Vislumbró un momento a Víctor, que le hizo un gesto con la mano indicando que la esperaba fuera, en la calle, el tiempo que hiciese falta. Todo un aliciente para hacer bien el trabajo y poder

salir lo antes posible de allí dentro.

Con las puertas ya cerradas, las cigarreras liquidaron las ventas, las chicas del guardarropa ordenaron perchas y percheros, los porteros barrieron las colillas del vestíbulo y el cierre definitivo tardó como una noche cualquiera. Magda salía siempre más tarde que sus compañeras, porque debía llevar la caja con el dinero al despacho del jefe de sala, y se despidió de ellas en la puerta mientras intentaba atisbar a Víctor en la calle. No lo vio.

Jesús, en el despacho, le reprochó que era muy tarde. Demasiado. La tachó de lenta, de vaga, de inútil, de charlatana, de hablar demasiado con los clientes y con las compañeras, de no prestar suficiente atención a lo que hacían las cigarreras, a las que siempre les cuadraba milagrosamente el cambio, de esconderlas para esconder sus propias trampas, le recriminó que se tomaba demasiadas licencias, que se creía la dueña del teatro por tener la bendición del empresario, y añadió que todo eso se acabaría pronto. No la despidió. Guardó la caja a buen recaudo y la mandó fuera del despacho con un gesto.

—¿Puedo volver mañana o no?

—¿Puedo volver mañana? —repitió él con sorna, imitándola—. ¡Pues claro, es tu obligación! Y ni se te ocurra llegar tarde nunca más ni volver a tener conversaciones privadas por teléfono.

La bronca no había caído en vano. Se sentía culpable, muy culpable, e irresponsable, muy irresponsable. Había arriesgado su puesto de trabajo como una tonta. No por hablar al teléfono unos pocos minutos cada tarde, aquél no había sido el error, aunque también sumase. Su delito era haber tomado la caja que custodiaba por un banco en el que obtener un préstamo sin pedirselo a nadie. Era una tonta. Quizá si hubiese empezado bien, si en lugar de tomarlo prestado así sin más lo hubiese pedido al empresario, él se lo habría concedido. Quizá, pero no lo preguntó. Tuvo miedo a la negativa y a quedarse sin un dinero que consideraba necesario para recuperar la cordura de Tina. Tenía que ayudarla a salir de la mazmorra en la que su aspecto la mantenía encerrada y pensó que podría devolver la suma en pocas semanas, con la ayuda de Angélica. Pero el estado de salud de Pep empeoró y Cárdenas necesitó más dinero del esperado para comprar medicación, por lo que sólo pudo restablecer cinco pesetas de la deuda contraída.

Se sentía culpable y a la vez nerviosa, impaciente. Estaba a punto de encontrarse con Víctor, con él, otra vez. Salió por la puerta de servicio y lo vio apoyado en una farola y con las flores aún en la mano. Corrió a abrazarlo. Él no la abrazó, conteniendo su impulso con las manos, aunque la tomó del brazo con una sonrisa dulce. El sereno no andaba lejos y podía amonestarlos si los veía abrazarse o besarse en plena calle y de noche.

De pronto Magda recordó que era una mujer casada y no precisamente con aquel hombre que la llevaba del brazo. Tenía que ser cauta, como Víctor sugería, disimular su encuentro y alejarse con él de allí a un lugar más reservado; y vigilar que ninguno de sus besos fuese observado por ojos enemigos.

—¿Tomamos un coche de plaza? —sugirió Víctor.

—No tengo dinero para pagarlo —murmuró ella, tocando su bolsito de mano, vacío.

—¿Qué cosas tienes, por favor! ¡Soy un caballero y doy por supuesto que pago yo!

Magda estaba acostumbrada a pagarlo todo ella, el coche de plaza, el alquiler, las medicinas, los sobornos que mediaba Cárdenas, los vestidos y regalos para todos, y lo que hiciese falta.

A vivir sin ningún caballero que la tratase como a una dama, ganándose la vida con su propio esfuerzo y con la única ayuda económica de Angélica.

Víctor paró un carruaje que avanzaba vacío por el Paralelo, le abrió la puerta a Magda y la invitó a entrar. Ella, antes de subir, le indicó al cochero que los llevase a la plaza del Surtidor, como hacía siempre, como cuando iba sola, sin esperar la palabra de su acompañante. Él se enfadó.

—¿No podías dejar que hablara yo? ¡El cochero se pensará que soy un calzonazos!

—¿Y qué más da? —respondió ella, conteniendo la risa—. Por fin estamos solos, aquí dentro. ¿No quieres besarme?

Él también se rio, la acarició y la besó, por fin libres, por fin solos, por fin juntos. El carruaje avanzaba al trote, y ellos fundieron sus cuerpos en abrazos y besos sintiéndose a salvo. No lo estaban.

Magda oyó unos caballos junto al carruaje, notó una mirada en la ventanilla y vio al otro lado el temido bigote del teniente Portas, cabalgando al viento. Quiso desaparecer, fundirse con Víctor en la oscuridad de la noche y salir de allí volando. Víctor se separó de ella bruscamente. El coche de plaza se detuvo y ellos recompusieron la ropa y la postura antes de que el teniente abriese la puerta y los contemplase con furia allí sentados, el uno junto al otro.

—Soldado, salga y preséntese.

—Sí, teniente —obedeció Víctor—. Soy el soldado Velasco, del tercer regimiento de artillería de la plaza del castillo de Montjuïc, señor.

—Lo conozco, soldado —masculló el teniente—, aunque vaya usted de paisano, lo tengo bien fichado.

—¿He cometido alguna imprudencia, teniente?

—Sí, y usted ya sabe cual —ironizó, señalando a Magda.

—No hay nada malo en que acompañe a una vieja amiga a casa...

—Sí. Especialmente si la besa por el camino, teniendo en cuenta que esa amiga está casada.

—¿Casada?

Víctor la miró desconcertado. No sabía nada. No había vuelto a tener noticias de ella desde la última vez que se vieron en el castillo, desde aquel fatídico día en que el teniente los había sorprendido besándose. El teniente, el mismo que acababa de descubrirlos otra vez, en su empeño de destrozarle la vida a Magda.

—Sí, casada —repitió con su bigote torcido—, y nada menos que con uno de los anarquistas encerrados en la cárcel. El padre de su hijo, porque tiene un hijo, lo sabías, ¿verdad?

Él no contestó, como si no lo supiese. Habían hablado de Llibert muchas veces en la cárcel, de su estado de salud, de las monadas que hacía, de lo mucho que crecía, según lo informaba a él Angélica a través de Benjamín y según le contaba a Magda a través de las rejas. Pero quizá nunca entendió que aquel niño del que hablaban fuese hijo de Magda. Ella, al menos, nunca se lo dijo directamente, se cuidaba mucho de hacerlo para evitar precisamente que le preguntase por el padre.

—Soldado —inquirió el teniente—, respóndame una cosa. ¿Cuántos días de permiso tiene?

—Tres señor. Hasta el viernes al mediodía.

—Bien. Pues le ordeno que pase por su casa a recoger el uniforme y vuelva usted inmediatamente al castillo esta misma noche. Yo hablaré con su superior y le informaré de su

castigo. Está usted privado de permiso hasta nueva orden.

—¿Privado de permiso? —repitió Víctor, mirando incrédulo al guardia civil—. Usted no puede...

—Sí que puedo. Haga lo que le he dicho y márchese, ahora mismo.

—¿Y qué pasará con ella? —preguntó nervioso, señalando a Magda, que lloraba de rabia en el asiento.

—Puede seguir camino a su casa. Esta vez no la meto en la cárcel, pero la próxima juro que lo haré. Con las monjas del presidio de Amalia, que le tienen mucho cariño a las adúlteras como ella, a las busconas que aún estando casadas calientan las braguetas de un joven soldado.

En el asiento del coche de plaza, contemplando la escena que tenía lugar fuera, al oír el razonamiento acusatorio del teniente, cargado de rencores, y sin derecho a mediar palabra, Magda se sublevó.

—¡Usted me obligó a casarme! ¡Nadie me pidió permiso, usted dio el sí en mi lugar!

—¡Tú calla, si no quieres que te encierre ahora mismo!

Miró a Víctor con desconsuelo, pidiéndole perdón por todo, por haberlo metido en aquel lío, por haberse metido ella misma, por ser una delincuente con antecedentes penales, por haber despertado el odio infinito del teniente. Él apenas levantó los ojos del suelo.

—A sus órdenes, teniente —balbuceó—. Permita sólo una cosa. Deje al menos que le pague el coche de plaza y la vea partir.

El coche de plaza. Ella no tenía dinero para pagarlo y él lo hizo en su lugar, antes de llegar al destino, un precio holgado para cubrir el tiempo suficiente y una propina generosa para el cochero. El teniente lo observó con su mueca irónica y su bigote ladeado. Antes de dejar partir el carruaje, metió la cabeza en el compartimento y miró a Magda deseando violarla una vez más. Ella se enfrentó, de nuevo.

—¿Qué le he hecho yo? ¿Qué tiene usted en contra de mí?

—Odio verte todas las noches —declaró él—. Y a la vez, lo necesito como una droga... Aunque me gustabas más cuando eras joven. El paso por la cárcel ha dejado huella en tu figura y ya no eres la que fuiste. Prefiero verte pintada, al natural estás hecha un adefesio.

Magda no entendió, no quiso pensar más en las miserables palabras del teniente. El carruaje emprendió su marcha y Víctor se quedó atrás, empequeñeciéndose, junto al maldito teniente de la Guardia Civil que se había empeñado en destrozarle la vida.

Víctor no volvió al Español. Lo esperó cada tarde de aquella semana sabiendo que estaba privado de permiso. Lo esperó la semana siguiente, creyendo verlo en cada uno de los jóvenes que cruzaban el vestíbulo. Y siguió esperándolo una semana más, depositando en la puerta del teatro todas sus esperanzas.

En casa, las cosas parecían mejorar. Tina era una buena madre, tenía suficiente leche y Nora, aferrada a su pecho, crecía bien. Angélica hizo llegar dinero para comprar una cuna, una cuna que eligió Magda en los almacenes El Siglo y que la niña agradeció haciéndosela propia y lanzando desde allí sus mejores sonrisas al universo entero. La llegada de la recién nacida, tranquila y sonriente, regeneró el ambiente en la casa, convirtió la cárcel en un asilo, un lugar de reposo en el que Magda era cuidada y podía cuidar a su vez a alguien que se dejaba. No a Llibert, que seguía

tratándola con recelo, sino a la pequeña Nora y a la pobre Tina, que se recuperaba con esfuerzo de las secuelas del parto.

Desde que había nacido su hija, la cabeza de Tina parecía más equilibrada. Ya no hablaba de Pep como el padre real de la criatura ni se inventaba que lo visitaba en la cárcel ni negaba su pasado en las mazmorras. Al contrario. Mencionaba a menudo al cabo Manrique, a escondidas de la hija y del resto de la familia, cuando encontraba a Magda recién llegada del trabajo, de noche y con el resto del mundo durmiendo.

—¿Crees que Manrique reclamará algún día a su hija?

—No, en absoluto. Te han casado con Pep para que no pueda hacerlo, aunque quiera. Es imposible.

—No hay nada imposible...

—Tu hija es tuya, no debes preocuparte. El único padre que consta en el registro es Pep, él ha aceptado firmar los papeles de la paternidad. Te quiere mucho. Te quiere de verdad.

—No, no me quiere. Nunca me ha querido. No sé a quién quiere, pero es a otra persona. Antes pensaba que era Angélica, ahora sé que no. Está enamorado de alguien tan implicado o más que nosotras en toda la historia de las bombas encontradas aquel jueves de Corpus. Pep, después de la representación en el centro de carreteros, se fue a ver a alguien, a su amante, no me cabe la menor duda. Y Angélica lo acompañó, no sé por qué, ella no quiere revelármelo, nunca me responde cuando le pregunto por este asunto.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías. Pep tenía una amante, la tiene aún, quizás una dama rica, quizás es ella la que paga las facturas y Angélica nos engaña, una vez más, inventándose que gana mucho dinero haciendo sesiones de médium en Francia. ¿No te parece todo muy extraño? ¿Por qué Angélica sigue ayudándonos? Ella podría hacer la vida que le diera la gana, sin preocuparse...

—¡No digas eso! ¡Angélica nos quiere mucho, por eso nos ayuda! Nos está muy agradecida, porque nosotros también la hemos ayudado mucho a ella, en los peores momentos de su vida, cuando estaba enferma y quedándose ciega, y necesitaba los cuidados de una familia. Nos quiere como si fuésemos sus hermanos, a ti, a mí y a Pep, y ella lo paga todo de su bolsillo, te lo digo yo, con lo que gana en sus sesiones de espiritismo, Benjamín la ayuda en todo, sí, pero es ella la que lo suda.

Tina permaneció pensativa un momento, dejando atrás a Pep y a su amante, y centrándose en Angélica. Comprendiendo la lección que le daba desde Marsella.

—Angélica tiene razón. Las mujeres tenemos que trabajar y llevar la casa, no podemos caer enfermas si no somos niñas, porque entonces todo se convierte en un desastre.

—Claro... —Magda pensaba en ella misma, y en Víctor pagándole el coche de plaza bajo la vigilancia del teniente.

—¿Lo del otro día iba en serio? —Tina, con su pregunta, la hizo olvidar a Víctor y pensar en Jesús, el jefe de sala—. ¿Me puedes conseguir trabajo en el Español?

Roser, medio dormida, entró en la habitación justo en ese momento y esperó con la misma expectativa que Tina la respuesta de Magda.

—Bueno, lo puedo intentar... —balbuceó—. ¿Tú te ves preparada para empezar un nuevo trabajo?

—No sé, creo que tengo que hacerlo, por mi hija. Y por Pep.

—¿Y quién se va a ocupar de Nora?

—Yo puedo cuidarla —intervino la tía Roser—. Me puedo ocupar de ella como hacía con Llibert. La llevaré al teatro a las horas de mamar, para que no pase hambre, como hacíamos contigo...

—De acuerdo —selló Magda contundente—. Mañana hablaré con Jesús para mirar cuándo puedes incorporarte, no te preocupes.

Tina y Roser durmieron tranquilas, mientras Magda intentaba solucionar en su cabeza el nuevo problema que se le cruzaba en la vida y que había creado ella sola, sin ayuda de nadie. Le había hecho creer a la familia que desde que era cajera era también medio jefa del Español. Les decía que el empresario la favorecía, como era cierto, y añadía que Jesús y ella eran uña y carne, obviando que, en realidad, la odiaba y quería sacársela de en medio lo antes posible. Y le había hecho creer a Tina que podía conseguirle un puesto de trabajo que ni de lejos tenía capacidad de crear por su cuenta, ni siquiera con la mediación de Benjamín ante el empresario. El personal del guardarropa era suficiente y no se necesitaba a nadie más, de eso no cabía duda.

Sus peores miedos se personificaron al día siguiente. Preguntarle a Jesús por la posibilidad de incorporar una nueva ayudanta en el guardarropa fue muy mala idea.

—¡Lo que se necesita es una nueva cajera, una de verdad! —le recriminó él.

—Te lo pido por favor, nos iría bien una persona más, se lo puedo pedir personalmente al empresario...

—¡Calla! Tú vas a durar aquí tres días. ¡Y quien manda soy yo!

Obedeció, humillada una vez más. Sabiendo que su único derecho era el de poder trabajar ganando un buen sueldo, y cerrando la boca cuando el jefe lo pidiese. Sin autoridad, sin discutir, porque el jefe lo decía.

Tardó algunos días en encontrar la solución, una solución que apareció inesperadamente, un viernes en que se renovaba el cartel del Español y cambiaban las compañías que ofrecían espectáculos. Julián, el director de escena, se presentó en el vestíbulo buscando a Jesús al final de una sesión de tarde. El apuntador había sufrido un patatús, lo había enviado a casa en muy mal estado y en el escenario se necesitaba a alguien que lo sustituyese de inmediato. Un hombre que supiese leer.

—¿No puede ser una mujer? —interpeló Magda, desde su garita—. Yo conozco a la persona ideal. Ha sido actriz de teatro aficionado, tiene muy buena memoria y es capaz de leer y recitar obras enteras al ritmo del espectáculo.

—¡La necesito para la sesión de noche! ¡Ve a buscarla!

El jefe de sala no se interpuso. Dejó atrás el vestíbulo. Magda tenía vía libre para meter la mano en la caja y sacar el dinero suficiente para pagar el coche de plaza con el que ir a buscar a Tina. La nueva empleada del teatro. La mujer que sabía leer y que debía incorporarse cuanto antes como apuntadora.

Hizo esperar el coche de plaza en la puerta, como había hecho otras veces, y, una vez en el piso, obligó a Tina a vestirse rápidamente y a enfundarse una de las pelucas en la cabeza. Desde

que había nacido su hija, ya no se arrancaba el pelo, pero todavía no le había crecido lo suficiente como para tapar las calvas.

Logró que Tina se entusiasmara, la hizo sentir orgullosa de no entrar a trabajar en el Español como una simple ayudante de guardarropa, sino directamente en el escenario, por la puerta grande, como apuntadora de los prestigiosos actores que allí actuaban. Y la llevó en volandas hasta el coche de plaza, dejando atrás a dos niños llorando, Nora por la repentina marcha de su madre y Llibert por sentirse desatendido de los brazos de Roser, que debían ocuparse de la recién nacida.

Al llegar al teatro, Jesús las recibió y las separó en el acto. Mandó una a su puesto de trabajo y se ocupó él mismo de entrevistar a la candidata para la vacante de apuntador. Le hizo mil preguntas, pero no parecía satisfecho con las respuestas. No veía claro contratarla, tratándose de una mujer. Hasta que intervino Julián, inquieto, y le pidió a Tina que leyese un fragmento de texto. La oyeron recitar con el ritmo correcto y no hubo más discusión. Quedaba contratada y empezó en su nuevo puesto en ese mismo momento. La función estaba a punto de comenzar.

Al ver entrar a Tina en la sala, del brazo de Julián, su nuevo jefe, Magda respiró aliviada. Había conseguido su objetivo y deseaba con todas sus fuerzas que su amiga cumpliera con su cometido. Su mirada, deseosa de otras buenas noticias, se fijó en la puerta, esperando ansiosa la aparición de Víctor, augurando que el futuro aún podía ser bueno. No apareció él. La sorpresa fue aún mayor.

En la puerta, al otro lado de los cristales, entre los primeros clientes de la sesión de noche, Toni esperaba para entrar. La miró ansioso, emocionado, explicándole desde lejos y con grandes aspavientos que por fin estaba en libertad. En libertad. Él libre y ella condenada a ser su mujer. Para siempre.

Jesús, el jefe de sala, que conocía a Toni de los tiempos en que él trabajaba para don Ramón y se codeaba con don Santiago, un dramaturgo al que admiraba, permitió a su marido recién llegado robar cinco minutos del trabajo a Magda, mientras los clientes esperaban impacientes. Cinco minutos que le cambiaron la vida.

Toni estaba emocionado de volver a verla, feliz de poder estar por fin a su lado, impaciente por conocer de una vez a su hijo, alegre de iniciar una vida junto a la mujer a la que nunca había dejado de amar... Como si no hubiesen pasado los años, como si nada se interpusiera entre ellos, como si Magda hubiese estado esperándolo durante todo aquel tiempo.

Ella intentó hablar, explicarle que las cosas habían cambiado, que ya nada era igual. No la dejó. Aún faltaba la peor noticia. La libertad de Toni estaba condicionada a su expatriación del país. Lo devolvían a Francia, por mediación de un convenio que habían firmado las autoridades de ambos países, y no se iría solo. Debía hacerlo junto a su familia, Magda, su esposa, y Alberto, Llibert, su hijo. Le enseñó la orden judicial donde estaban escritos los nombres. Debían tomar un tren al día siguiente que los conduciría lejos de allí, a Francia, donde podrían comenzar una nueva vida los tres juntos.

Los tres juntos. Magda no quería empezar una nueva vida, no con él, no en otro país, sin conocer el idioma, sin trabajo ni posibilidad de encontrar uno tan bueno como el que tenía en el Español. No quería irse de allí, no lo haría. Ella soñaba con cambiarse de barrio, no de ciudad. Quería mudarse a uno de aquellos pisos nuevos de techos altos del barrio del Eixample, de los

que tanto había oído hablar, a uno grande, con una cocina moderna y un baño completo y con bañera. Soñaba darse un baño en una bañera. Partir a Francia no entraba en sus planes, de ninguna manera.

Volvió al trabajo bajo la mirada cínica de Jesús, que la obligó a contar y repasar los cambios más de cien veces. Estaba demasiado nerviosa y le costaba llevar las cuentas. Toni, por sugerencia del jefe de sala, entró a ver el espectáculo, invitado, sin necesidad de que le pagase la entrada a la Esme, en un palco y con las copas a costa de la casa.

El jefe de sala iba y venía, de la caja del guardarropa a la de la taquilla, de allí al despacho, a la sala, a los camerinos, entre bambalinas, por todas partes. Regresaba junto a Magda una vez cada dos horas, más o menos, para vigilar el control de las finanzas. Apareció en un entreacto, antes de lo esperado.

—Cuando vengas esta noche al despacho, liquidaremos cuentas —la informó—. Tu marido ya me ha dicho que mañana os vais a Francia.

—¡No! ¡Yo no me voy! —replicó Magda—. ¡Que se vaya él!

Jesús la miró sarcástico y señaló hacia la puerta.

—Toni no es el único que te lo pide. Creo que tienes visita.

Un bigote torcido se adelantó con brío a través del vestíbulo hasta alcanzar la altura de sus ojos.

—Nos volvemos a ver frente a frente, por última vez —dijo el teniente, a modo de saludo.

—¡Ojalá sea la última vez! —escupió ella, desafiante—. No sé qué viene usted a hacer aquí.

—Me gusta este teatro —replicó el teniente con sorna—. Tiene muy buena programación. Y pienso volver. La que ya no estará aquí será usted, querida Magdalena, señora de Carteron. Le traigo en mano la carta del juzgado para que se lo tome bien en serio. En esta ciudad no queremos gente como usted ni como su marido. Queda expatriada a Francia. Ni se le ocurra llegar tarde a su cita en la estación, en la carta está indicada la hora. La estarán esperando dos guardias civiles para escoltarla hasta su destino, la frontera francesa. Con su marido y su hijo, Alberto. Y ahora permítame que vuelva a la sala. La función es muy entretenida.

—Disfrute usted, teniente —añadió Jesús—. Yo me encargaré de que esta empleada liquide la sesión y no vuelva a poner un pie en esta sala.

Junto al jefe de sala, una de las cigarrereras esperaba impaciente para ascender de puesto y convertirse en la nueva cajera. El teléfono sonó justo en aquel momento, mientras el teniente desaparecía de su vista, y Jesús y su sustituta daban la vuelta para entrar a la garita por la portezuela de atrás. Echó el pestillo de arriba y bajó la persiana del mostrador, de golpe, mientras contestaba. Era el abogado y necesitaba hablar con él más que nunca.

Jesús y su acompañante aporrearon la puerta, pidiendo a gritos que abriese de una vez. Ella retuvo la conferencia. El abogado no veía conveniente desobedecer una carta judicial. Le hizo entender rápido que tenía que obedecer y coger aquel tren con destino a Francia.

—No te preocupes —la tranquilizó el hombre a través del aparato—. Angélica irá a buscaros a Cerbère y se ocupará de que todo os vaya bien, a ti especialmente. Hará que encuentres un buen trabajo, ya lo verás.

Concretó horarios y comentó detalles antes de colgar y abrir la portezuela. Jesús echaba humo por la boca y por las manos, rojas de aporrear puerta y pared. Su compañera, a quien siempre había considerado una amiga, la apartó como quien aparta a un trapo y le espetó:

—Sal de aquí. Ahora la nueva cajera soy yo.

—¡Ven conmigo al despacho! —ordenó Jesús—. Tenemos que finiquitar tu despido. Te pagaré lo que se te debe, ni un céntimo más. Hoy no está el empresario para mediar a tu favor.

Obedeció. Como en una cárcel, camino a una expulsión que no deseaba. A algo peor. A un destierro. Despedida y echada a patadas de su propia vida.

Angélica esperó mucho tiempo en Cerbère, desde la noche del sábado 25 de abril hasta la madrugada del día siguiente, domingo. Sentada junto a Benjamín en un banco de aquella inquietante estación, colgada en un acantilado en la frontera entre Francia y España, bajo la enorme estructura de hierro en que repiqueteaba la lluvia y sobre un mar que rugía enfurecido.

Cerbère era estación término en sus dos sentidos. A un lado finalizaba la vía procedente de Perpiñán y del resto de las ciudades francesas; al otro lado, enfrente de la aduana y de la reja, y detrás de ellas, la estación se llamaba Portbou y era la última de la línea procedente de Barcelona.

Echó una buena cabezada, recostada sobre Benjamín, que le acariciaba los rizos de la peluca dorada. Abrió sus ojos ciegos bajo una oscuridad extraña, un entorno silenciado por la intensidad de la tormenta y unas condiciones meteorológicas que impedían concretar la hora. Madrugada, alba, quizás una negra mañana. Repicaron las campanas llamando a misa justo antes de que se oyeran los pitidos de la locomotora. Su entrada en Portbou era inminente.

El humo envolvió las vías, los andenes y las estaciones a un lado y a otro. Las ruedas frenaron con un largo chirrido y las puertas se abrieron poco después con un golpe estrepitoso. El bullicio de los pasajeros apeándose de los vagones del tren apagó las gotas de lluvia en la cabeza de Angélica y sus oídos se abrieron a conversaciones remotas. En la estación, familiares y amigos esperaban impacientes, pañuelo en mano. En la aduana, aduaneros, carabineros y gendarmes se preparaban para revisar la documentación de los viajeros. Y al otro lado de la reja, los recién llegados se apeaban con prisa para evitar las colas de salida.

Los primeros pasajeros de aquel tren que lograron cruzar la frontera y pisar Francia fueron los de primera clase. Familias señoriales o señores solos, con sus sirvientes y ayudantes cargados de equipaje, que pasaban de largo camino al hotel o a saber dónde. Les siguieron los pasajeros de segunda, la mayoría jóvenes intelectuales, artistas y estudiantes con destino a París, que metían las narices en todos los rincones, ocupaban todos los bancos y charlaban a gritos, dispuestos a esperar allí las horas necesarias el tren que los llevase a la Ciudad de la Luz. Y por último, en pequeños grupos y en tandas distanciadas, los de tercera clase, obreros de los más diversos oficios que huían de la miseria en sus lugares de procedencia, en busca de trabajo, y se amontonaban en el suelo de pasillos y vestíbulos, a la espera de proseguir el viaje. Un gentío que se multiplicaba y se convertía en un enjambre demasiado ruidoso y molesto para los oídos sensibles de Angélica. Tantas voces, tantas conversaciones, unas alegres, otras tristes, tantas vidas, unas truncadas, otras anhelando recomponerse... Y una humedad fría que calaba los huesos.

Oyó el llanto de Llibert a lo lejos y lo reconoció enseguida. Llibert, su niño, el hijito de su querida Magda. Corrió hacia él, llevando del brazo a Benjamín, que le abrió camino al paso entre

la gente; confiando en ella, como siempre. Su oído no le falló.

Llibert salía por una puerta lateral de la aduana en brazos de su madre, berreando. Detrás, Toni se despedía de los dos guardias civiles que los habían escoltado hasta allí, en castellano, y del gendarme francés que había tramitado la expatriación, en su idioma. Él mismo había hecho de traductor en su propio destierro. Magda intentaba tranquilizar a su hijo, pero el niño lloraba todavía más. Llibert sólo se calmó cuando Toni apareció por fin a su lado, dejó las maletas en el suelo y lo cogió entre sus brazos. El niño lo llamó «papá».

Angélica abrazó a Magda antes de que se derrumbase. La sostuvo estrechándola por la cintura con su pequeño cuerpo enfundado en el vestido blanco.

—¡Angélica, que alegría verte! —lloriqueó Magda, abrazándola también.

Ella entendió su pena. Una tristeza que iba más allá de reencontrarse lejos de su casa, de la vida hogareña que habían compartido, de tantos recuerdos pasados, buenos y malos. Un dolor nuevo forjado desde su salida de prisión con el rechazo de su hijo y engordado en aquel viaje, con la reacción del niño ante su padre. Llibert, en brazos de Toni, se mostraba contento, satisfecho, orgulloso, alegre y sonriente, como Magda no lograba disfrutarlo jamás.

—Desde que lo conoció, anteayer, y le dijimos que era su padre, no se ha separado de él —le dijo al oído—. Lo adora, y le da igual que él nos abandonara. Para Llibert la mala soy yo, siempre yo, me detesta.

—¡No digas eso, mujer! Es una criatura, se le pasará...

—¡Ojalá! Pídeselo a tus espíritus.

Espíritus... Desde que había emigrado a Francia, ocho meses atrás, Angélica sólo había vuelto a simular que hablaba a través de los espíritus en los escenarios de sus sesiones, nunca en la vida privada. Benjamín no se lo permitía. Él la obligaba a encarar la cotidianidad como una persona equilibrada, con una única voz, la suya, la verdadera, no las voces impostadas que utilizaba para decir todo aquello que le daba vergüenza expresar como propio. Sin mentiras.

Presentarse así, ahora, ante Magda, con la que casi nunca había tenido conversaciones directas, le resultó difícil. Frente a ella, en persona, siempre había fingido trances en los que hacía aparecer a la madre de Magda, cuya voz le daba consejos, reprimendas o lo que hiciese falta. Sin ella, Angélica no se atrevía a tratar a su amiga como siempre, no podía hacerlo, no era la misma persona la que hablaba. La madre le hubiese dicho que todo era cuestión de tiempo, que no se preocupase, que aparentase que no pasaba nada y que se contentase con lo que tenía, que era mucho, un marido guapo y un hijo sano. Ella, en cambio, no se atrevía a decirle eso, no le correspondía. Por guapo que fuese Toni y sano que estuviese Llibert, no eran ni el marido ni el hijo que Magda merecía, y ella como amiga no podía hacer más que recoger sus lágrimas y servir de apoyo. Sin consuelo.

Toni saludó a Angélica con un abrazo efusivo y sincero, e hizo que Llibert también la abrazase y la besase. El niño mostró con ella el mismo afecto que había mostrado siempre, sin rastro de reproches. Magda intentó aprovechar la alegría y unirse al saludo, pero su hijo la rechazó y se lanzó al cuello de su padre. Parecía que fuese a él a quien conociese de toda la vida y Magda la recién aparecida.

Aún tenían varias horas de espera en la estación antes de tomar el tren que los conduciría

hasta Perpiñán, donde debían apearse y cambiar a otro con destino a Montpellier, la ciudad donde don Santiago había conseguido colocar a Toni en una imprenta. Angélica y Benjamín los acompañarían hasta allí y permanecerían con ellos unos días, los primeros, hasta que estuviesen instalados, antes de regresar a Marsella.

—¿Cómo has sabido tú lo del trabajo de Toni en Montpellier? —inquirió extrañada Magda—. Yo acabo de saberlo en el tren; no se lo dije al abogado por teléfono...

—Me informó don Santiago, por carta —respondió Angélica, tranquilizándola.

No era del todo cierto. Angélica lo sabía desde mucho antes, porque era ella quien lo había organizado todo, aunque no podía decirlo, no supo cómo. En ningún momento había dejado de mantener correspondencia con don Ramón, con don Santiago e, incluso, con Toni, encerrado en la cárcel, a través del abogado y de Cárdenas para hacer que se implicasen todos como si les fuera la vida con ello.

Desde el momento en que supo que habían obligado a Magda a casarse con Toni, entendió que su destino era acabar expatriada, en la tierra de su marido. Por eso ella y Benjamín habían permanecido en Francia y no habían huido a un lugar más lejano. Esperando que aquello ocurriese y que pudieran ayudarlos.

El abogado había conseguido que Toni saliera pronto del presidio, justo después de firmarse entre España y Francia el tratado que permitía enviar anarquistas y sin haber organizado aún el grupo de presos que iban a ser deportados al país galo. A él lo dejaron salir antes, por tener nacionalidad francesa y le pusieron una pareja de guardias civiles a su servicio para conducirlo hasta Francia, con su familia y con trato de favor. Gracias a la mediación de tantas personas influyentes y a tantos sobornos.

No pudo, no supo, exponer todo eso ante Magda. Sólo agradeció la suerte de tener a don Ramón y a don Santiago como protectores. Llegar a Francia con trabajo era lo mejor que les podía pasar.

—¿Trabajo? Será para Toni, porque yo no tengo ninguno.

—Mujer, no te enfades —intervino él—. Tú no hace falta que trabajes, eres mi mujercita y yo me ocuparé de traer dinero a casa.

Llibert, en sus brazos, sonrió acariciándole la barbilla, con los ojos rebosantes de amor.

Magda estuvo a punto de echarse a llorar, pero no lo hizo. Le pidió a Angélica que la acompañase a dar un paseo por la estación, a solas, mientras Llibert se quedaba feliz colgado de Toni y Benjamín vigilaba el equipaje. Necesitaba respirar aire fresco.

Angélica la asió del brazo y tomó la palabra. Preguntar por los familiares dejados atrás y obligarla a responder dolió aún más, un dolor necesario para poder seguir camino sin secuelas. Pep y el tío Joan continuaban encerrados, sin perspectivas de salida. Pere, enfermo, como siempre. Tina, trabajando, por fin, con mejores perspectivas de salud aunque recién parida y con una hija fruto de una violación. La tía Roser se multiplicaba y trabajaba más horas que un reloj para cuidarlos a todos, coser sombreros y cumplir con las entregas. Y ella, expulsada de su propia casa sin poder ayudarlos más. Deseaba volver al Poble Sec como no lo hubiese imaginado nunca.

—Debes ser fuerte. Aquí puedes empezar una vida mejor. No te preocupes, Benjamín y yo te ayudaremos en lo que sea necesario.

—¿Qué vida? ¿La de ser la esposa de Toni, el tipo que me traicionó y me abandonó sin preocuparse más? ¿Un hombre al que ya no amo?

No tenía respuestas y no podía seguir tratándola como si fuese el espíritu de su madre quien hablase. Magda era infeliz. Se sentía completamente desgraciada por haber tenido que abandonar su vida y salir del país a patadas. Odiaba a Toni por haberla arrastrado de cabeza a Francia, por mostrarse más enamorado de ella que nunca, por ser el padre entregado que Llibert necesitaba. Y Angélica se sentía culpable, porque ella era la responsable de aquel destino, la persona que había movido los hilos para que todo fuese así.

Lo peor fue saber que Magda, durante el viaje en tren, había descubierto gran parte de la verdad que entre todos le negaban. Toni le había dicho que no se preocupara por el dinero. Sus amigos, don Ramón y don Santiago, le habían facilitado el suficiente como para vivir un mes sin preocupaciones y, además, le habían conseguido un buen trabajo. A Magda todo aquello le resultó mucho más preocupante aún, sospechoso. No tardó en entender que la historia que el teniente había contado en la prisión acerca de unos dibujos pornográficos era cierta. Toni la había estado utilizando durante su supuesto noviazgo como modelo para recrear escenas perversas. Escenas en las que le enseñaba al mundo lo que ella sólo le había enseñado a él... Escenas que él dibujaba e imprimía en una revista que financiaban sus amigos burgueses, en un acto de rebeldía, de puro anarquismo, los mismos que luego la compraban para reírse de su propia caricatura y llamarse decadentes, los más modernos de la ciudad. Unos malditos dibujos que le habían permitido al teniente reconocerla y desear verla desnuda en la vida real, encerrada en una mazmorra y acusada de ser una mujercuela mucho más execrable que cualquier terrorista.

—No logro entender por qué el teniente nunca me tocó —reflexionó Magda.

—Don Ramón hizo un pacto con él —expuso Angélica—. Le regaló uno de los cuadros que pintó contigo de modelo a cambio de que te ofreciesen el mejor trato durante tu reclusión. Eso fue lo que se negoció el día en que te permitieron su visita y la de Benjamín en el castillo.

—¿Y cómo supo don Ramón que al teniente le interesaban sus cuadros?

—Ellos dos ya se conocían. El teniente había visitado al pintor cuando sucedió el caso del Liceo. Con la revista en la que aparecían tus desnudos. Los comparó uno por uno con los cuadros originales, que alabó en reiteradas ocasiones.

—Estaba segura de que había visto los cuadros... ¿Cuál se quedó?

—¡Eso no importa, olvídale! Él ya tiene lo que quería y tú eres libre. Piensa que podía haber sido mucho peor y que gracias a ese cuadro no lo fue.

Tina no había tenido ningún cuadro ni ningún pintor prestigioso que la protegiese, y había sufrido una violación como condena. Su desgracia había sido mucho más grande que la de Magda, pero conocerla tan de cerca no la hacía sentir menos desdichada.

Angélica no podía hacer nada por ella. Ni por su pena de verse lejos de la casa que consideraba hogar ni por haber perdido su trabajo ni por verse privada de reencontrarse con su amor, su nuevo amor, el soldado que le había robado el corazón; aquel Víctor al que ella misma había sobornado y conocido a través de los ojos de Benjamín, el caballo de Troya que había destrozado los planes de felicidad en Francia. Si él no se hubiese inmiscuido, enamorando a Magda como un salvador, ahora todos disfrutarían de una alegría inmensa y su amiga estaría feliz por haber recuperado al hombre de su vida, al padre de su hijo, al marido con el que iniciar una nueva vida.

Ella también sentía que había emprendido una nueva vida, olvidando su amor imposible hacia Pep, junto a una pareja y como una persona adulta, por fin. Aunque su cuerpo infantil y su ceguera

le pusiesen trabas, y aunque tuvieran que presentarse ante el mundo como padre e hija, Angélica y Benjamín hacían vida de matrimonio. Todo lo decidían a la par. Tenían planes de futuro, planes que los alejarían de Europa en pocas semanas, camino a los Estados Unidos de América, donde un prestigioso circo los había contratado para la gira estival.

—¿Me dejarás sola? ¿Aquí en Francia y sin saber palabra de francés?

—No te preocupes, estarás bien.

Así lo quería creer. Así lo deseó durante un viaje que resultó mucho más largo de lo esperado, de una estación a otra, de un tren a otro, hasta Montpellier, de hostel en hostel, sin encontrar habitaciones disponibles para tanta gente sin reserva, de calle en calle cargando equipaje y a un niño que no dejaba de berrear.

Con el alba del nuevo día y un cansancio infinito en el cuerpo llegó la solución: un cochero que los condujo hasta una pensión familiar, enteramente disponible. La regentaba un matrimonio mayor, sin hijos. La mujer, *madame* Lambert, tomó a Llibert en brazos, lo calmó en el acto, y le dio de comer y beber como si fuese de la familia.

En aquella pensión pudieron montar sin preámbulos un hogar improvisado en el exilio. Angélica y Benjamín compartieron una de las habitaciones, con una cama doble. Y Magda y Toni, junto a Llibert, otra en la que había dos camas separadas, porque ella no quería ni oír hablar de compartir lecho con su marido. Apenas dejaba que la tocara. Él no se daba por rendido y seguía tratándola con gran dulzura, intentando conquistarla de nuevo y con el deseo de consumar su matrimonio.

Angélica le tenía gran aprecio a Toni, no podía evitarlo. Lo consideraba una persona muy inteligente, con quien se podía hablar de todo tipo de temas, de arte, de filosofía, de política, de ideales... Desde el momento en que lo había conocido había compartido con él una complicidad especial. Toni había descubierto alguna de sus trampas y siempre había mantenido sus secretos. Juntos habían tramado asuntos bajo mano en varias ocasiones. Él la acompañó en su calesa a pedirle dinero prestado a Benjamín para poder ir a la fiesta de Sitges. Había descubierto la relación existente entre ellos y no sólo eso, sino también su procedencia extranjera y un pasado mucho más largo de la edad que aparentaba. Nunca la delató, sino todo lo contrario. La convirtió en su principal consejera, en su guía espiritual, en su confidente, con un respeto y una confianza aún mayor.

Luego, cuando encerraron a Pep por su culpa y le explicó a Angélica con pelos y señales todo lo que había sucedido, intentó excusarse por su ofensa hacia Magda. Pensaba que, con su mala mano y su poco arte, nadie la reconocería en las viñetas. Y afirmaba que todo lo había hecho por ella. Estaba convencido de que si su plan hubiese salido como se esperaba y hubiera conseguido vender los ejemplares sin trabas, habrían podido alquilar por fin el piso en el Eixample con el que soñaba su amada. Nunca creyó ofenderla, sólo utilizarla para un bien común..

Angélica lo hizo recapacitar, entender lo ultrajada que se sentiría ella si lo descubriese algún día. Unas palabras que provocaron que él no se atreviese a volver a ponerse en contacto con Magda durante todos aquellos años. Huyó de la justicia, a Francia, pero también huyó de Magda, del miedo a tener que confesarle su traición. Sin embargo, había mantenido el contacto con Angélica, a través de Benjamín, a la que le escribía regularmente en francés cartas en las que la

informaba de su estancia en París, al principio, y de su regreso a Barcelona, después. Cartas que Angélica nunca respondió y que mantuvo en secreto ante Magda. Ella podía haberle hablado del nacimiento de Llibert, pero no lo hizo, ya que deseaba lo mejor para su amiga y Toni no lo era. No lo era entonces. Pero después del atentado del Corpus todo cambió. Toni intercedió ante Pep como un miembro más de la familia, se ocupó de él e implicó a Cárdenas para ayudarlo. Demostró que su amor por todos era real, especialmente por Magda, y al saber que también estaba encerrada y que el teniente la mantenía bajo su custodia, fue él quien medió ante don Ramón para que le regalase el cuadro.

No era tan mala persona como creía Magda, la amaba sinceramente, a ella y a su hijo, Llibert, que explotaba de alegría cuando su adorable padre lo cogía en brazos. Toni era el mejor marido que Magda podía tener, aunque ella aún no quisiese reconocerlo. Eso le decía el espíritu de su madre cada vez que le pedía a Angélica que lo invocase a escondidas de Benjamín.

Toni se incorporó pronto a su nuevo trabajo en la imprenta, como dibujante de prensa y publicidad local, firmando por primera vez con su propio nombre, Antoine Carteron. Y con un buen sueldo, tal como le habían prometido. Con lo que ganaba podía pagar la estancia a pensión completa en casa de los Lambert para él y su familia, e incluso mudarse a un apartamento para ellos solos si así lo preferían.

Magda no quería ni oír hablar de mudarse a una casa en la que estar a solas con él y el niño, no mientras no supiese hablar el idioma y no pudiese defenderse por sí misma en la calle. No se veía capaz ni de comprar la comida. En la pensión, *madame* Lambert se ocupaba de todos los asuntos prácticos, de comprar, de cocinar e incluso de calmar a Llibert en sus incesables berrinches. Angélica también creía que era mejor que permaneciesen allí, por un tiempo. *Madame* Lambert cuidaba de ellos casi tan bien como lo hacía la tía Roser.

Desde Montpellier, Angélica seguía informándose de cómo avanzaba en Montjuïc el proceso judicial. Acudía todos los días del brazo de Benjamín a la central de correos, desde donde intercambiaba numerosos telegramas y otra correspondencia con el abogado contratado en Barcelona, que la ponía al día del avance en el proceso.

Las torturas en el castillo habían sido tales que el caso dejó de llamarse con el nombre del lugar del atentado, Cambios Nuevos, para conocerse como el proceso de Montjuïc. En diciembre se había celebrado el Consejo de Guerra contra ochenta y siete procesados, un juicio sin garantías jurídicas, celebrado en una sala habilitada como juzgado en el castillo, a puerta cerrada y en sumo secreto, basado en declaraciones obtenidas bajo tortura y sin dejar que los acusados llamaran a declarar a su favor a ningún testigo. Incluso los habían juzgado por una ley dictada después de su detención, el 2 de septiembre de 1896. Una ley diseñada a medida para poder condenar a pena de muerte no sólo a los autores, sino también a los cómplices y para condenar a cadena perpetua a los acusados de encubridores. Una injusticia. La causa debía ser revisada por el Consejo Supremo de Guerra y Marina y la sentencia definitiva se hacía esperar. Entre tanto, en las cárceles seguía habiendo centenares de detenidos sin procesar, entre ellos Pep y el tío Joan.

A través del abogado, que mantenía contacto con Cárdenas, supo que en los últimos días, y

gracias a un nuevo tratamiento de rehabilitación, Pep había mejorado mucho. Ya podía incorporarse, porque la columna vertebral y el cráneo estaban soldándose bien, aunque sufría una parálisis en la pierna izquierda de la que probablemente nunca se recuperaría, y lo ayudaban a caminar con un par de muletas.

Angélica celebró la noticia. Si se podía mover, quizá pronto estuviese en condiciones de acceder hasta la sala de visita, reclamar su derecho de ver a los familiares más cercanos, y cumplir por fin el sueño de Tina de reencontrarse con su marido. Un bien para ella y un bien para él. El abogado prometió hacer todo lo posible para que así fuese.

A menudo, Angélica ocupaba uno de aquellos escritorios al servicio de los usuarios que había en la central de correos y, con su caligrafía nerviosa, escribía allí mismo y a ciegas cartas que enviaba inmediatamente, sin dárselas a leer a Benjamín y sin comprobar que fuesen legibles. Escribía bajo pseudónimo, a todos los periódicos que se le ocurrían, y no era la única, muchos intelectuales españoles también informaban desde sus lugares de residencia de la injusticia que se estaba llevando a cabo en Barcelona. Aunque pocos diarios, por no decir ninguno, habían prestado interés en el complot policial que ella había denunciado, sus cartas no caían en saco roto. La prensa de un sinfín de países se había hecho eco de la detención de más de quinientas personas, detenciones que creían injustas en la mayoría de los casos. Desde fuera, en el extranjero, se criticaba la reforma de la legislación que se había llevado a cabo para endurecer aún más la represión sobre el anarquismo y el librepensamiento, y que amenazaba a gran parte de la población.

Además, mantenía correspondencia con la gallega, que seguía siendo su gran ayudante en Barcelona, su confidente, su amiga, la persona que le explicaba todo lo que sucedía en el Poble Sec, la mantenía al día de la vida en el barrio, en las fábricas y en los centros obreros, y era quien vigilaba que Tina no se dejase llevar en la calle por ninguna locura.

La Compañía Libre de Declamación se había disuelto. Felip Cortiella ya no aparecía nunca por el barrio y ni la gallega ni Tina habían vuelto a subirse a un escenario. Por eso, para ambas, tener la posibilidad de estar debajo, junto al foso y bajo la concha del apuntador, y apoyar desde allí a actores profesionales, era todo un privilegio.

El trabajo de apuntadora era de Tina, en sesión de tarde y de noche. Le daba el pecho a su hijita, Nora, a mediodía, antes de salir de casa. Roser mantenía a la niña tranquila durante la tarde con caldos, zumitos o un poco de agua. Volvía a darle de mamar en la pausa entre sesiones y por la noche, justo antes de ponerla a dormir. A esas horas, la gallega la llevaba al Español, entraba por la puerta del personal y sustituía a Tina en su trabajo durante la media hora en que ella alimentaba a la niña; aquella media hora la hacía sentir la mujer más feliz del mundo.

Angélica también se escribía con Tina, por supuesto, cada vez más equilibrada y recuperada del trauma vivido. La marcha forzada de Magda, de un día para otro, había favorecido su recuperación, ya que la había obligado a sacar fuerzas de la flaqueza, a tomar control no sólo de su propia vida sino de los suyos, de una familia que había crecido con una criatura nacida de sus propias entrañas. Incluso había vuelto a interesarse por la sociedad que la rodeaba, a leer la prensa, a comentar las noticias y a reclamar la justicia arrebatada. Se mostraba preocupada por todos sus conocidos encerrados en presidio, especialmente por aquellos a los que creía haber delatado y traicionado. Ella misma investigó y supo que Joan Montseny había quedado finalmente excluido de la causa. Aunque saber que el fiscal había solicitado la pena de muerte de Coromines

estuvo a punto de hacerla caer de nuevo en la locura. Ni la tía Roser ni la gallega ni Angélica desde Francia se lo permitieron.

A principios de mayo de aquel 1897, cuatro meses y medio después de que finalizase el juicio, se conoció la sentencia definitiva del proceso de Montjuïc. Pere Coromines se libró de la pena de muerte y de la cadena perpetua porque fueron demasiadas las voces influyentes que clamaron por la injusticia que se cometía con él. Su abogado militar fue de los pocos que se tomó la justicia en serio, se dejó aconsejar por un abogado civil, amigo de universidad del encarcelado, y consiguió que el juez aceptase en su caso la declaración de un testigo. Fue absuelto. A Teresa de Claramunt y a su marido, así como a cincuenta y nueve encausados más, también los absolvieron, aunque ninguno de ellos fue puesto en libertad inmediatamente después de conocerse la sentencia.

Cinco hombres fueron condenados a muerte. Cinco. A los demás les cayeron condenas de prisión, entre dieciocho y veinte años para trece procesados y diez para una decena más. El resto de los detenidos, los más de cuatrocientos que seguían encarcelados en distintas prisiones de la ciudad, continuaron en prisión preventiva, sin derecho a juicio y sin fecha de salida.

Angélica no tuvo tiempo de pedir por carta el indulto para los condenados a la pena capital. Los fusilaron casi inmediatamente, la madrugada del 4 de mayo, en uno de los fosos del maldito castillo de Montjuïc. Entre ellos, Tomás Ascheri, el francés de origen italiano que había compartido estancia en el túnel de la risa con Magda y Tina; y otros cuatro que hasta el último momento gritaron su inocencia y consignas a favor de la revolución social.

Mientras Angélica se ocupaba de esos asuntos, Benjamín negociaba por telégrafo, teléfono o carta nuevas actuaciones para seguir ganando dinero. Su marcha de Marsella los había llevado a anular algunas sesiones de espiritismo que ya tenían concertadas, con lo que habían perdido mucho dinero que necesitaban recuperar con urgencia para poder seguir adelante con sus planes. En Montpellier, una ciudad que se organizaba alrededor de la plaza de la Comedia, no tardó en contactar con público distinguido dispuesto a pagar lo que fuese para ver levitar a una médium. El espectáculo tenía que continuar.

Tenía la posibilidad de concertar dos sesiones, aunque para realizarlas requerían la silla de ruedas que habían dejado en Marsella. Partió en su búsqueda en un viaje rápido, previsto para hacer la ida en un día y la vuelta al siguiente.

Angélica se quedó en Montpellier, preparando los argumentos de sus espíritus. Magda le tendió el brazo que necesitaba para recorrer cementerios e indagar un poco, aunque cada vez improvisaba más en sus sesiones, como en los viejos tiempos. Estaba cansada de hacer espiritismo en salones privados y quería dejarlo, dar el salto a un gran escenario y cambiar de propuesta escénica. Volver a sus orígenes, crear grandes ilusiones y convertirse en maga, en el ser espiritual capaz de hacer levitar a los demás. Sentía su cuerpo envejecido y se resentía cada vez que tenía que mantener el equilibrio en la plataforma de levitación, no soportaba aquel truco, no en sus carnes. Necesitaba un ayudante al que mostrarle todos los secretos y al que hacer no sólo levitar, sino, incluso, flotar, volar o desaparecer en escena.

—¿Un ayudante? —preguntó Magda—. Podría ser yo.

—¿Tú? ¡No digas tonterías! No sabes lo dura que puede llegar a ser la vida en un circo para una familia...

No hubo más discusión, no entonces. Llibert lloraba reclamando comida y Magda intentó calmarlo como pudo, sin conseguirlo. *Madame* Lambert se ocupó de él una vez más.

Al día siguiente, a media tarde, Toni se presentó en la pensión de los Lambert con un telegrama urgente. Benjamín se lo había hecho llegar a la imprenta, con un mensaje para Angélica. Decía que él no podía ir a buscarla porque no tenían tiempo suficiente y que ella debía tomar el primer tren a Marsella a la mañana siguiente, porque el barco hacia Estados Unidos partía por la noche. El circo requería que se incorporasen antes de tiempo y el viaje era largo.

—Yo iré contigo —expuso Magda.

—¡Ni hablar! —replicó Toni—. En todo caso, la acompañaré yo.

—Podrías perder el trabajo —medió Angélica—. Yo puedo ir sola, no os preocupéis. Sé hacer que los demás me ayuden. No tendré problemas.

—Yo iré contigo, Toni ya puede decir lo que le dé la gana —impuso Magda.

—¿Y el niño? —preguntó él, irritado.

—¡Vendrá conmigo! —Magda trató de coger a su hijo en brazos.

—¡No quiero! —gritó Llibert, terco como era, y rompió a llorar.

—¿Lo ves? ¡Ni el niño te soporta! —zanjó Toni, arrebatándose de los brazos y calmándolo con besos y susurros cómplices.

—Yo me puedo ocupar de él el tiempo que haga falta —medió *madame* Lambert, en francés—. Llibert y yo nos entendemos muy bien.

—Se lo agradezco mucho —contestó él, también en francés y aún enfadado—. Le pagaré lo que me pida para que se ocupe de mi hijo como merece. Ya ve que su madre no sabe hacerlo.

Magda no hablaba francés, pero entendió perfectamente la respuesta de Toni a *madame* Lambert. Él la fusiló con la mirada, humillándola con su altivez y su barbilla puntiaguda. Ella no se encogió. Estaba harta de tanta humillación y no pensaba claudicar en su idea.

Angélica también lo entendió así y aceptó sin discusión. Magda la acompañaría hasta Marsella y luego tomaría un tren de regreso a Montpellier. No podían perder el tiempo, debían preparar el viaje sin descuidar detalle.

La locomotora partió con retraso y el viaje, con parada en un sinfín de estaciones, se hizo eterno. Cambiaron de tren en Nîmes, porque el primero seguía en dirección a París y tuvieron que esperar un buen rato en la estación. Llegaron a Marsella a media tarde, bajo una intensa luz mediterránea que despertaba alegres chiribitas en los ojos ciegos de Angélica.

Magda la condujo del brazo, con la pequeña maleta de Angélica y su propia bolsa en la otra mano. No tardó en ver a Benjamín, que las esperaba al final del andén, acompañado de dos mozos, y cargado con baúles y bultos, entre ellos la pesada silla de ruedas.

—¿Para quién es ese armatoste? —preguntó Magda extrañada.

—Para mí —confesó Angélica—. Es el artulugio que me permite levitar. Aunque preferiría que levitase otra persona.

—¡Ah! Yo podría ayudarte en el espectáculo, ser tu ayudante. Haría lo que fuera necesario. No quiero volver a Montpellier, quiero ir con vosotros. Estoy decidida.

Angélica le apretó la mano a modo de confirmación. No podía negarse, como hubiese hecho el espíritu de la madre. Se lo debía. Había manipulado los hilos que movían su vida desde que la había conocido. La había convencido para que la cuidase como si fuese su hermana, la había convertido en cigarrera para garantizar su propia subsistencia, la había animado a ser modelo para poder conocer de cerca a los intelectuales de la ciudad. Y por su culpa también la habían metido en la cárcel. Si ella no hubiera acompañado a Pep aquel jueves, si se hubiese escondido mejor para evitar testigos que declarasen que había una mujer con él, nadie hubiese dudado de la inocencia de Magda.

Un año atrás, si aquello no hubiese sucedido, a ninguna de las dos se les hubiera pasado por la cabeza una decisión como ésta, ahora sí. Magda estaba en su derecho de querer empezar de nuevo, de buscarse a sí misma en algún lugar donde poder vivir en plena libertad. Lejos de la cárcel, del teniente inquisidor, de un marido impuesto y de un hijo que la sujetaba a una familia en la que se sentía inútil. Eso quería. Marcharse con Angélica y Benjamín, y recorrer el mundo, de escenario en escenario y de salón en salón. Dejarlo todo atrás y dar un paso al frente para iniciar un camino con paso propio, como la Nora de Ibsen.

Tuvo suerte. Eso le repetía todo el mundo. Suerte de no haber muerto en el acto, cuando los hombres de Freixa le propiciaron la paliza que le destrozó el cuerpo. Suerte de haber topado con Toni en la enfermería de la cárcel, que se confabuló con Cárdenas a su favor e implicó a Angélica. Más suerte aún de que aquel joven médico fuera una buena persona y un gran profesional que le salvó la vida. De que las monjas y los soldados se dejasen sobornar fácilmente. Y de que le suministraran a diario la morfina que apaciguaba todos sus males.

Cuando lo sacaron del cubículo para casarlo con Tina no entendió nada. Tardó muchos días en darse cuenta de lo que había sucedido. Estaba bajo los efectos de la adormidera y dio un sí quiero en una escena que no sabía si era de un sueño o de un ensayo teatral.

Su hermana asistía al acto con su figura esbelta y siempre hermosa, aun vistiendo cuatro harapos. También Toni, que quizás hacía de testigo. Ellos dos también se dieron el sí quiero, justo antes de hacerlo él con Tina. Su compañera de escena lo miró con una sonrisa triste, muy demacrada, apagada como un personaje que se funde con el telón de fondo. Pep quiso transmitirle paz y sonrió también, sin mover la mandíbula, aún insensible.

Los dejaron juntos unos segundos, no más. Ella le tocó la mano, el pelo, le besó la frente y dejó caer una lágrima. No hubo más besos ni abrazos, ni un viva los novios. Un extraño sueño que se acabó tan imprevisiblemente como había empezado.

Cárdenas le confirmó que era cierto. La boda había sido real y ahora era un hombre oficialmente casado con Agustina Casas. Por orden del juez. ¿Por qué le habían hecho casarse con Tina? ¿Qué sentido podía tener una boda en un presidio, por designio de las autoridades? ¿A quién le importaba tanto su mediocre vida? Sólo encontraba un motivo aparente, un motivo que le rompía el corazón. Si la policía había descubierto su visita a la casa de los Rifé el jueves por la noche, habrían ido allí preguntando por el vínculo de aquella respetable familia con Pep. Probablemente Martí hubiese negado tener ninguna relación. Quizá la policía hubiese implicado a su padre, el todopoderoso empresario, y quizás hubiese sido él quien hubiese impuesto su venganza. Aunque la boda no era un castigo por su homosexualidad, porque de haber sido así lo habría sabido, alguien se lo hubiera reprochado con insultos...

El teniente Portas había chantajeado a Toni para que le sonsacara información en ese sentido. No sospechaba que mantuviese una relación con Martí sino con su hermana Nuria. Pep lo negó, contundente, y al hacerlo confesó una falsa relación con Tina, para no despertar sospechas sobre su verdadera condición. Su cuñado se la había jugado y le había traicionado de nuevo, no cabía duda. Era aquélla la respuesta que lo había enviado de cabeza al altar, la que le dio un motivo al juez para hacerlo entrar en vereda por la vía del matrimonio. La misma respuesta que le abrió inmediatamente las puertas de la cárcel a August, el sombrerero padre de Toni puesto en libertad poco después de aquello.

El traidor del cuñado siguió buscando cualquier excusa para acabar en la enfermería y poder

visitarlo, aunque Pep apenas le hablaba. No se fiaba de Toni. Ni de su interés ni de sus promesas de amor eterno hacia Magda y Llibert ni de las noticias que traía ni de nada. Y, sin embargo, fue su mejor confidente durante largos meses. A través de él supo que Angélica había huido a Francia, aunque no el motivo. Supuso que la policía habría descubierto que era ella quien lo acompañaba aquel jueves, que fueron a buscarla y que la implicaron también en el asunto de las bombas. Sufrió por ella, tan niña, tan pequeña, tan frágil, sola en otro país.

Cárdenas lo tranquilizó minimizando el problema. Angélica no estaba sola, sino muy bien acompañada por alguien que se ocupaba de ella mejor que un padre. Desde Francia, ella seguía escribiendo cartas a diestro y siniestro, y mediando por su liberación. Se lo dijo mientras le acariciaba el pelo, las mejillas ya recuperadas de golpes, los labios secos que él lubricaba con los dedos humedecidos en su propia saliva. Ya no era el estudiante en prácticas con poco poder en la enfermería, sino el nuevo médico de turno que lo visitaba a horas intempestivas y le demostraba en todo momento un afecto especial. La debilidad mutua que sentían médico y paciente pasó de buscar el momento oportuno para susurrarse al oído a encontrar la oscuridad necesaria para besarse a escondidas.

Pep necesitaba su cercanía, su cariño, su ayuda y su entrega como el niño que necesita una madre. Un corsé de hierro envolvía su torso para sujetar la espina dorsal, aún fracturada. Una escayola le inmovilizaba la clavícula, el hombro y el brazo izquierdos. Un collarín de hierro le sujetaba el cuello y le mantenía tesa la cabeza. Y debajo, la piel le bullía en picores sin poder rascarse.

Cárdenas lo obligaba a incorporarse, a mantenerse en pie, a caminar con una sola pierna, porque la otra no la sentía. A ser fuerte y no doblegarse, a seguir luchando. Le llevaba noticias y cartas de la familia, le informaba sobre la vida en el exterior y lo hacía sentir como en un hospital en lugar de en una cárcel. Y lo besaba furtivamente haciendo que Pep lo deseara como sólo había deseado a Martí.

Recordaba los versos de poetas europeos que le recitaba Rifé y los repetía a menudo. Verlaine y Rimbaud, simbolistas franceses que habían proclamado con metáforas su romance al mundo a través de sus poemas. Wilde, la gran promesa literaria en lengua inglesa, a quien habían encerrado en la cárcel acusado de homosexualidad... Transgresores que sufrían por su condición.

Le dolía imaginar que Martí lo había rechazado, que no quería volver a saber nada de él, que su amor no había sido más que una falacia. Intentaba olvidarlo, sin conseguirlo del todo, y concentrar sus sentimientos en Cárdenas. Otro amor imposible. Tenían que esconderse allí dentro, de soldados, de monjas enfermeras, de otros médicos o enfermos. Sublimar su atracción en roces fugaces, a la sombra. Declarársela sólo con besos furtivos. Y deberían seguir haciéndolo así por el resto de sus días, porque ambos eran hombres casados.

Nunca más volvieron a interrogarlo, ni volvió a oír la voz del teniente ni la del juez. Se olvidaron de él, como si el asunto por el cual lo acusaban ya no tuviese importancia, como si hubiesen descubierto al verdadero culpable y se confirmase así su inocencia. Pero no lo liberaban.

A quien liberaron, en cambio, fue a Toni. Lo deportaron a Francia y mandaron que se fueran con él Magda y Llibert, con lo que Pep se quedó más desamparado aún. Permaneció en la

enfermería mes tras mes, con el único consuelo de tener cerca a su nuevo amor, el hombre que despertaba su cuerpo y le hacía querer recuperarse en lugar de dejarse morir.

Llevaba ya once meses allí dentro cuando se conoció la sentencia definitiva del proceso celebrado en el castillo de Montjuïc y la ejecución de cinco de los encausados. Él, igual que la mayoría de los presos políticos que seguían encerrados sin causa alguna, creyeron ver cercana su libertad. Una vez juzgados y condenados los culpables, no parecía tener sentido retener a los inocentes. Sin embargo, no hubo liberaciones inmediatas.

En lugar de eso, a Pep lo trasladaron de nuevo a la sala general de la enfermería, fuera del cubículo, a una camilla común y con un compañero tras otro a cada lado en dos largas hileras. La mejora de su estado físico ya no requería trato especial, aunque lo que hizo definitivo el cambio fue la disminución de ingresos llegados de Francia para mediar sobornos. Al parecer, según le contó Cárdenas, Angélica había escrito explicando que durante un tiempo no podría enviar más dinero.

En aquel nuevo entorno, rodeado de otros presos, monjas, soldados y carceleros, la proximidad y la complicidad con el médico resultaba muy complicada. Su relación, día a día, se olvidó de besos y se fue reduciendo hasta menguar a unos pocos minutos matutinos. El médico, después del desayuno, lo asía del brazo y lo acompañaba en un paseo no demasiado largo, pasillo arriba y abajo, para hacer que estirara las piernas, el torso y los brazos. Luego, abstraído en la cotidianidad de su trabajo, se olvidaba del enfermo. Pep, en cambio, lo seguía con la vista allá donde fuera, soñando abrazarle, hablarle, fugarse con él.

La aparición inesperada del tío Joan en la camilla contigua, aquejado de un falso dolor de vientre, fue para Pep una energía renovadora. La alegría del reencuentro se multiplicó al comprobar que nadie les impedía un abrazo y que podían, por fin, compartir su encierro. Tras el Consejo de Guerra y la ejecución de las condenas, los soldados habían relajado la estricta vigilancia mantenida hasta entonces con los presos anarquistas y los habían dejado en la enfermería a cargo de las monjas. Ellas no pusieron ningún inconveniente y le permitieron al tío Joan ayudar a Pep en sus paseos pasillo arriba y abajo.

Joan había entrado de nuevo en el régimen de visitas y había gozado de algunos encuentros con la tía Roser. Gracias a la mujer, estaba informado de los cambios de la familia en el exterior y sabía del nacimiento de Nora, la hija de Tina. El hombre felicitó a Pep, como si realmente fuese el padre, como si los meses pasados en la cárcel no evidenciasen la mentira de su paternidad. Él había firmado los papeles y reconoció a la niña como hija suya, sí, aunque no lo era. Imposible. No lo dijo, no quiso añadir más daño a los males de todos y silenció la evidencia. En cambio, buscó temas más alegres para intentar olvidar las penas.

Durante los dos días que permaneció allí, al amparo de Cárdenas, que simulaba que no acertaba con el diagnóstico, el tío Joan habló, sobre todo, de política. Él sí que mantenía contacto continuo con el resto de los presos acusados de anarquistas y aún encerrados en aquella prisión. Allí seguían muchos de los ya procesados que habían quedado absueltos. Mediante una real orden, las autoridades habían decretado para ciento noventa y cinco de ellos la expatriación de España, pero al parecer ningún país quería hacerse cargo de tal contingente humano. Estaban desesperados, porque los obligaban a pagarse el traslado y sus familias habían tenido que

venderlo todo para poder hacer frente y se habían quedado en la calle esperando su salida. Los demás, los que no habían sido procesados, más de doscientos, habían escrito a la prensa un sinfín de cartas en las que denunciaban su caso. Algunas habían salido incluso publicadas en los periódicos de España y de Francia, pero allí seguían todos encerrados, sin causa y sin fecha de salida.

Hablar con el tío Joan, caminar, tener a alguien que lo atendiese y sujetase en sus pasos inseguros fue la mejor medicina que podía haber recibido Pep. Recobró fuerzas, que perduraron incluso después de que enviaran al tío de regreso a su celda. Se recuperó del brazo izquierdo, le quitaron la escayola y pudo manejarse mejor él solo. Y siguió caminando, por su cuenta, con el cuerpo tieso, una sola pierna y cada vez con más seguridad.

Pocos días después, Cárdenas le llevó otra buena noticia. Le habían concedido el permiso para recibir la visita de familiares cercanos, una comunicación mensual de cuarenta minutos en una sala vigilada. El primero de aquellos encuentros sería el domingo siguiente, 13 de junio de 1897, un año y una semana después de su detención. Con su esposa, Agustina Casas.

Su esposa. Pep mantenía con ella una correspondencia extraña, en la que Tina le hablaba mucho de su trabajo y de las obras de teatro que se aprendía, y muy poco de sí misma. Sabía que ella era feliz con el matrimonio impuesto, que amaba a la niña nacida de sus entrañas y que le agradecía que él le hubiese dado sus apellidos, aceptándola como hija de los dos. Nora Poch. Una niña fruto de una violación en la mazmorra del castillo de Montjuïc. No le extrañaba que a resultas de aquello, Tina hubiese perdido ligeramente la razón, como apuntaba Cárdenas.

Esperó impaciente la cita, vestido con una ropa que le iba grande, que le prestó el médico y que cubría el corsé del torso, calzado con unas alpargatas nuevas, que le regaló una de las monjas, y sujeto a las muletas que lo ayudaban a caminar a pesar de la pierna paralizada. Lo escoltaron entre dos soldados hasta la sala de visitas y lo ayudaron a sentarse en una silla frente a una mesa. Tina entró poco después, muy cambiada y mirándolo con una pena infinita en los ojos. Le depositó un beso en la frente, sin atreverse apenas a tocarlo.

Fue un encuentro extraño. Tina se mostraba ante él con poca naturalidad y se expresaba como si recitase un guion previamente estudiado, como en un escenario. Su mente no regía con la lucidez de antaño. Le entregó unas galletas, que le enviaba la tía Roser, y un libro, *Nuestra Señora de París*, que Pep agradeció como un tesoro. Le habló poco de su hija. Le contó que era una niña muy alegre y bonita, pero apenas le explicó nada más, y él no se atrevió a preguntar, para no forzarla. Le dio recuerdos de la gallega y de Felip, que había disuelto la Compañía Libre de Declamación pero se dejaba caer por el Español para hacerle una visita de vez en cuando. Rememoró el triste día en que acompañó a Magda, Toni y Llibert a la estación para su deportación y expuso lo mucho que los echaba de menos. Sabía, gracias a una carta de Angélica, que habían ido primero a Montpellier y de allí a Marsella, donde tomaron un barco con destino a Estados Unidos; poco más. Al parecer el viaje a ultramar era largo y todavía no habrían llegado a su destino...

Le dio noticias del Consejo de Guerra, de las condenas y de los destinos de todos los conocidos que habían sido encarcelados. Le contó que justo el día anterior había regresado a la estación de Francia, para despedir a una cincuentena de deportados, la mayoría de ellos procesados absueltos, aunque también algunas de las pelonas a las que Tina había conocido en

aquella misma prisión de Amalia y que nunca fueron enjuiciadas. Le habló de aquellas mujeres como si fuesen familiares cercanas, con sentida pena. A una de ellas, una tal Salut, la habían obligado a casarse con su compañero el día antes de ejecutarlo, fusilado en un foso del castillo de Montjuïc. Lo perdió a él y perdió también a su hijo, el pequeño Lluís, al que las autoridades ingresaron en un hospicio. Y la obligaron, deshecha como estaba, a coger el tren hacia el exilio. La acompañaba su madre, una cincuentona a la que también habían obligado a casarse con uno de los condenados a muerte, Ascheri, el principal inculcado en aquel maldito proceso, un hombre joven al que al parecer atribuían una relación con aquella mujer mucho mayor que él por el mero hecho de haberle dado cobijo. Todo aquel caso parecía un despropósito, un sinsentido. En el tren iban otras pelonas: una viuda llamada Elisa, una tal María y una tal Assumpta, a la que le habían cambiado el nombre por el de Concepción, con su hijo pequeño, un niño llamado Palmir, que también había estado en la cárcel y al que también le habían cambiado el nombre. Todos ellos abandonados en la frontera a su suerte, por revolucionarios, como Magda, Toni y el pequeño Llibert. Tantas vidas desgraciadas de las que compadecerse en tan sólo cuarenta minutos.

El esfuerzo realizado para acudir a la visita lo dejó postrado en la cama por varios días, aunque las galletas y el libro lo reconfortaron y le proporcionaron un nuevo sosiego.

En su siguiente visita, un mes después, Tina apareció acompañada de la tía Roser y con la pequeña Nora en brazos. Se la tendió a Pep para que él la acogiera en su regazo y los soldados que lo escoltaban no pusieron ningún inconveniente.

Sujetó aquella criatura conteniendo el llanto, emocionado de abrazar a un ser inocente. La niña dormía con una sonrisa en los labios, con ojillos risueños que evocaban pensamientos felices, ajena a la triste realidad de su entorno y sintiéndose cómoda en los brazos inseguros de su padre.

Era padre. Padre. Un regalo inesperado. Cuando la niña abrió los ojos y sonrió aún más, el regalo consumó su alegría. Pep se sintió unido a ella desde ese mismo momento, unido por el deseo de tener a alguien por quien vivir y que dotara de sentido su existencia. Nora, tan pequeña, tan dulce, con tanto futuro por delante. Un buen futuro por el que él tenía que luchar con todas sus fuerzas.

Su estado de salud mejoró a pasos agigantados. Los huesos de la espalda terminaron de soldarse y pudo liberarse del corsé de hierro que lo oprimía. El collarín en el cuello todavía debería llevarlo durante un tiempo. Apenas sentía la pierna izquierda, pero había aprendido a moverla, apoyándose en la sana e impulsando la otra en semicírculo, en una marcha de segador.

Cárdenas ya no lo besaba nunca y él tampoco se atrevía a buscar su contacto. Él también había sido padre recientemente, de un varón, y aquel nacimiento, en lugar de alegrarlo, le había ensombrecido el rostro. Como si el peso de la paternidad lo obligase a negarse la propia alegría.

Aun así, el médico seguía ayudándolo y ejerciendo de mediador entre él y el exterior. También le facilitaba noticias sobre su condena; las buenas y las malas. Cuando faltaban pocos días para una nueva visita familiar, lo informó con gran pena de la suspensión de su régimen de visitas. La medida no era sólo hacia él, sino generalizada a muchos de los anarquistas encerrados. Una represión motivada por un nuevo atentado, perpetrado en Guipúzcoa el 8 de agosto de aquel 1897,

en que un anarquista italiano, un tal Michele Angiolillo, había acabado a tiros con la vida del presidente Antonio Cánovas del Castillo. En venganza por el proceso de guerra de Montjuïc; una venganza sin sentido convertida en una nueva traición hacia los pobres inocentes.

En lugar de la visita recibió una larga carta de Tina. Le exponía su pena ante tan injusta medida, que los privaba del poco consuelo que tenían. Le explicaba que la vida era difícil para todos, para los que permanecían encerrados y para los que conseguían por fin su libertad. Le hablaba de la deportación a Londres de varios conocidos, Teresa de Claramunt y su compañero, Antonio Gurri, y de Joan Montseny con su familia. Expulsados con veinticinco personas más en un barco de vapor que los había abandonado a su suerte en Liverpool. Y le informaba también de su hermana Magda, sobre la que aportaba una noticia que le costó creer, que parecía una mentira, un mal argumento inventado por un pésimo dramaturgo. Según leyó y releó sin dar crédito, su hermana estaba en Estados Unidos, iniciando una nueva vida de circo en circo con Angélica, mientras Llibert permanecía con Toni en Montpellier, que trabajaba y se ocupaba de su hijo como un perfecto marido abandonado.

Le parecía imposible que su hermana hubiese hecho algo así, impensable. Magda lo había dado todo por su hijo y quiso creer que si había tenido que tomar tal decisión sólo podía haber sido por culpa de Toni. Aun así, no entendió que abandonase a su hijo. ¿Cómo podía haber hecho tal cosa? Ningún niño se merecía un abandono, ni de su madre ni de su padre. Y pensó en Nora, en la hija que le esperaba fuera de la cárcel y a la que él no abandonaría jamás.

«Que salga Josep Poch. Con todo.» Dos órdenes que pusieron fin a su condena. Arrastró la pierna ayudado de una muleta, y se alejó de la enfermería del brazo de un soldado y sin despedirse de Cárdenas, que aún no había empezado el turno. Recorrió el pasillo y cruzó rejas y puertas, superando cada control de vigilancia con un suspiro hasta llegar a la calle, en plena mañana otoñal.

Era el día de Todos los Santos y las campanas repicaban en todas las iglesias de la ciudad martilleando su cabeza. Estaba en la calle, pero aún no se creía libre, el 1 de noviembre de 1897, casi un año y medio después de su detención y cojeaba entre la multitud como un despojo humano al que acaban de tirar a la cloaca.

No era el único que salió de la cárcel aquel día. Junto a Pep, liberaron a los últimos encarcelados por el caso del atentado del Corpus, el maldito proceso de Montjuïc en el que ninguno de aquellos hombres había sido procesado. Todos ellos habían permanecido en la cárcel todo aquel tiempo en prisión preventiva, la mayoría de ellos sin que los hubiesen interrogado nunca y sin haberle visto la cara al juez. Y entre los que salían también estaba el tío Joan, que lo estrechó con un fuerte abrazo y lo ayudó a avanzar.

La luz del día a cielo abierto, el paisaje de una ciudad viva y el jaleo del entorno lo devolvieron a una realidad olvidada, perdida en un pasado lejano, en una vida que ya nunca podría recuperar. La gallega y Tina los esperaban en una esquina, con la carreta que él mismo había conducido antaño, para llevarlos de vuelta a casa. Libres. Los abrazos y saludos lo aturdieron.

Le costó sentarse en la delantera de la carreta y sostener la postura erguida en el trayecto. Detrás, Tina y Joan mantenían una conversación imposible de seguir desde delante con tanto ruido.

Le dolía el cuerpo en cada trote y la cabeza le iba a estallar. Hubiera necesitado inyectarse un poco de morfina antes de salir, pero las monjas se la denegaron y Cárdenas no estaba allí... Pensó en Martí, en la adicción que lo había postrado en la cama y en la posibilidad de que él mismo se hubiese convertido en un adicto a aquella sustancia que calmaba males y proporcionaba pequeños instantes de felicidad. La necesitaba tanto que estuvo a punto de pedirle a la gallega, sentada a su lado, que lo llevara a comprar al mercado negro. Se reprimió.

La mujer, que guiaba las mulas entre el barullo urbano, le entregó una carta bajo mano. Le murmuró, procurando que no la escucharan los de atrás, que se la había dejado preparada Angélica, antes de partir de Barcelona, esperando el día de su liberación. Una carta en la que le explicaba toda la verdad de lo sucedido. Debía guardarla y esperar el mejor momento para leerla tranquilamente, y decidir él mismo si le explicaba el contenido al resto de la familia o lo mantenían en secreto para siempre.

La intriga no permitió la discreción solicitada. Pep abrió el sobre sin preámbulos y miró el contenido. Tres cuartillas escritas por ambas caras y entre ellas un recorte de periódico plegado. Lo sacó del interior. Era la esquela de un diario en la que se anunciaba la muerte del joven Martí Rifé y Dalmau, subido al cielo en la madrugada del 1 de agosto de 1896.

Martí estaba muerto y en aquella esquela no se decía por qué. Su desconsolado padre, su hermana, primos y demás parientes invitaban a asistir a una misa por su alma en la iglesia de San Justo y Pastor. Desde allí, los familiares acompañarían en duelo al cadáver hasta el cementerio de Montjuïc. Una cita a la que él ya no podía asistir porque llegaba un año y tres meses tarde.

Lloró, sintiéndose culpable, como si él fuera el causante de aquella muerte, reprochándose haber desconfiado de él y odiándose por no haber rendido homenaje a su memoria. Martí había muerto y nadie se lo había dicho, para no traicionarlo, para preservar el secreto de la relación que existía entre ellos, para que la tristeza no hiciera que se desplomara en la cárcel y nadie descubriese su homosexualidad, para protegerlo. Si hubiese sido una mujer en lugar de un hombre, por amante que fuese, nadie habría tomado tal medida.

Al llegar a la plaza del Surtidor, se negó a bajar y volver a casa, tal como le suplicaron Tina y el tío Joan. No podía hacerlo, no inmediatamente. Antes de empezar una nueva vida, debía poner punto y final a otra.

Le pidió a la gallega que lo acompañase en la carreta hasta el cementerio de Montjuïc y la mujer aceptó, sin pedir explicaciones. Fue ella quien se las dio. Le dijo que conocía el sepulcro que quería visitar, que Angélica le había pedido que lo buscara, para facilitarle el camino a Pep. La niña angelical lo tenía todo previsto.

El camino al cementerio, en la ladera opuesta de la montaña coronada por el castillo, estaba atiborrado y se avanzaba con lentitud. En la víspera del día de difuntos, los vendedores ambulantes ofrecían flores dispuestos a los lados del camino, formando un largo pasillo por el que transitaban carretas, carros de todo tipo, jinetes a caballo y gente a pie. Tardaron un buen rato en alcanzar la puerta y aún más en encontrar un lugar donde dejar la carreta con las mulas a salvo de robos.

Desde allí, el camino entre lápidas, nichos y panteones, todos iluminados con velas y adornados con ramos y coronas por un enjambre de familiares, se le hizo eterno. El sepulcro de los Rifé estaba en un rincón a la sombra de los cipreses y protegido por una reja. En el interior había dos sepulturas, una al lado de la otra. La más ostentosa estaba presidida por el busto de un

hombre elegante, en el que Pep reconoció de inmediato al padre de Martí, muerto después de él. Y en la otra, un hermoso ángel de piedra de figura adolescente escribía con gesto sereno un epitafio. *Il pleure dans mon coeur...* Un verso de Paul Verlaine dedicado a Arthur Rimbaud, el preferido de Martí.

Lloraba en su corazón.

Le pidió a la gallega que lo dejase solo. Necesitaba quedarse allí al menos un par de horas, con Martí, en silencio. La mujer logró abrir la reja, lo ayudó a sentarse junto al ángel, sobre la tumba, y prometió volver después a buscarlo. Emocionada también.

Lloraba en la ciudad.

Abrazó aquella estatua como quien abraza a un amigo y liberó desconsolado en su hombro rígido la pena de no poder abrazar a Martí nunca más. Las toses y los rumores que despertaron los transeúntes que visitaban las tumbas vecinas lo obligaron a recomponer su postura y disimular su aflicción. Incluso allí, en el cementerio, el día de difuntos, el hecho de que un hombre le llorara a otro resultaba chocante y despertaba recelos.

Sacó del bolsillo la carta escrita por Angélica hacía más de un año. Leyó el encabezamiento: «Estimado Pepet.»

Pepet. Así lo llamaba su madre cuando era pequeño, un nombre que sólo ella había utilizado y que lo devolvió a un momento feliz de su infancia. Un recuerdo reconfortante que lo llevó a cerrar los ojos y adentrarse en los cajones de la propia mente. Su madre murió demasiado temprano, antes que él descubriese su sexualidad, pero estaba seguro de que nunca lo habría rechazado por amar a un hombre. No entendía que el amor de una persona hacia otra despertase desprecio en nadie.

Angélica tenía la capacidad de evocar pensamientos largos y profundos con un simple código, no más de dos palabras. Despertaba espíritus dormidos en la propia memoria y los hacía dilucidar sobre cuestiones mundanas. Quizá no fuese una médium, como afirmaban ahora todos, y la manera de exponer sus ideas fuese sencillamente una ilusión creada para entusiasmar. Pero su fondo era tan mágico como la mayoría de la gente esperaba, o más. Un universo entero repleto de ideas en el que bucear buscando una verdad existencial.

Una sombra femenina nubló sus pensamientos. Abrió los ojos, inquieto, notando una mirada inquisidora que se clavaba en su cogote.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —preguntó con desconfianza.

Se volvió con esfuerzo para mirarla y la reconoció enseguida. Era Nuria Rifé, la hermana de Martí. Estaba embarazada e iba del brazo de un hombre, que lo miraba con el mismo gesto inquisitorial que ella.

—Disculpe la intromisión —alegó Pep, percatándose de que iba vestido con cuatro harapos y parecía un vagabundo.

—¿Conocía usted a mi hermano?

No supo qué contestar y balbuceó algunas palabras torpes de disculpa que resultaron incomprensibles.

—Anda, ¡largo de aquí! —le espetó el hombre—. ¿Quieres que llame al vigilante?

Pep se levantó con esfuerzo, apoyándose en la muleta y arrastrando su pierna coja hasta el otro lado de la reja. Notó que las miradas de desprecio de la pareja lo seguían hasta la salida. Una vez fuera, volvió la vista atrás y se disculpó mentalmente con Martí. Esta vez era él quien había

renegado de su relación.

Deambuló por el cementerio hasta encontrar un banco en el que sentarse y leyó la carta que antes no había empezado. Una carta que hablaba de aquella mujer con la que acababa de encontrarse: Nuria Rifé. Ella había sido la causante de todo el embrollo en que los implicaba la policía, la culpable de que la vida de todos hubiese acabado de la peor manera posible. Ella era la mujer que abandonó en el callejón las bombas, unas bombas que había adquirido para matar a su hermano Martí en un atentado que debían provocar los tres matones que le habían propinado a Pep la paliza de su vida. Nuria no las abandonó por arrepentimiento, no; no para impedir que aquellos matones acabaran con la vida de su hermano, no, sino porque entendió que si explotaban, la casa vieja de la familia Rifé quedaría en ruinas. Y ella no quería ruinas, sino riquezas.

Su prometido, un médico reputado, se ocupó de acabar con la vida de Martí de una manera más elegante y mucho menos sospechosa: con una sobredosis de la droga que él mismo se suministraba. Un final feliz que alejaba de cualquier sospecha de crimen a Nuria.

Pep quiso gritar y clamar venganza, volver a la tumba y acusar a aquella mujer de asesina delante del mundo entero. La gente como ella, una despiadada fratricida que sólo amaba el poder y la riqueza, merecía más años de cárcel que cualquier anarquista que luchase por sus ideales. Pero al llegar al sepulcro Nuria Rifé ya se había marchado; sólo había dejado como recuerdo de su presencia unas mezquinas flores junto a la figura del ángel caído. Una gota le impactó en la mejilla.

Lloraba en el cielo.

La gallega regresó en su búsqueda, paraguas en mano, y él se dejó acompañar del brazo, por fin, de regreso al hogar. No. No se abandonaría en el sueño de la morfina, nunca. Se enfrentaría a sus males, buscaría un nuevo trabajo de carretero y recuperaría las riendas de una vida que debía seguir. Junto a la compañera que le había regalado una hija y luchando por los derechos de la clase obrera. No había posibilidad de venganza ni necesidad de más humillación. El motivo de la tragedia vivida dormiría allí enterrado para siempre, junto a Martí Rifé, en el cementerio de Montjuïc.